

«Una lectura encantadora,
deliciosa, espléndida».
~Romance Junkies

El arte de la *tentación*

SERIE
LA FAMILIA
CHASE

Autora bestseller del *New York Times*

LAUREN ROYAL

El arte de la tentación

Lauren Royal

*Dedicatoria Para June Jørgensen Schelde-Mollerup, quien ha sido parte de mi familia durante más de (¡Gulp!)
veintitrés años. No puedo creer que tengas tres... ¡Tus propios hijos, ahora!*

Copyright

El arte de la tentación Lauren Royal por Lauren Royal.

Publicado originalmente, en inglés, por Novelty Books, una división de Novelty Publishers, LLC, 205 Avenida del Mar #275, San Clemente, CA 92674, y en edición de bolsillo por Penguin Putnam Inc.

Derechos de autor © Lauren Royal 2007, 2012, 2017, 2021.

Última edición en inglés: enero 2022.

Ilustración de la portada de The Midnight Muse.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede usarse, reproducirse o transmitirse de ninguna manera, ya sea electrónicamente, impresa o de otro modo, sin el permiso previo por escrito de Lauren Royal y Novelty Books, excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos críticos y revisiones.

NOTA DEL EDITOR: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Puede obtener más información sobre la autora y sus libros en:

www.LaurenRoyal.com

Contenido

[Página del título](#)

[Dedicatoria](#)

[Copyright](#)

[Prólogo](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[Veintiséis](#)

[Veintisiete](#)

[Veintiocho](#)

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Treinta y uno](#)

[Treinta y dos](#)

[Treinta y tres](#)

[Treinta y cuatro](#)

[Treinta y cinco](#)

[Treinta y seis](#)

[Treinta y siete](#)
[Treinta y ocho](#)
[Treinta y nueve](#)
[Cuarenta](#)
[Cuarenta y uno](#)
[Cuarenta y dos](#)
[Cuarenta y tres](#)
[Cuarenta y cuatro](#)
[Cuarenta y cinco](#)
[Cuarenta y seis](#)
[Cuarenta y siete](#)
[Cuarenta y ocho](#)
[Cuarenta y nueve](#)
[Cincuenta](#)
[Cincuenta y uno](#)
[Cincuenta y dos](#)
[Cincuenta y tres](#)
[Cincuenta y cuatro](#)
[Cincuenta y cinco](#)
[Cincuenta y seis](#)
[Cincuenta y siete](#)
[Cincuenta y ocho](#)
[Cincuenta y nueve](#)
[Sesenta](#)
[Sesenta y uno](#)
[Sesenta y dos](#)
[Sesenta y tres](#)
[Sesenta y cuatro](#)
[Sesenta y cinco](#)
[Sesenta y seis](#)
[Sesenta y siete](#)
[Sesenta y ocho](#)
[Sesenta y nueve](#)
[Setenta](#)
[Setenta y uno](#)
[Setenta y dos](#)
[Setenta y tres](#)
[Notas de la autora](#)
[Agradecimientos](#)
[Acerca de Lauren Royal](#)

Prólogo

PASTEL DE WHISKY IRLANDÉS

Tomar mantequilla con azúcar y agregar huevos, harina y un poco de café para darle un sabor agradable. Ponerlos en un molde y hornearlos. Hacer un almíbar de café con mucha azúcar y un poquito de whisky, y arrojarlo en el pastel. Llevarlo a la mesa con crema de whisky dulce y una pizca de nueces.

Mi madre solía advertir: “Quien chismeas contigo, chismeará de ti”. Sin embargo, seguramente, a ella le encantaba chismorrear. Solía servir este pastel cuando las mujeres venían a tomar el té. Ella afirmaba que aflojaba la lengua de las mujeres.

—Deirdre Delaney Raleigh, 1819.

*Kilburton, Irlanda
Noviembre de 1806.*

DURANTE UN MARTES HÚMEDO, poco después de cumplir dieciocho años, la vida tal como la conocía Sean Delaney dejó de existir.

Primero, él recibió una carta, lo cual era un acontecimiento. Aunque todos los conocidos de Sean vivían en el pueblo de Kilburton, ninguno de ellos jamás tuvo motivos para escribirle una carta. También parecía una carta muy formal. Mientras Sean observaba cómo el muchacho que la había entregado se retiraba calle abajo, su madre entró desde la sala de estar, donde estaba sirviendo té a algunas mujeres de la parroquia.

—¿Es de Mary McBride? —preguntó su mamá—. Ella está atrasada.

—No fue la señora McBride, no... —Sean cerró la puerta y volteó hacia ella con esa única hoja doblada en una mano—. Es una carta para mí.

—¿Para ti? —Su rostro agradable e inocente parecía tan sorprendido, y él se sentía igual—. Bueno, entonces ábrela, ¿quieres?

Él asintió y rompió el sello.

—¿De quién es? —ella preguntó con impaciencia.

—Un abogado. —Debajo del imponente membrete grabado, él examinó la página—. Escribe en nombre del señor Patrick Delaney.

—¿Quién es ese hombre?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que es uno de los parientes de papá.

—Tu padre no tiene parientes vivos. —Ella frunció de ceño—. Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—Él quiere... —Siguió leyendo y jadeó—. Él no quiere nada... Él está muerto... Me dejó diez mil libras... A mí.

—¿Diez mil libras?

Para la esposa de un vicario como su mamá, la cifra era casi incomprensible: suficiente para sustentar a un aldeano, su familia y a uno o dos sirvientes durante cincuenta años. Mirando a Sean, se sentó lentamente en una sencilla silla de roble. Voces femeninas apagadas resonaban desde la sala de estar. Sin duda, sus invitadas estaban chismorreando. De manera inusual, ella las ignoró deliberadamente.

—Diez mil libras, Sean. ¿Qué harás con tanto dinero?

—No lo sé —replicó.

Aunque él sí lo sabía. Lo supo al instante. Sin embargo, él simplemente no quería

decírselo a su madre.

No quería decepcionarla, todavía no.

—Voy a salir a caminar. —Cogió una gruesa capa de lana del perchero junto a la puerta, y prometió en voz baja antes de salir—, no estaré fuera por mucho tiempo.

Estaba lloviendo, como es normal en esta época del año. Por cierto, allí llueve durante todo el año. Metiendo la carta dentro de la capa para que permaneciera seca, se apresuró por el camino.

Esa era una cantidad enorme de dinero, más de lo que su madre había visto en toda su vida. Ella quería que él lo utilizara bien. En obras caritativas o algo así. Después de todo, era la esposa de un vicario y una dama muy amable.

Sin embargo, Sean no quería actuar generosamente. ¡Oh! Él pagaría el diezmo esperado, ya que era hijo de un vicario, tal vez no era tan devoto como su padre hubiera deseado, pero tampoco era un rebelde. El diezmo sería una bendición sin precedentes para la parroquia y Sean estaría encantado de ofrecerlo. Se había criado con toda esa gente (pasó toda su vida rodeado de ellos, envuelto en su cómoda familiaridad) y le parecía correcto compartir con ellos una décima parte de su buena fortuna.

No obstante, después de eso, él iba a abandonar Irlanda.

Se dirigiría a Londres.

Quería construir una nueva vida, algo mejor de lo que jamás había imaginado, al crecer en el pequeño Kilburton.

No iba a ser fácil dejar a parientes y amigos para emprender el camino por su cuenta. Él lo sabía muy bien. Su corazón parecía a la vez pesado y ligero, cuando se alejó del pueblo. Cruzó los campos cosechados y deambuló por la antigua orilla del río. Tocando la preciosa carta bajo su capa, se reía, una y otra vez, reflexionando sobre su inmensa suerte, y también temblaba, preguntándose qué le esperaba.

Pasaron tres horas, las cuales fueron tensas y estimulantes, antes que respirara profundamente y se dirigiera a casa. Había dejado de llover. Cuando volvió a entrar en el pueblo, mientras caminaba por el sendero hacia la vicaría, el sol se estaba poniendo en el horizonte y sus últimos rayos atravesaban la capa de nubes. Justo antes de llegar a la casa achaparrada, dos figuras salieron de ella, eran sombras oscuras que contrastaban con el brillo plateado.

—No tienes ninguna opción.

A través de la oscuridad, él escuchó la voz del honorable señor William Hamilton con un tono bajo y enojado. Él es un hombre alto e imponente con la misma estatura que el hijo, quien lo acompañaba hacia su elegante carruaje.

—Esta vez, no...

Preguntándose qué estaba pasando, pero sin querer ser visto, Sean se escondió detrás de un árbol.

—Le pagaste a esa chica del pueblo sin ninguna repercusión. —El joven John Hamilton parecía hosco y furioso—. Y en cuanto a esta doncella...

—Dos... Dos doncellas humildes. —Su padre lo empujó por los escalones del carruaje—. Ella no es propiedad de ningún sirviente, idiota...

—Perdería la cara si no... —murmuró, siguiendo a su hijo al interior.

La puerta se cerró y Sean no escuchó más. Cuando el carruaje se puso en marcha, él salió de detrás del árbol y se apresuró a entrar en la casa.

El ambiente era cálido, acogedor, lleno de la suave luz de las lámparas de aceite y olía al aroma del pastel de whisky, que su madre había preparado antes para sus invitados. La casa era

buena y sencilla, además se encontraba limpia y cuidada. Sean tenía una excelente familia, una hermana tres años menor que él y unos padres que siempre habían estado ahí para ambos, dándoles su corazón, aunque ellos nunca tuvieron mucho que ofrecerles materialmente.

Se sintió triste al saber que pronto dejaría todo esto y también estaba emocionado por su nueva vida. Pero, sobre todo, sentía una gran curiosidad por saber qué había hecho que los Hamilton abandonaran su enorme casa solariega para hacer una visita a la modesta vicaría.

Al escuchar voces desde la sala de estar, él se dirigió allí. Y se detuvo en seco cuando su hermana se le acercó con una sonrisa.

—Me voy a casar con John Hamilton.

Sean miró boquiabierto a su hermana, Deirdre, de quince años. Pensó que no la oyó bien.

—¿Qué acabas de decir?

Con su cabello dorado, brillando a la luz del fuego, ella levantó la barbilla.

—El señor Hamilton le dijo a John que debe casarse conmigo.

—Pero, ¿por qué? —Su mirada pasó del rostro pálido de su padre a los ojos de su madre, hinchados por el llanto. Solo podía haber una razón por la que lucían así, una por la que John Hamilton podría verse obligado a casarse con Deirdre—. No me digas que estás...

Mientras miraba a su hermana, el resto de la frase se le atascó en la garganta.

La sonrisa de ella se hizo más amplia, mientras cruzaba las manos sobre su engañoso vientre plano.

—Estoy embarazada, ¡sí! Y seré la esposa de John Hamilton, el hombre soltero más guapo y rico de todo Kilburton.

Más bien, el de todo el país. La nueva y elevada casa solariega de los Hamilton se encontraba a la sombra de su hogar ancestral, el centenario castillo de Kilburton. El padre de John Hamilton era el hermano menor del conde de Lincolnshire, y fue enviado hace años para supervisar Kilburton, una de las muchas propiedades menores del conde.

Mientras crecían, Sean y Deirdre habían sido educados en una fría escuela de una sola aula, mientras que John tenía un desfile de tutores privados de inglés. El chico siempre fue impulsivo y Sean lo consideraba altivo, insensible y egoísta. Sin embargo, los dos nacieron el mismo año y, como no había otros niños de su edad en Kilburton, la madre de Sean le pidió que jugara con John de todos modos. Después de todo, ella le decía a menudo (casi siempre, en opinión de Sean) que eso era lo cristiano.

Siendo un hijo dócil, Sean hacía lo que le decían y jugó con el muchacho más veces de las que podría contar o recordar. Aunque Hamilton siempre había querido quedarse adentro y jugar con pasta y pintura, mientras que Sean prefería realizar actividades al aire libre como pescar y construir castillos. Realmente, a él nunca le gustó John Hamilton.

Por otra parte, a Deirdre, una chica bastante salvaje y la pesadilla de la existencia de sus padres, obviamente, le agradaba John Hamilton.

Lo suficientemente bien como para dejar que John la arruinara.

Aún así, Sean amaba a su hermana. Era bonita y divertida, la mejor de las compañeras, siempre dispuesta con una sonrisa y un plan de travesuras. Mirándola ahora, con los ojos bailando, Sean apretó los puños.

Simplemente, ya no le desagradaba John Hamilton... Más aún, ahora odiaba al sinvergüenza podrido. Y sería así de por vida.

Uno

*Diez años después
El Museo Británico, Londres
Abril de 1817.*

—**QUEREMOS VER** la piedra de Rosetta —corearon dos voces femeninas.

Y eso fue por tercera vez, en el último cuarto de hora.

—Solo unos minutos más —prometió Lady Corinna Chase a sus hermanas con la mirada fija en su cuaderno de bocetos.

—Unos pocos son tres —señaló Alexandra, la mayor—. O tal vez cinco. Pero, ciertamente no treinta. Dijiste “unos minutos más” hace media hora.

—Y también media hora antes —añadió Juliana, la hermana del medio.

El chirrido de las ruedas amenazaba la concentración de Corinna. Alexandra estaba moviendo un cochecito de niño de un lado a otro con la esperanza de calmar a Harold, su hijo pequeño. Aunque era casi inaudito que las mujeres llevaran a sus bebés por la ciudad (la mayoría de las madres aristocráticas dejaban felizmente a sus hijos al cuidado de nodrizas y niñeras), Alexandra había insistido en comprar uno de aquellos artilugios novedosos, porque rara vez dejaba que el pequeño Harry estuviera fuera de su vista.

Un chirrido. Otro chirrido. Y otro chirrido.

—¿Cómo puedes contemplar las estatuas durante tanto tiempo?

—No estoy mirando. Estoy dibujando. —Corinna trazó otra línea, siguiendo la curva de un musculoso muslo masculino—. Y en caso que no lo hayas notado, no todos los Mármoles de Elgin son estatuas. Este panel en particular es parte de un friso del ilustre Partenón de Grecia. Aún más importante es que las figuras son anatómicamente correctas.

Por eso, ella estaba aquí, ¡por supuesto! Por qué había estado dispuesta a levantarse de la cama a una hora intempestiva para dibujar. Corinna no quería nada más que estudiar anatomía humana. Lamentablemente, las clases de anatomía en la Real Academia de Artes estaban totalmente prohibidas para las mujeres.

Totalmente...

Prohibidas...

Esto era exasperante. El mayor deseo de Corinna era ser elegida miembro de la Real Academia, un honor que ninguna mujer había alcanzado desde 1768. Aunque no albergaba ningún sueño de lograr este objetivo a su edad actual de veintidós años, para empezar, los académicos tenían que tener al menos veinticuatro años. Ser nominada y eventualmente elegida era un proceso largo y complicado, y esperaba dar su primer paso, en cuestión de semanas, logrando que una de sus pinturas fuera aceptada para la Exposición de Verano de la Real Academia.

Eso era algo que las mujeres lograban con regularidad, aunque no habitualmente con los retratos. Tradicionalmente, las damas solo pintaban paisajes y naturalezas muertas, ya que pintar personas se consideraba rápido e indecoroso. De todos modos, el corazón de Corinna estaba en pintar retratos. Se sintió atraída por la forma humana, viéndose obligada a representar personalidades al óleo sobre lienzo.

Sin embargo, ¿cómo se suponía que una mujer pintaría personas con precisión, si no se le

permitía asistir a las clases de anatomía?

—No podemos quedarnos mucho más tiempo —dijo Juliana—. Necesito asegurarme que todo esté en su lugar para la boda de mi suegra.

Cornelia, la condesa viuda de Stafford, se casaba con Lord Cavanaugh en casa de Juliana esa misma noche.

—Y quiero ver la piedra de Rosetta —añadió por cuarta vez.

—Así que... ve a verla.

—Y quiero ver las gemas y los minerales —dijo Alexandra—. Y las joyas...

—Ve a verlo todo. Ve a ver todo lo que hay en el museo. —Corinna pasó una página y volvió a centrarse en la forma desnuda del magnífico dios griego que tenía ante ella—. Estaré justo aquí.

—Eso tomará una hora o más. —Chirrido. Chirrido—. No podemos dejarlo solo aquí en la Galería Elgin.

—No está solo. Hay gente por todas partes.

Había demasiada gente empujándola constantemente y bloqueándole la vista.

—La piedra de Rosetta está en el edificio principal.

—Es perfectamente apropiado que dos mujeres casadas crucen juntas el recinto del museo. —A diferencia de Corinna, que era conocida como un poco rebelde, a sus hermanas siempre les preocupaba ser correctas—. Sabía que debería haber traído a la tía Frances. Ella es más paciente que cualquiera de ustedes.

—Ella también lleva nueve meses de embarazo —Alexandra suspiró—. Volveremos en una hora.

—Que sean dos o tres —murmuró Corinna, mientras se marchaban. Al oír el chirrido del cochecito hacia la puerta, sonrió y se lamió los labios. Ella y el dios griego estaban por fin solos.

“¡Santa Ana! Él es magnífico”.

Dos

LOS CAMBIOS IMPORTANTES, en la vida de Sean Delaney, siempre parecían ser anunciados por una carta.

La primera había sido la misiva que le informaba de su inesperada herencia, por supuesto, aunque siguieron más cartas. Un año después, una le informó que sus padres murieron de viruela. También recibió numerosas cartas, cada vez que fundaba una nueva empresa, cada vez que compraba una en funcionamiento y cada vez que adquiría una propiedad. Más recientemente, hacía seis meses, había llegado una nota de su hermana, Deirdre, confesando el fracaso de su matrimonio y avisándole a Sean que pronto llegaría para mudarse con él.

Sin embargo, cuando su mayordomo le trajo una carta, durante esa hermosa mañana de primavera en Hampstead, rompió el sello sin pensarlo dos veces. La abrió y visualizó rápidamente el mensaje garabateado.

Luego la arrugó hasta formar una bola, arrojándola a la elegante chimenea con repisa de mármol blanco de su biblioteca.

—¿De quién era? —preguntó Deirdre desde la lujosa silla de terciopelo azul, donde estaba sentada leyendo un libro.

Se dirigió hacia ella, pensando que estaba más bonita que nunca. Él no habría dicho lo mismo cuando ella llegó por primera vez. Después de una década de hacer todo lo posible para que su desafortunado matrimonio funcionara, Deirdre parecía demacrada al aparecer en la puerta de Sean. Con solo veinticinco años, parecía de mediana edad, decaída y desesperada.

Después de verse obligado a casarse con ella, John Hamilton la trató como basura. O menos que suciedad, considerando que normalmente se nota la suciedad y se hace algo al respecto. Por el contrario, Hamilton la ignoró por completo, mientras se concentraba en un cuadro tras otro, saliendo a tomar aire, solo para disfrutar del capricho de una serie de amantes, con algunas de los cuales continuaba, justo delante de las narices de Deirdre.

Trágicamente, Deirdre abortó tres meses después de casarse, y los dos no habían compartido la cama, en todos los años transcurridos, desde entonces. Deirdre no tuvo hijos, mientras que Hamilton, ahora un paisajista muy aclamado, tenía bastardos por toda Gran Bretaña.

Sean miró la bola de papel en la chimenea vacía, deseando que no fuera un día tan cálido y soleado. Si hubiera habido un fuego adecuado en el hogar, la maldita carta ya habría sido convertida en cenizas.

—Era de Hamilton. Tu marido. —Casi se atragantó con la última palabra.

—¿De John? ¿Qué dijo él? —Ella sacudió la cabeza y suspiró—. No importa. No quiero saberlo. Ya terminé con él.

Sean deseó que ella hubiera finalizado completamente esa relación. La razón por la que Deirdre se veía mucho mejor estos días era que conoció a otro hombre y se había enamorado perdidamente. Lo único que quería era casarse con Daniel Raleigh, y Raleigh, un comerciante respetable con el que Sean a veces hacía negocios, deseaba casarse con ella. Pero a pesar de muchas súplicas apasionadas, Hamilton le había negado el divorcio que buscaba.

Lamentablemente, a una mujer le resultaba imposible presentar una demanda de divorcio. Solo un hombre podía hacer eso y Hamilton se negó a cooperar. Al parecer le gustaba estar casado. Probablemente, porque esto lo salvaba de ser presionado a comprometerse con alguna de

sus amantes.

—Quiere que me reúna con él al mediodía —le dijo Sean—. En el Museo Británico. Afirma que tiene “algo importante” que discutir.

La esperanza saltó a los ojos de ella.

—¿Mi divorcio?

—Lo dudo. —Hamilton era demasiado egoísta para liberar a Deirdre—. Parece más bien un favor. ¿Qué le hace pensar que le haría un favor? ¿Yo, entre todas las personas?

Ella cuadró los hombros.

—Eso no es relevante... No necesito el divorcio... Daniel quiere que vaya a vivir a su casa y le dije que lo haré.

Raleigh tiene una hermosa casa y podría mantener bien a Deirdre. Era un hombre estable y de buen carácter. A Sean le agradaba y él trataba a Deirdre como a una reina.

Pero todo eso no venía al caso.

—¿Sin el beneficio del matrimonio?

—Cometí un error, Sean. Seré la primera en admitirlo. Pero, ¿debería sufrir por ello para siempre? John me ha tenido controlada durante bastante tiempo. Preferiría casarme con Daniel que vivir como soltera con él, pero, lamentablemente esa no es una opción. Él está dispuesto a aceptarme de todos modos y es hora que vuelva a vivir.

—¿Qué diría mamá? ¿Y papá? —Por primera vez, Sean estaba casi feliz que estuvieran muertos. Ambos se habrían sentido mortificados. Aunque Deirdre siempre había sido una persona salvaje, esto iba más allá de lo impropio. Eso era casi impensable—. En algún momento hay que crecer. Tienes la oportunidad de empezar de nuevo aquí en Londres. Si quieres que te consideren bien, debes dejar de desafiar las reglas de la sociedad.

—No soy parte de la sociedad, Sean.

—No me refiero al sentido de la clase alta, y bien lo sabes. El público en general, Deirdre, la gente respetable... Algún día tendrás hijos. ¿No quieres que sean aceptados?

—¿Quién eres tú para hablarme así? Como si nunca hubieras compartido la cama de una mujer... aunque no te has casado. ¡Tú también has tenido amantes! Por, si no lo recuerdas.

—Para los hombres es diferente. —Ella abrió la boca para protestar, aunque él siguió adelante—, puede que eso no sea justo, pero es un hecho. Y nunca le he quitado la inocencia a una mujer ni me he acostado con una que esperaba casarse. ¿Quién esperaba algo más que bonitos manjares y ropa nueva y elegante?

Sus amantes (de hecho seguía con algunas de ellas) habían sido todas actrices y bailarinas de ópera. Él mismo admitió que se volvió un “poquito loco” después de escapar de Kilburton y los deberes de su crianza, pero, después de todo, era joven y cachondo, y había un número limitado de horas que un hombre podía dedicar a construir su fortuna. A menudo trabajaba hasta tarde y los domingos, pero después de cierta hora no había mucho que pudiera lograr ni nadie con quien trabajar.

Londres fue deslumbrante en esos primeros años. Era una ciudad enorme, vital y seductora. Le fascinó el teatro y sí, se sintió atraído por algunas mujeres en el escenario. Como no era un hombre, al que le gustara compartir, les había proporcionado alojamiento, convirtiéndolas en sus amantes, a cambio de una fidelidad temporal. Sin embargo, los años transcurrieron (dos años o más, se dio cuenta de repente) desde que propiciaba ese tipo de acuerdos. Y ya había perdido el gusto por esa vida y esas relaciones superficiales, las cuales eran carentes de emociones.

Había madurado. Y ya era hora que Deirdre también lo hiciera.

Levantándose, caminó hacia la chimenea, cogió el papel arrugado y lo alisó sobre su escritorio de palisandro.

—Me reuniré con Hamilton... ¡Resolveremos esto! Hay tiempo suficiente para llegar al Museo Británico, antes del mediodía...

—No. No. —Su hermana saltó de su silla para agarrarlo del brazo—. Tienes otros planes para hoy.

—Nada que importe tanto como esto.

—No permitiré que supliques en mi nombre. ¡Es inútil y humillante!

—¿Mientras sigues tu vida en pecado? —Sean le sacudió el brazo para soltarle la mano—. Me voy, Deirdre. ¡No me puedes detener!

Apretando los dientes, abordó su carruaje y se dirigió a la ciudad... rezando para que, en lugar de un favor, esto fuera “algo importante” que lograría ese divorcio, solucionando definitivamente el problema de su hermana.

Tres

—**TENGO un problema** —anunció Hamilton sin preámbulos, cuando Sean entró en el vestíbulo del museo—. Deseo tu ayuda con esto. Deseo ver los Mármoles de Elgin recién llegados.

—Eso no presenta ningún problema —dijo Sean secamente, señalando hacia la parte trasera de Montagu House—. Solo necesitamos caminar por aquí y afuera hacia la sección temporal de la Galería Elgin.

El artista, que nunca respondía al buen humor, le dirigió una mirada molesta, mientras se ponía a su lado.

—Mi tío, Samuel Hamilton, el conde de Lincolnshire, se está muriendo.

—Mi más sentido pésame —expresó Sean automáticamente, antes de preguntarse si le importaba ese hombre. Más bien, Hamilton lucía bastante alegre, considerando su habitual mal humor. En contraste con el traje negro y la camisa blanca de Sean, vestía con un estilo colorido y extravagante. Aunque su corbata parecía marrón, Sean sospechaba que era de color rojo brillante o verde—. Y... ¿cuál es tu problema?

—Soy el heredero de Lincolnshire y él no me ha visto en muchos años. De hecho, no desde que era un bebé en brazos. Quiere conocer al hombre que está a punto de heredar su título y sus propiedades.

—Eso no me sorprende —manifestó Sean, mientras ambos salían.

El hecho que Hamilton no pudiera ver a su tío, a pesar de sus visitas regulares a Londres, tampoco era una sorpresa. El marido de Deirdre no era más que un tipo solitario. Aunque las pinturas de este hombre costaban sumas escandalosas, pocos coleccionistas lo habían conocido. Una vez al año se colaba en la ciudad, se desempeñaba como juez en el comité de la Real Academia, el cual elige las obras que se exhibirán en la Exposición anual de Verano, renovaba sus vínculos con algunos colegas y volvía a irse, sin jamás complacer a sus patrocinadores.

Afirmó que mantenerse reservado (con la excepción de la compañía femenina, hay que entenderlo) era necesario para mantener su visión artística. No obstante, Sean atribuyó este comportamiento a su delicado carácter: una combinación de puro mal humor y un retorcido placer que el hombre sentía al ocultarse del público.

—Y... ¿cuál es el problema con eso? —insistió, mientras recorrían el camino hacia el nuevo edificio, que el ojo experimentado de Sean le dijo que no era más que un gran cobertizo prefabricado—. Ve a ver al hombre, si eso es lo que él quiere.

—Él no quiere simplemente verme. Me ha exigido que me quede con él durante sus últimos días. Afirma que si no llego lo antes posible, debo esperar heredar el título y el patrimonio vinculado, pero, nada más.... Dejará el resto de sus posesiones a la caridad.

—¡Eso me parece muy justo! ¿Cuánto tiempo se espera que viva?

Ante la puerta de la Galería Elgin, Hamilton se detuvo.

—Una semana o dos. —Él escupió.

Serían una o dos semanas durante las cuales el perro egoísta se vería privado de su estilo de vida hedonista.

—Así que... quédate con él. Por favor, Hamilton, eso no te matará. —Disgustado y sabiendo que no era un buen momento para volver a plantear la cuestión del divorcio de su hermana, Sean giró sobre sus talones para marcharse.

—¡No! —Hamilton se movió para bloquearle el paso, deteniéndolo con una mano extendida contra su hombro—. Tengo una oportunidad única en la vida de pintar la legendaria cascada en la finca de Lord Llewelyn, en el valle de Tanat. Lady Llewelyn me ha extendido una invitación. Llegó en el mismo momento que la solicitud de Lincolnshire. Me iré antes del anochecer.

Sean miró fijamente la mano de su cuñado hasta que el hombre la soltó. Era del conocimiento público que Lady Llewelyn era la última amante de Hamilton. Este era el descaro del podrido: abandonar a su tío moribundo por una relación sexual, mientras se negaba a acostarse con su encantadora esposa.

—Supongo que Lord Llewelyn estará convenientemente ausente.

—En el extranjero —confirmó Hamilton—. Y ni él, ni sus antepasados han permitido jamás que ningún artista pinte las cataratas. Además, es primavera, la estación en la que la demanda de artistas interesados es mayor. De hecho, se dice que este mismo mes de abril es cuando es más probable que aparezcan el monje y la dama. Si puedo capturarlos en pintura, ¡será el golpe de mi vida!

—¿El monje y la dama?

—Dicen que un monje con sus largas túnicas, el Guardián de las Cataratas, aparece en el chorro de agua que corre. Y que la Dama de la Cascada se asoma por detrás del imponente flujo con el cuerpo oculto por faldas sueltas, y el rostro cubierto por su pelo largo...

—¿Crees estas tonterías? —Sean interrumpió—. ¿Esta absurda tontería, una cosa de cuentos de hadas?

—¿No lo crees? Eres irlandés, por el amor... ¡Tienes que creer en las hadas!

Sean resopló. Hamilton no quería ver hadas en las cascadas. Realmente, él quería observar a Lady Llewelyn sin ropa en su cama.

—Tu tío te necesita, Hamilton. Pinta las cataratas en otro momento.

—No habrá otro momento. Llewelyn siempre se niega a conceder el acceso y hace años que no sale del país.

¿Por qué diablos el hombre acudía a él con este maldito problema? Sean tenía una habilidad especial para ganar dinero, no para sacar soluciones de la nada.

—Si eso es lo que sientes, tendrás que renunciar a las propiedades no vinculadas de Lincolnshire.

—Las participaciones no vinculadas de Lincolnshire constituyen la mayor parte de su importante fortuna.

—Sin duda, si usted tiene la intención de quedarse con cada centavo... No hay nada que pueda hacer por usted, Hamilton. Tendrás que posponer tu viaje al valle de Tanat. —“Y vivir sin tu amada hasta catorce largos días”, añadió Sean en silencio—. Se espera que tu tío sobreviva solo una o dos semanas. Si Llewelyn se encuentra en el extranjero, estará ausente mucho más tiempo.

—Pero, solo quedan seis días en abril, e incluso viajando sin pausa, necesitaré dos para llegar a Gales. Quizás tres. Y hay algo que puedes hacer por mí. —Hamilton le dirigió una mirada fría—. Quiero que vayas con el anciano, te presentes como John Hamilton y vivas con él hasta su muerte.

Horrorizado, Sean se quedó boquiabierto durante unos momentos, principalmente porque le llevó tanto tiempo cerrar la mandíbula floja.

—Sugiero que busques a alguien más que te haga este favor. Quizás alguien, quien realmente te aprecie. ¿Por qué diablos debería yo, precisamente, hacer esto, por el hombre que

arruinó la vida de mi hermana? —“O incluso cualquier cosa”, él lo pensó.

—¿Por qué? —Un brillo astuto apareció en los ojos de párpados perezosos de Hamilton—. Bueno, te lo diré... porque si cooperas, le concederé a Deirdre su precioso divorcio. Y si no lo haces, yo nunca me divorciaré.

Sean tardó un rato en recuperar el aliento. Hamilton le estaba ofreciendo exactamente lo que quería... pero, debía hacer algo que le parecía absolutamente aborrecible.

Dado que señalar eso probablemente fortalecería la resolución del perro, Sean optó por otro rumbo.

—Pronto serás conde —dijo con frialdad—. Necesitarás un heredero legítimo para continuar con el linaje. Con o sin mi cooperación, será mejor que te divorcies de Deirdre y te vuelvas a casar.

—Engendrar un heredero no será ningún problema. —Hamilton agitó una mano pálida y suave—. Simplemente, haré que tu hermana vuelva a vivir conmigo hasta que tenga un hijo varón.

¿Qué podría decir Sean a eso? Por devastador que pudiera ser, sabía que Deirdre tendría que obedecer. La ley era clara: un hombre tenía derecho a obligar a su esposa a vivir donde quisiera. Y obligar a una mujer a cumplir con su “deber de esposa”... bueno, el término lo dice todo.

Y el deber nunca se considera una violación.

—Solo tú puedes lograr este engaño —continuó Hamilton, aprovechando su ventaja—, eres el único hombre en la Tierra que no solo se parece un poco a mí sino que también conocía a mi padre, mi madre, nuestras propiedades en Irlanda... en resumen, todo lo que mi tío espera que sepas.

El hombre tenía razón. Aunque Sean era más alto, ambos tenían cabello oscuro y ojos verdes. Y Lincolnshire no había visto a Hamilton en veintisiete años. Sin duda, Sean podría lograrlo.

Excepto que no podía hacerlo.

—Independientemente que yo sepa todas esas cosas, tu tío no se dejará engañar. Nunca creerá que sea un artista. Soy daltónico, algo que parece haber olvidado convenientemente.

Hamilton se rió.

—La gente no se fija en esos detalles. El viejo creerá todo lo que le digas. Está enfermo y agonizante... ¡diablos! Hasta otro artista creerá que eres un artista. Te lo apuesto. —Así lo desafió, abriendo la endeble puerta de la Galería Elgin—. Te apuesto a que puedo convencer a otro artista que eres un artista, y si puedo... tu pérdida será llevar a cabo mi plan y así asegurar el divorcio de tu hermana. Si fracaso, le concederé a Deirdre el divorcio como mi pérdida. Tómalo o déjalo, Delaney.

Antes que Sean pudiera seguir protestando, Hamilton lo empujó hacia una joven, que estaba ocupada dibujando.

Cuatro

“**SI TAN SOLO** pudiera encontrar un hombre de verdad, parecido al que está aquí, mi vida sería francamente feliz”, reflexionó Corinna, mientras dibujaba a otro dios griego.

No es que estuviera planeando casarse pronto, lo cual disgustaba a su hermano Griffin (ella era su última hermana soltera). Más bien, él no quería nada más que casarla, tenerla fuera de su casa y lejos de sus manos. Para así convertirla en responsabilidad de otra persona.

Con ese fin, había insistido en empujarla hacia hombres elegibles en todos los bailes de este año. También la arrastró a Almack's y a todos los demás eventos sociales del calendario. La temporada había comenzado hace unas semanas, pero ella sentía como si hubiera conocido a más hombres este mes que en el resto de su vida.

Eso la molestaba y ella no podía decirlo.

Le fascinaban los bailes y también le agradaban los hombres, por supuesto. Le habría gustado especialmente besar a los pocos que habían logrado estar a solas con ella. Aunque se suponía que los artistas eran criaturas apasionadas, lamentablemente, a ella le había faltado pasión en su vida hasta hace poco. Su abuela, su padre, su madre y su hermano mayor murieron sucesivamente, impidiéndole socializar durante cuatro largos años.

Ahora que finalmente experimentó algo de pasión, descubrió que los labios de los hombres eran más suaves y cálidos de lo que esperaba, y la cercanía había resultado positivamente estimulante y realmente agradable. Sin embargo, ahora su arte era más importante que encontrar el amor.

A menos que encontrara a uno de esos dioses griegos...

Atrapándose el labio inferior entre los dientes, usó su lápiz para sombrear los fascinantes músculos del tonificado pecho desnudo de la deidad. Luego, al levantar la vista, vio a dos caballeros que se dirigían en su dirección. Era como si un poder superior hubiera leído su mente, enviándolos a cumplir su fantasía. El más alto le parecía un dios griego, cobrando vida.

Pasando a una nueva página, comenzó a dibujar al hombre real en lugar de la réplica de piedra. Rápidamente, antes que él desapareciera de la vista.

Su rostro anguloso y esculpido estaba enmarcado por rizos negros y nítidos, que crecían largos en la parte posterior de su cuello... lo suficientemente largos como para que los dedos de una mujer picaran por peinarlos. Sus ojos eran los más verdes que jamás había visto. Desafortunadamente, estaba bastante mejor vestido que los dioses de mármol, pero después de haber esbozado bastantes de ellos, le pareció que podía imaginar cómo él se vería debajo de sus pantalones, chaleco y frac, bien ajustados, pero conservadores. Su lápiz delineó unos hombros anchos que se apretaban hasta unas caderas estrechas.

Se congeló a mitad del boceto, mientras los dos hombres caminaban hacia ella.

—Buenas tardes —dijo el de menor estatura.

Al igual que el hombre más alto, tenía pelo oscuro, ojos verdes y buen aspecto. Y vestía mucho más a la moda. Pero en general, ella se percató, que no tenía el mismo calibre del dios griego.

Aún así, ella tragó saliva. No estaba acostumbrada a que se le presentaran caballeros apuestos. Los buenos modales dictaban que pidieran permiso al acompañante de una joven, quien luego haría las presentaciones.

Podría haber besado a algunos hombres, pero ninguno que no hubiera seguido los canales

adecuados para conocerla primero.

—Buenas tardes —respondió ella con cautela—. ¿Señor....?

—Delaney —lo dijo suavemente—. Sean Delaney, a su servicio.

Y este —añadió, señalando al hombre más alto—. Es mi buen amigo, el señor John Hamilton. Al verte dibujando, deseó que le presentara a una colega artista. Supongo que has oído hablar de él.

¿Había oído hablar de él? El cuaderno de bocetos y el lápiz de Corinna cayeron al suelo cuando ella quedó boquiabierta. Todo el mundo había oído hablar de John Hamilton, el renombrado y solitario pintor de paisajes.

Ella volteó hacia él, absolutamente atónita. Su dios griego era John Hamilton (¡John Hamilton!), quien quería conocerla. ¡A ella, Corinna Chase! Posiblemente, la artista menos reconocida de todo Londres.

—Señor Hamilton —expuso efusivamente—. No puedo expresar cuánto lo admiro...

—Por favor, deténgase. —Él la interrumpió, inclinándose para recoger sus suministros. Se enderezó y, girando sus hermosos ojos de color esmeralda hacia el señor Delaney, le entregó los artículos—. Lo siento, pero no soy John Hamilton.

Su acento melodioso distraía la atención. La profunda y melodiosa voz irlandesa no encajaba del todo con el físico griego.

—Soy Sean Delaney. Y me temo que mi cuñado, el verdadero John Hamilton, tiene un horrible sentido del humor.

—Ahora, Hamilton. —El otro hombre sacudió la cabeza con tristeza—. No hay necesidad de ocultar tu identidad a esta encantadora joven.

—Es tu identidad la que está en cuestión y la ocultas a todo el mundo. —El dios griego dibujó una línea en el aire que trazaba al otro hombre de pies a cabeza—. Notarás que él es el que viste con un estilo artístico.

Se lo señaló a Corinna, antes de sacudirse su propia ropa, mucho más sencilla.

—Soy simplemente un hombre de negocios común y corriente.

—Por favor, perdone al señor Hamilton. —El señor Delaney (o tal vez era el señor Hamilton) alzó una ceja hacia Corinna—. Es demasiado modesto.

—¡Qué labia! —respondió el dios griego—. Eres un tonto, Hamilton.

Corinna había observado un partido de tenis, una vez, y ahora se sentía como esa pequeña pelota que rebotaba entre los dos hombres. Ella no sabía en quien creer. Pero como no esperaba volver a verlos, a ninguno de los dos, pensó que eso no significaba nada.

Mientras volaban, ella había recuperado los sentidos lo suficiente como para recordar que el señor Hamilton era miembro del comité que elegía las obras de arte para la Exposición de Verano. Eso era lo que realmente importaba.

Apretó sus materiales de arte contra su pecho.

—Yo también soy pintora al óleo —les dijo a ambos, rezando para que uno de ellos realmente fuera John Hamilton—. Estoy aquí dibujando las canicas para aprender anatomía y así poder mejorar mi técnica para los retratos. Mi mayor esperanza es que uno de mis lienzos sea seleccionado para la Exposición de Verano de este año.

—Estoy seguro que el señor Hamilton votará a favor —le aseguró gravemente el hombre más bajo.

—No lo haré. —Los puños del dios griego estaban cerrados y su acento irlandés salía a través de los dientes apretados—. Quiero decir, no lo hará... O tal vez lo haga... Pero, yo no soy Hamilton.

—¡Bah! —El otro hombre agitó una mano suave y elegante—. Él es...

—¡Corinna! —Ella apartó la mirada y vio a sus hermanas acercándose apresuradamente, mientras el cochecito chirriaba.

—Lamento que hayamos tardado tanto —dijo Alexandra—. ¿Ya terminaste?

Corinna sonrió aliviada, segura que Juliana descubriría quién era John Hamilton. Juliana, la entrometida de la familia, tenía la habilidad de desvelar secretos.

—Me encantaría que conocieran al señor Hamilton —expresó, volviéndose hacia los hombres.

Pero ellos se habían ido.

Alexandra levantó a su dulce bebé del cochecito y frunció el ceño.

—¿El señor Hamilton?

—El paisajista, John Hamilton. Él simplemente estuvo aquí. —Corinna examinó la abarrotada galería, sin éxito—. Parece un dios griego. O tal vez sea su amigo que se parece al dios griego, o su cuñado...

—¿Qué estás balbuceando? John Hamilton nunca aparece en público. —Con expresión comprensiva, Juliana le tocó el brazo—. Creo que deberíamos irnos. Debo llegar a casa mucho antes de la boda de mi suegra y, en cualquier caso, es evidente que has estado dibujando demasiado tiempo.

Cinco

DE REGRESO AL EXTERIOR, Sean arrastró a Hamilton hacia Montagu House, con una mano apretada en la parte superior del brazo del hombre.

—Es una pena que las mujeres no puedan estudiar anatomía —comentó Hamilton, como si estuvieran dando un paseo tranquilo—. Porque dibujar estatuas no la ayudará a aprender nada.

—¿Es así? —Sean gritó.

—Aún no he visto un retrato pintado por una mujer que sea bueno, y nunca lo espero, así que dudo seriamente que vote por el cuadro de esa mujer.

Sean no tenía ningún deseo de continuar esta conversación. De hecho, estaría encantado de pagar mil libras para evitar volver a hablar con Hamilton. Pero sintió pena por la mujer en cuestión.

—¿Y si su retrato es bueno? ¿Seguirás negándote a votar simplemente porque fue pintado por una dama?

—Por supuesto que no lo haría. De hecho, no sabría que lo pintó una mujer, ya que nunca busco las firmas antes de votar. La mayoría de los jueces de la Exposición de Verano tienen en cuenta el estatus de un artista, pero creo que cada obra debe valerse por sí sola. Independientemente de lo que piensen los demás académicos, sostengo que la identidad de un pintor nunca debe influir en la opinión de un juez.

Fue la declaración más razonable que Sean había oído jamás salir de labios de Hamilton. La misma fue sorprendentemente razonable. Hasta que el podrido añadió:

—Pero, estoy seguro que sus cuadros no servirán de nada, porque nunca ha estudiado anatomía.

—Ella podría sorprenderte —respondió Sean—. No deberías ser tan crítico. Podrías votar por su pintura y luego tener que comer humildemente.

—Lo dudo —dijo Hamilton suavemente—. No supimos su nombre, así que en el improbable caso que alguna vez votara por una de sus obras, nunca lo sabría, ¿verdad?

—Corinna.

—¿Perdón?

—Su nombre es Corinna. No es que lo haya aprendido durante tu mala presentación. Otra mujer la llamó Corinna, mientras te arrastraba. Su hermoso rostro nadó en tu memoria. Ella es hermosa, ¿no?

—No tenías derecho a arrastrarme. —Hamilton soltó el brazo de la mano de Sean y abrió la puerta de Montagu House—. ¿Quién es esa mujer tan hermosa?

—Corinna —repitió Sean, mientras lo seguía al interior.

Recordaba esos grandes ojos azules y el cabello oscuro y reluciente. Sean nunca había sido un hombre fantasioso y no creía en el amor a primera vista ni en ninguna de las otras tonterías que los poetas soltaban habitualmente. Pero había algo en ella que parecía arrastrarse bajo su piel y apretarlo hasta el fondo del estómago. Algo le hizo cerrar los puños para evitar tocarla. Algo lo impulsó a querer besarla.

La recordó mordiendo el labio inferior y cómo él había estado tentado de morderse el suyo.

—Hay algo en ella... es muy sensual.

—¿Sensual? No me di cuenta —expresó Hamilton, mientras Sean se preguntaba cómo un

artista podía ser tan poco observador, y añadió en un tono engreído—, gané la apuesta.

—No lo hiciste. Ella no creía que yo fuera tú.

—Ella no sabía qué creer. Lo que significa que gané. Logré convencerla que tal vez seas el artista.

—Pura labia...

Hamilton se encogió de hombros.

—Que estés de acuerdo o no, no importa. Seguirás fingiendo ser yo por Lincolnshire, si quieres ver a tu hermana divorciada.

—Creo que querrás volver a pensar esa solicitud. Cuando la sociedad descubra que engañaste a tu tío para tu propio beneficio, tu reputación quedará destrozada. Tu estelar carrera artística terminará en vergüenza.

—Labia... —imitó Hamilton con desdén—. Nadie se enterará jamás. Lincolnshire está incapacitado y confinado en su casa. Además, es un canalla sin corazón, así que... ¿a quién le importaría si lo engañan? Desterró a mi familia a los bosques de Irlanda cuando, con razón, deberíamos haber estado viviendo la buena vida en Londres.

Era una letanía que Sean escuchó desde su nacimiento, no solo del propio Hamilton sino de sus dos padres. No les gustaba encontrarse viviendo entre la chusma irlandesa, pero no les habían dejado otra opción. Lincolnshire designó a su hermano menor para que supervisara sus intereses, en el extranjero, y el hombre no tenía otros medios, salvo dedicarse al trabajo común, para mantener a su esposa y a su hijo. Quería ser diácono, decano o arzobispo, pero Lincolnshire se había negado a mover los hilos políticos necesarios. Estaba dispuesto a servir en el ejército, pero Lincolnshire se negó a realizar un pago.

Quizás Hamilton tenía razón. ¿Quién iba a quejarse, si el sobrino de un anciano tan desalmado lo engañaba?

Sean estaba en el concurrido vestíbulo del museo, luchando contra su buen juicio. Aunque normalmente se negaría a mentirle a un moribundo (o a cualquier hombre decente, en realidad), tal vez el viejo y malvado conde se lo merecía. Pero más que eso, Sean amaba a Deirdre. No quería verla obligada a regresar a la cama de Hamilton, o vivir en pecado con Daniel Raleigh. Y sabía que si no estaba de acuerdo con el plan de Hamilton, el perro egocéntrico nunca liberaría a su hermana.

—Esto no interrumpirá tu rutina —le prometió Hamilton—. Tendrás que mudarte a la casa adosada de Berkeley Square en Lincolnshire, durante un par de semanas, pero solo necesitarás dormir allí por la noche. Puedes decirle al anciano que debes pintar durante el día y salir a hacer tu trabajo habitual... No afectará en absoluto a Delaney and Company.

—¿Y si quiere ver tus cuadros?

—Te refieres a tus pinturas —replicó Hamilton con una sonrisa mordaz. Él frunció el ceño un momento y luego asintió—. Te dejaré algo de dinero para alquilar un estudio cerca de la plaza...

—¡No quiero tu dinero! —gruñó Sean. Había recorrido un largo camino en los diez años transcurridos desde que llegó esa primera carta fatídica. Después de haber invertido astutamente su sorprendente herencia, pensó que ahora podría convertirse en el hombre de veintiocho años más rico de toda Gran Bretaña—. Y no necesito alquilar nada. Soy dueño de la mitad de Piccadilly Street.

Sin mencionar un buen porcentaje de otras propiedades en Londres y sus alrededores.

—¿Sabes? Bueno, eso es excelente. Si tienes una buhardilla vacía cerca, sería ideal. Algo muy privado con ventanas orientadas al norte. Tengo algunos lienzos en los apartamentos que he

estado alquilando. Los traeré a toda prisa y los pondré allí para que se los muestres. —Él asintió de nuevo con más entusiasmo—. Quizás alquile el espacio de forma permanente. Una vez que herede el título, me veré obligado a pasar algún tiempo en Lincolnshire House, así que lo necesitaré cuando regrese de Gales.

Un silencio incómodo se extendió entre ellos, mientras la gente entraba y salía, preguntando al portero cómo encontrar la piedra de Rosetta o las momias egipcias.

—Lo harás, ¿no? —lo presionó Hamilton—. O de lo contrario...

—¡Lo haré! —espetó Sean. Sabía lo que implicaría lo contrario: la perdición para Deirdre.

Para evitarlo, se vendería al diablo.

Lo cual muy probablemente acababa de hacer.

Seis

BRANDY DE NARANJA

Tomar un litro de brandy. Agarrar las cáscaras de ocho naranjas finamente cortadas, mantenerlas en el brandy durante cuarenta y ocho horas, en una jarra cerrada, luego verter tres litros de agua en otro envase, arrojar tres cuartos de libra de azúcar en barra, hervir hasta que se consuma la mitad, dejarlo reposar hasta que se enfríe, y luego mezclarlo con el brandy.

Esto se sirvió en el desayuno de bodas de mis abuelos y su matrimonio fue bendecido con amor y salud. Lo hemos tenido en bodas familiares desde entonces.

—Eleanor, marquesa de Cainewood, 1730.

LA BODA DE LADY STAFFORD Y LORD CAVANAUGH fue un evento modesto, solo estaban los familiares y algunos amigos en la preciosa Sala Pintada de Stafford House. El salón era un poco estrecho, incluso para el pequeño número de invitados. No obstante, la igualmente impresionante Sala de las Palmas de la planta baja habría sido más cómoda. Aunque la Sala Pintada era perfecta para la ocasión porque su tema era el matrimonio.

En la chimenea se recreó un famoso fresco romano y otras escenas de bodas se pintaron directamente sobre las paredes de yeso. Los paneles representaban música, bebida y baile. Cupido y Venus retozaban en lo alto, las ninfas bailaban en el techo, los amantes cortejaban sobre lienzos con marcos dorados, y un friso de coronas de rosas y guirnaldas de flores rodeaba la cornisa.

En realidad, la casa ya no era de Lady Stafford. Cornelia había sido la viuda Lady Stafford durante varios años, lo que significaba que Stafford House pertenecía a su hijo, James Trevor, el actual conde de Stafford, quien también resultó ser el marido de Juliana.

Mientras el ministro hablaba, Juliana se inclinó hacia Corinna.

—Tu turno es el siguiente.

—No me preocupa tener un turno —susurró Corinna—. Mi arte es más importante que el amor.

Su mirada se desvió hacia la tía Frances, embarazada y con una sonrisa sentimental y romántica. Recientemente, el amor salvó a la tía Frances de la triste vida que llevaba como solterona, cuando tenía cuarenta y tantos años. Y el amor también transformó la vida de las hermanas de Corinna. Juliana y James se habían casado apenas en agosto pasado, justo después de Frances y Lord Malmsey. Y Alexandra y Tristan llevaban casados casi dos años y se regocijaban con su pequeño hijo.

Aunque Corinna a veces temía no poder encontrar el verdadero amor para sí misma, también le preocupaba que sus talentos no fueran reconocidos para siempre. De las dos angustias, sentía que el arte estaba más bajo su control. Era lo que la definía, lo que más le importaba.

Estaba feliz por la tía Frances y sus hermanas. Era maravilloso que todas hubieran encontrado el amor, pero en opinión de Corinna, las tres mujeres necesitaban algo más. Aunque disfrutaban del amor para completarse, ella tenía su arte.

Corinna poseía paisajes y naturalezas muertas, y sobre todo retratos. Su arte debería ser suficiente. Si tan solo pudiera conseguir que una de sus obras fuera aceptada en la Exposición de Verano, su futuro sería brillante, independientemente que apareciera o no un hombre en la pintura.

Tan pronto como el ministro anunció que la viuda Lady Stafford era ahora Lady Cavanaugh, Juliana comenzó a distribuir vasos de brandy de naranja, un brebaje que, según algunos ancestros antiguos, garantizaba una vida de felicidad conyugal. Corinna nunca comprendería cómo sus hermanas creían en semejantes tonterías. Pero tenía que admitir que Lord y Lady Cavanaugh parecían muy felices por ahora. Sentados juntos, en un increíble sofá de seda verde con brazos dorados tallados, que parecían leones alados, ambos sonrieron, mientras aceptaban las felicitaciones. Era evidente que la novia había encontrado a su dios griego, aunque era algo anciano y tenía el pelo plateado.

Juliana regresó a cuentas con su esposo, James. Le entregó a Corinna el último vaso con un suspiro de satisfacción.

—¡Oh! ¿No se ven perfectos los dos juntos? Sabía que terminarían casados.

Juliana siempre supo qué era lo mejor para todos y nunca dudó en anunciarlo. La temporada pasada había sugerido que la madre de su marido y Lord Cavanaugh compartieran un baile, y ahora, aquí estaban, ya eran marido y mujer.

—Su nuevo título incluso comienza con C —añadió Juliana con orgullo.

Corinna sorbió el dulce licor.

—¿Por qué debería ser eso significativo?

Deslizándose un brazo alrededor de la cintura de Juliana, James se rió.

—Mis tías —le recordó a Corinna—. Son Aurelia, Lady Avonleigh, y Bedelia, Lady Balmforth. Pero, hasta hoy mi madre, la hermana, era Cornelia, Lady Stafford.

—Ahora ella es Cornelia, Lady Cavanaugh, y las tres hermanas son las ladies: A, B y C —confirmó Juliana.

—¡Santa Ana! —dijo Corinna, mientras James se reía de nuevo y se alejaba.

Nunca entendería cómo funcionaba la mente de Juliana.

Como si la conversación la hubiera convocado, Lady A. se acercó.

—¿No fue hermosa la ceremonia? Mi hermanita, casada de nuevo. —Con un pequeño resoplido lloroso, pero feliz, apartó la mirada de la nueva Lady C. y se centró en Corinna—. ¿Cómo te va estos días, querida?

—Muy bien gracias.

—¿Y tu arte?

He estado pintando locamente. Espero que una de mis pinturas sea aceptada para la Exposición de Verano de este año.

—No lo olvides, prometí ayudarte.

—Gracias —replicó Corinna, aunque no tenía idea de cómo podría ayudarla la amable y regordeta señora. Pero una de las hijas de la mujer, quien también fue artista, había acabado trágicamente con su vida, antes de los veinte años, cuando saltó del Puente de Londres, llevándose consigo a su bebé por nacer. Y dado que la hija de Lady Avonleigh esperaba ser elegida para la Real Academia, la mujer anunció, el año pasado, que deseaba que Corinna triunfara en lugar de su hija.

Desafortunadamente, desearlo no lograría mucho y Lady A. no tenía conexiones con el mundo del arte. Pero Corinna sabía que el corazón de la dulce dama estaba en el lugar correcto.

—Aprecio tus buenas intenciones —le dijo con sinceridad.

—Tengo un plan —anunció Lady A.

Corinna no podría haberse sorprendido más si la nueva Lady C. hubiera pedido una anulación de su matrimonio

—¿Usted?

—Sí, de hecho. Hice una donación bastante grande a la Real Academia, destinada a proporcionar becas anuales para que los estudiantes que lo merezcan estudien en el extranjero. Una causa noble, ¿no lo crees?

—Mucho —dijo Corinna. La Real Academia patrocinó viajes de estudiantes años atrás, pero esas subvenciones habían estado en suspenso desde que comenzaron las guerras, lo que hacía imposible viajar al continente. Aunque tras la reciente derrota de Napoleón en Waterloo, los viajes se reanudaron, una vez más, y los artistas clamaban por ir.

Sin embargo, las becas de Lady A. serían todas para hombres, por supuesto, ya que las mujeres tenían prohibido el acceso a las escuelas de la Real Academia.

—Me encantaría ir a estudiar a Italia —Corinna suspiró.

—Estoy segura que lo harás, querida. Mi hija siempre quiso ir también. —Lady A. apoyó una mano comprensiva en su brazo—. He estipulado que los premios anuales se denominen Becas Lady Georgiana Cartwright, en su honor. Espero que ver el nombre de una dama en la beca anime a la Academia a considerar admitir mujeres en el futuro. Y mientras tanto...

Ella sonrió. Sus suaves ojos azules se volvieron un poco nublados, mientras miraba al vacío.

—Me da placer pensar en ayudar a cualquier estudiante de arte a lograr sus sueños, sin importar su género.

—Cuéntame el resto —instó Juliana.

—Ah, sí. —Lady A. asintió y regresó de donde se había quedado dormida—. El mes que viene celebraré una recepción por la tarde en mi casa, a la que invitaré a los miembros del comité de selección de la Exposición de Verano. Gracias a mi generoso patrocinio, estoy segura que todos se sentirán obligados a asistir. Y, por supuesto, también te invitaré a ti, Lady Corinna, dándote la oportunidad de mostrarles algunos de tus trabajos y, lo que es más importante, encantarlos e influir en su decisión.

Corinna dudaba de su capacidad para encantar. Sus hermanas la acusaban de ser sarcástica con mucha más frecuencia de lo que alababan sus virtudes más femeninas. Pero, como era desconocida en el mundo del arte (y eso sería un punto en su contra a la hora de juzgar), estaba encantada de tener la oportunidad de conocer al comité. Y también se encontraba asombrada porque Lady A. hacía todo lo posible para ayudarla.

—¡Muchas gracias! —lo dijo efusivamente—. Aprovecharé esta oportunidad al máximo, te lo aseguro.

—Debo dar crédito a quien se lo merece —manifestó Lady A.—. Todo el plan fue idea de tu hermana.

—Era tu dinero. —Se apresuró a señalar Juliana—. Y tu decisión sobre dónde debió asignarse.

—Me alegré de hacerlo. Mi querida hija lo habría aprobado. Me alegraré aún más cuando tu hermana se convierta en la primera mujer elegida para la Real Academia en cuarenta y nueve años, y me honrará haber participado en ello. —Tomando un sorbo de su brandy de naranja, miró a Corinna—. Por supuesto, tu talento será el factor determinante, querida. No tengo ninguna duda que eventualmente serás elegida con o sin mi ayuda.

Corinna deseaba poder estar tan segura.

—¿Usted necesita ayuda con la planificación? —Juliana le preguntó a Lady A.

—Me vendría bien una mano con las invitaciones —admitió la mujer mayor—. Mi caligrafía ya no es la que solía ser.

—Estaré encantada de ayudar —le aseguró Juliana. Eso no era de extrañar, ya que a

Juliana le encantaba tener su mano metida en todo—. Quizás podamos celebrar una pequeña fiesta de invitación aquí la próxima semana. El viernes por la tarde funcionaría bien. Invitaré a Alexandra y a nuestras primas. ¿Recuerdas a Rachael, Claire y Elizabeth?

—Por supuesto —dijo Lady A.—. Fue un placer charlar con ellas durante las fiestas de costura.

El año pasado, Juliana se había ofrecido a confeccionar ropa de bebé para el Hospital Foundling y necesitaba mucha ayuda.

—Agradecería la ayuda de tus primas. Y ahora... —Lady A. señaló a la nueva Lady C.—. Debo felicitar a mi hermana, antes de la cena de bodas.

Después de irse, Juliana atrajo a Corinna hacia tres de sus primas de cabello oscuro. A los veinte y veintiún años, Elizabeth y Claire Chase eran ambas guapas como pinturas. Su hermano alto, Noah, el conde de Greystone, era un año mayor y también era apuesto, pero Corinna pensó que una pequeña cicatriz que le atravesaba la ceja izquierda le daba un aspecto un poco peligroso.

Tenía una sonrisa igualmente peligrosa, que mostró, cuando Juliana y ella se acercaron.

—Voy a encontrar a Rachael —dijo, refiriéndose a la hermana mayor—. Si me disculpas. Mientras se alejaba, Juliana miró a Elizabeth y Claire.

—Estamos ayudando a Lady Avonleigh con la recepción que planea para lanzar la carrera artística de Corinna. Espero que ambas vengan a una pequeña fiesta para hacer invitaciones aquí el próximo viernes. Y espero que Rachael también venga, por supuesto. ¿A dónde se ha ido?

—La terraza. Ella simplemente está mirando hacia Green Park. —Claire parecía preocupada—. Hace mucho tiempo que no es ella misma.

—Me he dado cuenta —reconoció Juliana. Todo el tiempo que el hermano de Corinna, Griffin, había estado ocupado intentando casar a sus tres hermanas, Juliana buscaba emparejarlo con Rachael. Pero Rachael se olvidó de asistir a muchos eventos esta temporada y en la anterior—. Rachael siempre ha sido muy entusiasta. ¿Por qué crees que ha decaído su ánimo?

—Ella aún no ha superado la búsqueda de esa carta —respondió Elizabeth.

Claire le dio un codazo a su hermana menor en las costillas.

—¿Qué? —Juliana miró entre ellas—. ¿Qué carta?

—Ahora, ¡lo has hecho! —Claire la acusó. Sus inusuales ojos de color amatista miraban a los verdes de su hermana—. Rachael ha mantenido silencio sobre el tema deliberadamente, acaso, ¿no lo sabes?

Las manos de Elizabeth volaron hacia arriba para darse una palmada en sus propias mejillas.

—¡Oh, esos fiddlesticks!

—¿Qué carta? —repitió Juliana.

Aunque la Sala Pintada estaba llena de conversaciones confusas, el silencio de Claire y Elizabeth era notable.

—Sea lo que sea —dijo Corinna por ellas—. Rachael quiere que se mantenga en secreto.

—Seguramente, no quiso decir nada de nosotras —insistió Juliana—. Somos sus primas.

—No, ustedes no lo son —replicó Elizabeth, luego se tapó la boca con una mano.

—¿Qué? —Juliana y Corinna estallaron juntas.

Claire volvió a mirar a su hermana y luego suspiró.

—Cuando Rachael limpió la suite de nuestros padres en Greystone para Noah, encontró una carta que revelaba que tenía un padre diferente al nuestro. Parece que nuestra madre estuvo

casada antes, tuvo a Rachael y quedó viuda. Luego se casó con nuestro padre, antes de dar a luz.

Juliana pareció asombrada.

—Entonces, ¿quién es su verdadero padre?

—Ella no lo sabe. —Claire sacudió la cabeza con tristeza—. La carta no lo decía y no hay nadie a quien preguntar. No tenemos abuelos vivos y la única hermana de mamá murió cuando éramos jóvenes. Rachael revisó todas las pertenencias de nuestra madre, buscando pistas sobre quién podría haber sido su primer marido, pero, no encontró nada.

—¿Ella todavía está buscando? —preguntó Corinna, preocupada.

—No se le ocurre ningún otro lugar a donde buscar —aclaró Elizabeth—. Griffin incluso la ayudó a repasar todo, el año pasado, en caso que se le escapara algo.

Ahora Juliana parecía intrigada.

—¿Griffin sabe sobre esto?

—Él es el único, además de nosotras —dijo Claire—. Por favor, no le digas a Rachael que tú también lo sabes ahora. ¡Estaría mortificada!

—¿Por qué? —preguntó Corinna—. Ciertamente, su ascendencia no es culpa suya. ¿Piensa tan mal de nosotras que cree que eso cambiará nuestros sentimientos hacia ella?

—Me temo que no está pensando en nada estos días. —Claire se cruzó de brazos sobre su corpiño de satén violeta y dirigió otra mirada a su hermana—. Muy parecida a Elizabeth.

—¡Lo siento! —chilló Elizabeth.

Claire suspiró.

—No creo que Rachael se dé cuenta que ustedes no son sus primas. Está tan molesta por no saber quién es su padre, que no ha pensado más allá de eso. O tal vez ha bloqueado la verdad de su mente, porque no puede soportar la idea de perder a toda la familia que conoce.

—Ella todavía las tiene a ustedes dos —dijo Corinna—. Y a Noah.

—Pero, eso es todo. Por favor, déjala que lo resuelva ella misma, a su debido tiempo. No creo que pueda soportar escuchar nada más ahora.

—Prometemos no decírselo a nadie. —Corinna volteó hacia Juliana—. ¿No es así?

—Por supuesto que lo guardaremos. —Juliana extendió la mano para tocar los brazos de sus primas para tranquilizarlas—. Lamento escuchar que Rachael está tan molesta por este descubrimiento, pero les aseguro que nadie ni siquiera ella, se enterará por parte de ninguna de nosotras. Amamos a Rachael y no nos molesta eso, en absoluto.

Por el contrario, Corinna sospechaba que Juliana estaba personalmente emocionada al escuchar esta noticia. La principal objeción de Rachael a casarse con Griffin siempre había sido que era su primo. Aunque ese obstáculo desapareció, Rachael confió en Griffin, y él trató de ayudarla, manteniendo su secreto. Al sumar todo eso, parecía que otro de los continuos proyectos de Juliana estaba en camino al éxito.

Y si Juliana realmente lo lograba, estaría increíblemente satisfecha.

Siete

POCAS PERSONAS paseaban por Green Park, este jueves por la noche. El paisaje ondulado estaba sombreado por el sol poniente y los jardines eran muy tranquilos.

Sin embargo, eso no era así para Rachael.

Agarrándose a la barandilla de la terraza, contempló los pastizales y los árboles, diciéndose a sí misma que era hora de dejar de lado esos sentimientos. Nunca sabría quién la engendró y tenía que aceptarlo. Había permitido que Griffin la ayudara, como quería, y no encontraron nada, tal como se esperaba. Eso sucedió unos meses atrás, los cuales transcurrieron en una neblina melancólica.

El hombre que la crió la había cuidado, así que no debería importar que no hubieran compartido un vínculo de sangre, ¿cierto? ¿Y cuánto tiempo podría seguir enfadada con su madre por ocultarle los hechos? La mujer estaba muerta, por el amor al Cielo. La ira era inútil y tenía que seguir con su vida.

—Rachael.

Al dar la vuelta para ver a su hermano saliendo a la terraza, se obligó a sonreír.

—Noah. Llegaste tan tarde que no tuve oportunidad de charlar contigo, antes de la boda. —Sus prioridades nunca habían sido la familia o las propiedades—. ¿Ya dejaste el nuevo caballo de carreras en Greystone?

—Caballos —corrigió—. Compré dos. Y a ambos les va bien, ¡Sí! Espero tener una buena actuación en Ascot. Mientras estaba en casa pedí que se hiciera un inventario...

—¿Un inventario de qué? —“¿Desde cuándo a Noah le importa algo en el castillo Greystone?” Ella pensó.

—De todo... Mientras cenaba allí solo, noté el viejo retrato del primer conde sobre la chimenea, y me puse a pensar en lo que podría haberse acumulado en los ciento cincuenta años desde que se le concedió el título y las tierras. Los sirvientes aún no han terminado, supongo que les llevará semanas catalogar todo lo que encuentren. Pero, una cosa que descubrieron fue un viejo baúl, en el ático, con el vestido de novia de mamá y algunos otros artículos. Nada importante...

—Quiero verlo.

—Sabía que lo harías —dijo con una sonrisa irónica—. Por eso te digo que lo encontraron. Lo bajé y lo puse en mi habitación para que puedas revisarlo después de la temporada.

—Quiero verlo ahora. ¿Podemos ir a Greystone mañana?

—Acabo de regresar de Greystone y hay una recepción mañana en el Jockey Club. Además, ya te dije que nada en él es importante. Puedes esperar unas semanas.

—No, no puedo, Noah. —Él no sabía lo qué era importante. El baúl podría contener algo que revelaría la identidad de su padre—. Me voy mañana.

—No voy a ir contigo y no puedes viajar tan lejos sola... o con Claire, o Elizabeth. No sería seguro...

—Yo sé eso. —Pero conocía a otro hombre que podría estar dispuesto a acompañarla en su lugar—. Cuando vuelvas a entrar, ¿le pedirás a Griffin que salga un momento?

Ocho

—¿**PUEDES VENIR** por mí a las siete? —preguntó Rachael con algunos mechones sueltos de su cabello ondeando con la brisa, que cruzaba la terraza.

—¿Estás ansiosa? ¿Cierto? —Las hermanas de Griffin nunca estaban listas para salir de casa tan temprano en la mañana, pero ninguna de ellas estaba tan concentrada como Rachael—. Eso estará bien. ¿Vendrá también una o ambas de tus hermanas?

—Creo que no... ¡Mmm! La tía Frances está embarazada, así que supongo que le pediré a una de tus hermanas que salga de la cama y venga con nosotros.

—¿Por qué?

—Como acompañante, por supuesto.

—No necesitamos a una acompañante, Griffin.

Él tomó un sorbo de brandy de naranja, mirándola con cautela por encima del borde del vaso.

—Es un largo viaje.

—Solo medio día en cada dirección. No nos iremos de la noche, será en la mañana. Aparte de ti y mis hermanas, nadie sabe acerca de mi verdadero origen y quiero que siga siendo así, al menos por ahora. Además... —añadió—, eres mi primo. ¿Necesitaría una acompañante para viajar medio día con Noah?

—No soy Noah —aclaró Griffin—. No es lo mismo un primo que un hermano. Aunque no indicó que realmente no lo era. En el sentido más estricto, no era su primo. Al menos no por sangre, no desde que se había establecido que John Chase no era el padre de Rachael. No quería molestarla y, más concretamente, prefería que ella lo considerara un primo.

—Eres prácticamente mi hermano —insistió.

Quizás hacer que ella lo considerara un hermano era incluso mejor.

—Muy bien —dijo—. Vengo por ti, a las siete.

—¡Gracias! —exclamó, luciendo más feliz de lo que la había visto desde ese día decepcionante, cuando revisaron las pertenencias de su madre y no encontraron nada.

Mientras la veía regresar a Stafford House, con su delicioso trasero balanceándose, al avanzar, él apretó los dientes.

Griffin recordaba a Rachael como una adolescente torpe, una compañera de juegos poco femenina, con brazos flacos y piernas desgarbadas. A los catorce años, tenía una abolladura tonta en la barbilla, cabello oscuro, rizado y salvaje, y ojos de color azul cielo, que parecían demasiado grandes para su rostro. Pero luego él se fue de casa a Oxford, ingresando en la caballería. Y durante los años que pasó afuera, esa marimacho se había convertido en una mujer.

Y una muy sensual.

Esos ojos cerúleos ahora eran seductores, esos miembros eran largos y elegantes, y ese cuerpo era todo menos torpe. La abolladura en su barbilla ya no parecía tonta sino provocativa. Su cabello era liso y domesticado, excepto por esos pocos mechones castaños, que siempre parecían soltarse. O tal vez, ella los dejaba sueltos deliberadamente. De cualquier manera, los mismos acariciaban los lados de su rostro de una manera que le hizo desear que sus manos estuvieran allí, en ese lugar.

En resumen, Rachael Chase le parecía demasiado atractiva. Por eso estaba feliz de que ella lo considerara nada más que un primo.

Aunque los primos se casan a menudo, la tía de Rachael se había casado con un primo y luego, lamentablemente, dio a luz a un niño lisiado y débil mentalmente. Un médico dijo que la relación familiar podría ser la culpable, y, como resultado, Rachael estaba decidida a no casarse con cualquier primo, sin importar cuán distante fuera. Y eso le sentaba muy bien a Griffin, ya que no tenía intención de casarse con ella.

De hecho, no tenía intención de casarse con nadie.

Al menos, no en el futuro previsible.

Sus hermanas y Cainewood lo mantuvieron bastante ocupado, ¡gracias a ellos! Lo último que necesitaba era una distracción adicional u otra responsabilidad más. Por el amor al Cielo, solo tenía treinta años, pensó, mientras bebía el resto del brandy de naranja y volvía a entrar.

Todavía pasarían años, antes que tuviera que preocuparse por buscar a una esposa.

Nueve

LAS CASAS de los lados este y oeste de Berkeley Square estaban cerca de la calle y estaban construidas, una al lado de la otra, pero Lincolnshire House estaba sola en el extremo norte, detrás de un alto e imponente muro.

El viernes por la mañana, el guardia de la enorme puerta de madera frunció el ceño, ante el maletín que llevaba Sean.

—Los vendedores ambulantes no son bienvenidos.

La mano de Sean apretó el asa del sencillo bolso de cuero.

—Soy el sobrino del conde —dijo, casi ahogándose con las palabras.

Un pequeño grito sofocado salió de la boca del hombre.

—Perdóneme, señor Hamilton, lo siento... de verdad, lo siento. —Balbuceando, abrió la puerta—. Entre y acepte mis más sinceras disculpas.

Sean estaba más que dispuesto a hacerlo, pero se quedó mudo al ver la casa.

Su propia casa en Hampstead era grande e impresionante. Construida originalmente en el siglo diecisiete, había sido ampliada y remodelada, hace unos cincuenta años, por el notable arquitecto Robert Adam para un presidente del Tribunal Supremo, que trabajaba en la ciudad, pero quería vivir en los suburbios. Se asentaba en acres de jardines y bosques antiguos con una vista impresionante de Londres. Deirdre se quedó sin aliento la primera vez que la vio.

Sin embargo, la misma parecía una choza en comparación con la enorme mansión del conde de Lincolnshire en Berkeley Square.

Observó un edificio de ladrillo de estilo palladiano bastante sencillo. Simplemente, la casa era la más grande que Sean había visto jamás. Cinco jardineros trabajaban diligentemente en el patio, lujosamente ajardinado. Después de golpear la aldaba, se movió incómodo en los escalones de la entrada debajo del pórtico, deseando no haber dado nunca su consentimiento a lo que estaba a punto de hacer.

Ciertamente, Deirdre no había estado de acuerdo en que valiera la pena divorciarse. El grito de incredulidad de la noche anterior, “*¿Prometiste hacer...?*”, todavía resonaba en su cabeza. “*¡Eso es ridículo!*” Ella había despotricado, y las irlandesas no eran más que expertas despotricadoras. “*¡Tonto! ¡Tonto! No necesito que hagas de mártir para mí. Seré feliz junto a Daniel, estemos casados o no*”.

Bueno, tal vez ella sería feliz, pero Sean no. Ciertamente, no si los dos no hubieran intercambiado los votos. Pero aunque había estado tentado de decirle que Hamilton estaba amenazando con obligarla a volver a vivir con él, decidió resistir esa tentación. No quería ser el mártir, tampoco quería que ella se sintiera en deuda o cargada de culpa. Más le valía pensar que su hermano era un tonto.

De todos modos, eso no era nada nuevo.

Un mayordomo abrió la puerta. Su traje oscuro estaba almidonado y planchado. Sus rasgos parecían tan rígidos como su ropa, y su cara redonda parecía congelada.

—¿Puedo ayudarle señor?

—He venido a ver a mi tío, el conde de Lincolnshire.

—¿Su tío? Entonces, usted debe ser el señor Hamilton. —Como si de repente se hubiera derretido, toda la conducta del hombre cambió, haciendo pasar a Sean por la puerta —. Entre, entre.

—Soy Quincy y el conde estará muy contento de saber que usted ha llegado. Informaré al señor Higginbotham, su mayordomo, que usted está aquí para asegurarle que su habitación esté lista—. Miró el baúl. —Esto no puede ser todo lo que usted trajo.

—Mi lacayo traerá mis baúles después de ocuparse de mi carruaje.

—Bueno, bueno... Enviaré un lacayo para ayudarlo. El conde ha estado preguntando por usted desde que abrió los ojos esta mañana. ¡Sí! Desde anoche... cuando recibió su nota. Está en la cama, así que buscaré a una doncella para que lo acompañe rápidamente al piso de arriba.

El mayordomo cerró la puerta y rápidamente desapareció por un pasillo. Sean esperó pensativamente.

A diferencia de la sencilla fachada de la casa, su interior era absolutamente suntuoso. La gran entrada con columnas conducía a una amplia escalera curvada con amplios escalones hechos de mármol blanco puro. Sofás de estilo griego se alineaban en el perímetro, lujosamente tapizados en terciopelo de colores claros con ribetes más oscuros. El oro y el cristal brillaban por todas partes con mucha cerámica oriental, esparcida por todas partes. También había cuadros colgados en todos los lugares: enormes y con marcos dorados. Sean imaginó que probablemente serían famosos, aunque, sin saber nada de arte, no pudo identificar a un solo artista.

—Fantástico, ¿no?

Preguntándose si había estado con la boca abierta, volteó y vio a un pajarito, a una mujer de mediana edad, quien vestía un vestido oscuro con un delantal blanco almidonado.

—Es impresionante.

—La casa más impresionante de Londres —ella declaró, guiándolo por el suelo de piedra hacia las escaleras—. Lo cual es justo, considerando que Lord Lincolnshire es el hombre más maravilloso de toda Inglaterra.

“¿Maravilloso? ¿El conde es maravilloso?”

La familia de Hamilton siempre lo había descrito como un canalla sin corazón.

El poste de la escalera parecía estar hecho de cristal macizo. Sobre balaustres de hierro dorado, la barandilla también era de cristal. Mientras Sean subía, saludó con la cabeza a dos sirvientes más que bajaban.

—¿Qué le pasa exactamente a Su Señoría?

—¿Qué tragedia! —La doncella suspiró—. Se quejó de dolor en el pecho que duró algunas horas. Antes que llegara el médico, se desmayó y, cuando despertó, sus piernas empezaron a hincharse horriblemente. ¡Un espectáculo espantoso! Se lo digo. Y al pobre le falta el aire... Hidropesía, dijo el médico.

—Hidropesía. —Sean sabía poco sobre la enfermedad, pero sonaba mal—. Pero, él puede hablar, ¿no?

—Sí, él puede. —Al llegar a lo alto de las escaleras, ella giró por un pasillo que tenía más cuadros en las paredes y más cerámica oriental sobre las mesas de mármol del vestíbulo. Rodeó a una mujer que pulía el suelo ya impecable con incrustaciones—. Y no puede esperar para verlo.

Sean fue llamado a pasar por una puerta y se encontró con Lincolnshire en una enorme cama estatal, adornada con damasco oscuro junto con seda pálida. Con el rostro oculto a la vista de Sean por una robusta enfermera vestida de blanco, el conde estaba sentado, apoyado en cuatro o cinco almohadas. La enfermera terminó de rellenarlas y se alejó.

—¡John! —exclamó el hombre cuando Sean apareció a la vista. Tenía ojos de color claro, cabello gris ralo, peinado hacia adelante, y una apariencia absolutamente digna y agradable.

Y no parecía tan enfermo como había indicado Hamilton.

—Estoy muy contento que hayas aceptado hacerme compañía en mis últimos días —

añadió con entusiasmo—, ven aquí, sobrino. Déjame echarle un vistazo.

Sintiéndose como el fraude que era, Sean se acercó.

—Su carta implicaba que estaba bastante enfermo, milord.

—¿Milord? Por favor, llámame tío. Y sí, me temo que estoy bastante enfermo. Comenzó con un dolor enorme: una gran presión opresiva en las proximidades de mi corazón. Como si un hombre estuviera sentado sobre mi pecho. —Él hizo una pausa y luego siguió—, no...

—Como si el príncipe regente estuviera sentado sobre mi pecho —corrigió y sonrió ante su propia broma. El príncipe regente tenía un gran sobrepeso. Aunque Sean nunca había estado en los círculos de la corte, incluso él lo sabía. Los periódicos a menudo publicaban caricaturas difamatorias, y en una reciente aparecía el príncipe gordo, hurgándose los dientes, después de una comida abundante.

—Los médicos dicen que no aguantaré dos semanas —expresó Lincolnshire, un poco sin aliento—. Necesito todas estas almohadas porque no puedo respirar acostado. Tengo que permanecer erguido incluso para dormir... para poder respirar. Siéntate, siéntate.

Con un aspecto mucho más alegre de lo que debería ser un hombre condenado a muerte, señaló una silla de terciopelo capitoné cerca de la cama.

—Es hidropesía, me dicen.

—¿Qué lo causa?

—Eso no me lo han dicho. O tal vez no lo sepan. Siéntate, John, siéntate.

—Pareces tan alegre —comentó Sean mientras se agachaba.

—Estoy feliz de verte. Después de todos estos años, John...

—Sean —lo interrumpió.

—¿Eh?

—Llámame Sean, por favor. —No podía soportar que lo llamaran por el nombre de Hamilton, sin mencionar que probablemente se olvidaría de responder—. Sean es el mismo nombre que John en Irlanda, ¿lo sabes? Así es... me llaman Sean desde que era niño. Todos mis amigos y familiares todavía me llaman Sean.

—No te queda más familia aparte de mí, ¿cierto? ¿O solo por parte de tu madre? —El viejo ladeó la cabeza—. Tú también tienes acento irlandés. ¿Cómo es eso?

Sean había olvidado que los padres de Hamilton estaban muertos y que él no tenía hermanos. “¿Qué me hizo pensar que podría lograrlo?” Advirtiéndose a sí mismo que debía andar con más cuidado, ignoró las primeras preguntas y respondió a la última.

—Seguramente, sabes que crecí en Irlanda.

—Pero al fin y al cabo eres inglés. Me aseguré que siempre tuvieras tutores ingleses. Yo mismo pagué las enormes facturas.

Sean se encogió de hombros, casualmente, como lo esperaba.

—Todos los que me rodeaban eran irlandeses. De todos modos, supongo que cogí un poco de acento.

—¿Un poco?

Sinceramente, Sean creía que había perdido la mayor parte. O al menos lo intentó. Tenía mucho cuidado de decir siempre “sí” en lugar de “si”, y “mi” en lugar de “mío”. “Sí, ese es mi mejor traje”, en lugar de “si, ese es mío, mejor traje”.

Sabía que los irlandeses tenían una reputación menos que excelente en Londres.

—¡Ah! Bueno, supongo que eso no significa nada —dijo amablemente Lincolnshire—. Te llamaré Sean si te agrada. Me alegro de tenerte aquí. Me he sentido solo desde que falleció tu tía.

La tía de Hamilton, la esposa de Lincolnshire. La culpa era como un puño alrededor del corazón de Sean.

—Debes extrañarla.

—Seguramente... lo hago. Después que todos nuestros hijos murieron, al menos todavía nos teníamos el uno a la otra. Es bastante desconcertante encontrarse solo.

—Usted parece estar rodeado de personal, señor tío. —Ese era un eufemismo de grandes proporciones. La enfermera seguía trabajando en las sombras, y en los últimos minutos habían entrado y salido dos criadas más, entregando un vaso de agua, arreglando las cortinas y velando por la comodidad del hombre.

—¡Ah! Sí, lo estoy. —El conde sonrió un poco tímidamente, dejando al descubierto unos dientes rectos, pero manchados de té.

—La señora Skeffington me cuida excelentemente —expresó, señalando a la enfermera—. Pero, ella tiene algo de ayuda. Más de cien sirvientes en total, y no puedo despedir a ninguno. Mi familia los ha empleado a todos durante años.

—¿A todos ellos?

—Y a su gente, antes que ellos, generaciones atrás. Mis antepasados albergaron a muchos parientes, ¿lo sabes? Como hice yo en el pasado.... —Un suspiro escapó de sus labios, era una especie de sonido jadeante—. Mientras mi familia se redujo, las familias de los sirvientes siguieron creciendo. Después de tantos años de leal servicio, no puedo encontrar la fuerza para sacarlos. Hoy en día no es fácil encontrar buenos sirvientes ni siquiera vienen con cartas de recomendación.

Si bien mantener un personal tan grande rayaba en lo absurdo, Sean encontró el sentimiento conmovedor, lo que elevó su culpa a un nivel mayor. No era de extrañar que la doncella hubiera descrito a Lincolnshire como el empleador más maravilloso de toda Inglaterra.

Sentía que el desayuno de Sean se le estaba congelando en el estómago. Un collar de hierro parecía apretarle la garganta. “¿Cómo puedo hacerle esto a un hombre tan agradable?” Estaba claro que Lincolnshire no era el canalla que Hamilton había descrito. Y tampoco estaba “incapacitado”. Quizás estaba llegando a las puertas de la muerte, pero al menos, por ahora, el hombre estaba completamente alerta.

Lincolnshire se inclinó para acariciar la mano de Sean.

—Me alegro mucho que estés aquí, John —repitió agradecido.

—Sean —lo dijo entrecortadamente.

—Sean, sí. Tendré que acostumbrarme a eso. —Volvió a sonreír, una sonrisa afectuosa que elevó la culpa de Sean a nuevas alturas—. Lady Partridge dará un baile mañana por la noche. Ya envié mis disculpas, pero, ahora... tengo un anhelo de ver a todos mis amigos por última vez. Para presumir de mi famoso sobrino. Le diré a mi secretario que le envíe una nota, si no te resulta mucha molestia acompañarme.

¿Eso era un problema?

La culpa se transformó en un pánico que los problemas ni siquiera empezaban a describir.

Si Sean apareciera en sociedad como el sobrino de Lincolnshire, la verdad se revelaría cuando Hamilton volviera más tarde como él mismo. ¿Y entonces, dónde estarían todos? Hamilton perdería su carrera artística o su herencia. Mataría a Sean o, al menos, le negaría el divorcio a Deirdre. La hermana de Sean seguiría viviendo en pecado, y él resultaría peor que un tonto, siendo un completo fracaso como hermano y hombre.

—Preferiría que no me “alardearan” —explicó cuidadosamente—. Más bien, soy un misterio para el público. Ese secreto aumenta mi prestigio y...

—Tus maneras misteriosas son una leyenda. Muy bien entonces. —Lincolnshire pareció resignado y Sean se sintió aliviado... durante aproximadamente dos segundos—. No le diré a nadie que eres John Hamilton. Simplemente te presentaré como mi sobrino Sean.

—Seguramente, la gente sabe quién es tu heredero...

—Les diré que eres mi otro sobrino perdido hace mucho tiempo, por ahora. Sabrán la verdad, por supuesto, cuando heredes. Será nuestro pequeño secreto. —Por un momento, los ojos del conde brillaron con alegre diversión, pero rápidamente se puso serio—. Yo... bien...

El anciano se aclaró la garganta, pareciendo avergonzado.

—Había dejado de vivir, Sean. No quería ver a nadie. Pero, ahora... tenerte aquí... me hace querer vivir de nuevo. Me queda poco tiempo. Contigo a mi lado, deseo despedirme. —Un brillo de lágrimas cubría sus ojos—. Por favor, sobrino, hazme este favor.

¿Cómo podía Sean negarse a un tipo tan bueno y honrado? ¿Cómo podría negarse? ¿Cómo podría decepcionar al hombre más maravilloso de toda Inglaterra?

Miró hacia el techo exquisitamente pintado, donde la diosa del alba perseguía a la diosa de la noche. Hamilton se había equivocado demasiado con su tío de muchas maneras. Y ser presentado como el otro sobrino de Lincolnshire no debería implicar ningún riesgo. Su artimaña nunca saldría a la luz. Sean no tenía relaciones con la alta sociedad. Antes de Lincolnshire, no conocía a ningún miembro de la alta sociedad. Nadie debería sospechar que él era otra cosa que lo que Lincolnshire decía, y después que todo esto terminara, nunca volvería a ver a ninguno de ellos.

—Muy bien —dijo finalmente, bajando la mirada para encontrarse con los ojos del conde—. Yo te acompañaré... Solo recuerda llamarme Sean.

Diez

GRIFFIN PASÓ toda la mañana del viernes, sentado frente a Rachael, en su maldito carruaje, respirando su aroma y observándola lamer sus labios, varias veces, y le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes. Era eso o saltar a través del espacio entre ellos para besar ese atractivo brillo. Esto último era una tentación, que había logrado resistir durante todos los meses transcurridos desde que dejó la caballería, y regresó a Inglaterra.

Una tentación que estaba decidido a resistir para siempre.

En lugar de eso, habló de política, libros, obras de teatro, familia, propiedades y planes para el futuro... cualquier cosa para no pensar en esa boca generosa y reluciente. Le resultaba difícil hablar con los dientes apretados, por lo que agradeció que Rachael mantuviera su parte de la conversación. Siempre había sido fácil hablar con ella, especialmente con una mujer.

Por fin, a primera hora de la tarde, el carruaje cruzó, traqueteando el puente levadizo y entró en el modesto patio frente al pequeño castillo, que era el hogar de Rachael, en Greystone. La lluvia primaveral le cayó en la cabeza, cuando abrió la puerta y saltó al camino circular. Exhaló un suspiro de alivio y se acercó para ayudar a Rachael a salir.

No tenía guantes, ¡maldita sea! Su mano se sentía demasiado caliente en la de ella, especialmente cuando la dejó allí, mientras recorrían un corto pasillo cubierto y entraban por la sencilla puerta de roble. Sus dedos temblaban, fuera por el frío o ante el nerviosismo de lo que ellos podrían encontrar... pero, él no estaba seguro por qué.

Agradeció que ella dejara caer su mano cuando el mayordomo, Smithson, se acercó.

—Lady Rachael, Lord Cainewood. —Alto y delgado con cabello gris y penetrantes ojos grises, que parecían hacer juego con el antiguo castillo, Smithson era demasiado educado para mostrar consternación ante su inesperada llegada—. ¡Qué agradable sorpresa!

—Estaremos aquí por poco tiempo —le aseguró Rachael—. No hay necesidad de ningún preparativo.

Él miró el reloj de caja alta, que se encontraba en la entrada cuadrada con suelo de piedra.

—Le pediré a la cocinera que prepare un almuerzo. ¿Quieren algo más?

—No gracias. Solo deseo ir a buscar algo de mi madre, y Lord Cainewood tuvo la amabilidad de acompañarme. —Se dirigió hacia la escalera de roble que subía por la pared opuesta a la entrada—. Por favor, no te molestes ni a ti, ni a nadie más.

Griffin la siguió escaleras arriba. Ella pasó junto a dos de las pinturas de acuarela de su madre y recorrió el pasillo, que conducía a lo que solía ser el dormitorio de sus padres. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de papel verde pálido con tracerías doradas, la ropa de cama de terciopelo era verde con un tono más intenso, y los muebles eran ligeros y esbeltos del estilo popularizado por Sheraton.

—¿No estaba la habitación decorada de rojo? —él preguntó—. ¿Y los muebles de roble oscuro?

—Lo cambié todo por Noah. —Habiendo alcanzado la mayoría de edad el año pasado, su hermano finalmente había asumido la responsabilidad de las propiedades, una que Rachael asumió desde que sus padres murieron, cuando ella tenía solo quince años—. Para que sea suyo, no de papá y mamá.

Él se quedó pensativo. “¿Cómo Rachael actuó así?”

—Pero, ¿algunas de las cosas de tu madre están aquí ahora?

—En ese cofre. —Hizo un gesto hacia el único mueble pesado y oscuro, un gran baúl tallado colocado en un rincón. Sin embargo, la voz de ella sonaba débil—. Noah lo hizo bajar del ático... Dijo que nada en el mismo es importante.

—Él podría estar equivocado —él lo manifestó, esperando que ese fuera el caso—. Echemos un vistazo.

—Sí, vamos. —Ella se acercó al baúl y sacó una funda bordada y una lámpara que alguien había colocado encima. Luego se arrodilló y respiró hondo, antes de abrir la tapa con una reverencia. Un olor a humedad flotaba, era almidón y cuero envejecido mezclado con toques del perfume de gardenia de su madre—. ¡Oh, cielos! Griffin.

Él se arrodilló a su lado.

—Bonito —murmuró, levantando un sombrero de paja de encima del contenido.

—Han pasado años de estar a la moda. Recuerdo que lo usaba cuando yo era niña. —Rachael sacó algunas prendas más anticuadas y luego retiró una bata blanca—. Este debe ser el vestido de novia que mencionó Noah. Recuerdo haberlo visto en el retrato de su boda.

Aunque claramente pasado de moda, el vestido era de encaje y hermoso. Georgiana, la madre de Rachael, era esbelta como su hija, flaca y de curvas gráciles, y obviamente no llevaba mucho tiempo embarazada, cuando se casó con John Chase. El vestido parecía que le quedaría perfecto a Rachael.

—¿Lo usarás también para tu propia boda algún día, ahora que lo has encontrado?

—Me encantaría, pero... —Sus ojos se nublaron, mientras miraba el baúl—. ¡Maldición! No voy a llorar.

Rachael podría maldecir con tanto colorido como un soldado de caballería, pero eso no molestó a Griffin. Lo consideraba parte de su encanto. Le recordó que ella había pasado años como conde de Greystone, en todo menos en el nombre, y la admiraba por eso.

—Pero, ¿qué? —insistió.

—Ella lo usó para su boda con él. Lord Greystone no era mi padre.

Él extendió la mano para tomar su barbilla y girarla para que lo mirara.

—Lord Greystone fue tu padre en todos los sentidos importantes. Estoy seguro que ella hubiera querido que lo usaras. De hecho, lo habría sentido como un honor.

Ella asintió y tragó saliva.

—De todos modos, no estoy segura si alguna vez me casaré.

—Por supuesto que lo harás. Cualquier hombre tendría la suerte de tenerte. Me sorprende que Noah no haya encontrado una pareja para ti.

—¿Noah? —Se le aclararon los ojos y empezó a reírse, volteando hacia el baúl—. ¿Quién dirigiría esto, si yo me caso? No me igualará en el corto plazo.

Aunque solo era dieciocho meses menor que ella, Noah siempre había parecido mucho menos maduro. Pero Griffin no podía imaginar a ningún hombre que quisiera la responsabilidad de tres hermanas. Es mucho mejor buscarles buenos maridos y disfrutar de su compañía de vez en cuando sin preocuparse por la suerte de ellas.

Debajo de la ropa había unos cuantos libros viejos, pero todos estaban firmados: “Para Georgiana, con amor de mamá”, y fechados con su cumpleaños temprano, sin dar pistas sobre su primer marido. No había diarios ni nada de carácter personal. Un montón de cartas atadas con una cinta tampoco contenía información pertinente. Todas fueron escritas en los años posteriores al nacimiento de Rachael.

Cuando el baúl estuvo vacío, Rachael encontró una pequeña caja en el fondo y la sacó. Llevaba una estrecha y sencilla banda de oro.

—¿Su anillo de bodas? —adivinó Griffin.

—Ella fue enterrada con su anillo de bodas. A menos que... —Ella lo miró con asombro en sus ojos—. Esto debe ser de su matrimonio con mi padre.

Miró adentro y giró la banda para captar la luz.

—Sin inscripción. Sin pistas —suspirando, se lo puso en el anular de su mano derecha—. Encaja.

—No me sorprende. —Las rodillas de Griffin crujieron cuando se puso de pie, estirándose—. Entonces, eso es todo, ¿cierto?

—Todo lo que había aquí era viejo, las cosas que ella ya no usaba, las cosas que tenía sentido guardar. —Dejando el anillo en su dedo, comenzó a guardar todo lo demás—. Supongo que ella no tenía mucho que conservar. Mamá llevaba una vida tranquila.

Él asintió.

—Mis padres a menudo nos dejaban con nuestras institutrices, pero recuerdo que tu madre siempre estaba en casa contigo.

—Ella nunca fue a Londres. Dijo que el aire allí era malo para sus pulmones. —Otro suspiro triste escapó de sus labios, mientras amontonaba los últimos artículos y cerraba el baúl—. Noah tenía razón. ¡Aquí no hay nada importante! Lamento haberte hecho perder el tiempo.

—No fue un desperdicio, Rachael. —La observó extender la tela bordada y el estrecho anillo de oro brillaba, mientras se movía—. ¿Tu madre no tenía otras joyas?

Con la lámpara en la mano, ella se quedó paralizada.

—Sí, por supuesto que las tenía. Las ha tenido todo el tiempo. Puede que fuera callada, pero le gustaban las cosas bonitas. Ella me legó todas sus joyas. Claire y Elizabeth eligieron cada una algunas piezas, pero, el resto está en mi habitación.

Él le quitó la lámpara y la dejó decidiendo, luego extendió una mano para ayudarla a levantarse.

—Deberíamos mirarlas una última vez. Tal vez consigas algo...

—No hay nada... Me habría dado cuenta.

¡Sí! Probablemente lo habría hecho. Rachael era una notable observadora.

—Pero, echemos un vistazo, ¿de acuerdo?

La habitación de Rachael era de color rosado intenso, verde penetrante y azul oscuro, una combinación tan clásica y sofisticada como la propia Rachael. Otra de las acuarelas de su madre colgaba sobre su lavabo. Cogió una caja de caoba de su tocador, la llevó consigo para sentarse en la cama y dio unas palmaditas, en el lugar a su lado, a modo de invitación, aparentemente cómoda con un hombre soltero en su habitación.

Griffin deseaba poder decir lo mismo. Se sentía muy impropio estar ahí.

Sin embargo, él se sentó cuando ella abrió la caja. Llena hasta el borde, brillaba con oro y perlas resplandecientes, diamantes y gemas de colores. Griffin no sabía mucho sobre joyería, pero reconoció la fortuna que vio.

Sus ojos debieron haberse ampliado, porque Rachael se rió ante la expresión de su rostro.

—Esta familia descende de joyeros —le recordó—. Mi tatarabuela, o algo así.

—Creo que necesitas algunas más grandes —dijo, recordando otras cosas—. La tienda de tu padre se quemó en el gran incendio, ¿no? ¿Allá por la década de mil seiscientos sesenta?

—Algo como eso. Unos primos tienen otra tienda en Londres. Creo que la abrió uno de sus hijos. En cualquier caso, hay muchas más joyas, incluidas algunas muy antiguas, en la caja fuerte del taller de Claire. —Su hermana Claire había retomado el antiguo pasatiempo familiar—. Estos eran artículos personales de mamá. Algunas reliquias familiares que le dio mi padre,

me refiero a Lord Greystone, y algunas cosas nuevas. Pero, nada que pueda identificar como proveniente de su primer marido.

Griffin examinó el tesoro escondido, anillos y pulseras brillando, mientras se deslizaban entre sus dedos. Reconoció un collar de diamantes que Rachael lució en un baile en Cainewood, dos veranos antes, un par de pendientes de rubíes, que se parecían a los del retrato formal de su madre, y un broche que había visto a menudo prendido en el vestido de Georgiana.

Un relicario le dio esperanzas momentáneas, pero contenía un mechón de cabello, no tenía un grabado en miniatura ni una nota. No había fechas ni nombres tallados en nada.

Entonces, otro broche llamó su atención.

—Las plumas del príncipe de Gales —él murmuró, sacándolo del montón.

Tres plumas plateadas se elevaban de una corona de oro con cruces y flores de lis alternas, tachonadas de rubíes y esmeraldas. En la parte inferior, una cinta dorada llevaba un lema.

—¿Qué dice? —preguntó Rachael.

—“*Ich Dien*” significa “Yo sirvo”. —Él la miró, su corazón latía con fuerza—. Tu padre... quiero decir, John Chase, Lord Greystone... ¿estuvo alguna vez en la caballería?

—Por supuesto que no. Su hermano menor sirvió en el ejército, pero el abuelo nunca habría permitido que su heredero arriesgara su vida.

—No lo pensé... Esta puede ser nuestra pista.

Ella parpadeó.

—Es un símbolo nacional de Gales, ¿no? Supuse que era un recuerdo de una visita.

—Es una insignia militar. Décimo húsares... Mi regimiento.

La esperanza saltó a sus ojos azul cielo.

—¿Crees que un miembro se lo dio a mi madre?

—Un oficial, por el aspecto de esta pieza. Oro y piedras preciosas. Un soldado usaría una versión mucho menos costosa. —El metal se sintió frío en sus dedos cuando le dio la vuelta. No había nada grabado en la parte de atrás.

—No hay más pistas —ella lo dijo con un suspiro.

—Esto por sí solo puede ser suficiente. ¿Te importaría si lo guardo por un tiempo?

—Por supuesto que no. Pero, ¿cómo puede ayudarte a encontrar a mi padre?

Él lo guardó en su bolsillo.

—Murió en mil setecientos noventa y dos, en algún momento de los meses posteriores a tu concepción, pero antes que nacieras... eso es lo que sabemos. Entonces, no estábamos en guerra. Luis Dieciséis aún no había sido juzgado y ejecutado, y Napoleón no llegó al poder hasta el año noventa y nueve. No debería haber habido muchas muertes ese año... el décimo regimiento habría estado en casa, en tiempos de paz, hay pocas víctimas. Iré al cuartel general del regimiento y pediré ver los registros.

Tomaría dos días llegar allí, un día para buscar en los registros y otros dos días para regresar a casa. Cinco días durante los cuales Corinna no conocería a ningún hombre adecuado. Pero por mucho que quisiera que su hermana se casara y se fuera de sus manos, eso no le importaba a ella.

La felicidad de Rachael también era importante.

Aunque otra mujer podría haber hecho una protesta simbólica, Rachael no era de ese tipo.

—Gracias —dijo en cambio, una palabra simple y de agradecimiento—. ¿Esperas encontrar algo que pueda decirnos quién era?

Él se encogió de hombros, no queriendo crearle ilusiones.

—Puedo probar. Te llevaré de regreso a Londres ahora y me gustaría llevar a Corinna al baile de Lady Partridge, mañana por la noche. El domingo, a primera hora, saldré hacia el cuartel general del regimiento. Con suerte, tendré una respuesta el jueves.

—Un oficial. —Ella respiró—. ¡Alguien importante!

Una carcajada brotó de él.

—No hace falta importancia para estar en un regimiento. Solo dinero...

—Era importante. Dirigió campañas en la guerra de la independencia. Su patrulla trajo noticias de la retirada prusiana en Wavre, lo que influyó en el duque de Wellington para luchar en Waterloo. —Sus ojos femeninos brillaron.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tus hermanas. Están orgullosas de ti. Habrías estado en Waterloo, si tu hermano no hubiera muerto.

—Fue así —lo dijo rotundamente, manteniendo la amargura fuera de su voz.

Nunca quiso ser marqués. Y se había sentido condenadamente ineficaz desde que se convirtió en uno. Pero ahora tenía la oportunidad de aprovechar sus conexiones con los militares. Y era para ayudar a alguien.

Para ayudar a Rachael.

Y ese pensamiento lo volvió demasiado complacido.

Once

—**NO VAS** a quedarte despierta hasta altas horas otra vez, ¿cierto?

En una neblina creativa, Corinna se apartó de su caballete y parpadeó hacia su hermano en la puerta del salón. Era cerca de medianoche y ella no se había dado cuenta que él regresó a casa.

—Estoy empezando una nueva pintura.

—No respondiste mi pregunta. He tenido un día largo y me voy a la cama. ¿También te retirarás pronto?

—No lo sé. —Irritada, dejó su paleta—. Depende de cómo vaya esto.

Griffin se acercó.

—No parece gran cosa.

—Todavía...

Todo lo que había hecho era aplicar capas de fondo gris pálido, que usaba como tinte para sus pinturas, con un óvalo blanco rugoso en la parte media superior.

—¿Qué vas a hacer?

—No estoy segura —respondió ella.

Sin embargo, ella sabía lo que quería que fuera: un retrato. Por eso, había colocado el óvalo blanco donde pensaba pintar la cara. Los tonos de piel parecerían más brillantes sobre el blanco que sobre el gris, y ella quería que el rostro fuera luminoso.

Y quería que fuera un buen retrato. Por eso había dibujado los Mármoles de Elgin.

—Quiero que duermas bien por la noche —presionó Griffin—. Tengo varios hombres que quiero que conozcas en el baile de Lady Partridge mañana por la tarde.

Eso no, otra vez no. “*Ahora será tu turno*”, recordó lo que le dijo Juliana. Todo lo que ella quería era concentrarse en su arte, pero todos querían casarla.

Como pintura frotada con trementina, su neblina creativa se disipó.

—Bueno, entonces, me iré a la cama —dijo sarcásticamente, pensando que de todos modos no había decidido a quién quería pintar.

—Me alegra oírlo —replicó Griffin, evidentemente extrañando su sarcasmo—. Por cierto, tengo que irme el domingo por la mañana, y probablemente no volveré hasta el jueves. No podré llevarte a Almack's el miércoles por la noche.

—¡Qué lástima! —Día tras día pintando sin interrupciones, mientras él estaba ocupado solucionando algún problema en Cainewood o lo que fuera. Aunque se preguntaba vagamente qué iba a hacer él, no quería prolongar la discusión, y ocultaba su sonrisa—. Eso es una lástima, Griffin... Buenas noches.

Esperando con ansias la próxima semana, tarareaba, mientras limpiaba y guardaba todo. Luego, subió a su habitación, encendió una vela cerca de la chimenea y se metió en el vestidor para coger un camisón.

Y allí se detuvo en seco.

Las pinturas se burlaban de ella. Vio cuadros escondidos, decenas de ellos, apilados y apoyados contra las paredes. Retrato tras retrato, ninguno estaba del todo bien.

Había pasado una década o más aprendiendo a pintar naturalezas muertas y paisajes. Practicando, perseverando y perfeccionando. Con el tiempo, empezó a incluir gente en sus escenas, figuras paseando, trabajando o simplemente descansando en el fondo. Pero, eso no fue

suficiente: sus sueños no estaban satisfechos.

Siempre había querido pintar retratos reales o estudios detallados de personas. Estaba prácticamente ansiosa por pintar retratos, y el año pasado dejó atrás todos los demás tipos de pintura.

Se acercó y hojeó los lienzos, acercando la vela para examinar los muchos esfuerzos del año. Su doncella. Alexandra y Juliana. Alexandra y el bebé Harry. Juliana sola con los hombros desnudos y la falda levantada para dejar al descubierto una escandalosa rodilla desnuda.

Juliana, la querida, amablemente había posado desnuda para Corinna. Desnuda rígidamente y consciente de sí misma. Desafortunadamente, Corinna no pudo pintar a su hermana desnuda, ya que la visión de una obra de arte así habría vuelto loco a Griffin.

Y ninguna de sus pinturas era lo suficientemente buena.

Suspirando, las apoyó contra la pared. Sabía que tenía lo necesario para realizar un buen retrato. Hacía mucho que dominaba todas las cosas que podía estudiar fácilmente (el rostro, el cabello, la ropa y las manos) y retrataba las expresiones de sus sujetos con una perspicacia infalible.

Pero cuando se trataba del cuerpo, siempre se sentía frustrada. Las personas parecían rígidas y antinaturales, lo que no era del todo sorprendente, dado que se veían tensas y extrañas cuando posaban. La doncella y las hermanas de Corinna nunca parecían poder quedarse quietas por mucho tiempo, y dibujarlas nunca había resultado tan útil como ella hubiera deseado.

Sin mencionar que su doncella y sus hermanas eran todas mujeres. Los hombres estaban formados de manera diferente y, como la mitad de la población mundial era masculina, Corinna tenía la intención de pintarlos también. Pero, salvo su hermano, que hasta el momento no había cooperado, ¿dónde diablos se suponía que una dama de buena educación encontraría un modelo masculino?

“Bueno, tal vez dibujar los Mármoles de Elgin funcionó”, recordó, levantando la barbilla. Al menos, los mismos se habían quedado quietos durante horas.

Cuadrando los hombros, regresó a su habitación y llamó a su doncella para que la ayudara a prepararse para ir a la cama. Pero después descubrió que no podía relajarse. Rara vez se levantaba, antes del mediodía, porque por costumbre se acostaba tarde. Aunque pintar a la luz de las velas, en lugar de la luz del sol, a veces podría resultar un desafío. Las horas de la noche eran tranquilas, casi místicas y reflejaban el mejor momento para desarrollar la creatividad.

Todavía era demasiado temprano para conciliar el sueño.

Sacó un pequeño libro escondido debajo de su cama, el segundo volumen de *Celia en busca de un marido* de Medora Gordon Byron. Sonriendo, lo acunó en sus manos. Era una novela de Minerva Press, un romance tórrido, encuadernado como de costumbre en papel barato con dibujos de mármol.

Además de pintar, leer novelas de Minerva Press era la vía de escape favorita y más secreta de Corinna.

Ella también las compraba en secreto. Afortunadamente, había una librería al lado de la tienda del colorista donde compraba sus materiales de arte. En estas excursiones, la acompañaba generalmente su doncella o un lacayo, ya que nadie en la familia tenía la paciencia de esperar horas, mientras ella elegía los aceites y tintes perfectos. Lo cual estaba bien, ya que eso significaba que tampoco la veían entrar a la librería después.

Lo último que quería era que su familia descubriera que se deleitaba con una literatura tan poco refinada. Sus hermanas se escandalizarían, o se burlarían de ella sin piedad. Y Griffin sin duda estaría contento. Seguramente, él diría que eso demostraba que ella ansiaba amor y un

marido.

Podría prescindir de cualquiera de esas reacciones.

Para asegurarse doblemente que no había riesgo de ser descubierta, después de leer una novela de Minerva Press, siempre la donaba a la biblioteca circulante. De esa manera otras mujeres podrían disfrutarlas. No tenía necesidad de volver a leerlas, ya que estaba afligida (sí, realmente afligida) por la capacidad que tenía de recordar todo lo que leía.

Palabra por palabra.

Las páginas impresas simplemente aparecían en su mente y frases aleatorias brotaban en su cabeza, en los momentos más extraños e inconvenientes. Esto era molesto hasta el final. Casi lo suficientemente molesto como para hacerla dejar de leer.

Pero, solo era así, casi... Dejó la vela en su mesilla y abrió *Celia en busca de marido* con un suspiro de felicidad.

Celia era bastante divertida. Aunque la mujer proclamaba en voz alta y con frecuencia que quería un marido, descartaba a los hombres, a diestra y siniestra, como si fueran pañuelos usados. En la página 183, Celia suspiró “mentalmente”, según el autor.

Corinna también suspiraba a menudo en silencio.

“¿Soy rígida? Se preguntó Celia. ¿Qué mujer de verdadero sentimiento confiaría su paz al cuidado de un libertino? Puede resultar vanidad del amor creer que podemos arreglar el corazón sin principios hasta ahora, pero, una mujer confiada debe encontrar, en la criatura de su elección, ya sea el ídolo de sus esperanzas, o una cierta desilusión en su felicidad conyugal, porque aquí no hay más nada que hacer”.

Exacto, pensó Corinna con un suspiro. Un suspiro mental, por supuesto. No se puede arreglar a un hombre sin principios, por mucho que ella lo ame, y ¿cuáles eran las posibilidades que conociera a su ídolo? Era mucho más probable cierta decepción, razón por la cual ella, una mujer de verdadero sentimiento, estaría mucho mejor si pusiera su fe en su querido arte.

Doce

LADY PARTRIDGE vivía en una pequeña mansión en las afueras de Mayfair. El sábado por la noche, la fila de carruajes se extendía por varias calles. Sean pensó que podría haber inspeccionado dos propiedades y negociado tres acuerdos cuando él y su “tío” llegaron al frente.

Dos lacayos se acercaron a Lincolnshire, que había pasado la mayor parte de la espera dormitando. Mientras lo ayudaban a salir cojeando, miró a Sean.

—Pareces un poco sobrio, ¿eh?

—¿Le ruego me disculpe, señor? Debería pensarlo. —Sean observó a los lacayos acomodar al conde en un artilugio asombroso. Una típica silla de comedor con respaldo de caña y asiento tapizado, que tenía dos ruedas enormes a los lados y una rueda más pequeña centrada detrás—. No soy un bebedor empedernido, se lo puedo asegurar.

De hecho, por el contrario (y para diversión interminable de Deirdre), Sean parecía el único irlandés vivo que no podía aguantar el alcohol.

—Yo mismo bebí un ponche antes de venir —dijo el conde, mientras uno de los sirvientes le levantaba los pies y el otro desplegaba un pequeño estante tapizado para que descansara—. Si me preguntas, un trago de licor nunca hace daño a nadie. Pero planeo quedarme aquí el tiempo suficiente para conocerte, pero, parece estar vestido para un funeral. Espero que no sea el mío.

—Ciertamente, no es el suyo, señor. —Sean sacó una manta y la colocó sobre el regazo del conde para ocultar sus piernas hinchadas. Aunque Lincolnshire era un tipo bastante delgado en general, sus extremidades inferiores se adaptarían a un hombre tres veces su tamaño. A primera hora de la tarde, cuando Sean las vio descubiertas, hizo una mueca de dolor—. Sin embargo, me temo que no he pasado mucho tiempo en los bailes.

De hecho, Sean nunca había asistido a un baile, por lo que tuvo que adivinar cuál era la vestimenta adecuada.

—¿Hay algún problema con lo que llevo puesto?

—No está mal, no. Simplemente es monótono para una ocasión tan festiva. —El propio Lincolnshire estaba vestido como un pavo real, azul y dorado—. Un poco de color no estaría de más.

—¡Ah! Ya veo —dijo Sean, mientras se movía para empujar la silla—. Pero, tengo una clara preferencia por el blanco y el negro.

En realidad, siempre vestía de blanco y negro. Había aprendido pronto que hacer lo contrario significaba arriesgarse a desajustes, que a menudo resultaban graciosos. Como no tenía nada más que blanco y negro en su guardarropa, se sintió aliviado al encontrar que su elección era adecuada, o a veces elegante.

Mientras llevaba al hombre hacia la puerta, un mayordomo alto la abrió de manera formal. Se escucharon sonidos de música.

—¿Su nombre, señor?

—¡Lincolnshire! —él ladró—. Y mi sobrino, el señor Hamilton.

—Lord Lincolnshire, por favor entre. —A juzgar por el tono del mayordomo, si Lincolnshire hubiera sido un perro, el hombre lo habría acariciado—. Lady Partridge dejó instrucciones para que se le avisara en el momento en que llegara...

—Por aquí... —añadió, indicando a Sean que siguiera adelante.

Sin embargo, Sean no pudo empujar la silla en la dirección indicada. De hecho, no podía moverla a ninguna parte. Parecía que Lord Lincolnshire había gritado su nombre demasiado fuerte, porque la gente empezó a entrar en tropel en el vestíbulo de Partridge, casi atrapándolos a los dos en el lugar.

—¡Lord Lincolnshire! —Una matrona anciana tomó las manos del anciano—. ¡Realmente es un placer verlo!

—Yo también estoy encantado, Lady Fotherington. ¿Puedo presentarles a mi sobrino perdido hace mucho tiempo, el señor Sean Hamilton? Es como un hijo para mí.

Sean se puso tenso, esperando que lo llamaran fraude, pero la mujer se centró en él solo brevemente.

—Es un placer conocerlo —dijo cortésmente, sin mostrar ningún interés en él.

Al parecer su secreto estaba a salvo. No conocía a ningún miembro de la alta sociedad, se recordó, mirando a su alrededor a la creciente recepción. Y ninguna de estas personas lo conocía.

No había motivo de preocupación.

—Lord Lincolnshire, ¿cómo se siente? —preguntó la mujer.

—Tan bien como se puede esperar. ¿Y tu hijo, cómo está? —Lincolnshire le apretó las manos—. Bueno... también... ¿espero?

—¡Oh! Está muy bien, gracias en gran parte a su ayuda.

—No fue más que una nimiedad, milady, se lo aseguro.

Un joven caballero puso una mano sobre el hombro de Lincolnshire.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, milord? Después de todo, has hecho mucho por mí.

—¿Quién regalará juguetes esta Navidad a los niños del Hospital Foundling? —Un hombre mayor y más alto suspiró.

—¿Quién en verdad? —Las lágrimas corrieron por las mejillas de una dama de mediana edad—. Te vamos a extrañar, Lord Lincolnshire... Poderosamente.

Una tras otra, las personas llegaron y abarrotaron el vestíbulo para presentar sus respetos al moribundo conde de Lincolnshire. Los hombres suspiraban y las mujeres lloraban, jóvenes y mayores compartían sus recuerdos, expresaban su afecto y declaraban su dolor.

Y una y otra vez, lo más conmovedor de todo es que proclamaban su absoluto deseo de verlo dejar el mundo como un hombre contento.

—Haríamos cualquier cosa por usted, milord.

—Cualquier cosa...

—Cualquier cosa para hacer tus últimos días más fáciles.

—Cualquier cosa para complacerlo.

—Cualquier cosa... Indudablemente...

Trece

CORINNA ESTABA bailando con un hombre completamente aburrido (el último de una serie que demostró que Griffin no tenía la menor idea de lo que ella esperaba de un marido), y se percató que su antiguo vecino, Lord Lincolnshire, entraba al salón de baile.

¿Bueno? Él intenta entrar, ella se corrigió mentalmente. Estaba avanzando con una terrible lentitud, rodeado como estaba de gente que lo adoraba, y todos parecían estar clamando por captar su atención al mismo tiempo.

Apoyado en una silla de ruedas con respaldo de bastón, parecía más feliz de lo que ella se había imaginado, que podría estar un hombre moribundo. La vista la calentó por dentro. Si alguien en el mundo merecía la felicidad, ese era Lord Lincolnshire. Al verlo mirar por arriba y hacia atrás, sonrió cuando lo vio dirigir una sonrisa eufórica, a quien empujaba la silla. Su mirada siguió la de él, centrándose en el hombre detrás de él.

Y su corazón tartamudeó.

Ese cabello negro, largo y nítido. Esos ojos de color esmeralda. Ese rostro anguloso y esculpido.

Era su dios griego.

Nunca terminó el dibujo de él que comenzó en la Galería Elgin. Se había ido demasiado pronto. De hecho, intentó pintarlo hoy (decidiendo que lo quería en su retrato), pero no fue capaz de recordar suficientes detalles. Al final, llegó a la conclusión que tendría que elegir otro tema y restó importancia a sus esfuerzos, antes de vestirse para el baile de esa noche.

Su lienzo, una vez más, tenía un óvalo blanco, donde debería haber una cara. Y ahora sus dedos ansiaban un lápiz.

¿Quién era su dios griego? No esperaba volver a verlo nunca más. Ciertamente, nunca antes había aparecido en un evento social. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo llegó a estar con Lord Lincolnshire, empujando al viejo y querido conde en una silla de ruedas?

—¿A quién estás mirando? —preguntó su compañero.

Se había olvidado del maldito hombre. De hecho, de repente se sintió agradecida que su madre la hubiera obligado a tomar clases de baile, en innumerables ocasiones, en las cuales había protestado, indicando que preferiría pintar. Toda esa práctica le permitió seguir bailando de memoria cuando no había estado prestando atención.

—Estaba viendo a Lord Lincolnshire. Me alegra mucho que haya podido asistir esta noche. ¿Usted conoce a ese caballero que está con él? Me pregunto si podría ser el artista John Hamilton.

—No lo había visto antes, pero dudo seriamente que sea John Hamilton... John Hamilton nunca aparece en público. —La música llegó a su fin y el hombre le hizo una reverencia—. Gracias por el baile, Lady Corinna.

—Es un placer —le aseguró ella, sonriendo distraídamente.

Pensando que Juliana los conocía a todos, después de hacer una reverencia, Corinna miró a su alrededor y encontró a su hermana conversando con su suegra, la nueva Lady Cavanaugh.

—¿Alguno de ustedes conoce al hombre que acompaña a Lord Lincolnshire? —preguntó ella, irrumpiendo directamente.

Juliana miró y sacudió la cabeza.

—Pero, es un demonio apuesto, ¿no?

Ese fue un eufemismo enorme. Corinna quería arrancarle la ropa y ver el cuerpo divino que había debajo.

—Lo conocí el otro día en el Museo Británico. Cuando Alexandra y tú se marcharon, ¿lo recuerdas? Otro hombre lo presentó como John Hamilton.

—¿John Hamilton, el artista? Dijiste que lo habías conocido, pero...

—Sí, el artista. Pero, entonces todo se volvió muy confuso, porque este hombre afirmó que no era John Hamilton sino el otro hombre. ¿Y por qué estaría John Hamilton con Lord Lincolnshire?

—Lord Lincolnshire colecciona arte —le recordó Juliana—. Jarrones Ming y pinturas.

—Más concretamente —dijo Lady Cavanaugh—, John Hamilton es el sobrino de Lord Lincolnshire. Y su heredero. Todos saben eso.

Corinna no lo sabía. Pero si John Hamilton era sobrino de Lord Lincolnshire, eso explicaba por qué los dos hombres estaban juntos. De repente todo cobró sentido, perfectamente. A pesar de sus protestas en el museo, su dios griego tenía que ser el esquivo John Hamilton. Al ser como un recluso, debió haber afirmado lo contrario para conservar su anonimato.

Sin embargo, Corinna creía que ahora sabía la verdad.

La creciente emoción revoloteó en su pecho. Su pulso latía con fuerza en sus oídos. De hecho, había conocido a John Hamilton.

A John Hamilton, miembro del comité de selección de la Exposición de Verano.

Un hombre que podría ayudarla para que sus sueños se hicieran realidad.

Solo tenía que renovar su relación para poner en marcha sus futuros planes.

—Ven —le dijo a su hermana, agarrando su mano. Hizo un gesto a Lady Cavanaugh—. Voy a presentarles a ambos.

Catorce

LORD LINCOLNSHIRE levantó una mano, interrumpiendo una efusiva muestra de afecto de otro de los invitados de Lady Partridge.

—¡Sobrino!

—¿Sí? ¿Necesitas algo, tío? —Preocupado, Sean rodeó la parte delantera de la silla de ruedas y se metió entre dos matronas que flotaban en el aire—. ¿Te duelen las extremidades? ¿Te apetece un poco de láudano?

Buscó en su bolsillo el frasco que la enfermera le había puesto en las manos.

—Sin láudano. Preferiría no embotar mis sentidos. —El conde se alisó la bata que le cubría las piernas, pareciendo divertido—. Esa jovencita bonita te está llamando.

—¿Qué jovencita tan bonita?

—Aquella. —Lincolnshire hizo un gesto con la cabeza—. La encantadora Lady Corinna.

¿Corinna? Aunque seguramente Londres era el hogar de más de una mujer con ese nombre, cuando Sean miró hacia donde Lincolnshire había indicado... ya sabía lo que vería.

Cabello oscuro y brillante con ojos azules que hacen señas. Ese aire de sensualidad hacía que sus puños se apretaran a los costados para evitar tocarla.

¡Maldita sea! Sí conocía a un miembro de la alta sociedad.

—¡Señor Hamilton! —dijo, efusivamente, mientras se acercaba, insistiendo en que se diera cuenta que ya había gritado “Señor Hamilton”, varias veces. “¡Maldita sea!” Él pensó, no debía responderle al nombre de su cuñado, lo sabía y se le olvidó—. ¡Qué placer es volver a verlo!

—¿De nuevo? —preguntó Lincolnshire.

—Conocí a su sobrino en el Museo Británico —explicó con entusiasmo—. Pero, cuando fui a presentárselo a mis hermanas, ya no estaba.

Se dirigió hacia las otras dos mujeres que la habían seguido.

—Aquí está por fin, el talentoso y solitario John Hamilton. Señor Hamilton, esta es mi hermana, Lady Stafford, y su suegra, Lady Cavanaugh.

Ambas mujeres hicieron una reverencia. Lady Cavanaugh parecía amable y maternal. Lady Stafford era bonita como su hermana, pero no tan voluptuosa, aunque del tipo pequeño y vivaz.

—Lo siento, pero no soy el señor Hamilton. —Sean se volvió hacia Lord Lincolnshire—. Díselo, tío.

Los ojos del conde bailaron. Claramente, él estaba disfrutando de este pequeño subterfugio.

—Por supuesto que usted es el señor Hamilton. —Sus labios de papel se curvaron en una sonrisa, mientras se concentraba en las tres mujeres, haciendo que Sean imaginara que él debía haber sido un poco coqueto en el pasado.

—Pero, él es Sean Hamilton —les dijo a las damas—. Sean, no John. Mi otro sobrino.

Nunca en su vida, Sean había oído a nadie sonar menos convincente.

Lady Cavanaugh se inclinó para darle una palmadita comprensiva en el hombro de Lincolnshire.

—Sé que no se siente bien estos días, milord, pero solo tiene un sobrino.

—Puede que haya perdido el uso de mis piernas, pero le aseguro, querida señora, que no

he perdido la cabeza junto con ellas.

Con una sonrisa sin remordimientos en su rostro, volteó hacia Sean.

—Me temo que nuestra artimaña no funcionó.

—¡Lo sabía! —Corinna exclamó lo suficientemente fuerte como para despertar a los muertos. Las cabezas giraron, mientras otros invitados miraban para ver qué pasaba—. ¡Tú eres John Hamilton!

Sean no sabía si quería besarla o estrangularla. Ambas cosas, decidió, mientras los susurros rebotaban por la habitación.

—¿John Hamilton?

—¿El señor John Hamilton?

Los susurros se convirtieron en un zumbido.

—¡John Hamilton!

—¡Es John Hamilton!

Moviéndose detrás de Lincolnshire para evitar que el conde lo viera, Sean sacudió la cabeza violentamente, en un intento de informar sin palabras a Corinna que estaba equivocada. Pero ella solo frunció el ceño, confundida y, en cualquier caso, ya era demasiado tarde. Una matrona ya se acercaba, contoneándose, tirando de la mano a una hija obviamente tímida y en edad de casarse.

—Lord Lincolnshire, ¿puedo presentarnos a su ilustre sobrino?

Otra dama pareció aparecer de la nada.

—¿Es este su heredero, Lord Lincolnshire?

Una tercera dama se puso delante de ella.

—Señor Hamilton, mi Matilda es un diamante de primera.

Lincolnshire se hinchó como un pavo real, a pesar que estaba sentado.

—Nuestro secreto ha salido a la luz. —El orgullo era evidente en su tono—. Me complace que todos conozcan al próximo Lord Lincolnshire. Mi sobrino, el señor John Hamilton.

Sean se encogió de hombros porque las mamás casamenteras surgieron de la nada, trayendo a sus hijas elegibles a cuestras. Corinna desapareció, o tal vez la creciente multitud la empujó. Pasó los siguientes minutos al lado de Lincolnshire, reflexionando sobre cómo escapar de esta espiral, mientras mantenía una pequeña charla con un desfile incesante de insípidas señoritas casi idénticas.

—¡Sean!

Al sentir un tirón en su frac, suspiró aliviado.

—Tío, debes estar exhausto. ¿Nos vamos? Te llevaré a casa.

—¡Tonterías! No me he sentido tan enérgico en semanas. Deseo verte bailar con una de estas bellezas.

Las “no tan encantadoras” mamás comenzaron a empujar a sus hijas en dirección a Sean.

—No podría elegir —protestó amablemente. Pero él no se sentía cómodo. En cambio, lo que sintió fue una presión creciente en su pecho.

Lo último que quería hacer era bailar.

Su madre lo había arrastrado a muchas *céilís* en el pueblo. “*La familia de un vicario debe ser sociable*”, escuchó la dulce voz en su memoria. Sin embargo, nunca había sido un hombre al que le gustara bailar. Más específicamente, las fiestas de baile irlandesas incluían jigs y reels. Ninguna banda de *céilí* jamás tocó un vals.

Y Lady Partridge parecía tener debilidad por los vals. O tal vez los músicos que había

contratado preferían tocarlos. De cualquier manera, el último baile había sido un vals, ahora sonaba un vals, y Sean apostaba que a continuación vendría otro vals.

Dirigió una sonrisa al tío de Hamilton.

—Debería quedarme contigo.

—Yo creo que no. —Una de las cejas canosas del conde se arqueó—. Tengo intención de verte establecido antes de morir.

¿Establecido? Hacerse pasar por el sobrino del hombre ya era bastante malo: Sean no llegaría tan lejos en un esfuerzo por aplacar al anciano. Y una boda iba bastante más allá de ese límite.

Millas más allá de ese límite.

Y entonces lo recordó.

—Ya estoy bien asentado. Estoy casado, por si lo has olvidado. —Después de todo, el verdadero Hamilton estaba casado. Si no hubiera estado casado (con Deirdre), Sean no habría estado en este lío en primer lugar—. He estado casado durante diez largos años.

Se escucharon suspiros audibles de todas las mujeres.

—¡Ah! Sí —reflexionó Lincolnshire—. Me había olvidado de eso. Y nunca he visto a tu esposa en todo este tiempo.

El anciano tampoco había visto a Hamilton durante ese período, pero Sean no sería quien se lo recordaría.

—Deirdre es una mujer maravillosa.

La frente del conde se arrugó.

—Me parece recordar el rumor que ustedes dos no se llevan bien.

—Al contrario —le aseguró Sean—. Los dos nos llevamos grandiosamente.

Alguien resopló y algunos otros espectadores murmuraron, evidentemente recordando los mismos rumores. O, más probablemente, chismes que el artista se acostó con incontables mujeres. Así lo supuso Sean, no fue tan sorprendente descubrir que la reputación de Hamilton lo precedía. Algunos de los bastardos de ese hombre probablemente vivían aquí mismo, en Londres.

—¿Dónde está tu esposa? —preguntó Lincolnshire.

—En el campo —le dijo Sean, sin exagerar la verdad. Aunque Hampstead estaba a solo cuatro millas al noroeste de Charing Cross, muchos londinenses consideraban el lugar como “muy en el campo”. Precisamente, por eso había comprado su casa allí. Si bien necesitaba estar cerca de la ciudad, no deseaba vivir en ella. Habiendo crecido en espacios abiertos, prefería no verse encerrado.

—En el campo. —Lincolnshire suspiró un sonido prolongado lleno de decepción. Su mirada se volvió melancólica, era suave y anhelante, como la de un cachorro—. Entiendo. Pero, como ya no puedo bailar, tenía muchas esperanzas de verte en mi lugar.

El vals actual terminó y un repentino silencio invadió el salón de baile.

—Baila para él —lo persuadió una mujer.

—Hazlo feliz. —Su hija sonrió. La música (otro vals, naturalmente) se reanudó.

—Es solo un baile —dijo alguien más.

La multitud pareció acercarse.

—Lord Lincolnshire quiere verte bailar.

—Cumple con sus deseos, ¿quieres?

Aunque intentar un vals seguramente resultaría divertido, Sean sintió que su resolución se desintegraba bajo el ataque. El maldito conde estaba poniendo ojos de cachorrito. ¿Qué diablos

se suponía que debía hacer un hombre?

Una de las mismas señoritas insípidas lo miró suplicante.

—¿No quieres hacer feliz a Lord Lincolnshire?

—¡Oh! Muy bien —espetó—. Un baile.

Luego giró sobre sus talones y se dirigió directamente hacia Corinna.

Mientras se abría paso a codazos entre la multitud, la mirada sorprendida de Corinna se encontró con la suya y pareció como si un puño lo agarrara en el estómago. La mitad de él quería retorcerle el cuello por interferir y la otra mitad quería arrastrarla a sus brazos.

Él se conformó con tomarle la mano y tirarla hacia la pista de baile.

Avanzaron entre otras parejas hasta el centro, soportando golpes de varios bailarines en el camino. Parecía una vertiginosa carrera de obstáculos. Pero al menos, en el medio, no estaría en exhibición.

Él la giró para mirarla.

—Espero que puedas liderar.

Parecía un poco aturdida, mientras todos se movían a su alrededor.

—¿Le ruego me disculpe?

—Gracias a ti, me ordenaron que bailara. Y nunca en mi vida he bailado un vals.

—¡Oh! —Ella sonrió con una sonrisa bastante tímida, haciendo que el puño dentro de él se torciera—. Confieso que me han acusado de liderar antes... Me temo que es uno de mis malos hábitos.

—Me alegro por escuchar eso.

Imitando a los otros bailarines, le rodeó la cintura con un brazo y le agarró la mano derecha enguantada. Ella comenzó a moverse, manteniendo su cuerpo tenso para que él se moviera con ella.

No con mucha gracia, pero ellos se movieron.

—¿Puedo dibujarte alguna vez? —ella preguntó.

—¿Dibujarme? —él repitió, asombrado al encontrarse ambos realmente arremolinándose entre las otras parejas. Tropezó, pero logró mantenerse en pie—. Yo creo que no.

—¿Nunca?

—Nunca —reiteró, pisándole los dedos de los pies.

Un pequeño “¡Eek!” escapó de sus tentadores labios, pero luego le dedicó otra sonrisa. Una comprensiva, esta vez. Aunque la misma no tuvo menos efecto en él.

Era un milagro que ella no reaccionara, ante su deseo de verla desnuda, lo cual era evidente en su rostro, pero probablemente era mejor que no se diera cuenta.

—Muy bien —ella dijo con un suspiro—. Supongo que estás demasiado ocupado con tu propio arte para posar para otra persona.

Corinna era desesperante.

—Estás arruinando mi vida.

—¿Cómo es eso? —ella preguntó—. Le he hecho un favor, señor Hamilton. La sociedad está toda agitada cuando finalmente conoce al famoso y misterioso sobrino de Lord Lincolnshire. Pagarán aún más por tus cuadros.

Él se inclinó demasiado cerca y percibió un ligero aroma floral con algo extraño por debajo. Era por pintar, tal vez.

—No soy un artista —le susurró al oído—. Soy Sean Delaney, no John Hamilton.

Cuando ella retrocedió, haciéndolos tambalear, la mirada que le dio fue incómodamente cercana a una sonrisa.

—No te he oído decir eso delante de Lord Lincolnshire.

—Es por su bien. —Revelar la verdad sin duda destruiría al amable y viejo conde, sin mencionar enfurecer a Hamilton y poner en peligro el divorcio de Deirdre—. No deseo avergonzar al pobre al estar en desacuerdo con él, en compañía de sus amigos.

—Tengo entendido que prefiere la privacidad que le brinda el anonimato, señor Hamilton. Pero, como dijo el verdadero señor Delaney en el museo, usted es demasiado modesto. Te acostumbrarás a ser famoso y ya es hora que conozcas a tus admiradores.

Consideraré pisarla a propósito.

—No me adorarán, si supieran la verdad.

—Por supuesto que lo harán. Es usted un hombre afortunado, señor Hamilton. Todos aman a Lord Lincolnshire y le transferirán ese afecto. De hecho, ya lo han hecho. Todas las damas que querían casarse contigo me expulsaron del círculo del conde.

Entonces ella no había oído que él estuviera casado. O mejor dicho, que Hamilton estaba casado. Bueno, él no iba a informarle. Eso solo serviría para reforzar su convicción que él era Hamilton.

—Lincolnshire es muy querido —murmuró con disgusto. Si el conde hubiera sido el canalla que Hamilton había descrito, no hubiera sido bienvenido en este baile. Y a Corinna nunca le habrían presentado a Sean como su famoso sobrino—. Todo el mundo parece absolutamente devastado por su muerte.

—Por supuesto que sí —dijo, retirando su mano para evitar que chocara contra alguien—. A lo largo de su vida, Lord Lincolnshire ha donado generosamente a organizaciones benéficas y ha realizado innumerables buenas obras para varios miembros de la alta sociedad y sus hijos.

—Todos dicen que harán cualquier cosa por él.

—Cualquier cosa menos lo único que no podemos hacer, que es salvarle la vida —expresó con tristeza.

—Entonces, ¿por qué no le creíste? —Cuando él volvió a tropezar, su mano le agarró el hombro con más fuerza—. Te dijo que yo era Sean, no John, pero no estabas de acuerdo con él. ¡Fuertemente!

La mirada que ella le dio decía que él era un completo idiota.

—El querido hombre disfruta de sus juegos. Y Sean es el mismo nombre que John en Irlanda de todos modos, ¿no? Parece que vienes de Irlanda.

Eso no lo podía negar. No sin parecer el idiota que ella ya consideraba. Por suerte para él, los músicos dejaron de tocar. El baile había llegado a su fin. Corinna hizo una reverencia, le dio las gracias cortésmente y se marchó.

Había sobrevivido a su primer vals. Pero cuando ese dulce aroma teñido de pintura se desvaneció, se encontró deseando que el mismo hubiera durado más.

¿Y no era eso absurdo? Tuvo suerte de haber salido con vida.

Quince

POCO DESPUÉS del mediodía del lunes, Sean caminaba fuera de la puerta, frente a Lincolnshire House, planificando su día, mientras esperaba que trajeran su carruaje.

Gracias a un largo desayuno con Lincolnshire, empezó muy tarde. Necesitaba pasar por sus oficinas principales y asegurarse que todo estaba bien en su ausencia. Debería haber dos contratos para su firma, tenía tres transacciones pendientes que revisar y también debía iniciar negociaciones para una fábrica que deseaba vender. Además, esperaba que llegaran barriles de vino, que había importado, tenía que inspeccionar un hotel, en el centro de Londres, y quería hablar con Deirdre, lo que significaba conducir hasta Hampstead y regresar.

Al otro lado de la calle, Berkeley Square bullía de actividad. Desde su posición ventajosa en el extremo norte, observó a la gente entrar y salir del parque cubierto de hierba y cercado en el medio. En la hilera de casas del lado oeste se abrió una puerta azul que llamó su atención. Surgieron dos lacayos cargados con cajas y un caballete. Mientras cruzaban la calle hacia el parque, una mujer joven salió y los siguió. Su figura era ágil, el vestido lucía azul pálido y tenía un delantal blanco. Además, su cabello oscuro, suelto a la antigua usanza, brillaba bajo el sol del mediodía.

Cuando su carruaje se detuvo, parpadeó y de repente reconoció a Corinna.

—Espera aquí —le dijo al mozo de cuadra, antes de salir corriendo a la plaza.

Cuando llegó hasta ella, los sirvientes habían colocado su caballete debajo de un árbol gigante y estaban armando un lienzo sobre él, uno cubierto de manchas grises y blancas. Hojeó una caja llena de pequeños botes de pintura, con la mirada fija y el labio inferior atrapado entre los dientes.

—Buenos días para usted, Lady Corinna.

Sorprendida, ella levantó la vista y entrecerró los ojos. Esos ojos azules eran increíblemente hermosos.

Para Sean, los ojos de la mayoría de las personas, incluidos los suyos propios, parecían marrones. Verde, avellana, marrón... todos parecían marrones. Solo los tonos de azul le parecían verdaderamente coloridos, y los ojos de Corinna parecían los del azul más brillante que había tenido el placer de ver.

Un hombre podría perderse en esos ojos.

—¿Has decidido dejarme dibujarte? —ella preguntó.

—No —dijo, no estaba perdido después de todo—. Estoy esperando allí mi carruaje.

Señaló hacia Lincolnshire House.

—Cuando te vi entrando en la plaza... Vine a decirte que no soy Hamilton. No soy el sobrino de Lincolnshire.

Ella levantó un cuchillo sin filo.

—Eso sigues diciendo. —Usándolo para colocar pintura marrón, o tal vez roja o verde, en una paleta, le dirigió una mirada de reojo—. Sin embargo, estás viviendo en Lincolnshire House.

—Lo estoy. Puedo explicarlo. Hamilton es mi cuñado y...

—Dijiste eso en el museo.

—Porque es la verdad.

Ella pareció mirar su boca, por un momento, antes de limpiar el cuchillo en su delantal

manchado y usarlo para agregar una pizca de un color más claro.

—No te creo —dijo, aparentemente tan directa como hermosa—. Entiendo que hayas disfrutado de tu anonimato en el pasado, pero tu secreto ya ha salido a la luz. Tendrás que acostumbrarte al hecho que todo el mundo sabe que eres John Hamilton.

Ella estaba mirando su boca de nuevo, casi como si quisiera besarla. Ciertamente, él también quería besarla. O estrangularla.

—Pero no soy John Hamilton.

—Y yo no estoy aquí en Berkeley Square. —Con una sonrisa descarada, tomó un pincel y volteó hacia su lienzo—. Supongo que debería dedicarse a su propia pintura, señor Hamilton. ¡Le deseo un día exitoso!

Claramente, él fue despedido. Regresó a su carruaje, apretando los puños, tanto para evitar estrangularla como para evitar tocarla esta vez. Si no lograba convencerla pronto de la verdad, sus manos estarían permanentemente cerradas.

Dieciséis

SIN GRIFFIN, Corinna esperaba pasar unos días tranquilos para trabajar en su retrato. Pero el martes deambuló por el salón, todavía pensando a quién pintar.

Había decidido que su pintura sería al aire libre. Después de todo, ella era una consumada paisajista y era importante que su telón de fondo fuera tan impresionante como su tema central. Quería el juego de luces y sombras, los verdes variados de la hierba, los árboles y los tonos brillantes de las flores. Había empezado a pintar todo eso, ayer en la plaza, y estaba bastante contenta con el resultado. Pero no podía decidir a quién quería en primer plano y qué debería estar haciendo exactamente.

No le gustaban los retratos formales en los que el modelo se limitaba a mirar al espectador. Prefería ver los temas en contexto. Se llamaban retratos de conversación. Muy populares en el siglo anterior, a menudo, los mismos presentaban familias enteras o grupos de amigos posando casualmente, como si estuvieran atrapados en alguna acción cotidiana. Aunque no era común hacer lo mismo con un solo tema, quería intentarlo. Esperaba que esto hiciera su pintura un poco diferente y, por lo tanto, más notable.

Si el cuadro salía bien, no solo sería la primera obra que presentaría a la Exposición de Verano sino también el primer retrato que expondría al público. Quería elegir a alguien que fuera memorable. Alguien cuya personalidad brillaría en el lienzo. Alguien a quien conocía lo suficientemente bien, como para retratarlo de tal manera que el espectador sintiera que era un amigo cercano y personal.

Por eso había pintado a miembros de su familia, una y otra vez.

Se detuvo y examinó los numerosos retratos antiguos de la familia Chase que colgaban de la pared, decidiéndose por uno fechado en 1670. El caballero vestía una sobrevesta larga y una corbata ribeteada de encaje, la dama contaba con un vestido amplio y pesado de brocado y un peto anticuado frente al corpiño. Una pequeña placa de metal grabada en el marco decía:

Jason y Caithren.

Octavo marqués y marquesa de Cainewood.

Por supuesto, ella nunca había conocido a esta pareja. Ambos habían muerto mucho antes que ella naciera. Pero a diferencia de los retratos antiguos, más sobrios, que invariablemente presentaban sujetos severos y serios, este marido y su mujer se mostraban felices. Lucían como enamorados.

Y se parecían mucho a la familia actual de Corinna.

Juliana se parecía a Caithren, y compartía los cálidos ojos color avellana y la mecha rubia lacia y mechada de su antepasada. Griffin había heredado el cabello oscuro y la mandíbula cuadrada de Jason, y ambos hombres tenían ojos de color verde intenso.

Pero no eran de un verde tan sorprendente como los ojos que pertenecían al hombre que Corinna realmente quería pintar. No podía dejar de pensar en él. La forma en que seguía mintiéndole era exasperante, pero, ahora, cada vez que leía una novela de Minerva Press, lo imaginaba como el héroe. No importa si el autor describió al héroe con cabello rubio y ojos azules, en su cabeza, su cabello era oscuro y sus ojos lucían por un verde sorprendente. Cuando el héroe de cabello oscuro y ojos verdes tocó a la heroína, un escalofrío de placer la recorrió. Y

cada vez que el héroe y la heroína se besaban, ella imaginaba al señor Hamilton besándola y sus labios hormigueaban.

Pero dado que él se había negado a dejar que ella lo dibujara, pintarlo estaba fuera de discusión. Era tan probable que lo pintara como que lo besara.

Ninguna de las dos cosas iba a suceder.

¡No! Decidió, que no quería actualizar la colección de retratos familiares ni continuar pintando nuevos cuadros de personas, que se parecían inquietantemente a los que ya estaban en las paredes. Había estado haciendo eso durante casi un año y, de todos modos, ninguno de sus esfuerzos había resultado lo suficientemente bueno como para colgarlo en las paredes.

Suspirando, recogió sus materiales de arte y llamó a dos lacayos para que la acompañaran a la plaza. Hasta que decidiera un tema, continuaría trabajando en su escenario. Llevando su caja de pinturas, siguió a los sirvientes hasta la puerta y cruzó la calle.

O al menos intentó atravesar la calle. Al doblar la curva desde Lincolnshire House, un carruaje se detuvo en su camino. El conductor miró hacia abajo desde su puesto, arriba.

—No soy Hamilton —dijo fríamente.

Ella se encogió de hombros, completamente molesta. Al parecer la odiaba. Y como él no iba a dejar que ella lo dibujara, y mucho menos pintarlo, deseaba que la dejara en paz. Si él dejara de aparecer en su vida, tal vez podría concentrarse en encontrar a alguien más a quien besar.

Más bien pintar, ella se corrigió mentalmente. ¡No quería besarlo! Solo quería pintarlo.

“¡Santa Ana!” Ella misma era una mentirosa.

¿Y había algo peor que mentirse a sí misma?

—Bueno —espetó ella—. Tú no eres Hamilton. Ahora, ¿podrías seguir conduciendo para que pueda pintar?

Una carcajada brotó de su garganta. O tal vez fue un resoplido de frustración. Sea como fuere, agitó las riendas y se fue, dejándola pensar en pintarlo y besarlo... y muy poco más.

Al ritmo que avanzaba, ella tendría suerte de terminar un nuevo retrato, antes de la Exposición de Verano del próximo año.

Diecisiete

—¿SOBRINO?

—¿Mmm?

—Deseo ver tu estudio hoy.

Sean levantó la vista, dejando de leer el *Morning Chronicle*, en la mesa del desayuno, pensando que ya era demasiado tarde para desayunar. A esa hora, en una mañana normal, usualmente se habría levantado, comido y conducido hasta sus oficinas. En una mañana normal, ya habría revisado el correo del día, asistido a varias reuniones y enviado trabajadores para velar por sus intereses. En una mañana normal, ya estaría metido hasta los codos en los negocios, expandiendo su imperio y aumentando su fortuna. En una mañana normal...

Sin embargo, esta no era una mañana normal.

Ninguna mañana había sido normal desde que aceptó este maldito plan. Lincolnshire tenía problemas para conciliar el sueño y, en consecuencia, se quedaba en la cama hasta tarde. Y luego quería que su “querido sobrino Sean” le hiciera compañía durante el desayuno. Comió muy poco y lentamente, por lo que todo duró demasiado tiempo.

Sean dobló y dejó a un lado el periódico.

—Mi estudio es privado —lo dijo con cuidado.

—¿Para mí? —El conde pareció herido—. Soy tu tío. Eres mi heredero.

—Tengo trabajo que hacer.

—Lo sé. Un trabajo que me hace sentir muy orgulloso, un trabajo que rivaliza con los mejores. —Señaló a todos los viejos maestros en las paredes de su comedor y añadió con su habitual buen humor —, quiero ver dónde trabajas. Me sentaré y observaré en silencio. Lo prometo. Aunque quisiera, no podría moverme mucho.

Pero la sonrisa de Sean era de arrepentimiento, no era divertida.

—Lo siento, pero, no podría concentrarme...

—Ni siquiera sabrás que estoy allí.

Quería hacer feliz al anciano. Pero no podía (simplemente no podía) permitir que Lincolnshire viera el estudio de Hamilton.

Al menos, no en su estado actual.

No más de una hora después de salir del Museo Británico, Hamilton había ido a buscar algunos cuadros y los había dejado en una buhardilla vacía de uno de los edificios de Sean. Incluso incluyó un lienzo a medio terminar y lo apoyó en un caballete para que pareciera que Sean estaba en medio de un proyecto.

Sin embargo, después de eso, dejó el mensaje que se fue a Gales. Inmediatamente y sin mirar atrás, con solo la promesa que regresaría en dos semanas. Aparte de las pinturas y algunos cuadernos de bocetos muy usados, no se había llevado más nada.

Sin pintura. Sin pinceles. El conde esperaba ver algo más que arte, ¿no? Esperaría ver materiales de arte.

Aún así, Sean no deseaba decepcionar al tío de Hamilton. La condición de Lincolnshire empeoraba, día a día, y él era un buen tipo que merecía un final feliz. No había nada que hacer. Sean no tuvo elección.

Se vio obligado a tergiversar la verdad una vez más.

—Desafortunadamente —explicó—. Me resulta imposible pintar con alguien mirando

por encima del hombro. Y estoy en medio de algo que me temo que estoy bastante ansioso por terminar hoy. ¿Mañana será lo suficientemente pronto? Entonces debería haber terminado y estaré feliz de llevarte al estudio. No para verme pintar, claro está, sino para ver el espacio. Y para ver mis últimos lienzos... Hamilton.

Odiaba mentir. Todo este ejercicio fue mentalmente agotador. Por enésima vez, él se maldijo en silencio por permitir que Hamilton lo convenciera.

—Muy bien —admitió finalmente Lincolnshire—. Estoy deseando visitarte mañana.

Sean le dio las gracias, terminó el desayuno y se fue a trabajar. O mejor dicho, a comprar materiales de arte.

Normalmente no tendría idea de dónde comprar nada relacionado con el arte. Pero había notado que todos los cuadernos de bocetos de Hamilton tenían el estampado Reeves & Sons. Al recordar a un inquilino con ese nombre en uno de sus edificios, en el centro de la ciudad, pudo conducir directamente hasta allí.

Le tomó un buen tiempo elegir los materiales, particularmente los colores. Completamente perdido, finalmente consultó a uno de los Reeves (padre o hijo, no sabía con quien habló), y él seleccionó los pigmentos adecuados para él. Después de escuchar al hombre hablar sobre la armonía tonal, las variantes más cálidas y frías, transparentes en lugar de opacas, y los beneficios versus los inconvenientes de una paleta amplia en comparación con una más limitada (esta “paleta”, en particular, aparentemente se refiere a una lista de colores, en lugar de algo a lo que se le pusieran colores), Sean sintió como si su cabeza fuera a explotar.

Cuando por fin salió de la tienda (una “tienda de color”, según supo que se llamaba), también temió que se le hubiera pasado más de la mitad del día.

Él estaba en un apuro. Tanto era así que, de regreso a su carruaje, miró dos veces a una mujer en la librería de al lado, antes de darse cuenta que era Corinna.

Un lacayo de los Chase con librea estaba parado fuera de la tienda. Su aspecto reflejaba aburrimiento. Corinna estaba al otro lado de la ventana con la nariz hundida en un libro. Una campana en la puerta sonó cuando Sean la abrió, pero el ruido no logró despertarla. Haciendo caso omiso del silencioso “Buenas tardes” del librero, Sean pasó por delante de la recepción y se acercó a ella. Aún leyendo, ella no reconoció su llegada.

—No soy Hamilton —dijo.

Ella saltó. Luego cerró el libro de golpe, mientras su mirada volaba hacia su rostro.

—No te creo.

—Eso sigues diciendo... Pero, yo no pinto.

Sus ojos azules, muy azules, se centraron en el voluminoso paquete que tenía en las manos. Envuelto en papel marrón y atado con una cuerda, tenía el sello Reeves & Sons con tinta negra manchada.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Entonces, ¿qué compraste en la tienda del colorista?

El sarcasmo en su tono era inconfundible. Responder con sinceridad solo lo hundiría más profundamente. Pero estaba cansado de mentir. Había estado intentando corregir una mentira. No quería afirmar que había comprado nada más que aceite, pigmentos y pinceles.

Entonces, en lugar de eso, él dijo:

—¿Qué estás leyendo?

Su reacción fue asombrosa. Ella se sonrojó, tartamudeó y rápidamente empujó el libro al estante más cercano. Cuando él miró para ver el título, ella lo agarró por el brazo y lo condujo por una hilera de estanterías. Y doblaron una esquina y bajaron por una segunda fila. Ella no se

detuvo hasta llevarlo a un callejón sin salida.

Él le sonrió. Parecía muy atractiva con las mejillas sonrojadas. Y aunque finalmente lo había soltado, a él le gustaba que ella lo tocara.

Eso le había gustado hasta un grado alarmante.

Una pequeña parte de él se preguntó qué había estado leyendo. Una parte muy pequeña. El resto de él estaba ocupado contemplando el hecho que los dos estaban completamente solos allí, escondidos entre los altos estantes de la tranquila librería. No parecía haber más clientes, el librero estaba fuera de la vista y el lacayo que acompañaba a Corinna, todavía estaba afuera, aparentemente soñando despierto.

Sean dejó el paquete en un estante alto y vacío.

La tienda olía a papel y polvo, pero Corinna olía a flores y pintura. Su respiración parecía ruidosa en el silencio generalizado. Ruidosa y un poquito irregular. Mirándolo, ella hundió sus dientes en su labio inferior (ese labio regordete y tentador) y se balanceó hacia él, tal vez involuntariamente.

Sin pensarlo, él se inclinó para besarla.

Sabía tan dulce como olía, su boca cedió contra la de él. La cepilló una, dos veces y luego se acomodó en su lugar, tomando posesión. Ella jadeó, separando los labios lo suficiente para dejarlo entrar.

Sabía que no debería hacerlo, pero no podía evitarlo. No quería ayudarse a sí mismo. Había estado imaginando ese beso desde aquel primer día en el Museo Británico. Él la rodeó con sus brazos y deslizó su lengua en su boca, medio esperando que ella lo mordiera, en señal de protesta.

Pero ella no lo hizo.

Más bien, Corinna le devolvió el beso.

Primero, él inclinó la cabeza para que sus labios coincidieran más. Luego, ella suspiró en su boca. Tentativamente, tocó la punta de su lengua con la de él. Después, pareciendo quedarse sin huesos en sus brazos, ella simplemente se hundió en la experiencia.

Corinna se sentía... maravillosa. Suave, cálida y curvada en todos los lugares correctos. Sean no era un hombre que pensara en términos poéticos, pero la palabra que le vino a la mente fue "divina". Ella moldeó su cuerpo al de él y le rodeó el cuello con los brazos, enredando los dedos en el pelo de su nuca. Poco a poco, ella se volvió más atrevida, el beso se hizo más profundo, volviéndose una danza excitante y emocionante de labios y lenguas. Él sintió que ella estaba aprendiendo, a medida que avanzaba, pero parecía una alumna muy apta. Y también una extremadamente talentosa.

Cuando Corinna finalmente se alejó, él se quedó como un tonto.

Esas mejillas estaban aún más sonrojadas que antes. Esa respiración ahora era lo suficientemente irregular, como para hacer que sus pechos se agitaran bajo su fino vestido, y sus ojos parecían tan nublados como él se sentía.

—¿Por qué? —ella preguntó con una voz tan ronca que hizo que su lujuria aumentara un poco—. ¿Por qué hiciste eso?

Él no estaba seguro por qué.

—Supongo que... porque quería.

—Pero, ¿me odias!

—Obviamente, no... Aunque admito que te encuentro un tanto exasperante. —En cambio, él la midió—. ¿Por qué me dejaste hacer eso?

Sus ojos nublados se abrieron como platos.

—¿Estás bromeando? ¿Qué mujer, sobre todo qué artista, no dejaría que John Hamilton la besara?

Por primera vez no protestó diciendo que no era John Hamilton. Estaba demasiado aturdido.

—¿Entonces fue un beso trofeo?

—¿Le ruego me disculpe?

—¿Besas a los artistas? ¿Pensaste agregarme a tu colección? ¿Un premio particularmente brillante?

Ella extendió una mano sobre su escote agitado.

—Nunca he besado a otro artista.

Observó que ella no había afirmado que nunca había besado a otro hombre. Evidentemente la habían besado antes. Pero aunque ella había sido una participante entusiasta, no parecía educada, lo que le hizo sospechar que nunca antes la habían besado a la manera francesa.

Se sintió complacido por esa idea. A un hombre le gustaba ser el primero. Sin embargo, era muy consciente que no tenía por qué besarla en absoluto ni al estilo francés, ni de otro modo.

Él no era John Hamilton. No era el sobrino de Lincolnshire. No era un compañero inglés ni un futuro compañero inglés, ni estaba remotamente relacionado con ningún compañero inglés en absoluto.

Ni siquiera era inglés.

Era un plebeyo irlandés advenedizo con mucho dinero, pero aparentemente sin sentido común. Las jóvenes aristocráticas como Corinna estaban fuera del alcance de hombres como él.

—Lo siento —él se disculpó.

—No...

Ella fue muy directa, pensó, y no era la primera vez. Igualmente, era muy hermosa.

Él también había pensado eso antes.

—No volveré a besarte —prometió.

—Espero que lo hagas. —Sus labios se curvaron, haciéndole querer besarlos de nuevo, “¡maldita sea!” Ella añadió ingenuamente—, disfruté mucho besándote.

En el sentido de estar libre de engaño, por supuesto. De decir algo de forma sencilla y sincera. Ciertamente, ella no era ingenua en la definición literal.

—No deberías haber disfrutado besándome —le informó—. Porque no soy John Hamilton.

—¡Eso no! Otra vez... —Se acercó al estante y empujó el paquete hacia él.

—¡No olvides tus materiales de arte! —le gritó por encima del hombro, mientras se alejaba—. Los necesitarás la próxima vez que pintes.

Él todavía estaba allí cuando sonó el timbre y la puerta se cerró detrás de ella.

Dieciocho

AL DÍA SIGUIENTE, Corinna se paró frente a su caballete en Berkeley Square, y estaba pintando.

¡Oh! Muy bien, estaba soñando despierta.

O estaba decidida a dejar de mentirse a sí misma, y quería revivir el beso de ayer.

Al menos por centésima vez.

La habían besado antes, por supuesto, pero nunca así. Ella nunca había enredado la lengua con la de un hombre. Podría haber jurado que sus piernas se habían convertido en agua. No solo sus labios sino todo su cuerpo parecía que hormigueaba. Le sorprendió que su corazón palpitante no le hubiera roto una costilla.

No podía decir que no había sido consciente que esos besos eran posibles. Ciertamente, había leído sobre ellos en las novelas de Minerva Press. De hecho, allí de pie, en la librería, había leído *Los descendientes de la abadía*, donde Lord Mortimer había abrazado a Amanda y, esforzándola contra su corazón palpitante, le había impreso un beso en sus labios trémulos.

Y el tipo de beso que había compartido con el señor Hamilton era exactamente lo que había imaginado.

Le había parecido una novela excelente y tenía toda la intención de comprarla. Hasta que él la besó y le marcó un beso en los labios, dejándole la cabeza dando vueltas y su mente más en blanco que un lienzo nuevo. Y se había olvidado por completo de comprar el libro.

A decir verdad, aunque disfrutaba leyendo sobre esos besos, no esperaba experimentar uno hasta después de casarse. Después de todo, las damas más apropiadas consideraban escandaloso incluso un beso casto, antes que un hombre le propusiera matrimonio. Pero ella nunca había sido correcta y no podía arrepentirse de no haber esperado.

Besar al señor Hamilton había sido glorioso, magnífico e impresionante.

Ese fue el momento más memorable y erótico de toda su vida.

Y en todas las horas transcurridas desde entonces, cuando no estaba soñando despierta con el beso, cuando no lo revivía, una y otra vez, en todo su impactante y debilitante esplendor, había estado absorta tratando de descubrir si ese tipo de beso, uno así, habría resultado increíble con cualquier hombre, o únicamente con el señor Hamilton.

Aunque sospechaba del señor Hamilton. Y a pesar de lo que había dicho en el calor del momento, eso tampoco era solo porque él fuera John Hamilton. Fue principalmente porque algo en él la llamaba. Era algo sobre él, simplemente...

—Lady Corinna. —Una voz familiar interrumpió sus pensamientos.

Sonaba más débil y sin aliento de lo que le gustaría. A Lord Lincolnshire no le estaba yendo bien. Con el corazón a punto de hundirse, Corinna miró y lo vio sentado en su silla de ruedas fuera de la valla que rodeaba el parque.

Dejó su paleta en un banco y se acercó para saludarlo, sintiéndose un poco mejor, a medida que se acercaba. Parecía sonrojado e hinchado... pero feliz. Más feliz de lo que lo había visto en mucho tiempo.

El señor Hamilton estaba detrás de él, con las manos en el respaldo de la silla, atrayendo su mirada. Tan solo ayer esas manos la habían sostenido, apretándola con fuerza contra su duro cuerpo. Parecían bronceadas, grandes y cuadradas, eran atractivamente masculinas.

—Mi sobrino me llevará a su estudio —le informó Lord Lincolnshire alegremente,

devolviendo su atención a él—. Voy a ver sus pinturas más nuevas.

—Realmente, debemos seguir nuestro camino —dijo el señor Hamilton sin mirar a Corinna a los ojos—. Tengo mucho que hacer hoy después de esto.

Lord Lincolnshire le sonrió.

—¿Te gustaría venir con nosotros?

—¡No! —disparó el señor Hamilton, al mismo tiempo que Corinna exclamaba—. ¡Oh, sí!

—Gracias por la invitación —ella añadió—. Estaré encantada de acompañarlos.

—¡No! —repitió el señor Hamilton con más fuerza, finalmente mirándola—. Mi espacio de trabajo es privado. Hay una razón por la que se me conoce como un recluso.

—Vamos, sobrino —lo reprendió Lord Lincolnshire—. Estás a punto de ser conde. Tus días de recluso han llegado a su fin.

—¡Tío!

—Señor Hamilton —interrumpió Corinna, quien nunca había sido como las mujeres que se mordían la lengua—. A tu tío le gustaría que los acompañara. ¿Decepcionarás a un hombre tan amable?

El señor Hamilton abrió la boca, muy probablemente para discutir, pero luego aparentemente lo pensó mejor, porque la cerró en una línea muy recta. Y él la miró fijamente.

Obviamente, ella había ganado.

Recordando esa boca severa, imprimiendo un beso en sus labios, ella sonrió.

—Será solo un momento. Los espero, caballeros, en la puerta.

Después de regresar rápidamente a su caballete, e indicarle al lacayo que la llevara a casa, se quitó el delantal, alisándose el vestido rosa. Finalmente, acompañó a los hombres de Hamilton fuera de la cerca.

Fue un corto paseo hasta Piccadilly Street, donde estaba ubicado el estudio. El señor Hamilton permaneció sombrío y en silencio durante todo el camino. Lord Lincolnshire parlotteaba sin aliento. Aunque Corinna mantuvo su mitad de la conversación, su mente estaba en otras cosas.

Estaba impaciente por ver el estudio, por ver los nuevos cuadros de Hamilton, antes que nadie. Para ver exactamente dónde trabajaba el señor Hamilton y qué tipo de materiales utilizaba y tal vez, si tenía suerte, ver uno o dos lienzos, que aún no estuvieran terminados, y así poder estudiar su técnica.

Pero sobre todo estaba emocionada porque después de haber visitado su espacio privado, descubriría su escondite secreto y solitario, y él ya no podría seguir afirmando que no era John Hamilton. Porque, sinceramente, ¡ya era suficiente de esto!

Ella estaba cada vez más cansada de este acto suyo. Se estaba volviendo más que infantil. Iba a dejar que él la besara de nuevo (apenas podía esperar a que él la besara de nuevo), pero quería que él primero confesara la verdad.

El estudio estaba en un edificio muy bonito. Las tiendas ocupaban la planta baja y los dos pisos superiores se dividían en grandes apartamentos. Desafortunadamente, el estudio estaba en una buhardilla con ventanas por encima, y no fue fácil ayudar a Lord Lincolnshire a subir las numerosas escaleras.

Aunque el señor Hamilton cargó con la mayor parte del peso de su tío, avanzaron muy lentamente y Corinna encontró que el hombre pesaba mucho más de lo que esperaba. También era de menor estatura de lo que pensaba, bastante más bajo que su sobrino. Habiendo conocido a Lord Lincolnshire toda su vida, suponía que todavía lo consideraba alto en comparación con la niña que alguna vez había sido, pero ella ya no era una niña.

Especialmente después de ese beso, que le enredó la lengua y le estremeció la columna.

En el momento en que entraron, Lord Lincolnshire se arrastró hasta un sofá raído y se dejó caer, sin aliento. Corinna también se habría sentado, pero él estaba tirado justo en el centro. Y el estudio no tenía ningún otro sofá ni sillas.

De hecho, no tenía mucho de nada.

Seis cuadros descansaban en el suelo, apoyados contra las paredes desnudas. Un caballete contenía una obra de arte más en proceso. Claramente sería una escena encantadora, una vez terminada. Era una hermosa pradera bordeada de árboles más realista que cualquier otra que hubiera visto jamás representada en pintura. Diminutas hojas individuales parecían susurrar con el viento, proyectando sombras sobre la hierba de abajo. Ella esperaba examinarlo y descubrir cómo el señor Hamilton había conseguido detalles tan increíbles.

A su lado había una pequeña mesa, con algunos cuadernos de bocetos apilados encima. Pero nada de lápices.

¡Qué extraño!

Los suministros del señor Hamilton también estaban sobre la mesa. Todos ellos. No había armarios ni estanterías en la habitación, ni un lugar donde esconder nada. Se acercó para echar un vistazo y encontró una selección de varios pigmentos, una botella grande de aceite de linaza, una paleta impecable y dos (¡solo dos!) pinceles aparentemente nuevos. Ninguno de los dos era lo suficientemente bueno como para pintar las diminutas hojas que ella había visto en los árboles.

Y eso fue todo. No había nada más. Ni frascos adicionales para guardar los restos de pintura mezclada ni trementina, ni barniz.

Ni harapos, ni lienzos en blanco, ni cuchillos.

No había pequeñas manchas de pintura en el suelo de madera.

Como Corinna pintaba en el salón de su familia, siempre extendía una lona grande para evitar manchas, pero aquí el suelo estaba desnudo y limpio. Y no había ninguna lona doblada a la vista.

—¿Dónde haces tus pinturas? —ella preguntó.

El señor Hamilton se movió inquieto.

—Aquí mismo. ¿Dónde más?

—¿Qué usas entonces? ¿Contra qué superficie los mueles?

—Directamente en la paleta —dijo, mirando de reojo a su tío.

Ella frunció el ceño.

—¿No es demasiado poroso? Siempre he usado vidrio. Y un vaso de vidrio.

—¿Una moleta? —preguntó Lord Lincolnshire.

—Es como una mano de mortero plana —ella explicó—. Hay que moler el pigmento en el aceite para combinarlos completamente.

Lord Lincolnshire miró a su sobrino. El señor Hamilton levantó un hombro.

—Con suficiente esfuerzo, uno no necesita una moleta.

Había diferentes métodos. Ella lo reconoció.

—Supongo que una espátula servirá, si se trabajan bien las secciones del medio.

Lord Lincolnshire asintió con aprobación.

—Él tiene mucho talento, ¿lo sabes?

—Extremadamente talentoso —ella coincidió. Pero no había espátulas. Y todavía se preguntaba cómo podía frotar contra una superficie tan permeable como la madera. Se acercó al cuadro sobre el caballete, admirando sus árboles increíblemente detallados—. ¿Qué pigmento usas como base para tus verdes?

—El verde.

—¿Mmm? —No tenía pigmento verde. Ella dio la vuelta y miró hacia la mesa para verificar. Negros, blancos, amarillos, azules, rojos y tonos tierra. Por supuesto, se podían comprar otros pigmentos, pero estos eran los básicos, los mismos que ella usaba. Con estos colores se puede mezclar cualquier otro color que se desea. Los verdes se creaban a partir de azules y amarillos.

Cuando ella le preguntó qué pigmento era su base, quiso decir qué azul. ¿Ultramarino, prusiano, cerúleo?

—Soy partidaria del cobalto —ella dijo—. A pesar que es el más caro.

—Puedo permitírmelo —él lo dijo con altivez—. A mí también me gusta el verde cobalto.

El cobalto es azul. Un azul transparente y neutro. El más verdadero de todos los azules, y por eso ella lo prefería.

Ella pensó por un momento. Y luego se alisó la falda rosa y se acercó al señor Hamilton para que Lord Lincolnshire no la oyera. Caminando directamente hacia él, se puso de puntillas y colocó su boca cerca de su oreja, dándole una mirada a su escote redondo.

—¿Te gusta mi nuevo vestido verde? —ella susurró.

Diecinueve

REALMENTE TE VES grandiosa con ese vestido —murmuró Sean, tratando de no comerse con los ojos los tentadores montículos pálidos que se asomaban debajo de él.

Había notado que los vestidos de Corinna generalmente no eran tan escotados como la mayoría de los que usaban otras damas de su clase. Evidentemente, ella era demasiado práctica para pintar, mientras llevaba vestidos a la moda y de cuerpo diminuto. Pero la forma en que ella se inclinaba hacia él le brindó una vista que de todos modos le hizo tragar saliva.

—Pero, ¿te gusta el tono? —ella preguntó.

—¡Oh, sí! El color verde es muy favorecedor.

—Gracias —dijo y dio un paso atrás.

Y, milagrosamente, ella dejó de hacer preguntas.

—¿Puedo ver tus cuadros, Sean? —preguntó Lincolnshire.

—Por supuesto, tío —replicó Sean, y los trajo uno por uno.

El conde examinó cada pintura minuciosamente, haciendo comentarios reflexivos y meditados. John Hamilton podría haber discutido o estar de acuerdo, pero Sean solo estaba confundido. Era un empresario, no un actor. Idear respuestas le resultó mentalmente agotador. Pero estaba agradecido que al menos Corinna hubiera dejado de ponerle todo más difícil, dejando de hacer una pregunta tras otra que él no podía responder.

De hecho, de repente se dio cuenta que mientras Lincolnshire estaba entusiasmado con otra pintura más, ella no decía nada en absoluto. Corinna simplemente estaba parada junto a la mesa con sus suministros, mirándolo. Ella parecía estupefacta.

Y todo lo que Sean había hecho era decirle que le gustaba su vestido. ¿Quién hubiera imaginado que un simple cumplido podría tener tal efecto? Contrariamente al viejo dicho, aparentemente los halagos pueden llevar a un hombre a cualquier parte. Tendría que recordar eso en el futuro.

Después que Lincolnshire terminó de examinar todas las pinturas, Corinna permaneció en silencio, mientras a él lo ayudaban a bajar las escaleras, un proceso lento y doloroso, incluso con su ayuda. No dijo mucho, mientras llevaban la silla a casa, y su despedida en la puerta de Lincolnshire fue inusualmente reservada y educada.

Desconcertado por el cambio en ella, Sean vio al pobre y exhausto conde subir al piso de arriba y acostarse. Una vez hecho esto, salió al pasillo, cerró la puerta y se dejó caer contra ella, cerrando los ojos y deseando que la tensión desapareciera de su cuerpo.

“¡Madre María!” Esa había sido posiblemente la tarde más larga de su vida.

“*Esto no interrumpirá tu rutina*”, lo había prometido Hamilton. “*No afectará en absoluto a Delaney and Company*”.

Sin embargo, el canalla había estado mintiendo entre dientes.

Sean estaba considerando seriamente terminar con todo esto, ahora. No solo porque descuidaba constantemente sus intereses, lo cual no era de poca consideración sino también porque engañar al amable anciano aumentaba su culpa, por los momentos.

—Bueno, por ahora soy libre —se dijo a sí mismo, abriendo los ojos y enderezando los hombros. Tal vez, finalmente, podría atender algún negocio. Bajó las escaleras, pidió a un lacayo que le trajeran su carruaje y salió de la casa.

Luego, él se detuvo en seco en el umbral.

—Tú no eres Hamilton —dijo Corinna.

—¡Que los santos nos protejan! —Sean parpadeó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Esperando hablar contigo. ¡Eres daltónico! Lo que significa que no puedes ser Hamilton ni ningún pintor al óleo. Al menos, no puedes ser uno bueno.

Una vez que el shock disminuyó, él esbozó una sonrisa.

—Me opongo a eso. Espero poder pintar una escena marrón bastante buena. Suponiendo que tuviera un hueso artístico en mi cuerpo, claro. —Llegó un mozo de cuadra con su carruaje, pero él no le hizo caso—. ¿Cuál fue entonces la señal reveladora?

—Mi vestido es rosado, no es verde.

—¡Ah! —Él parecía marrón pálido. Y hasta aquí los halagos que lo llevan a todas partes—. Después que te diste cuenta de eso, no dijiste nada. ¿Qué te hizo ocultar la verdad a Lincolnshire?

—¿Estás bromeando? Lo último que querría hacer es decepcionar a ese hombre. ¡Es maravilloso!

—¡Así es!

—Y le destrozaría saber que no eres su sobrino. —Ella frunció los labios. Esos labios regordetes y tentadores que había prometido no volver a besar—. ¿Quién eres?

—Sean Delaney. El cuñado de Hamilton. Te lo he estado diciendo todo el tiempo.

—Si no eres artista, ¿a qué te dedicas?

—Soy dueño de propiedades. Compró y vendo edificios, entre otras cosas. —Se movió inquieto—. Me gustaría explicártelo todo... No se trata de esto sino de cómo terminé aquí. ¿Quieres caminar conmigo por la plaza?

Ella pareció considerar eso por un momento.

—¿Me comprarás un helado en Gunter's?

—¿Estás hambrienta?

—No particularmente. Pero Gunter's Tea Shop es probablemente el único establecimiento en Londres donde se puede ver a una dama a solas con un hombre sin arruinar su reputación.

—De acuerdo, entonces. —Lo aceptó cuando dejó de reírse.

Ella era inteligente.

Dejaron el carruaje frente a Lincolnshire House y cruzaron la plaza hasta Gunter's, donde pidió un helado de limón para él y uno de fresa para Corinna. Los llevaron de regreso a la plaza.

—Esto es un gran alivio —dijo, mientras caminaban.

—Entonces, el otro hombre en el museo era realmente Hamilton. Dado cómo actuó en ese momento, supongo que ese era su plan. ¿Por qué lo aceptaste?

—No quería...

—Pero, lo hiciste de todos modos.

—Por mi hermana. —Sean suspiró—. La esposa de Hamilton.

Cuando él terminó de explicarle, los platos de ambos estaban vacíos. Se sentaron en un banco bajo un gran árbol londinense. Corinna lamió lentamente su cuchara.

Fue una visión increíblemente erótica.

—No te culpo —ella declaró—. Yo habría hecho lo mismo para evitar que mi hermana fuera infeliz durante todos sus días.

—Sin embargo, me siento como un bastardo engañando a Lincolnshire. ¡Voy a decirle la verdad!

—¡No puedes! —Ella volteó hacia él con los labios resbaladizos por el hielo derretido—. Arruinarás la oportunidad de tu hermana de divorciarse. Y arruinarás los últimos días de Lord

Lincolnshire. ¡El conde es el hombre más maravilloso del mundo! Pero, él ha perdido trágicamente a todos sus seres queridos y está muy emocionado de tener a su sobrino en su vida. ¿Cómo se te ocurre siquiera privar a un anciano tan generoso de su última oportunidad de ser feliz?

—Lo siento por eso. Pero, no puedo seguir perpetrando este engaño. —Sean pensó en contarle lo que le estaba costando personalmente, sin embargo, ese no era realmente el punto—. No está bien engañarlo...

—Eso es amable, ¿y qué tiene de malo? ¿Cómo le duele? Le dolería mucho más saber que su verdadero sobrino es tan egoísta, y, de todos modos, no habría nada que pudiera hacer al respecto. La ley es la ley. John Hamilton es su pariente consanguíneo más cercano, su heredero legal. Heredará lo que prefiera Lord Lincolnshire.

—Heredaría el título y cualquier propiedad vinculada. Pero Lincolnshire podría dejar todo lo demás a quien quisiera.

—Sí, podría, señor Delaney. Pero...

—Sean.

—¿Le ruego me disculpe?

—Me llamo Sean. Y estoy pensando que deberíamos tener permiso para llamarnos mutuamente por nuestros nombres de pila.

En su cabeza ya la llamaba Corinna. Había pensado en ella como Corinna desde que escuchó su nombre en el Museo Británico. Y como no estaba acostumbrado a estar acompañado por la nobleza, era probable que se olvidara de añadir “Lady”.

—No lo sé —dijo lentamente—. Eso parece muy... íntimo.

—Tú eres la única que conoce mi secreto —indicó—. Eso es algo bastante íntimo, ¿no lo crees? Y nos hemos besado.

Una mirada soñadora cruzó su rostro. Una que duplicó la velocidad de su pulso.

—No es que eso esté sucediendo de nuevo —él agregó rápidamente, pensando que tal vez sería mejor que no usaran sus nombres después de todo.

—¡Está bien! —dijo—. Ahora, ¿dónde estábamos... Sean?

Ella hizo una pausa y volvió a parecer soñadora.

—¡Oh! Sí. Dijiste que si Lord Lincolnshire supiera la verdad, Hamilton podría heredar todo menos su título, a quien quisiera. Pero, ¿a qué precio? Sería infeliz y desilusionado el resto de sus días, y una vez que se haya ido, ¿realmente importará si el señor Hamilton hereda o no? Lord Lincolnshire merece felicidad —concluyó convencida—. Ese es el factor decisivo.

Ella tenía razón. En realidad, en muchos puntos. Pero la felicidad de Lincolnshire no era la única consideración.

—Él lo descubrirá de todos modos. No soy un artista y parece que lo sigo demostrando, una y otra vez. Puede que el conde se esté deteriorando físicamente, pero su mente es aguda como un cuchillo. Es solo cuestión de tiempo, antes que se él se dé cuenta que no es posible que yo sea un paisajista consumado... lo que significa que no es posible que yo sea su sobrino... ¿Cómo se sentirá entonces? ¿No sería mejor para mí admitir la verdad, antes que él mismo la descubra?

—Soy una artista. ¡Puedo cubrirte! Puedo ayudarte a mantener la farsa.

—No estás lo suficientemente cerca para hacer eso.

—Puedo estar lo suficiente cerca. Visitaré Lord Lincolnshire todos los días. Me mantendré cerca. No te importará, ¿cierto?

Claro, a él no le importaría. Le gustaba torturarse a sí mismo, viviría para pasar horas en

su presencia, apretando los puños para evitar tocarla.

Ella volvió a lamer su cuchara, un acto tan inocentemente sensual, que él tuvo que hacer todo lo posible para no besarla en el acto.

En su lugar, él agarró la cuchara.

—No me importará —murmuró, añadiendo eso a su legión de mentiras.

Veinte

BOLLOS DE TÉ

Mezclar muchas flores con un poco de azúcar y sal, luego poner huevos, mantequilla, media taza de leche y una medida de levadura para hacer una masa espesa. Dejarla crecer, luego aplanarla y formar bollos redondos, dejándolos crecer nuevamente, antes de hornearlos.

Estos bollos, una adición muy elegante al té de la tarde, fomentan la serenidad.

—Georgiana, condesa de Greystone, 1806.

El descubrimiento de ayer que John Hamilton era en realidad Sean Delaney (bueno, eso, además de revivir constantemente el beso) había mantenido a Corinna demasiado distraída para prestar atención al calendario. Pero se dio cuenta que era mayo. El dos de mayo, para ser precisos. La recepción de Lady A. estaba programada para el día catorce, y las obras para la Exposición de Verano debían entregarse el día diecinueve.

Por lo general, le tomaba, al menos, dos semanas completar un cuadro. Y para este, todavía tenía que elegir un tema.

Griffin había estado afuera un día más de lo que dijo, pero con toda la paz y tranquilidad, ella todavía no estaba progresando. La idea de eso mantuvo a su mente dando vueltas toda la tarde en la casa de Juliana. Familiares y amigos se reunieron allí, en el hermoso Salón de Palmas de Stafford House, para escribir las invitaciones a la recepción que Lady A. planeaba realizar, esperando presentar a Corinna, en el mundo del arte.

Todas las relaciones femeninas de Corinna habían venido, así como las damas vinculadas con esas conexiones. Alexandra y Juliana, y sus tres primas, Rachael, Claire y Elizabeth. Una tía Frances, embarazada. Lady Avonleigh, por supuesto, y sus dos hermanas, Lady Balmforth y Lady Cavanaugh, que también era suegra de Juliana.

Fue conmovedor. Corinna nunca se había considerado del tipo sentimental, pero la idea que todas ellas la ayudaran le hizo sentir un nudo en la garganta.

—Fue muy amable de su parte venir y estar con nosotras —dijo ahora Lady A., mientras se levantaba para ir a buscar su pelliza—. Me daba miedo escribir estas invitaciones, pero con toda esta ayuda, terminaremos en poco tiempo.

Juliana apiló en una cesta los restos de bollos de té que había servido.

—¿Necesitas más ayuda, Lady Avonleigh? ¿Con algo más?

—Simplemente, animen a todos a asistir, por favor, a todos. Los académicos reales en particular, pero también cualquier otra persona influyente. Ahora todas conocen el texto de las invitaciones, así que siéntanse libres de escribir más, si piensan en alguien más que pueda impulsar la carrera de Corinna. Sobre todo, debemos asegurarnos que todos los miembros del comité asistan. —Abotonándose la pelliza, volteó hacia Corinna—. Estoy segura que John Hamilton aceptará, ya que es tu conocido...

—Yo no lo llamaría así —interrumpió Corinna, repentinamente nerviosa.

—Han bailado juntos, querida.

—Es un hombre muy ocupado. —Sean no podía asistir a la recepción. Los miembros de la Academia, seguramente, lo expondrían como un fraude—. Y sabes que a él no le gusta aparecer en público.

—Ahora que hereda el título de Lord Lincolnshire, estoy segura que eso cambiará. No te

preocupes, querida, él asistirá. —Lady A. se acercó y besó la mejilla de Corinna, envolviéndola en una nube de aroma a gardenia y alcanfor—. Si te encuentras con ese hombre, podrías animarlo para que vea que los demás miembros del comité también te aceptan.

Ciertamente, Lady A. parecía más segura de lo que se sentía Corinna.

—No lo sé...

Rachael se puso su propia pelliza ligera e hizo una pausa.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —mintió Corinna—. Perfectamente bien.

No pudo evitar preguntarse si había hecho lo correcto al animar a Sean a seguir engañando a Lord Lincolnshire. De hecho, parecía que no podía pensar en nada más. Además del beso. Y esta recepción. Y su inminente fecha límite para terminar su retrato.

Aunque ella decía que estaba bien. Perfectamente bien.

Y se estaba mintiendo a sí misma, una vez más.

Rachael le dio unas palmaditas en el hombro.

—No te metas en líos. Sé que esta recepción es muy importante para usted, pero todas nos esforzaremos para que sea un gran éxito.

Las hermanas de Lady A. cogieron sus bolsos, mientras Alexandra sacaba al bebé Harry de su cochecito.

—¡Sí, lo haremos! —confirmaron todas al unísono.

La tía Frances se puso de pie lentamente.

—Sí, lo haremos —repitió, sonando un poco sin aliento.

Al parecer, al darse cuenta de eso, Juliana puso una mano en su brazo.

—¿Te sientes mal, tía Frances?

—No, solo gorda, fea y sin aliento. Mi amiga Lady Mabel jura que esta ciudad no es buena para los pulmones, cuando una dama llega a cierta edad, pero claro, ella tiene asma. —Frances se rió—. Solo estoy embarazada.

Elizabeth agarró su capa, pero como era un día cálido no se la puso.

—Nuestra madre siempre decía lo mismo sobre el aire de Londres. Pero, no recuerdo que alguna vez haya tenido problemas para respirar.

—Eso es porque se negó a venir a Londres —aclaró Claire, dirigiéndose hacia Juliana—. Espero que pongas esos bollos de té extra en la canasta para nosotras. Mamá solía hacerlos, pero hace años que no los probamos.

—Me imaginé que era tanto tiempo... —Juliana le entregó la canasta. Dejando atrás a Corinna y Alexandra, comenzó a acompañar al resto de sus invitadas hacia la puerta—. Tu madre copió la receta en nuestro libro de cocina familiar. Dijo que los bollos de té fomentan la serenidad.

—¿Es por eso que los hiciste? —preguntó Rachael—. ¿Crees que Corinna siente la necesidad de serenidad?

Antes que Corinna pudiera ir tras ellas y hablar por sí misma, Juliana respondió:

—Por supuesto que siente la necesidad de serenidad. ¡Todo su futuro está en juego!

Corinna escuchó a todas riéndose, antes de despedirse. Luego, escuchó que se cerraba la puerta y Juliana regresó al Salón de Palmas.

Juliana se acercó a un aparador que tenía patas doradas talladas, en forma de palmeras, y sirvió tres copas de jerez, antes de reunirse con sus hermanas, en uno de los muchos sofás cubiertos con tela satinada con motivos de palmeras.

—Aquí —dijo, entregándole un vaso a Corinna—. Espero que descubras que esto

fomenta la serenidad mucho más que los bollos de té.

Corinna sorbió agradecida.

—No esperaba estar nerviosa por esta recepción.

—Eso es natural —dijo Alexandra, moviendo a Harry para tomar un sorbo.

—Y también estás nerviosa por otra cosa. —Juliana cruzó las piernas—. Puedo decirlo.

¡Dilo, Corinna!

La conocían demasiado bien. No tenía sentido fingir. Ella suspiró.

—Tengo un secreto.

Sus hermanas intercambiaron miradas significativas.

—¿Bueno? —preguntó Alexandra.

—El sobrino de Lord Lincolnshire no es John Hamilton —confesó Corinna apresuradamente—. Quiero decir, John Hamilton es su sobrino, pero el hombre que conocí en el baile de Lady Partridge no lo es. Él es su cuñado. Quería decirle la verdad a Lord Lincolnshire, pero lo convencí que no lo hiciera, y ahora no estoy segura que sea lo correcto.

—¡Vaya! —El sorbo de jerez de Juliana fue más bien un trago—. Explica eso de nuevo. Lentamente y con más detalle.

Corinna así lo hizo y contó toda la larga y complicada historia. Luego, contuvo la respiración antes de preguntar:

—¿Me equivoqué? ¿Debería decirle la verdad a Lord Lincolnshire?

Juliana negó con la cabeza.

—Absolutamente no.

—Estoy de acuerdo. —Alexandra le dio unas palmaditas en la espalda a su hijo—. Lord Lincolnshire merece un final feliz.

Corinna dejó escapar el aliento.

—Tienes razón. Quiero mucho a Lord Lincolnshire.

—Nosotras también —le aseguró Alexandra.

—Voy a visitarlo más a menudo. Le prometí al señor Delaney que lo haría para ayudarlo a seguir fingiendo que es un artista.

—De esa manera también podrás ver más al señor Delaney, ¿eh? —Los ojos de Juliana bailaron—. Eso no debería ser una dificultad.

Alexandra miró a Corinna.

—Ella está entrometiéndose de nuevo, ¿no?

—¿No es así siempre?

—Puedo decir que te atrae el hombre —comentó Juliana, estando a la defensiva—. Y no puedo decir que te culpe por eso. ¡Es un demonio apuesto!

—¡Eres una mujer casada! —Corinna interrumpió.

—Una muy feliz —coincidió su hermana—. Pero, una dama no se queda ciega cuando hace sus votos matrimoniales. Ni sorda, tampoco. Ese acento...

—Lo haces parecer una caja bonita. No sabes nada sobre el hombre que está adentro. —Ella tampoco lo sabía.

—Sé que él está siendo muy amable con Lord Lincolnshire. Y que su hermana está casada con John Hamilton, lo que significa que está conectado con las personas adecuadas.

—Él no es un compañero, Juliana. Es dueño de propiedades.

—¿No todos los caballeros poseen propiedades?

—Quiero decir que compra y vende edificios para ganarse la vida. Entre otras cosas. —Pero ella se preguntó qué—. Y él es irlandés.

Pensando en ese acento irlandés, ella había vuelto a la librería a comprar *Los descendientes de la abadía*, esa mañana, y ya había leído hasta la página 43, donde Amanda pensaba que: “*la armonía de su voz le impartía un encanto que rara vez dejaba de ser irresistible*”.

—¿Te molesta que sea irlandés? —preguntó Juliana.

—Por supuesto que no. —Solo pensar en esa melódica voz irlandesa le hacía imaginar besos ardientes, que apenas la molestaban. Bueno, tal vez la inquietaban, aunque no en la forma en que su hermana quería decirlo—. Pero, eso podría molestar a Griffin.

—Griffin sería un hipócrita, si así fuera. —Juliana se burló de esto—. Su propio nombre proviene de un antepasado irlandés.

—Así es —intervino Alexandra—. Nuestro quinto, sexto o séptimo bisabuelo, ¿no? Aidan Griffin, barón Kilcullen de Ballygriffin, Irlanda. Nacido en mil quinientos sesenta y ocho, muerto en mil seiscientos cuarenta y ocho, en Cainewood.

—¿Cómo recuerdas esas cosas? —le preguntó Corinna.

—La familia es importante para mí. —Ella le sonrió al pequeño Harry, que llevaba el nombre del tío de su marido—. Además, tú recuerdas cada palabra que has leído.

—Esto es diferente. No puedo evitarlo. Y ni siquiera me gusta. Mi cerebro siempre está lleno de todas esas líneas estúpidas —ella suspiró—. En cualquier caso, no estoy interesada en el señor Delaney de esa manera.

Tal vez solo por unos cuantos besos, pero eso estaba muy lejos de lo que Juliana tenía en mente.

—Solo me quedan diecisiete días para terminar mi retrato. Y pasar algún tiempo con Lord Lincolnshire mientras pueda.

Juliana asintió tan pensativamente que Corinna casi pudo ver las intrigas que tenía lugar en la cabeza. Ella no se había rendido. Pero, aparentemente, decidió dar marcha atrás por ahora.

—Creo que es muy amable de su parte —manifestó—. Deberías llevarle un dulce a Lord Lincolnshire para alegrarle sus últimos días.

—Corinna no hornea —le recordó Alexandra.

Corinna no sabía hornear. Las mujeres de su familia eran famosas por sus dulces y ella era la única mujer Chase, en la historia, sin talento en la cocina. No podía medir nada correctamente ni podía mezclar sin crear grumos. Si se acercaba al horno, las galletas se quemaban y los pasteles se desmoronaban.

—No dije que debería hacerlo —aclaró Juliana—. Solo dije que debería llevarlos. Yo hornearé por ella.

—Gracias —dijo Corinna dulcemente. En realidad, no era tan malo ser una chapucera en la cocina. La verdad es que prefería pintar.

Veintiuno

—**ME PREGUNTO POR QUÉ** Corinna está tan nerviosa —dijo Rachael a sus hermanas durante el viaje a casa, en su carruaje—. ¿Esta recepción? Por supuesto, pero, ella parece estar preocupada por algo más que eso.

Corinna había estado muy lejos de estar tranquila y serena. No era la misma en estos días. Rachael reconoció las señales. Se suponía que Griffin había regresado ayer, y ella estaba con alfileres y agujas, esperando escuchar lo que él podría haber descubierto.

—No sé qué le molesta a Corinna. —Elizabeth se encogió de hombros—. Pero, he estado pensando...

—Eso es una novedad —bromeó Claire.

Elizabeth puso los ojos en blanco y sacó la lengua.

—Quiero decir que he estado pensando en otra cosa. He estado pensando en que mamá nunca tuvo sibilancias como Lady Mabel.

—Te lo dije, eso es porque ella se negó a venir a Londres. —Claire jugueteó con un nuevo anillo de amatista que había hecho y lo hizo girar en su dedo—. Ella sabía que no debía agravar su condición.

—Pero, mamá estaba muy callada —indicó Elizabeth—. Me pregunto si realmente padecía asma. Tal vez, simplemente no quería socializar, así que lo inventó como excusa.

Claire dejó de dar la vuelta.

—¿Crees que mamá mintió?

—No dije que ella mintiera. Dije que podría haberlo usado como excusa.

—Ella nunca hubiera...

—Mamá no era perfecta —interrumpió Rachael. Un eufemismo, considerando que la mujer le había ocultado la verdad toda su vida—. Es posible que Elizabeth tenga razón.

Aunque no recordaba que su madre hubiera tenido alguna vez dificultad para respirar.

—Mamá nunca asistió a grandes reuniones sociales. Ella siempre prefirió quedarse en casa con sus bordados, sus acuarelas y sus hijos.

—Ella iba a Cainewood —argumentó Claire—. A menudo.

—Pero solo para visitar a la familia. Nunca para un baile o cualquier otra ocasión importante.

—No lo creo —protestó Claire.

—Bueno, de todos modos, eso no significa nada, ¿cierto? —Rachael suspiró—. Nunca lo sabremos realmente.

Todas viajaron en silencio pensativo hasta que el carruaje se detuvo frente a su casa en Lincoln's Inn Fields. Elizabeth salió primero y luego emitió un pequeño grito.

—¿Qué estás haciendo aquí? —ella gritó.

Rachael siguió a Claire y encontró a Griffin parado en el patio.

—Buenas tardes, damas —dijo con una sonrisa torcida, que ella siempre encontraba desconcertantemente atractiva. Pero cuando su mirada se encontró con la de ella, su expresión se volvió más seria—. Te he estado esperando. Tengo noticias.

—¿Qué noticias? —exigió Claire.

—Lo explicaré más tarde —le dijo Rachael a sus hermanas. No quería una audiencia cuando escuchara lo que Griffin había descubierto—. Vayan adentro. Griffin y yo hablaremos en

la plaza.

Refunfuñando todo el camino, sus hermanas entraron a la casa, mientras Rachael y Griffin caminaban por la calle y cruzaban la puerta del parque privado, en el centro de la plaza. Era un día agradable, soleado pero no caluroso, y Lincoln's Inn Fields estaba lleno de gente disfrutando del buen tiempo.

Ella escogió un banco debajo de un gran árbol, donde la sombra los ocultaría de la vista de las casas circundantes, se sentó, alisándose las finas faldas color lavanda de su pelliza.

—Tardaste más de lo que esperaba.

Inclinado hacia ella, sacó la placa enjoyada de su padre del bolsillo y la colocó en su palma, cruzando sus dedos alrededor de ella.

—Rachael... sé quién era.

—Era... —ella repitió—. Entonces, está muerto.

De manera familiar y preocupada, él tomó una de sus manos entre las suyas.

—Lo sabías, ¿no?

—Sí. Sí, claro. —Pero aparentemente una parte de ella había esperado que eso no fuera cierto, porque una punzada de decepción pareció atravesarla cerca de su corazón.

—Hay más —él enfatizó, apretando sus dedos—. No todo es bueno.

Ella asintió y liberó su mano, mirando la placa que sostenía. No podía pensar con claridad si él la tocaba.

—Empieza por el principio. Por favor.

Él tomó un respiro profundo.

—Busqué en todos los registros la época en cuestión y encontré a un miembro de la décima que pidió permiso para casarse con una mujer, un mes antes que tú fueras concebida. Un oficial, un teniente. Su nombre era Thomas Grimbald.

—Grimbald —ella repitió, probando la palabra en su lengua. Debería haber sido Rachael Grimbald, pero eso sonó muy mal—. ¿Estás seguro que ese era el hombre?

Griffin asintió.

—Se casó con una mujer que a partir de entonces fue conocida como Lady Georgiana Grimbald.

Sorprendida, ella lo miró.

—Entonces, ¿tenía un título?

—No. Debe haber sido la hija de un compañero.

—Pero mi madre era una plebeya. Nació como una simple Georgiana Woodby, no como una lady. Siempre decía que tenía una suerte extraordinaria de haberse casado con un conde... ¡Encontraste al hombre equivocado!

—Yo también pensé eso al principio. Por eso estuve fuera otro día más. Revisé los registros que se remontan a años atrás, por si tu madre se casó, mucho antes de concebirte. Pero muy pocos hombres de la décima se casaron, en el momento correcto, y nadie más se casó con una mujer llamada Georgiana.

—Entonces, ¿estás seguro que es ella?

—No hay otra explicación. Tu madre actuó como una dama de principio a fin, ¿no? ¿Y no se habría considerado ella misma, una mujer madura con el hijo de otro hombre, extraordinariamente afortunada de haberse casado? No puede ser una coincidencia que la esposa de Grimbald tuviera el mismo nombre de pila. ¡Él debe ser tu padre!

—Tal vez. —El nombre sonaba mal, pero todavía no podía pensar con claridad. Se centró en un puesto de madera a lo lejos, en la plaza, donde venden limonada—. Este Grimbald... ¿los

registros dicen cómo murió?

—Lo dicen...

Ella esperó, pero no parecía llegar más información. Esperó un poco más. Cuando finalmente volvió a mirar a Griffin, sus ojos verdes se llenaron de simpatía.

Rachael no quería simpatía. Simplemente, quería la verdad.

—¿Qué? —preguntó, pero él aún no respondió. Apretó la placa con la mano—. ¡Fuera, maldita sea! Ya me enteré que mi madre me mintió toda mi vida, que provenía de una familia diferente a la que ella decía y que mi nombre debería ser Rachael Grimbald.

“¡Grimbald, por el amor al Cielo!” No era un día frío y, de todos modos, llevaba una pelliza, pero se abrazó a sí misma como si pudiera protegerse de un escalofrío.

—¿Qué podrías decirme que fuera más perturbador que todo eso?

Griffin dejó escapar un suspiro.

—Fue ejecutado, Rachael... Por traición.

Ella abrió la boca para responder, pero de repente pareció que le habían succionado todo el aire. Los pájaros en el árbol de arriba sonaban demasiado alegres. La gente que pasaba, charlando y bebiendo limonada, también parecía muy feliz.

—¿Traición? —Finalmente logró decirlo con una voz débil y nada alegre—. ¿Qué hizo él?

—Eso no lo sé. Los registros del Consejo de Guerra deben estar en otra parte. Pero se unió al décimo en mil setecientos ochenta y dos, transferido desde un regimiento disuelto, y había una anotación de la dirección de su familia en ese momento. En Yorkshire... Contraté a un hombre para ver si todavía viven allí. Te avisaré cuando me entere. Entonces, te llevaré a conocerlos.

“¿Traición?” Ella se abrazó a sí misma con más fuerza, los bordes de la dura placa de metal se clavaron en su puño cerrado.

—No estoy segura de querer hacerlo. Conocerlos, quiero decir... No si su hijo cometió traición.

—Esto no es necesario, por supuesto... Eso dependerá de usted... Son tu familia, pero, apuesto a que no saben de tu existencia. Quizás por eso tu madre usó otro nombre. Y así, ellos no pudieron encontrarte.

—Eso tiene sentido. —Esto era tan sensato como cualquier otra cosa que él hubiera escuchado esta tarde.

—Traición —ella siguió, murmurando—, mi padre fue ejecutado por traición.

—Lo lamento. —Él comenzó a acercarse a ella, luego aparentemente lo pensó mejor y se cruzó de brazos—. Esto no cambia quién eres, Rachael, ni te hace menos buena de lo que eres.

—¿No? —dijo—. No es así.

Pero ella no sonó convincente.

—Los padres no morirán por sus hijos —él citó solemnemente—. Ni los hijos morirán por sus padres, cada uno debe morir por sus propios pecados.

Eso le provocó una pequeña sonrisa a ella.

—Griffin Chase, ¿estás haciendo referencia a un pasaje de la Biblia? Ahora lo he oído todo.

En todos los años que lo conocía, que era toda su vida, él nunca había sido un hombre dado a la oración.

—Gracias por la información —ella dijo, levantándose y alisándose la pelliza—. Aprecio que te hayas tomado el tiempo para encontrarla. Lamento que haya resultado tan difícil.

Regresó a casa con un suspiro y se consoló un poco cuando él se puso a su lado.
—Mis hermanas estarán muy interesadas en escuchar todo esto.

Veintidós

PASTELES DE JENGIBRE

Tomar cuatro porciones de flor con jengibre y nuez moscada. Frotarlas con mantequilla. Agregar brandy y melaza y mezclar todo. Dejar reposar la masa hasta que se ponga rígida, luego pellizcar los trozos y formar bolitas. Aplanar los pasteles con una lata y agregar un dulce, si lo deseas, y hornear.

Se sabe que estos pequeños pasteles picantes levantan el ánimo. No son fantasmas, es decir, sino espíritus de variedad emocional. Excelente para llevarlos cuando se visita a los enfermos.

—Ana, marquesa de Cainewood, 1775.

AL LLEGAR a Lincolnshire House, a la tarde siguiente, llevaron a Corinna a un salón, donde Sean estaba sentado, sosteniendo un libro que aparentemente había estado leyéndole a Lord Lincolnshire.

Se levantó inmediatamente.

—Te esperé ayer. ¿Dónde estabas?

“¿Él me había esperado todo el día?”

—Estaba ayudando a Lady Avonleigh a hacer invitaciones para una recepción. También estaba pintando. Y antes volví a la tienda del colorista, bien, de verdad a la librería a comprar *Los descendientes de la abadía*. Y... ¿Qué estuviste haciendo aquí todo el día? ¿No me necesitabas? ¡Ah! —miró de soslayo a Lord Lincolnshire y continuó—, ¿para pintar?

—Tengo mucho trabajo por hacer... ¡Sí! Pero, mi tío es mi prioridad —dijo intencionadamente.

—Por supuesto. —La tensión en esa voz le provocó cierto remordimiento a ella. Y su pobre mente estaba totalmente patas arriba, como lo había estado la de Pamela en el libro *Pamela o la virtud recompensada*.

Ella había prometido visitarlo más a menudo, e imaginaba que Sean tenía trabajo que hacer (aunque no sabía qué), pero no podía pasar todo el día con el conde en su lugar, ¿cierto? Si quería presentar un retrato para la Exposición de Verano, también tenía que trabajar.

—Buenas tardes, Lord Lincolnshire —dijo, caminando hacia el hombre mayor—. Le traje unos pasteles de jengibre. Se supone que deben levantar el ánimo.

—¿Quién lo dice? —preguntó Sean, tomando la canasta.

—¡Ah! Lo dice el libro de cocina tradicional de mi familia. Cada mujer de la familia añade una receta cada año y todas tienen leyendas adjuntas. No es que crea esas tonterías... —se apresuró a añadir—, mi hermana Juliana los horneó. No soy hábil en la cocina.

—No sabía que las damas en Mayfair entraban en la cocina.

—Todas las damas Chase lo hacen —resaltó Lord Lincolnshire, haciendo una pausa para respirar—. Son famosas por sus dulces.

—Todas menos yo —aclaró Corinna.

Sean le entregó un dulce a Lord Lincolnshire y tomó uno para él.

—Por favor, toma asiento.

Corinna miró alrededor de la habitación, en la que nunca había estado antes. El mayordomo, Quincy, la había llamado el “Salón Amarillo”, cuando la hizo entrar allí. Las paredes estaban cubiertas de seda amarilla estampada con rosas rosadas, hojas verdes y algunas flores azules que no podía nombrar. Todos los sofás, sillas y taburetes estaban tapizados con

brocado amarillo. Aquí se encontraba parte de la extensa colección de jarrones Ming de Lord Lincolnshire, y había varias pinturas excelentes en las paredes, incluidos dos Rembrandt.

Quería examinarlos, pero Sean le había pedido que se sentara y todavía parecía un poco molesto. Como quería otro beso de él, decidió observarlo desde su silla.

Después que ella eligió el asiento con la mejor vista, Sean volvió a sentarse.

—Este pastel de jengibre está delicioso —dijo.

—Se lo diré a Juliana. —Volteó hacia Lord Lincolnshire. Estaba cubierto hasta la cintura con una manta pesada, lo que la hizo preguntarse qué se escondería debajo. Tenía las manos un poco hinchadas y solo le había dado un pequeño bocado al pastel—. ¿Cómo se siente hoy, milord?

—Mejor de lo que debería esperar, gracias a mi sobrino. —Le sonrió a Sean, aparentemente esperando recuperar el aliento, antes de continuar.

—He estado pensando, sobrino. —Hizo una pausa—. Que me gustaría conocer a tu esposa.

Sean intercambió una mirada de pánico con Corinna.

—Dejé a mi esposa en el campo, tío, como te dije. Prefiere la vida tranquila.

Lord Lincolnshire estaba decepcionado, pero pareció aceptar la situación, ya que su respuesta fue:

—Muy bien. —Sin embargo, luego añadió—, como decía cuando llegó Lady Corinna...

—¿Debo seguir leyendo? —Sean lo interrumpió.

—Ahora no, sobrino. Tenemos una encantadora jovencita de visita. Y como yo... estaba diciendo...

—¿Quieres otro dulce, tío?

—No he terminado este. —Se detuvo y siguió hablando—, he estado...

—¿Necesitas otra almohada?

—No. —El pobre hombre ya estaba apoyado en al menos cinco de ellas—. He...

—¿Estás seguro?

—¿Dejarás hablar al hombre? —Corinna intervino. En el incómodo silencio que siguió, apartó la mirada de uno de los Rembrandt y se dirigió al conde—. ¿Qué quería decir, Lord Lincolnshire?

—Quería decir... que he estado pensando que me gustaría que Sean... pintara un retrato mío. Un último retrato... antes de partir de este hermoso mundo.

Sean la miró fijamente. Aparentemente se había dado cuenta que esto iba a suceder. Pero, ¿cómo se suponía que lo supiera?

—No creo que él pueda hacer eso, Lord Lincolnshire —ella dijo con cuidado—. El señor Hamilton solo pinta paisajes.

—Seguramente, puede pintar... un retrato.

Sean negó con la cabeza.

—Nunca he pintado un retrato.

“Nunca nos hemos dicho palabras más verdaderas”, pensó Corinna acertadamente.

—Eres un artista experto, sobrino. Uno de los mejores... del país. —Lord Lincolnshire jadeó y esperó un momento, mientras Corinna se devanaba los sesos, buscando una manera de ayudar a Sean, como había prometido—. Seguramente, puedes...

—¿Puedo pintarlo, Lord Lincolnshire? —ella interrumpió acertadamente—. ¿Por favor? Sería un honor para mí, si me lo permitiera. Moriría por pintar un retrato suyo para presentarlo a la Real Academia, en la Exposición de Verano. Si sale bien, quizás sea seleccionado. Un sujeto

de su prestigio podría impulsar mi carrera.

—¿A mí? —Lord Lincolnshire resopló—. ¿En la Exposición de Verano?

—Posiblemente —ella reiteró—. Ninguno de mis retratos ha resultado estelar hasta ahora, ya que no he recibido lecciones de anatomía. Pero últimamente he estado dibujando los Mármoles de Elgin para practicar y haré lo mejor que pueda...

—Estoy seguro —interrumpió Lord Lincolnshire—. ¡Será sensacional!

Sean le sonrió, como si ella le hubiera traído el sol.

—Pero, mis días están contados. Mañana, siendo domingo, espero... mi querido sobrino... me llevará a la iglesia. ¿Podemos empezar el lunes?

—Creo que deberíamos empezar ahora. —Su pintura debía entregarse en la Real Academia dentro de apenas dieciséis días, y esperaba mostrarla en la recepción de Lady A. cinco días antes—. Si usted tiene algo de papel, puedo empezar a dibujarlo inmediatamente.

—¡Excelente! —Lord Lincolnshire levantó una campana de plata de una mesa a su lado—. Llamaré a un lacayo... traerá papel a toda prisa.

Mientras tocaba el timbre, Corinna miró a Sean con un aire muy triunfante.

Su expresión la tomó por sorpresa. Una página de *Los descendientes de la abadía* apareció en su mente, donde Amanda había mirado a Lord Mortimer y pensó que: “*la dulzura seductora habitaba en su sonrisa*”.

Una dulzura a juego pareció derretirse en el centro de Corinna, haciéndole recordar que quería otro beso.

De hecho, había planeado dejar que Sean la besara de nuevo tan pronto como dejara de fingir que no era John Hamilton, ¿no? Pero en cambio, él la convenció que estaba diciendo la verdad. ¡Eso era equivalente! ¿No? De cualquier manera, la verdad salió a la luz el jueves, y hoy era sábado, lo que significaba que habían tenido dos días enteros de sinceridad entre ellos... y aún así, ella no había sido besada.

En realidad, inmediatamente, se dio cuenta que él ni siquiera lo había intentado.

“¿Qué podría significar eso? No pudo haber dicho eso en serio cuando dijo que nunca volvería a besarme, ¿cierto?”

“¡Santa Ana!” Ella esperaba que no.

Un lacayo le entregó un lápiz y papel. Parpadeó y volvió a mirar a Lord Lincolnshire.

—¿Qué te gustaría hacer?

—¿Hacer?

—Es tu retrato... No me gustan los retratos en los que el sujeto simplemente se queda ahí y mira fijamente al espectador. Preferiría que estuvieras haciendo algo.

—Bueno, no puedo... simplemente quedarme ahí... en cualquier caso. —Con una leve pero afable sonrisa, Lord Lincolnshire señaló sus piernas cubiertas—. Tendré que estar sentado.

Su expresión se volvió contemplativa.

—Siempre he disfrutado de un buen libro. Quizás pueda estar leyendo un libro.

Si bien esperaba algo un poco más activo, ella decidió que eso tendría que ser suficiente. Si al hombre siempre le gustó leer, después de todo eso era adecuado. Pensando que Sean complació al conde, al leerle en voz alta, ella miró hacia él.

Él todavía le sonreía con una seductora dulzura.

¡Oh! Muy bien, tal vez no fuera una seductora dulzura, posiblemente fuera solo gratitud por haberlo salvado de tener que pintar a Lord Lincolnshire. Aunque de cualquier manera, él estaba sonriendo. Estaba feliz con ella.

Y conseguiría que él la besara de una forma u otra.

Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Le importaría leer, mientras dibujo, señor Hamilton?

Él asintió y abrió el libro.

Dejando que su voz melódica la invadiera, ella se recostó y puso el lápiz sobre el papel. Y aunque Sean no estaba leyendo una novela romántica, Corinna seguía sonriendo, mientras escuchaba y dibujaba.

Veintitrés

—**GRACIAS** —dijo Sean simplemente, mientras acompañaba a Corinna hacia la puerta, más tarde—. Me salvaste el pellejo ofreciéndote a pintarlo.

Te dije que podías contar conmigo. ¿Puedo mirar aquí? —preguntó, señalando otro salón. Lincolnshire House parecía tener un excedente de salones—. Me gustaría ver si hay más pinturas de Rembrandt.

—No puedo pensar por qué no. —Él entró con ella—. ¿De qué color es esta habitación?

—Mayormente verde. Las paredes están revestidas con damasco de seda verde brillante y las cortinas son de seda verde adornadas con terciopelo negro. Todo el mobiliario está revestido de brocado dorado y rojo oscuro. Es hermoso. Lamento que no puedas verlo.

—Puedo verlo —le dijo—. Simplemente, me parece diferente. El color que mejor veo es el azul. Todas las habitaciones de mi casa son azules, excepto la de Deirdre.

—¿Dónde está tu casa?

—En Hampstead. ¿Quién pintó ese paisaje que estás mirando?

—John Hamilton. —Ella se rió con un sonido alegre y natural—. Todas las pinturas de esta sala son de Hamilton. Parece que Lord Lincolnshire realmente está muy orgulloso de su sobrino.

—Supongo —murmuró Sean con disgusto—. Sin embargo, es bueno saber eso. Me imagino que haría un gran espectáculo si me llevara aquí, y no reconociera mis propios cuadros.

—¿Un espectáculo sagrado?

—Soy un gran tonto de mí mismo. —Él lo interpretó de esa manera—. Una vergüenza enorme.

Al parecer no se había librado de su jerga irlandesa, tal como lo pensaba.

—Gracias de nuevo. Realmente aprecio tu ayuda.

—Me alegra escuchar eso —ella dijo. Se acercó a una elegante chimenea Kent y se apoyó coquetamente contra la repisa. Bueno, no precisamente coqueta, porque ella no era una mujer sensual. Sean la encontró mucho más sencilla que eso. Pero, sí se veía seductora.

Y efectivamente era así.

—Creo que me debes un beso —añadió en un tono suave y seductor.

Él se rió. ¿Qué más podría hacer?

—No soy John Hamilton, ¿recuerdas? Ya no soy un trofeo. ¿Por qué querrías besarme de nuevo?

—Tal vez me gustó eso la primera vez —dijo alegremente.

Excepto que ella no parecía estar contenta. Corinna todavía lucía seductora.

“¡Infierno sangriento!” Pensó Sean.

Eran sus ojos, Sean decidió que era por eso. Esos ojos azules, azules... Hacían que un hombre se sintiera agradecido por ser daltónico. Y su voz. Algo en su voz lo atraía. Tan baja y dulce. Le divertía escuchar palabras sarcásticas salir de su boca, y cuando ella no estaba siendo sarcástica y él no se estaba divirtiendo, bueno, entonces...

Bueno, entonces, sí quería besarla.

—Les conté a mis hermanas tu secreto —dijo, interrumpiendo esos pensamientos enredados.

—¿Qué? —Él estaba horrorizado. Cualquier idea de besarla desapareció de su mente.

—Tenía que compartirlo con alguien —aclaró—. Tuve que hacerlo. Temía haber hecho mal al animarte a seguir así y...

—¿Qué dijeron ?

—Lo aprobaron de todo corazón. Me aseguraron que tú habías hecho exactamente lo correcto. No me arrepiento en absoluto de haberles dicho la verdad.

—No se lo digas a nadie más.

—Pero...

—¡No!

Ella dudó y luego asintió.

—No lo haré.

—Quiero tu promesa.

—Lo prometo. Y una promesa de una Chase nunca se hace a la ligera —añadió solemnemente.

Y también seductoramente.

Era esa voz, esos ojos.

“¡Infierno sangriento!”

—Entonces, de acuerdo. —Parecía que se había evitado el desastre. Pero eso no le impidió suspirar. Solo deseaba poder decidir por qué estaba suspirando—. ¿Volverás el lunes para empezar a pintar? ¿Temprano, espero?

—A la primera hora en la mañana.

—Excelente. —Tal vez él podría escapar y hacer algo—. Yo...

—Por supuesto, para mí la mañana comienza al mediodía.

—¿Mediodía?

—Como pronto. Me gusta pintar hasta altas horas de la madrugada, así que duermo hasta tarde. —Se apartó de la chimenea, acercándose a Sean. Dependía de él. Estaban tan cerca que él pudo ver que sus iris de color azul estaban bordeados en un tono más oscuro, uno de medianoche. Tan cerca que él podía oler su fragancia floral y el leve aroma a pintura debajo.

Los pensamientos de besarla volvieron a inundarlo.

—¿Sabes qué más dijeron mis hermanas? —ella preguntó seductoramente.

—¿Cómo podría saberlo? Pero, estoy seguro que me lo dirás.

—Juliana dijo que eso no significa que no seas un compañero, porque estás relacionado con las personas adecuadas. Y a ella le impresionó que usted sea dueño de propiedades.

—Ella no sabe cuánto tengo —indicó—. Y usted tampoco.

—Las casas en Hampstead son muy caras —dijo con desdén—. Y Alexandra me recordó que nuestro hermano, Griffin, lleva el nombre de un antepasado: Aidan Griffin, barón Kilcullen de Ballygriffin, Irlanda.

—¿Y el significado de todo eso es...?

—Creo que está bien que me beses. —Ella se acercó aún más—. ¿Estás seguro que no quieres? Quizás me levante más temprano en la mañana para darte un beso.

¿Qué se suponía que debía hacer un hombre, cuando una mujer le hacía semejante oferta? ¿Una mujer que parecía un ángel y sabía a pecado? ¿Una mujer que acababa de ignorar todas las razones por las que él la consideraba prohibida?

Además, realmente necesitaba ocuparse de su trabajo.

—¿Cuánto antes? —él preguntó.

—A las diez en punto.

—Ocho.

—Nueve.

La atrajo hacia su cuerpo y fijó sus labios en los de ella.

Por un breve momento, él maldijo su propia debilidad, pero luego se perdió en el inmenso placer de besar a una mujer tan cálida y dispuesta. Ella se acercó más y él pudo sentir cada curva de ella a través de su ropa. Sus manos se elevaron y sus dedos se entrelazaron en su cabello. Sintió su corazón latiendo contra el de ella y el seductor calor de su boca. Nunca había querido a nadie con tanta fiebre, e incluso con tanta hambre. Ella no era para él, pero se había metido en él y ahora lo tenía entre sus brazos.

Cuando ella dio un paso atrás, tenía una sonrisa aturdida en su rostro que también reflejaba la suya.

—Te veré el lunes a las nueve —dijo en voz baja y salió de la habitación.

Oyó sus pasos cruzando el suelo de piedra del vestíbulo de entrada, la puerta abriéndose, y a Quincy despidiéndose cortésmente de ella. Cuando la puerta se cerró, ya había recuperado su compostura.

Pero solo un poco.

Él era como otro hombre que se dirigía directamente a la botella y bebía un trago fuerte para fortalecerse. Nunca había adoptado el hábito, pero si algo podía impulsarlo a hacerlo, era esta maldita farsa.

Bueno... tal vez podría irse ahora y trabajar un poco.

Regresó al otro salón, donde Lincolnshire dormitaba en un sillón. Tocó suavemente al hombre en el hombro y sonrió cuando sus ojos se abrieron.

—¿Quieres que te acompañe a acostarte, tío? Creo que te vendría bien el resto. Y me vendrían bien unas horas para pintar.

—Muy bien —dijo Lincolnshire—. Pero, realmente... deseo conocer a tu esposa.

Sean hizo una mueca mentalmente. Había pensado que habían prescindido de este tema.

—Lo siento mucho, pero, como te dije, ella está en el campo.

—Puedes convocarla... ¿no? Ella será la próxima condesa... y la madre de mis eventuales herederos. Deseo... conocerla. —El conde hizo una pausa para tomar un respiro muy necesario, y otro—. Por favor, Sean.

Los ojos del querido hombre brillaron de esperanza. ¿Cómo podría Sean rechazarlo?

No podía.

“¡Infierno sangriento!”

Veinticuatro

—¡NO! —EN SU hermoso dormitorio pintado de flores, la única habitación de la casa de Sean que no era azul (de hecho, no estaba seguro de qué color era), Deirdre arrojó un montón de camisas en el baúl que estaba llenando—. Ya te lo he dicho dos veces... ¡no!

Parecían días desde que Sean estaba en casa. “¡Diablos!” En efecto, transcurrieron varios días. Había descuidado su trabajo una vez más para venir a hablar con su hermana, y esta no fue la bienvenida que esperaba.

—¿Entonces por qué estás empacando tus cosas?

—Mañana me mudo a la casa de Daniel. Estoy muy aburrida aquí sola en Hampstead. Voy a vivir en el centro de Londres, donde un cuerpo ve otra cara de vez en cuando.

“¡Oh! No, eso no puede ser así”.

—Vivirás en Londres, de acuerdo, pero en Lincolnshire. —¿Él estaba permitiendo que su imperio se fuera al infierno para obtener su precioso divorcio, y ella ni siquiera podía esperar y llevar a cabo esto?—. Quiero que llegues el lunes por la noche. Así resultará creíble que tuviste que venir del campo. Me debes una, Deirdre. Te estoy haciendo un favor... Ahora me harás este favor...

—No pedí ningún favor... No quiero ningún favor... —Ella sacó tres vestidos de su armario. Marrón, marrón y marrón—. Todavía no puedo creer que permitiste que John te convenciera de este ridículo plan.

—Bueno, lo permití. —¿Y no se arrepintió él incluso más que ella?—. Y ahora Lincolnshire insiste en que debe conocer a la esposa de Hamilton. ¿Quién es ella? ¡Eres tú! En caso que no lo recuerdes.

—¡Oh! Sí, lo recuerdo —dijo Deirdre secamente—. Pero, no me importa.

Con los vestidos apretados en sus manos, se dirigió hacia él.

—¿Qué va a hacer el hombre, después de todo, si no le llevas una esposa para que la conozca?

—Se sentirá decepcionado.

—Tengo una noticia para ti. Sean, a veces todos nos sentimos decepcionados. Lincolnshire sobrevivirá.

—No sobrevivirá, no... De cualquier manera. Y merece felicidad en sus últimos días. Es un buen hombre, Deirdre.

—John, ¡nunca lo pensaste!

—¡John es un idiota!

—Tienes razón en eso. —Ella dobló los vestidos, luego suspiró y volvió por más ropa—. Pero, no quiero interpretar a tu esposa.

Sean se hizo eco de sus propias palabras.

—Tengo una noticia para ti, Deirdre, todos tenemos que hacer cosas que preferiríamos no hacer a veces.

—A veces, tal vez. Pero, no esta vez.

—Si no tengo una esposa —argumentó—. Lincolnshire puede tomar represalias, reteniendo la fortuna de tu marido.

—John se lo merece. ¡Nada me haría más feliz!

—Piénsalo de nuevo, hermanita. Si Hamilton no está satisfecho con el trabajo que hago

para apaciguar a su tío, si como resultado pierde su herencia, apuesto a que no te concederá el divorcio.

Ella se encogió de hombros.

—No me importa. Te dije que no hicieras esto en primer lugar. Seré feliz viviendo con Daniel, esté casada con él o no.

Sean guardó silencio un momento, deliberando.

—No vivirás con Daniel Raleigh —expresó en voz baja.

—Lo haré. ¿Te pasa algo en los oídos, Sean? Te lo dije, mañana me mudaré a la casa de Daniel.

—No, tú no lo harás. Te mudarás a Lincolnshire House el lunes.

—Algo anda mal con tus oídos.

No había querido contarle toda la verdad ni siquiera para que ella supiera lo peor. Tampoco quería que se sintiera culpable o endeudada.

Sin embargo, él se dio cuenta que no tenía otra opción.

—Ya sea que herede o no la fortuna de Lincolnshire, Hamilton pronto será conde. Necesitará un heredero. En lugar de divorciarse de ti, tiene la intención de obligarte a volver a vivir con él hasta que le des un hijo varón.

Eso la detuvo a mitad del camino entre la plancha y la cama. Ella volteó hacia él con un vestido azul y otro marrón apretados contra su cintura.

—Él no lo haría. ¡Estás inventando esto para que haga lo que quieres!

—No estoy inventando nada. —Se acercó y le puso una mano en el hombro, acercándola a la cama y sentándola—. Él me dijo eso, Deirdre. Cuando me negué a cumplir sus órdenes, me dijo que te obligará a aceptar. Y la ley es clara. Si te exige que vuelvas a su cama, no tendrás más remedio que obedecer.

Él suspiró y se sentó a su lado.

—Ya estás empacando. Ven a interpretar a la señora Hamilton en Lincolnshire House, ¿quieres? Con un poco de suerte, será la última vez.

Los dedos de ella se relajaron y sus brazos cayeron a los costados. Los vestidos se deslizaron desde su regazo hasta el suelo.

—Tú ganas —ella confirmó.

Sin embargo, él no se sentía triunfador.

Veinticinco

A PRIMERA HORA de la tarde del lunes, en Lincolnshire House, Corinna estaba limpiando su paleta y contemplando el trabajo que estaba realizando cuando sintió que se le erizaba el pelo del cuello. Lo sentía barrido. Sintió unos labios cálidos presionados contra su nuca. Con un poco de emoción recorriéndola, inclinó la cabeza para permitir un mejor acceso, suspirando ante la tierna caricia.

Terminó demasiado rápido y volteó para ver a Sean.

—Tuve un buen día —dijo—. Un día productivo. Gracias.

Sus ojos eran tan verdes y tan sinceros. Era sorprendente lo cómoda que se sentía al conocerlos y con qué facilidad ella se había deslizado hacia esa intimidad.

Él la había recibido en la puerta, a las nueve de la mañana, acompañándola hasta el salón y saludándola con un beso, que la había dejado las rodillas débiles y la cabeza ligera.

—¿Valió la pena levantarte por esto? —Él había preguntado.

Ella asintió, privada de palabras por una vez. Y él se rió y luego se fue a hacer lo que fuera que hacía, mientras ella pasaba todo el día pintando.

Se sintió mareada de nuevo, ahora, simplemente mirándolo a los ojos. Esperaba que él la besara de nuevo, en los labios, no en la nuca, pero en lugar de eso desvió la mirada más allá de ella.

—Estoy impresionado.

Aturdida como estaba, por un momento, ella pensó que él estaba impresionado con el salón. Era una habitación muy improbable para pintar y, con deferencia, la más grandiosa de la casa más espectacular de Londres.

El salón era mayormente azul, por lo que sabía que Sean podía ver lo hermoso que era. Diseñado para entretenimientos lujosos, estaba decorado al estilo italiano. Los espléndidos muebles azules y dorados combinaban con las ornamentadas cortinas azules y doradas que colgaban de varillas doradas. El techo abovedado estaba pintado al estilo palazzo y las paredes estaban divididas, alternando paneles de seda y espejos, en marcos muy ornamentales, estos últimos reflejaban los brillantes candelabros de oro y cristal de la habitación.

Todo el día Corinna había temido que salpicaría pintura y arruinaría algo. Aunque de todos los lugares de la casa, este salón tenía las ventanas más grandes orientadas al norte, por lo que Lord Lincolnshire había insistido en que era el mejor sitio, donde podía sentarse para que realizaran su retrato.

Luego a ella se le aclaró la cabeza, percibiendo que Sean no estaba impresionado con el salón. Más bien, él estaba fascinado, mirando su pintura.

—Me alegra que te guste —dijo, volteando para verlo. Corinna continuó limpiando su paleta—. Pero, en realidad apenas acabo de empezar.

—Comenzaste esta mañana, antes que me fuera. Has estado trabajando todo el día.

—El tiempo vuela cuando estoy involucrada en un cuadro. Pero creo que cansé al pobre Lord Lincolnshire. Dos lacayos lo ayudaron a subir a la cama hace dos horas. —Dejó la paleta sobre la mesa de mosaico que había cubierto para su uso—. ¿Crees que estará bien que deje todo aquí durante la noche?

—Estoy seguro que todo estará bien. Es poco probable que ese hombre haga una escena en el corto plazo. —Se acercó al cuadro y lo miró—. Ya has establecido los conceptos básicos de

él. Y el fondo es magnífico. Tan detallado. ¿Cómo hiciste eso tan rápido?

—¡Oh! Eso ya estaba hecho. —Empezó a limpiar sus pinceles—. Llevo días trabajando en ello, en la plaza. Simplemente no había decidido a quién incluir.

Él hizo una pausa significativa, antes de dirigirse hacia ella.

—Entonces querías pintar a Lincolnshire. No te ofreciste solo para salvar mi pellejo.

—¡Me has pillado! —Mientras hacía girar tres pinceles en trementina, sonrió—. Creo que finalmente voy a completar un buen retrato. Uno lo suficientemente bueno como para exhibirlo. Siempre quise hacerlo, pero...

—Pero, ¿qué?

—Las mujeres normalmente no lo hacen, ¿lo sabes? Pintar retratos, quiero decir. No se considera muy femenino. Se supone que solo debemos pintar paisajes y naturalezas muertas. —Dejando los pinceles a un lado, suspiró—. Estoy cansada de pintar manzanas, botellas y árboles.

—Pintas árboles muy buenos —manifestó, señalando su cuadro.

—He tenido mucha práctica —lo dijo secamente.

—Tienes metas —expresó—. Admiro eso.

—Todo el mundo tiene objetivos. De algún tipo...

—Pero tus objetivos van más allá de los que se esperan de tu género. Tendrás que superar grandes obstáculos para lograrlos, pero, no dejarás que eso te detenga. ¡Te aplaudo por eso!

—Gracias —dijo Corinna en voz baja. Nunca un hombre había dicho que la admiraba, y mucho menos insinuado que esperaba que ella alcanzara sus objetivos. Griffin la había apoyado, por supuesto, pero ese era su deber. Él era su hermano. Y aunque no tenía ninguna duda que él deseaba lo mejor para ella (aunque estaba segura que la quería feliz), nunca había sentido que él realmente creyera que ella vería el éxito que esperaba lograr.

Griffin creía que su arte era un pasatiempo, algo que la mantendría ocupada hasta que se casara.

Sean, por otra parte, parecía creer en ella. Y como Amanda había pensado en *Los descendientes de la abadía*, “a cambio su corazón, sentía que él era uno de los hombres más amables y agradables”.

“¡Oh, cielos! Realmente, debo detener esto”.

Lo que compartió con Sean fueron solo besos. Dijeran lo que dijeran sus hermanas, sabía que él no era el tipo de hombre que su hermano quería para ella. Y, de todos modos, ahora no estaba buscando matrimonio. Su arte era más importante.

—Gracias —repitió—. Terminé aquí y esperaba volver a casa para cenar. Regresaré mañana por la mañana.

—¿A las nueve?

—Para otro beso, estaré aquí a las nueve.

Él se rió.

—No eres como esperaba que fuera la hija de un marqués, ¿lo sabes?

—Soy una artista —ella replicó.

Y Sean volvió a reírse.

—Te acompañaré hasta la puerta.

Salieron del salón. Inusualmente para esta mansión llena de sirvientes, el vestíbulo de entrada estaba vacío. Quincy no estaba allí, y no había lacayos ni doncellas corriendo de un lado a otro de la casa.

—Mi hermana llegará pronto —dijo Sean en voz baja—. Ella va a vivir aquí hasta que todo esto termine.

—¿Lo hará? —preguntó Corinna, sorprendida.

—Lincolnshire insiste en ver a mi esposa. Y ella es la verdadera esposa de Hamilton, así que...

—¿Así que al menos esa cosa no será mentira?

—Exactamente. —Al llegar a la puerta principal, la abrió—. Pero, me temo que algo se escapará ahora que Deirdre se está involucrando.

—No estás dudando, ¿cierto?

Se encogió de hombros, haciendo evidente que así era.

Ella le agarró el brazo.

—Por favor, no reveles el secreto. Puede que sea más fácil, pero, no será lo mejor. A mí tampoco me gusta guardar secretos, ¿lo sabes? Me siento terriblemente culpable por mantener a mi hermano en la ignorancia.

—No se lo digas —le advirtió en voz baja—. Lo prometiste.

—Lo recuerdo. Y por eso no se lo he dicho hasta ahora. Pero, mis hermanas creen que estamos haciendo lo correcto y estoy segura que él también lo haría...

—Él no lo haría. Me expondría de inmediato. Estoy seguro de ello.

—No conoces a Griffin...

—Es un marqués, ¿no? Eso es todo lo que necesito saber. Soy todo lo que la alta sociedad desprecia. —De pie allí, en la puerta abierta, levantó una mano y comenzó a exagerar todas las marcas que tenía—. Soy irlandés.

—Te lo dije, nosotros también somos en parte irlandeses.

—¿Qué? ¿Un cuarto?

—Probablemente una décima parte —admitió, pensando que probablemente era incluso menos que eso.

Él contó más dedos.

—No tengo título, me dedico al comercio, pero, soy más rico que tres miembros de la sociedad juntos...

—¿En serio? —Ella no sabía que él tenía tanto dinero—. ¿De dónde sacaste tu fortuna?

Parecía que él lamentaba haber dejado escapar esos comentarios. Y mostraba como si estuviera luchando por decidir qué decirle. Sin embargo, en ese momento, se abrió la puerta de madera y una mujer entró en el patio.

Sin dudarlo y pareciendo bastante segura de sí misma, la dama cruzó hasta el pórtico y subió las escaleras. Era rubia de ojos verdes, y muy bonita. O al menos, se hubiera visto muy hermosa, si no estuviera frunciendo el ceño.

—Corinna, esta es mi hermana... —comenzó Sean, pero se detuvo cuando la mujer hizo un gesto discreto.

Dio la vuelta y vio a Quincy acercándose a la puerta.

—Mi esposa ha llegado —anunció en voz alta, en vez de referirse a su hermana.

Veintiséis

CINCO MINUTOS más tarde, después que Corinna se marchara tras presentarle a su “esposa”, Sean se encontró de pie en el dormitorio de Lincolnshire con su hermana, a su lado.

—Tío —dijo—. Ella es la señora Hamilton... Deirdre, el conde de Lincolnshire.

Deirdre hizo una reverencia.

—Es un placer conocerlo, Lord Lincolnshire.

—Estoy muy contento que hayas venido. —Luchando por sentarse más alto contra todas sus almohadas, Lincolnshire parpadeó y bostezó—. Por favor, discúlpame. Me senté todo... el día para un retrato y me temo que eso... me dejó exhausto.

Para alivio de Sean, Deirdre no pareció desconcertada por la dificultad para respirar del hombre. Tampoco parecía sentir repulsión por su cuerpo cada vez más hinchado.

—Entiendo que usted está enfermo, milord.

—Me estoy muriendo —confirmó Lincolnshire con su estilo sencillo.

—Eso lo sé también... Y lamento oírlo.

—No es culpa tuya. —El viejoladeó la cabeza—. Eres irlandesa.

Ella intercambió una mirada cautelosa con Sean.

—Nacida y criada en Kilburton, señor. Su sobrino se casó conmigo, mientras vivía en Irlanda.

Lincolnshire asintió.

—Kilburton es un lugar bonito.

—¿Y cómo usted sabe eso? —Deirdre arqueó una ceja—. No recuerdo que alguna vez me hayas visitado.

Sean hizo una mueca. Deirdre nunca había sido de las que pensaban antes de abrir la boca. Pero Lincolnshire se limitó a reírse, una risa que terminó en un silbido.

—No he estado allí... desde antes que nacieras —le dijo, y luego añadió a Sean—, me gusta ella.

Sean soltó un suspiro, sonrió y se acercó a su hermana, pasando un brazo sobre sus hombros.

—A mí también me gusta.

—Deberías... considerando que ella es tu esposa. ¿Por qué la dejaste en el campo? Ella es adorable. —El viejo sonrió—. Dale un beso.

La mirada que intercambiaron, la hermana y el hermano, esta vez no fue cautelosa. Ambos estaban en pánico.

—Continúa —exigió Lincolnshire.

Sean volteó hacia Deirdre y le dio un beso en la mejilla.

—Eso nunca servirá —declaró el conde con aparente disgusto—. Se dice que ustedes dos... no se llevan bien. Se rumorea que viven separados.

¿Era por eso que el anciano había insistido en que trajeran a Deirdre? ¿Estaba decidido a ver una reconciliación?

—Ya has dicho eso antes —le recordó Sean—. ¿Dónde lo escuchaste?

—En todos lados. Me estoy muriendo, pero no estoy sordo. Y no toleraré... tal relación en Lincolnshire House. —Hizo una pausa, casi jadeando por aire, sin embargo, cuando Deirdre fue a abrir la boca, él agitó una mano para detenerla—. Todos los condes de Lincolnshire han

estado felizmente... casados, y quiero que... esa tradición continúe.

—No deberías escuchar rumores —protestó Sean—. Amo a Deirdre.

Quizás no de esa manera, pero él la amaba.

—Entonces... bésala... como a un hombre —jadeó el viejo conde.

No había nada que hacer.

De mala gana, Sean volvió a mirar a Deirdre. Conteniendo el aliento, se inclinó y posó sus labios sobre los de ella, ligeramente, por un breve instante.

Eso fue todo lo que pudo hacer.

Cuando se apartó, Deirdre parecía bastante pálida.

Lincolnshire negó con la cabeza.

—Antes de expirar... quiero ver algo mejor que eso.

“¡Que los santos nos protejan!” Pensó Sean, suplicando.

—Y tengo un favor... que pedirte.

—Lo que sea, tío —dijo Sean—. Cualquiera cosa.

Siempre y cuando, eso no implicara volver a besar a su hermana.

Una débil sonrisa se dibujó en los labios del hombre.

—Si yo fuera tú... esperaría escucharlo primero. —Hizo una pausa para respirar y luego otra—. Deseo que... conserves esta casa...

—Lo haré. Tienes mi palabra. —El arrogante Hamilton no estaría vendiendo la casa más impresionante de todo Londres—. No te importará vivir aquí, ¿cierto, Deirdre?

Ella miró a su alrededor con evidente incredulidad, contemplando la imponente cama con colgaduras de damasco, las escenas pintadas en el techo y los revestimientos de paredes de cuero estampado en oro. “¿Qué necio no le gustaría vivir aquí?”

Eso provocó otra sonrisa. Pero Lincolnshire no había terminado.

—Y mantengan a todo mi personal... a perpetuidad.

Aunque estaba tentado a aceptar eso también, Sean no podía aumentar su montaña de mentiras.

—Él tiene más de cien sirvientes —le informó a Deirdre.

Sus ojos se abrieron como platos. Ella misma, que no era tonta, era muy consciente que Hamilton no mantendría ese número. Era un hombre que valoraba su privacidad.

—¡Oh! Lord Lincolnshire, a mi marido no le gusta pasar mucho tiempo en Londres. Las escenas que pinta están todas en el campo. No necesitaremos tantos sirvientes cuando él no esté aquí.

—Para mí, querida. No puedo soportar pensar... que esta gente leal... mi gente... se verá obligada a valerse por sí misma.

Sean intercambió una mirada con su hermana y sacudió la cabeza.

—Necesito saber... si esta casa permanecerá en tus manos. Y si mi personal... conservará su empleo.

—Me quedaré con la casa —prometió Sean—. Como he dicho antes, aunque es demasiado grande solo para la señora Hamilton y para mí.

De hecho, la misma era demasiado grande para alguien que no estuviera relacionado con la realeza.

—Pero, en cuanto a lo otro...

—Sean —Lincolnshire lo interrumpió suavemente, y en tono de súplica—. ¿No dijiste que harías cualquier cosa por mí?

En el largo silencio que se extendió entre ellos, la mente de Sean se aceleró. Era más

probable que se acostara con Deirdre que Hamilton retuviera el enorme personal del viejo conde.

—¿Qué pasaría si pudiera encontrar trabajos nuevos y mejores para todos ellos?

Un pequeño resoplido surgió de la garganta del hombre.

—¿Mejor que trabajar... para mí?

—Muy bien, me equivoqué. Estoy de acuerdo en que no existe un empleador más amable y considerado. Pero, ciertamente existen puestos más prestigiosos. Y...

—Y yo no estaré aquí.

Sean asintió.

No obstante, evidentemente el conde no estaba convencido.

—¿Cómo puedes conseguirles empleo a todos? Eres un artista, no un hombre de negocios.

—Conozco gente. Confía en mí.

—Sí —dijo Lincolnshire significativamente, haciendo que Sean se retorciera de culpa—. Pero... quiero... necesito saber que estarán establecidos. Y serán felices.

—Voy a... Les encontraré empleo a todos.

—¿Mejores puestos?

—Mejores puestos que los que tienen ahora.

—¿Antes que me vaya?

—Antes que te vayas, tío. ¡Eso lo prometo!

Esa era una promesa que podría cumplir. Una que cumpliría fielmente.

El hombre asintió, aparentemente satisfecho.

—Ahora, en cuanto a ustedes dos.

Los ojos de Deirdre se abrieron de nuevo.

—Ahora, ¿qué?

—Quiero verlos bailar... en el baile de Billingsgate... el sábado.

Veintisiete

BOQUILLAS DE MANZANA

Pelar las frutas y hornearlas. Cuando estén frías, mezclar la pulpa de la manzana con el azúcar y concha de limón, triturada finamente, tomando la menor cantidad posible de jugo de manzana. La mermelada de naranja es una gran mejora. Formar masas y colocarles un poco de azúcar por dentro y encima. Hornear a fuego alto, un cuarto de hora, hasta que queden doradas.

La manzana hogareña siempre es confiable. Se sirve en reuniones familiares para asegurar la armonía.

—Helena, condesa de Greystone, 1776.

—**UNA ENCANTADORA** primera cosecha. —La luz de una lámpara se reflejaba en un rubí intenso, cuando Alexandra levantó su copa, el martes por la noche, brindando por su hermano durante la cena familiar en su casa de Berkeley Square—. Lo hiciste, Griffin.

Su marido sonrió.

—Un brindis por el nuevo productor de vino de Inglaterra.

—No sé si productor de vino es una descripción adecuada. —Griffin le sonrió a su cuñado. Tristan lo había ayudado a salvar los incipientes viñedos de Cainewood—. El término implica producir lo suficiente para vender una cantidad. Es probable que nosotros mismos consumamos toda la producción de este año. Dentro de una semana... Quizás esta noche...

Alexandra se rió.

—Producirás más el año que viene y aún más el año siguiente. Al final puede que haya suficiente para vender.

—Charles estaría orgulloso —dijo Juliana en voz baja.

Charles, su hermano mayor, había plantado las vides cuando era marqués. Pero no había vivido para verlas dar frutos. Hace dos años, cuando Charles murió de tisis, Griffin se vio obligado a abandonar la caballería. Volvió a casa para ocupar el lugar de Charles. Aceptó su título. También se había visto cargado con sus tres hermanas solteras, una colección diversa de propiedades, en su mayoría no rentables, y un campo lleno de vides moribundas.

Hoy las vides estaban prosperando, las propiedades familiares se habían reducido a aquellas que eran manejables, y dos de sus hermanas estaban felizmente casadas. “No está mal”, pensó Griffin, saboreando un sorbo de aquel embriagador vino.

Uno por uno, todos sus problemas se fueron resolviendo. Ahora solo tenía que encontrar un marido para Corinna y descifrar el misterio de la paternidad de Rachael. Estaba haciendo buenos progresos con esto último. Al recibir información de su hombre, hoy, esperaba darle la noticia a Rachael cuando la viera en el baile de Billingsgate, el sábado.

Sin embargo, Corinna era otra cuestión, completamente diferente.

Pintar, pintar, pintar... todo lo que ella siempre quiso hacer fue pintar. Era evidente que tenía poco interés en encontrar marido. Él le había presentado innumerables caballeros excelentes y, aunque en la superficie parecía cooperativa, siempre bailaba, sonreía y seguía adelante, sin pensar en ninguno de ellos dos veces.

Todo lo que quería era su felicidad. Y las mujeres eran más felices casadas, ¿no? Sin embargo, últimamente parecía que Corinna prestaba atención a un solo hombre. Sería un buen

marido, supuso Griffin: un poco mayor, pero rico, soltero y amable...

Si tan solo eso durara toda la semana.

—Corinna, has pasado mucho tiempo con Lord Lincolnshire —comentó, mientras Juliana servía los pastelillos de manzana que Alexandra había preparado y llevado a la cena familiar.

—Estoy pintando el retrato de Lord Lincolnshire. Espero presentarlo para la Exposición de Verano.

Juliana puso una bocanada en un plato y se acercó para entregársela a su marido, James.

—¿Cómo está el viejo conde? —ella preguntó.

—Bastante bien, considerando las circunstancias. Parece que se está defendiendo. —Corinna hizo una pausa para tomar un sorbo de vino—. Está muy feliz de tener a su sobrino para hacerle compañía.

James parecía desconcertado.

—¿Su sobrino?

—Sí, su sobrino —dijo Corinna intencionadamente.

—¿Mmm? —James frunció el ceño, pero luego su rostro se aclaró—. ¡Oh! Te refieres al señor Delaney.

Confundido, Griffinladeó la cabeza.

—¿Quién es el señor Delaney?

Juliana hizo una pausa con el plato en la mano, aparentemente dividida entre ponérselo delante de James, o golpearlo en la cabeza con él.

—¡Eso era un secreto!

—¡Oh! —Él hizo una mueca—. No me lo dijiste.

Mirando a Juliana, Corinna clavó ciegamente un tenedor en su propio hojaldre de manzana.

—¿Por qué diablos se lo dijiste?

—No guardamos secretos —explicó Juliana en tono de disculpa—. Lo prometimos, antes de nuestra boda.

—Bueno, cuando cuentas un secreto, al menos puedes decir que es un secreto.

—¡Lo siento! —chilló Juliana.

—¿De qué diablos se trata esto? —exigió Griffin—. ¿Quién es el señor Delaney?

Corinna suspiró.

—El hombre que conociste en el baile de Lady Partridge, el hombre que te presentaron como John Hamilton, es en realidad el cuñado del señor Hamilton, Sean Delaney... El señor Hamilton lo obligó...

—Lo chantajeó —interrumpió Alexandra.

—Bueno... Sí, lo chantajeó para que se hiciera pasar por él mismo. Como John Hamilton, quiero decir... Sobrino de Lord Lincolnshire. Pero, ahora lo está pensando mejor, aunque es lo correcto, y...

—¿Le ruego me disculpe? —interrumpió Griffin.

Nada de esto tenía sentido. El nombre, Sean Delaney, le resultaba conocido. Sin embargo, el hombre presentado como John Hamilton en el baile de Lady Partridge no le había resultado familiar en absoluto. De hecho, Griffin estaba seguro que nunca antes en su vida lo había visto.

Más confundido que nunca, se dirigió hacia su viejo amigo Tristan.

—¿Sabías esto también?

—No todo. —Tristan miró hacia abajo y dio un mordisco—. Y solo por poco tiempo.

—Poco tiempo —gruñó Griffin.

Alexandra soltó un suspiro melancólico.

—Las boquillas de manzana no están funcionando.

—¿Hay más? —preguntó Tristán.

—Se supone que esos dulces deben garantizar reuniones familiares armoniosas.

Parecía que su marido y el de Juliana se divertían. Pero, Griffin no.

—¿Podría alguien explicarme esto?

—Disculpa un momento —interrumpió Juliana—. Y no te atrevas a discutir nada en mi ausencia. Ya vuelvo.

Mientras visitaba el retrete, o cualquier otro lugar al que podría haber ido corriendo (Juliana era mujer, lo que significaba que era demasiado peligroso preguntar), Griffin se metió un hojaldre de manzana en la boca y trató de descifrar qué estaba pasando.

Él había fracasado. Tristemente.

—Explícate —exigió cuando ella regresó—. Y no omitas nada.

Entre ellos, con muchas idas y venidas alucinantes, sus tres hermanas explicaron.

Y explicaron.

Y explicaron.

Un cuarto de hora más tarde, cuando finalmente terminaron, Corinna hizo una pausa para respirar.

—Usted no revelará el secreto del señor Delaney, ¿cierto? No solo pondría en peligro el divorcio de su hermana sino que también haría infelices los últimos días de Lord Lincolnshire.

—No lo sé —replicó Griffin. Si bien el razonamiento de sus hermanas no era incorrecto, suponiendo que se tomara en consideración su tipo de lógica femenina, nada de eso realmente le sentaba bien—. No me gusta engañar a ese amable anciano.

—No lo estás engañando —aclaró Juliana con la misma lógica, típica e ilógica—. Solo estás permitiendo que suceda.

—Lo cual no es muy honorable.

Alexandra negó con la cabeza.

—Ocuparse de la felicidad de Lord Lincolnshire es el epítome del honor.

—Eso es mentira —Griffin no estuvo de acuerdo.

Ahora Corinna negó con la cabeza.

—Lo único que se debe hacer es no revelar la verdad.

Semántica. Todo era un asunto de semántica. Y eso estuvo mal.

Griffin estaba abriendo la boca para decir eso cuando un lacayo entró en el comedor.

—Un visitante, mi señor. Un tal señor Sean Delaney.

—¡Qué coincidencia! —destacó Griffin—. ¡Hazlo pasar!

Tan pronto como el sirviente se fue, Corinna resopló.

—No es una coincidencia.

—Envié un mensaje a Lincolnshire House —explicó Juliana—. Le dije al señor Delaney que usted conoce su verdadera identidad y que hay algo que debemos discutir.

—Así que eso es lo que estabas haciendo cuando te fuiste. —Tristán asintió pensativamente—. Me preguntaba...

James extendió las manos.

—Pensé que estabas visitando el inodoro.

—Deberíamos haberlo adivinado —murmuró Griffin—. Ella siempre ha sido la entrometida de la familia.

Cuando entró el señor Delaney, Corinna le indicó a un lacayo que le trajera una silla, y luego se acercó para que el sirviente pudiera colocarla junto a la suya.

Delaney, un hombre alto, parecía como si hubiera pasado todas sus horas libres en el salón de boxeo de Gentleman Jackson's. A Griffin no le importaría desafiarse a un combate. Y estaba aún más seguro que no se conocían.

—¿Ya nos habíamos visto? —le preguntó—. ¿Antes del baile de Lady Partridge?

Delaney hizo una pequeña reverencia, antes de sentarse.

—No que yo recuerde, milord.

El hombre tenía un marcado acento irlandés y Griffin nunca había conocido a muchos irlandeses.

—Sin embargo, tu nombre me resulta familiar.

—¿Lo es? —Aunque tomó la copa de vino que Corinna le entregó, Delaney no bebió, y parecía considerar su respuesta—. Creo que es posible que te haya comprado una propiedad. El año pasado, a través de tu abogado, lo que explica por qué nunca nos conocimos.

—¡Ah! Sí. —Ahora Griffin recordó haber visto el nombre en el contrato—. Una pensión en ruinas cerca de Lincoln's Inn Fields, si mal no recuerdo. No puedo imaginar por qué mi padre y mi hermano la conservaron durante tanto tiempo. Me alegré de deshacerme de esta.

—Supongo que no has estado allí últimamente. —Una comisura de la boca de Delaney se torció como si quisiera sonreír—. Esa pensión en ruinas es ahora un sólido edificio de cuatro pisos con dieciséis inquilinos. Comercios y oficinas en planta baja, residencial arriba.

Él miró a Corinna.

—Recibí tu nota. ¿Qué crees que necesitamos discutir?

—Era mi nota —confirmó Juliana—. Y te han convocado para convencerte a ti y a mi hermano que hacerte pasar por John Hamilton es lo mejor.

Lo cual ella procedió a hacer, por supuesto, con la ayuda de sus hermanas.

Aunque Griffin no conocía a Delaney, lo consideraba un hombre con una mente rápida y un sólido sentido para los negocios. Juntos abordaron una buena discusión. Al final, sin embargo, ambos aceptaron a regañadientes preservar la felicidad de Lincolnshire durante sus últimos días.

“Eso es inevitable”, supuso Griffin.

Esto no fue una pelea justa. Tres mujeres Chase se enfrentaron a dos hombres desventurados.

Veintiocho

—**UN CABALLERO MUY APUESTO** —comentó Juliana cuando Corinna salió de la pista de baile de los Billingsgate, el sábado por la noche—. ¿Quién es él? ¿Lo besaste?

—No puedo recordar su nombre. Lord Stonehurst, o tal vez Lord Brickhaven. Algo que ver con materiales de construcción. —Corinna observó al hombre alejarse, esperando que Griffin trajera otro en cualquier momento—. Y no, no lo besé... Lo acabo de conocer, por el amor...

—¿Esta noche? —La sonrisa de Juliana era demasiado inocente—. Entonces, ¿supongo que lo harás esperar una semana?

—Al menos —confirmó Corinna, levantando la barbilla en el aire. Una vez le había dicho a su hermana que nunca dejaba que los caballeros la besaran inmediatamente después de conocerlos, los hacía esperar al menos una semana. Pero la verdad era que desde su primer beso con Sean, no había querido besar a nadie más.

Desafortunadamente, no había recibido ningún beso en los últimos tres días. Lord Lincolnshire estaba tan ansioso por ver terminado su retrato, antes de fallecer, que estaba listo y esperando cuando ella llegaba cada mañana a las nueve, lo que hacía imposible darle un beso furtivo a Sean. Y aunque el conde se cansaba fácilmente y se acostaba todas las tardes, Sean nunca regresaba, antes que Corinna se fuera de la casa.

Lord Lincolnshire había descansado más temprano, hoy, porque planeaba asistir al baile esta noche, junto con Sean y Deirdre. Le había dicho a Corinna que quería ver a su sobrino “bailar con su encantadora esposa”. Corinna estaba ansiosa por su llegada, sobre todo porque esperaba tener a Sean a solas para darle un beso o dos.

Ciertamente, la falta de besos no la había hecho querer besar a otro hombre. Parecía que ella pertenecía a Sean, en cierto sentido, o él a ella. O ambos se pertenecían. Esa fue una relación muy suave y muy inocente, pero también maravillosa, emocionante y lo suficientemente ilícita como para hacerla sentir como una verdadera artista de espíritu libre. Sin embargo, esto también fue desconcertante. Se sentía como Pamela cuando se lamentaba: “*¡Nunca podré pensar en nadie en el mundo, excepto en él!*”

Y ella no podía casarse con él. ¿O podría hacerlo? Ya no estaba segura. En realidad, todavía sabía muy poco sobre él. Pero ayer le preguntó casualmente a Griffin qué pensaba de Sean (bien, lo había llamado señor Delaney, por supuesto). Él le dijo que estaba impresionado con el sentido comercial del hombre, y que esperaba poder acorralarlo pronto para pedirle consejos sobre la administración de sus propiedades.

En otras palabras, no parecía en absoluto desaprobador.

Pensar en su hermano le hizo darse cuenta que él parecía haber abandonado el salón de baile Billingsgate. Por ahora, al menos, no estaba empujando a otro hombre hacia ella. Corinna se relajó un poco.

—¿Sabes a dónde se fue Griffin?

—No. ¿Quién es esa mujer? —Juliana indicó la dirección con un movimiento rápido de su cabeza rubia oscura—. La que acaba de llegar con Lord Lincolnshire y el señor Del... Mmm... Señor Hamilton.

¡Ellos estaban aquí! Y afortunadamente no había nadie cerca para escuchar el desliz de lengua de Juliana. La discreción era importante.

—Esa es Deirdre —susurró Corinna—. Su hermana. Nos presentaron a principios de esta

semana, pero, no he encontrado la oportunidad de hablar con ella. Nunca parece estar presente durante el día cuando estoy pintando en Lincolnshire House.

—Hablemos con ella ahora —recomendó Juliana.

Corinna no estaba segura qué tan sabio sería eso, considerando que Sean temía que su hermana pudiera delatarlos. Pero ella no tenía otra opción. Con su habitual actitud decisiva, Juliana ya se dirigía hacia Lord Lincolnshire.

—¡Lady Corinna! —resopló cuando llegaron, sonriéndole desde su silla de ruedas. Miró a Juliana—. Por favor, Lady Stafford... permítame presentarle a la señora Hamilton, la próxima condesa de Lincolnshire.

Detrás de él, Sean se removió incómodo. Pero, después de todo, Deirdre era la señora Hamilton. Y ella sería la próxima condesa de Lincolnshire, al menos hasta que consiguiera el divorcio que buscaba.

—Es un placer conocerla —le dijo Juliana a Deirdre.

—Es un placer conocerte. He oído hablar mucho de tu familia, especialmente de tu hermana.

Corinna se sonrojó, preguntándose qué le habría dicho Sean a Deirdre. Sin embargo, luego se dio cuenta que probablemente Lord Lincolnshire era el que había hablado. Después de todo, ella lo estaba pintando y eso la complacía bastante.

—¡Señor Hamilton! —Lady Ainsworth, una mujer alta que parecía aún más alta con un turbante dorado, se acercó apresuradamente—. ¡Qué delicia volverlo a ver! ¿Qué está usted pintando estos días, si puedo preguntarle?

—Un paisaje —respondió Sean.

—¡Un paisaje! —La fuerte risa de Lady Ainsworth hizo que más personas se juntaran con ellos. Evidentemente, Sean, como celebridad, aún no había desaparecido—. ¿Alguna vez usted ha pintado algo que no fuera un paisaje, señor Hamilton?

—Supongo que no.

—¿Usted lo supone? —La risa de Lady Ainsworth fue realmente bastante molesta—. ¿Sobre qué paisaje?

—Es una escena de pradera —dijo Corinna.

Lady Hartshorn volteó hacia ella. Era una mujer baja y redonda, que en ese momento tenía los ojos muy abiertos.

—¿La has visto?

—La he visto —Corinna sonrió, pensando que Lady Hartshorn era muy envidiosa—. Los árboles son exquisitos, sus sombras lucen muy intrigantes.

—Hablando de sombras intrigantes —expresó un caballero, mirando a Sean—. Me he estado preguntando sobre *La alegoría de la sombra*.

—¿Le ruego me disculpe?

—*La alegoría de la sombra*... ¡Tu cuadro más famoso!

—¡Oh! Sí. —La risa del propio Sean sonó bastante forzada—. Por supuesto. Me temo que todavía estaba pensando en mi nuevo cuadro. Una vez que termino una obra, la quito de mi mente.

—¿Puedo preguntar qué te inspiró? ¿Qué te hizo decidir centrarte tanto en las sombras?

—Los, ¡ah! ... Los árboles. Siempre he encontrado los árboles muy inspiradores. Árboles frondosos de la campiña inglesa que crecen a partir de pequeñas bellotas y proyectan grandes sombras...

—Pero, señor Hamilton —interrumpió Lady Ainsworth, su turbante se balanceaba como

si estuviera tan indignado como ella—. No recuerdo haber visto ningún árbol en *La alegoría de la sombra*. Su tema central es un círculo de piedras, ¿no es así? Y creo que no es en Inglaterra, sino en Irlanda.

—Bueno, crecí en Irlanda...

—Exactamente —interrumpió Corinna—. Las alegorías son representaciones simbólicas, como ustedes lo saben. Si uno mira de cerca, verá que las sombras proyectadas por las piedras verticales se parecen a los árboles. A los árboles ingleses...

—¡Oh! —dijo la mujer.

—No puedo creer que no lo supieras —se burló Lady Hartshorn—. Es brillante, señor Hamilton. Simplemente brillante. ¿Cuánto tiempo tardaste en pintarlo?

—Tres días, milady.

—¿Tres días? ¡La cosa es del tamaño de la pared de un salón! El cuadro más grande en la historia de la Exposición de Verano, ¿no?

—Cuando uno está inspirado —enfaticó Corinna—. La imagen simplemente fluye de la mano a través del pincel. Yo misma he completado un cuadro en un solo día. Una vez. Un cuadro diminuto, de no más de ocho pulgadas cuadradas. *La alegoría de la sombra* mide, como mínimo, ocho pies por dieciséis... ¿Ha pintado usted alguna vez, Lady Hartshorn?

—No, no lo he hecho.

—Pensé que no —indicó Corinna, en un tono de voz superior.

En ese momento, Lord Lincolnshire tosió. Y tosió de nuevo.

—¿Necesitas algo de beber, tío? —Sean se recostó en el respaldo de su silla y no parecía en absoluto disgustado por tener una excusa plausible para escapar de la conversación—. Déjame llevarte a la sala de refrigerios.

Sin el célebre señor Hamilton como punto de atención, la reunión se dispersó rápidamente. Moviéndose incómodamente, Deirdre observó cómo su hermano se llevaba al conde.

—¿Le gustaría salir, señora Hamilton? —le preguntó Juliana amablemente—. Lord Billingsgate tiene un hermoso jardín.

—¡Oh! Sí —dijo Deirdre, sonando agradecida—. Me gustaría mucho eso.

—¿Por qué no te la llevas? —sugirió Juliana a Corinna, su mirada se desvió hacia donde James estaba parado, en un círculo de hombres enfrascados en una acalorada discusión. Eran todos los miembros del Parlamento, sin duda—. Tengo la intención de rescatar a mi marido, invitándolo a bailar.

Corinna asintió. Tomó el brazo de Deirdre para guiarla por el perímetro de la pista de baile hasta las puertas francesas que daban a la terraza.

—Gracias. —Respiró la hermana de Sean cuando finalmente lograron salir—. Estoy pensando que realmente no pertenezco aquí, ¿cierto?

Corinna la condujo por un sendero donde centelleantes linternas colgaban en lo alto.

—¿Por qué dices eso?

—Soy una sencilla muchacha de campo, hija de un vicario de un pueblo de Irlanda. No tengo ningún lugar en la sociedad londinense.

—Estás casada con John Hamilton.

—Solo de nombre —dijo Deirdre sombríamente—. No me ha prestado atención desde... bueno, durante mucho tiempo.

Corinna supo que eso ocurrió desde que Deirdre perdió a su bebé. Aunque Sean le había contado poco sobre sí mismo, había dedicado mucho tiempo a explicarle la situación de Deirdre,

y cómo ellos habían llegado al lío, en el que se encontraban ahora. Imaginó que a Deirdre le resultaría difícil hablar de ello.

—Tienes todo el derecho a estar aquí. Y al menos sabes más de arte que tu hermano.

—Sé menos sobre el arte de mi marido de lo que usted piensa. Hiciste un gran trabajo desviando esas preguntas. Puedo ver por qué mi hermano te admira.

“¿Sean le dijo eso?” El corazón de Corinna dio un vuelco al pensarlo.

—Me sorprende oír lo que usted dijo.

—No con tantas palabras, claro está. Pero me contó todo sobre ti y pude oírlo en su tono de voz.

—¿Le gustan mis pinturas?

—A Sean le importa un comino el arte. Pero le gusta la forma en que no tienes miedo de enfrentar grandes dificultades para conseguir lo que quieres. Él hizo lo mismo, ¿sabes? Empezó sin nada y ahora es más rico que una olla de oro al final de un arco iris.

Corinna no había traído a la hermana de Sean aquí para obtener información sobre él, pero no pudo resistirse a aprovechar esa oportunidad.

—¿Cómo logró eso?

Deirdre se encogió de hombros.

—Él dice que tiene una habilidad especial.

—¿Una habilidad?

—No sé qué quiere decir exactamente. Todo lo que puedo decirte es que poco después de casarme con John, Sean se mudó a Londres, aprovechando una pequeña herencia que recibió de nuestro tío —enfaticó—. Una pequeña herencia.

—¿Y?

—La siguiente vez que lo vi, era dueño de varias propiedades, incluida su propia casa. Tenía veinte años y su propia casa. —El asombro invadió su voz y sacudió la cabeza con incredulidad—. Nunca veía a mi hermano, a menudo, ya que a John no le gusta vivir en Londres. Una vez al año, tal vez, eso sí. Pero, la siguiente vez que vi a Sean, era dueño de más propiedades, algunas fábricas y muchos otros negocios. Barcos también. Y una casa más grande. Y, un par de años después, en más de uno... Ahora vive en una casa tan grande que todo Kilburton podría mudarse a ella. Todo el pueblo cabría en un rincón de ese terreno.

—¿Kilburton?

—Quizás eso sea un poco exagerado. —Deirdre se encogió de hombros con bastante timidez—. Kilburton es donde crecimos, en Irlanda.

—Cuéntame más —le pidió Corinna, pensando que sabía aún menos de Sean de lo que pensaba—. Dime cómo llegó a ser dueño de todo lo que tiene.

—No sé mucho —replicó Deirdre con una sonrisa tranquila—. Creo que deberías preguntárselo tú misma.

Veintinueve

—**GRIFFIN** —**dijo RACHAEL**—. ¿Qué estás haciendo aquí?

En la casa adosada de sus primos en Lincoln's Inn Fields, Griffin dejó de pasear por el salón y dio la vuelta para encontrarla, apoyada en el marco de la puerta. Incluso con un sencillo vestido de día, parecía demasiado sensual para su comodidad. Sus labios lucían recién lamidos. Su cabello oscuro caía en suaves ondas alrededor de su rostro. Y sus ojos parecían grandes y luminosos.

Y estaba triste.

—Te estaba esperando, como sospecho que te dijo tu mayordomo. ¿Por qué no estás en el baile de Billingsgate?

—No tengo ganas de ir —dijo.

Su expresión pálida le rompió el corazón, pero él aceptó su malestar. La compasión era mucho más segura que la lujuria.

—No puedes retirarte de la vida, Rachael.

—No lo estoy. —Ella examinó su ropa de noche—. ¿Por qué no fuiste al baile de Billingsgate?

—Para venir a buscarte.

—¿Qué pasa si no quiero que me busquen?

Él se encogió de hombros y dijo con indiferencia:

—Entonces, no te contaré mis noticias.

—¿Qué noticias? —preguntó, enderezándose y acercándose a él—. Dime.

—Te lo contaré de camino al baile —lo prometió con una sonrisa, esa encantadora que funcionaba con todos.

Sin embargo, la misma no funcionó con Rachael. No esta noche.

—No quiero ir al baile.

—Entonces, no quiero contarte mis noticias. Pasaré de nuevo mañana.

—¡Griffin! —Acercándose y riéndose, ella le dio un puñetazo en el hombro—. ¡No puedes hacerme esto!

Él estaba feliz de verla más animada, pero eso no era suficiente. Quería verla feliz y que “socializara”. También deseaba verla bailar con caballeros elegibles y seguir adelante con su vida.

—¿Te importaría apostar? —preguntó, saliendo de la habitación.

Ella lo agarró del brazo.

—Está bien, iré al baile.

—Excelente. —Con un poco de suerte, esa noche, ella encontraría un interés amoroso. Entonces, no importaría que ella no fuera su prima, porque de todos modos se la llevarían—. Esperaré aquí, mientras te cambias.

—¡Oh! No, no lo harás. —Aún sosteniéndolo del brazo, lo movió hacia un sofá—. Cuéntame qué descubriste...

Con ambas manos, lo empujó para que él se sentara.

—Ahora, ¡maldita sea!

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres demasiado exigente?

—Casi todos. —Ella se sentó a su lado y se lamió los labios, acelerando el pulso de él, a

pesar que eso era lo último que quería hacer—. ¿El hombre que contrataste encontró a los padres de mi padre?

—Su madre está muerta, pero el hombre encontró a su padre. Su nombre es Thomas Grimbald, al igual que su hijo. El coronel Thomas Grimbald... él también es militar.

Ella asintió, viéndose vulnerable de una manera, que a él le hizo querer abrazarla.

—¿Él sigue viviendo en Yorkshire?

—Ya no... Vive en el Hospital Real de Chelsea.

—Tan cerca —murmuró. El Hospital Real no es un hospital para enfermos, más bien es un hogar para militares pensionados, financiado por el gobierno—. Tengo un abuelo muy cerca y nunca lo supe.

Ella se lamió los labios de nuevo, demostrando que Griffin era un hombre patético y débil.

—Quiero verlo, conocerlo y descubrir si mi padre realmente cometió traición.

—Me alegro —dijo. Era mejor que ella lo supiera en vez de que seguir negándolo—. Te llevaré el lunes. ¡No! El martes. Tengo una reunión con mi abogado, programada para el lunes. ¡Lo lamento!

—Tienes derecho a vivir tu propia vida. Puedo esperar. Ya he esperado veinticuatro años.

—Supongo que sí. Ahora esperaré, mientras te cambias para el baile.

Ella suspiró.

—Realmente, no vas a obligarme a hacer esto, ¿cierto? No quiero bailar, entonces, ¿qué sentido tiene ir? No me apetece que los hombres me manoseen.

—No se atreverán. ¡Lanzaré un desafío en el acto!

—¿Un duelo? Justo lo que necesito... tu muerte sobre mi cabeza.

—¿Crees que perdería? Me lastimas. —Se agarró juguetonamente el corazón—. Cámbiate... Puedes bailar conmigo.

Él hizo esta propuesta, preguntándose vagamente qué diablos estaba haciendo, sugiriendo algo que lo llevaría a apretarse los dientes toda la noche.

—Nada más que bailar inocentemente, como primos.

Treinta

LOS BILLINGSGATE tenían una colección de arte bastante impresionante, una que Corinna había pasado mucho tiempo examinando, durante el baile que ellos celebraron en la temporada pasada. Este año, aunque una vez más se encontró rondando la galería de pinturas, no se estaba divirtiendo tanto.

Y esta vez tampoco estaba evaluando las pinturas. Principalmente, estaba tratando de ayudar a Sean a escapar tanto del salón como de los invitados que insistían en rodearlo. Si podía lograrlo, tal vez también podría lograr que él se fuera solo.

Quería hablar con él sin que todos los miraran a ellos dos. Quería que él la mirara sin que fuera una mirada de angustia. Quería tocarlo y sentir su toque a cambio. Quería estar lo suficientemente cerca para respirar su aroma.

Y ella se moría por un beso.

Desafortunadamente, los invitados de Lady Billingsgate no cooperaron. Y tampoco lo hacía Lord Lincolnshire.

—¿No te apetece un poco de aire, tío? —Sean preguntó por tercera vez.

—¡Oh! No. Estoy disfrutando de esta conversación.

Sin duda se regocijó al ver que su heredero atraía tanta atención. Pero Corinna ya había tenido que salvar a Sean de confundir una acuarela con una pintura al óleo y justificar su descripción de una pieza de William Hogarth como una “obra nueva e innovadora”.

No fue una tarea fácil, considerando que Hogarth había muerto en 1764.

—Fue innovador cuando se trataba de un trabajo nuevo —había dicho.

Afortunadamente, los parásitos que rodeaban a Sean asintieron como si hubieran interpretado su comentario de esa manera todo el tiempo.

—¡Oh! Adoro la mitología como tema de una pintura —ahora dijo Lady Trevelyan, pasando a la siguiente obra de arte—. ¿Qué opina de este Kauffmann, señor Hamilton?

—Muy detallado —respondió Sean con un comentario bastante seguro. Pero luego añadió—, admiro su...

—¿Su?

—Se refiere a Joshua Reynolds —se apresuró a decir Corinna—. ¿Tengo razón, señor Hamilton? ¿Se refería a Sir Joshua Reynolds, ya que Angélica Kauffmann era una de sus protegidas?

—Joshua Reynolds, sí. —La sonrisa que le envió fue de agradecimiento—. Como decía, admiro a Reynolds por tener la mente lo suficientemente abierta como para reconocer a una artista femenina.

—Es lo que pensaba. —Corinna exhaló un silencioso suspiro de alivio—. Aunque, por supuesto, Kauffmann fue ampliamente reconocida como una de las fundadoras de la Real Academia. De hecho, una de las dos únicas mujeres académicas en la historia.

La sonrisa de Sean ahora era más cálida que agradecida.

—Espero que seas la tercera.

Sus miradas se encontraron, sosteniéndose mutuamente. Realmente, él quería verla triunfar.

—Aprecio tu apoyo —lo dijo en voz baja.

Un caballero se aclaró la garganta.

—Hablando de Reynolds —expresó, acercándose para pararse frente a dos grandes retratos—. ¿Qué opina, señor Hamilton, del trabajo de Reynolds en comparación con el de Gainsborough?

—Mmm. —Corinna vio que Sean echaba un vistazo a las firmas de los artistas—. Este Gainsborough es bastante sentimental, ¿no es así? Mientras que el Reynolds aquí es, ¡ah! Más grandioso... Establece la importancia del hombre retratado en lugar de la simpatía por el sujeto.

Aunque Sean parecía bastante orgulloso de su análisis, el interrogador frunció el ceño.

—Me refiero en general, señor Hamilton, no a estos retratos en particular. El trabajo de un hombre se yuxtapone al del otro.

—No juzgo trabajos enteros, señor. Nunca busco firmas antes de evaluar una pintura. Cada obra debe valerse por sí misma, la identidad del artista no debe influir en mi opinión sobre ninguna imagen específica.

El caballero quedó claramente desconcertado.

—Pensé que todos los artistas estudiaban las técnicas de los maestros.

Corinna no supo muy bien qué decir a eso, así que se sintió aliviada cuando Juliana dio un paso adelante y se rió.

—¡Ah! Ahí está su error, Lord Prescott —comentó—. No se pueden hacer suposiciones sobre todos los artistas. Se sabe que los artistas son excéntricos e individualistas. Se enorgullecen de ser poco convencionales. Por lo tanto, nunca se debe esperar que un artista en particular, como el señor Hamilton, se acerque al trabajo de otros artistas de una manera singular y conformista.

“*Gracias al Cielo por mis hermanas*”, pensó Corinna. Lord Lincolnshire también pareció impresionado con el discurso de Juliana. Parpadeó con locura. Y luego tosió. Y tosió de nuevo. Un poco de espuma apareció en sus labios.

Sean, alarmado, sacó un pañuelo y lo secó.

—Realmente, creo que necesitas un poco de aire, tío. Insisto...

—Llévame a las puertas, entonces. Y... déjame ver... cómo bailas —jadeando, miró a Deirdre y siguió—, con tu esposa.

Corinna también estaba alarmada.

—Ni siquiera puede pronunciar tres sílabas antes de necesitar un respiro —le dijo a su hermana, mientras seguían a Sean, Deirdre y Lord Lincolnshire al salón de baile—. Tal vez deberías pedirle a James que le eche un vistazo.

Además de conde, el marido de Juliana también era médico.

—Estoy seguro que Lord Lincolnshire tiene sus propios médicos.

—Pero, está empeorando.

—Se está muriendo —le recordó su hermana suavemente.

—Pero, podría morir antes que termine su retrato, y realmente quiere verlo terminado.

Juliana la midió por un momento.

—Está bien. Le preguntaré a James.

—Gracias —dijo Corinna.

Vieron a Sean llevar a Lord Lincolnshire hasta las puertas francesas abiertas, luego girarse hacia Deirdre y acompañarla de mala gana hasta la pista de baile. Los músicos tocaron una melodía country.

Corinna exhaló un suspiro de alivio.

—Menos mal que no es un vals.

—¿Por qué eso? —preguntó Juliana.

—Sean no puede bailar el vals ni siquiera para salvar su vida.

—¿Sean?

—El señor Delaney —corrigió Corinna rápidamente—. Y gracias por intervenir para salvarlo. Con un poco de suerte, ese fue el último de nuestros momentos difíciles.

Una lenta sonrisa curvó los labios de su hermana.

—Nuestros, ¿Mmm?

—Sí, nuestros. Usted, yo, el señor Delaney, Alexandra, Griffin. Estamos todos juntos en esto. Todos los que conocemos el secreto.

La sonrisa de Juliana permaneció.

—“Nuestros” también podría significar Sean y tú, quiero decir, el señor Delaney. —Ahora su sonrisa se amplió, ante su propio error deliberado—. Ustedes dos pertenecen el uno para la otra. Cualquiera puede verlo.

—Nosotros no... —Lo último que Corinna quería era que su entrometida hermana interfiriera—. Él no es de nuestro mundo, Juliana. Griffin nunca estaría de acuerdo.

—Griffin no tiene nada en contra de este hombre. De hecho, dijo que lo admira. Le pregunté qué pensaba del señor Delaney esta tarde, antes de irse y regresar con Rachael.

Incluso Rachael y Griffin estaban bailando juntos ahora. Como era de esperar, la hermana de Corinna parecía bastante satisfecha acerca de cómo estaba progresando esa relación. Y a Corinna tampoco le sorprendió en absoluto escuchar que Juliana le había preguntado a Griffin sobre Sean.

—El señor Delaney es daltónico. Ni siquiera puede apreciar mis cuadros.

—Hay algo entre ustedes dos —insistió Juliana.

—Un deseo mutuo de ver feliz a Lord Lincolnshire durante sus últimos días, eso es todo. Su hermana se encogió de hombros.

—Si tú lo dices —lo expresó agradablemente, sin que pareciera que realmente estuviera de acuerdo en absoluto.

—¡Santa Ana! —murmuró Corinna—. Ve a bailar con tu marido, ¿quieres? Y no olvides pedirle que eche un vistazo a Lord Lincolnshire.

Treinta y uno

SEAN HABÍA decidido que, después de todo, el día que había llevado a Lincolnshire al estudio de Hamilton no había sido el más largo de su vida.

Este maldito baile parecía durar al menos como una semana más.

Escoltando a Deirdre fuera de la pista de baile, vio a Corinna parada junto a las puertas francesas abiertas. Ella captó su mirada y señaló con la cabeza hacia el jardín de los Billingsgate, antes de salir.

Sean llevó a Deirdre en la misma dirección y la acompañó de regreso hacia Lincolnshire.

—¿Estás disfrutando del aire fresco, tío?

—Mucho. Y... disfruté... verte bailar.

—Nosotros también disfrutamos el baile. —Para beneficio del querido caballero, Sean le sonrió a su hermana y la besó en la mejilla—. Me temo que después de eso me siento un poquito acalorado. ¿Te importaría hacerle compañía a mi esposa, mientras salgo un momento al aire libre?

—En absoluto —replicó Lincolnshire, alcanzando la mano de Deirdre.

Sean los dejó a los dos y entró al jardín, sabiendo que probablemente no debería hacerlo, e inmediatamente vio a Corinna, en un sendero iluminado con lámparas parpadeantes. Haciéndole señas para que la siguiera, ella desapareció.

Pensó brevemente en regresar, pero habiendo llegado tan lejos, no le parecía justo dejarla esperando. Siguiendo el sonido de sus pasos ligeros y corriendo, la encontró a bastante distancia, a un lado del camino, en la oscuridad de un pequeño grupo de árboles. Aunque el área estaba en sombras, podía ver el contorno de su hermosa forma, nada oculta por su vestido delgado y de cintura alta. Se acercó, diciéndose a sí mismo que no debería tocarla, sabiendo que sí lo haría.

Su aroma flotaba hasta él, a través de la noche iluminada por las estrellas, floral y dulce, subyacente con ese toque astringente, que le recordaba que ella era una artista, una mujer talentosa que seguía su propio camino. Pero ella también era aristocrática. Debajo de su fachada de originalidad y atrevimiento, la veía protegida y virgen, una mujer a la que nunca le había faltado nada. Como una moneda brillante recién acuñada, nada la había empañado. Ella era resplandeciente y bonita, y esa perfección lo atraía. Lo tentó hacia un mundo al que no pertenecía.

Él lo sabía y había tratado de mantenerse alejado los últimos días por eso. Ya la había besado tres veces (cuatro, si contaba la ocasión en que no se resistió la tentación de presionar sus labios en su nuca) y sabía que tres o cuatro veces eran demasiado.

También sabía que ella no tenía la misma fuerza de voluntad. Era impulsiva, ansiosa y ardiente. Él se acercó, y cuando ella levantó los dedos para acariciarle la mandíbula, él no se sorprendió en lo más mínimo. Un momento después estaban uno en brazos de la otra con los labios cerrados.

Era aterradora aquella pasión descontrolada. Se sintió abrumado. Pero el miedo no le impidió tomar lo que quería, darse un festín con su boca y pasarle las manos por la espalda. La probó y encontró ese sabor embriagador. La presionó contra su cuerpo y se deleitó con su sensación, disfrutando de sus pequeños sonidos de deleite.

Cuando retrocedió, ambos estaban sin aliento. Ella se acercó de nuevo, lo suficiente como para apoyar su cabeza contra su pecho.

—Te extrañé los últimos tres días —lo dijo en voz baja.

—Lo siento, lo siento por eso —se disculpó, porque lamentaba haberla decepcionado, pero también haber dejado que las cosas llegaran al punto en que ella se sentiría decepcionada. Y además no estaba haciendo nada para detener esa progresión—. He estado ocupado, tenía cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —Ella se apartó un poco y lo miró. Sus ojos azules parecían negros en la oscuridad—. ¿A qué te dedicas exactamente, Sean?

—Lamentablemente, muy poco para mí desde que empezó esto. Ahora Lincolnshire me ha pedido que busque nuevos puestos para todos sus sirvientes. Bueno, en realidad me pidió que me quedara con todos sus sirvientes, después de su muerte, pero Hamilton no va a hacer eso, así que le dije que en su lugar los colocaría. Entonces, eso es lo que he estado haciendo. Encontrar empleos para ellos. —Él le sonrió y, como no pudo evitarlo, le dio otro beso. Esta vez, uno breve y gentil—. Gracias por mantenerlo ocupado y hacer esto posible.

—Suenas como una imposición horrible. Te alegrarás cuando todo esto termine, ¿no?

—Estaré muy contento. —Aunque se preguntaba si algún día volvería a verla. ¿Cómo podría hacerlo? Y si volvería a sentirse contento sino pudiera hacerlo—. Sin embargo, extrañaré verte cuando todo termine.

—Creo que nos volveremos a ver. Mi hermano quiere hablar contigo. Quiere pedirte consejo sobre la administración de sus propiedades.

—¿Lo hará ahora?

—Le gustas. Está impresionado con tu sentido comercial.

—No pensé que los marqueses estuvieran interesados en los negocios.

—No lo están, en su mayoría, pero Griffin es un poco diferente... Nunca quiso ser marqués... Le gusta estar en el centro de las cosas. Estaba en la caballería, ya sabes, antes que muriera nuestro hermano mayor. ¡Era un oficial! Dirigió campañas en la guerra Peninsular. Aunque se queja de demasiadas responsabilidades, creo que en el fondo se siente un poco inútil ahora... Le gustaría encontrar algo propio, algo más desafiante, más envolvente...

—La gestión de las propiedades puede ser muy complicada. —Su hermano parecía un hombre al que podría admirar. Y si el hombre también lo admiraba, entonces...

No tenía sentido pensar en esa dirección. Pero acercó a Corinna un poquito más y le dio otro beso en la parte superior de la cabeza, inhalando el cálido aroma floral de su cabello.

—Será mejor que regresemos —lo dijo con pesar, tomando su mano y sacándolos a ambos de los árboles—. O la gente vendrá a buscarnos.

—Eso no sería bueno. —Ella estuvo de acuerdo, moviéndose con él—. Juliana vendría a buscarnos primero y luego quién sabe qué pasaría.

Mientras ella se preguntaba qué podría pasar, tomaron el camino de regreso.

—Me gustó lo que dijiste allí —ella expresó—. En la galería de pinturas.

—En la galería... ¡Que los santos nos protejan! ... No creo haber dicho nada que no fuera un desastre.

—Dijiste que el trabajo de un artista debería valerse por sí solo, que su identidad, o la de ella, espero que todos los que estaban escuchando estuvieran de acuerdo, no debería influir en la opinión del espectador sobre una obra específica. —Con su mano suave y cálida en la de él, lo miró y sonrió—. ¿De dónde se te ocurrió eso?

—Hamilton —lo reconoció con poca repugnancia—. Hamilton dijo algo muy parecido y lo recordé. En mi desesperación por sonar artístico, simplemente salió volando de mi boca.

—Sé que lo desprecias, y por una buena razón, pero me alegra mucho saber que él piensa

de esa manera. Eso hace que sea mucho más probable que vote por mi cuadro.

Sean no lo creía así. Ella no sabía el resto de lo que había dicho Hamilton: la parte que las mujeres nunca pintaban buenos retratos. Sin embargo, él no iba a decirle eso, no ahora. No iba a arruinar el último de esos pocos momentos robados juntos.

—Ya deberíamos haber regresado —él dijo, retirando su mano de la de ella cuando la casa apareció a la vista. Débiles fragmentos de música llegaban hasta ellos desde las puertas francesas abiertas—. Dijo que se ausentaría dos semanas, y este jueves pasaron las dos semanas. Pero en lugar de volver a casa para ocuparse de todo, envió una carta.

Ella juntó las manos por delante, como si tal vez le faltara sostener las de él. Aunque él esperaba que así fuera. Pero sabía que no debería hacerlo.

—Eso está mejor —ella dijo—. Si él volviera a casa ahora, podría arruinar los últimos días de su tío. ¿Qué dice la carta?

—Está pintando a la Dama de la Cascada y no quiere irse. Pero sospecho que la señora, a la que no quiere dejar, es la que está en su cama. ¡Ese sinvergüenza podrido! Me dijo que no me preocupara... Estará en casa mucho antes de la votación de la Exposición de Verano.

—No esperaba que estuvieras preocupado —insistió Corinna—. Obviamente, no puedes votar por él. Del mismo modo que no puedes venir a la recepción de Lady Avonleigh la próxima semana en su lugar. En diez días...

Ella añadió con un suspiro, mientras se acercaban a las puertas francesas abiertas, separándose instintivamente para que pareciera que no habían hecho nada más que hablar.

—En diez días entregaré mi cuadro y Hamilton volverá a casa.

—Debería regresar antes de eso. Dijo que estará aquí mucho antes de la votación.

—Entonces, en menos de diez días, serás libre.

Sean no sería libre hasta que Lincolnshire falleciera, a menos que Hamilton revolviera todo.

Sin embargo, él no quiso decirlo.

Por mucho que quisiera recuperar su vida, sabiendo que Corinna y él se estaban acercando demasiado, diez días en su compañía no le parecían suficientes.

Treinta y dos

—¿**CÓMO le va hoy a Lord** Lincolnshire? —Sean preguntó cuando entró en la casa del hombre el lunes por la tarde.

Quincy suspiró, un sonido sensiblero que lo decía todo.

—Quizás usted debería preguntarle a su nuevo médico.

—¿Nuevo médico?

—Está con él ahora. Es el segundo médico que lo visita hoy.

Alarmado, Sean se dirigió hacia la escalera de cristal. Al ver a Corinna dentro del salón, al pasar, estuvo tentado de detenerse. Pero ella estaba de espaldas a él y parecía absorta, tarareando desafinadamente, mientras frotaba vigorosamente su pintura.

Y de todos modos, ahora Lincolnshire era la prioridad.

Sean subió los escalones de dos en dos, haciendo una mueca al oír la tos de Lincolnshire. Al parecer, al oír los pasos de su hermano, Deirdre salió corriendo al pasillo.

—Hoy has vuelto temprano —ella susurró.

—Él no se siente bien.

—Por eso decidí quedarme en casa con él. Estaba sentado para Lady Corinna cuando empezó a toser sangre. Solo un poquito, pero...

—Un poquito es demasiado.

Ella asintió.

—Lady Corinna lo envió arriba. La enfermera Skeffington llamó a su médico y luego llegó también Lord Stafford. El doctor Dalton estaba furioso. —Ella tenía los ojos muy abiertos—. Empacó sus sanguijuelas y se fue.

—¿Sus sanguijuelas? —Sean hizo una mueca, antes de registrar el resto de las palabras de Deirdre—. ¿Lord Stafford? ¿El cuñado de Corinna?

Su hermana asintió de nuevo.

—Lady Corinna le envió una nota. Ahora está con Lord Lincolnshire. —Ella hizo un gesto hacia la puerta y se dirigieron allí.

—Mi recomendación es que se detengan las sanguijuelas, el sangrado y las ampollas —hablaba Lord Stafford al conde, mientras ellos entraban—. Usted elige, por supuesto, pero no creo que esos tratamientos consigan nada, a menos que su objetivo sea acelerar el fin.

Lincolnshire sacudió la cabeza violentamente y tosió de nuevo.

—Aquí, ahora. —Lord Stafford levantó una taza de la mesita de noche del conde, se acercó y se la llevó a los labios—. Tome un sorbito para mí, ¿usted quiere? Calmará su garganta y el calor aliviará sus pulmones.

Se enderezó y miró a Sean.

—Buenas tardes, señor Hamilton.

Teniendo en cuenta que el hombre sabía que no era Hamilton, lo había dicho sin problemas, pensó Sean.

—Gracias por atenderlo. Pensé que dirigías un centro de viruela.

—Me paso la mayoría de los días vacunando. ¡Sí! Pero, también veo algunos pacientes muy especiales. —Dirigió una suave sonrisa a Lord Lincolnshire—. ¿Otro sorbo por mí, como favor?

El conde cogió uno muy pequeño.

—No tiene más que un poquito de apetito —expresó Deirdre.

—Sin duda tiene náuseas —explicó Stafford—. Aunque no podemos verlo, por supuesto, sus órganos internos se hincharán junto con las partes que podamos ver. No querrá comer mucho, pero debemos animarlo a que coma lo que pueda. Especialmente el té.

—Lo haremos —prometió Sean—. Y entonces no deberíamos permitir que el doctor Dalton aplique más sanguijuelas, ¿no?

—Creo que tales tratamientos solo harán que Lord Lincolnshire se sienta más incómodo. Es mejor dejar que las cosas progresen de forma natural, tal como yo lo veo. Pero, no espero que el doctor Dalton regrese en ningún caso. —Stafford puso una mano afectuosa en el hombro del conde—. Ahora asistiré a Lord Lincolnshire.

Lord Lincolnshire le dedicó una débil sonrisa.

—Gracias —susurró, cerrando los ojos.

—No pienses en eso. Haré cualquier cosa por usted, como todos los que han tenido la suerte de ser parte de su vida.

“Pero, Hamilton no lo hará”, pensó Sean sombríamente, observando cómo la respiración del conde se estabilizaba. Su cabeza colgaba sobre las almohadas. A pesar de su fachada alegre, Lincolnshire se estaba debilitando. No duraría mucho más. Aunque Sean lamentaba haber pasado el día fuera de casa, necesitaba hablar con su gente para averiguar dónde podrían ubicar a más sirvientes de Lincolnshire. Quería asegurar la tranquilidad del conde, antes de su muerte.

Stafford guardó el estetoscopio en su bolso de cuero negro y cerró el broche.

—Regresaré por la mañana. Mientras tanto, confío en que la enfermera Skeffington lo cuidará bien.

Deirdre miró agradecida a la mujer robusta que rondaba cerca.

—Claro, y lo hará... Sean y yo también lo cuidaremos.

Deirdre, la verdadera sobrina por matrimonio de Lord Lincolnshire, estaba demostrando ser más devota de lo que Sean había esperado. Era más un adulto de lo que había imaginado. Él le dedicó una triste sonrisa de aprobación, antes de seguir a Stafford escaleras abajo.

Los dos hombres se detuvieron en la puerta del salón. Corinna todavía estaba de espaldas, pero ya no pintaba. Tampoco estaba tarareando. Ella simplemente estaba allí, contemplando su lienzo.

Llevaba el pelo recogido y la nuca parecía vulnerable. Algo dentro de Sean se agitó, un largo y líquido tirón.

Como si pudiera sentirlo, ella dio la vuelta.

—Sean y James. —Acercándose a ellos, en el vestíbulo de entrada, miró preocupada a su cuñado.

—Lord Lincolnshire se ha quedado dormido. Le puse una gota de láudano en su té. Está descansando tranquilo por ahora.

—Entonces, ¿crees que podría mejorar?

—No, me temo que no —respondió Lord Stafford suavemente—. Por supuesto, es difícil predecir la trayectoria de una enfermedad. Podría tener una hora o un día en el que parezca mejor, pero en general seguirá decayendo.

Se acercó y besó la mejilla de ella.

—Hiciste bien en mandar a buscarme... Juliana me sugirió que lo viera, pero, no me había percatado que la situación era tan grave.

—Gracias por venir. —Lo acompañó hasta la puerta principal, la cual el competente Quincy ya estaba manteniendo abierta. Ella añadió en voz baja—, sé que Lord Lincolnshire está

en las mejores manos.

Corinna lo vio bajar las escaleras y esperó a que Quincy cerrara la puerta, antes de dirigirse hacia Sean.

—¿Cuándo llegaste a casa?

Este no era su hogar, pero él se encogió de hombros con cansancio.

—Hace un tiempo... Parecías muy ocupada.

—Terminé.

—Entonces, ¿te vas por la noche?

—Terminé con el cuadro.

—¡Oh! —Él parpadeó—. ¿Puedo verlo?

—Sí, esperaba que lo hicieras. —Ella dudó por un momento, antes de regresar al salón, y le indicó que la siguiera. Cuando se acercaron a la lona, ella pareció contener la respiración—. ¿Qué opinas?

—Se parece mucho a Lincolnshire. Un Lincolnshire más saludable y vital. —Era el hombre que había posado para ella, mezclado con el Lincolnshire más joven de sus recuerdos, supuso Sean.

Era un retrato de cuerpo entero, una pose natural, en lugar de la típica formalidad de cabeza y torso. El cuadro mostraba al conde sentado en un banco bajo un árbol sencillo en Berkeley Square, tal vez el mismo banco donde Sean le había explicado la verdad a Corinna. Sin embargo, Lincolnshire no estaba comiendo hielo de Gunter, en cambio, sostenía un pesado libro encuadernado en cuero. En lugar de leerlo, parecía como si acababa de levantar la vista, distraído por el espectador que pasaba. Parecía relajado y contemplativo. Y muy vivo.

—Está bien —dijo Sean simplemente.

Corinna exhaló rápidamente.

—No sabes nada sobre arte.

—Sé lo que me gusta y me parece muy bien hecho. Lo presentarás para la Exposición de Verano, ¿no?

—Eso espero. Pero, primero voy a mostrarlo en la recepción de Lady Avonleigh, el miércoles... —Mañana, ella lo enviaría, junto con una selección de otros cuadros, a la casa de Lady A.—. Quiero saber qué dirán los artistas al respecto.

—Los jueces.

—Sí. —Ella se mordió el labio y encontró su mirada. Los nervios repentinamente saltaron en su estómago—. Espero que les guste.

Su voz tembló y se preguntó si él la había oído. Sean no dijo nada, así que ella no pudo saberlo. Él solo la observó por un momento. Apenas la miró, mientras ella permanecía allí, deseando no haber comido ningún almuerzo, porque sentía que la carne fría y la fruta, que había mordisqueado, estaban a punto de volver a subir.

De repente, él dio la vuelta y caminó de regreso a la enorme puerta tallada y dorada del salón. La cerró con un fuerte golpe. Luego, volteó de nuevo para mirarla.

—Estás nerviosa —afirmó en ese tono bajo y melódico, que hizo que todo cambiara dentro de ella—. Ven aquí, Corinna.

Ella corrió a sus brazos y levantó el rostro para recibir su beso. Sin embargo, él no la besó, solo la abrazó con fuerza, murmurando sonidos mudos de consuelo, o tal vez eran palabras irlandesas, ella no lo sabía. Sin embargo, justo en ese momento, ella se enamoró de él.

Darse cuenta la dejó sin aliento. Esto hizo que su corazón tartamudeara, una vez, antes de acelerarse. Deslizó sus manos debajo de su frac y alrededor de él. Lo apretó, mientras él la

abrazaba a ella, tan fuerte como podía.

—No hay nada por qué debas estar nerviosa —él lo dijo con dulzura, pasando las manos arriba y abajo por su espalda—. Es una pintura preciosa.

Ella giró la cabeza para apoyar la mejilla contra su cálido y reconfortante pecho, deseando que no hubiera una camisa y un chaleco entre ellos.

—Lo sé.

—Y tienes muchos más cuadros en casa, ¿no? Entonces, si los jueces no están de acuerdo, podrían elegir otro.

Él olía a almidón, jabón y hombre.

—Lo sé.

Era un hombre increíblemente masculino.

—Y si no eligen otro, siempre quedará el año que viene. No te rendirás. Te conozco.

Ella también lo conocía a él. Y lo amaba. No creía que pudiera decírselo: estaban sucediendo muchas cosas a su alrededor y otras complicaban su vida. No obstante, ella volvió a levantar la cara, esperando que esta vez él la besara para poder decírselo sin palabras.

Él lo hizo.

Fue un beso suave, nada parecido a los que habían compartido antes. Sus besos tendían a ser tormentosos. Aunque este era tranquilo, lento y reconfortante... y exactamente, eso era lo que ella necesitaba.

Sus labios tiernos y afectuosos se deslizaron sobre los de ella, tomándose su tiempo. Su lengua recorrió su boca, lánguida y pausada, lujosa y deliberada, como si saborearla, descubrirla y hacerla sentir mejor fueran las únicas cosas que le importaban en el mundo.

Ella se estremeció. Pero ahora no con nerviosismo, porque tenía razón: siempre estaría el año próximo, y en ese momento, un toma y daca, esta caricia persistente, parecía mucho más importante. Se perdió en él, en la magia del amor y en todas sus promesas.

Llamaron a la puerta y se separaron. Sean giró y la abrió.

—Deirdre.

Su hermana parpadeó, mirándolos.

—Lo lamento. No tenía intención de interrumpir.

—No, no. —Él la atrajo hacia adentro—. Lady Corinna me estaba mostrando su cuadro terminado.

Corinna temía que la otra mujer pudiera ver la verdad en su rostro, o más bien en sus labios, que hormigueaban y se sentían profundamente besados. Pero si Deirdre se dio cuenta, no lo reveló. Sus propios labios se curvaron en una leve sonrisa, mientras caminaba hacia el cuadro.

—¡Oh! Lady Corinna, esto es absolutamente encantador. Cuéntamelo, ¿quieres?

A espaldas de Deirdre, Corinna compartió una última y prolongada mirada con Sean, sintiéndose mucho mejor con todo. Estaba enamorada y sabía que eso importaba más que cualquier pintura.

Resguardando su nuevo secreto para sí misma, fue a reunirse con la hermana.

Treinta y tres

TORTAS DE ALMENDRA

Moler media libra de almendras y mezclar con media libra de azúcar y agua de naranja o limón. A esto se le añaden diez yemas de huevo batidas y la concha hervida de dos naranjas o limones, molidos y finos. Mezclar con las claras de huevo firmes y mantequilla derretida y fría, horneando todo hasta obtener una buena base.

Estos dulces son buenos para picar en ocasiones nerviosas, como cuando mi hija trajo al mundo a mi primer nieto, a principios de este año. Cielos, qué día y qué noche. ¡Creo que preferiría dar a luz, yo misma!

—Elizabeth, condesa de Greystone, 1736.

COMO ERA costumbre, los muebles de la casa de la tía Frances en Hanover Square habían sido reorganizados para preparar el nacimiento de su hijo.

En la planta baja de Malmsey House, se había designado una habitación como dormitorio y para la ocasión, trajeron una cama plegable portátil. Una habitación comunicada más grande proporcionaba un lugar de reunión para las relaciones durante el parto, y se habían acondicionado más habitaciones al otro lado del pasillo para albergar al partero (el médico obstetra) y a la enfermera mensual, llamada así porque no solo ayudaba al parto sino que también atendía a la madre, durante el parto, pero se quedaba un mes después para cuidar al bebé.

El acompañante y la enfermera mensual habían llegado ayer, anticipándose a la fecha prevista de parto de la tía Frances, dentro de una semana. Pero al parecer el doctor Holmes había calculado mal, porque hoy, mientras Corinna y su familia mordisqueaban las tortas de almendras, que Juliana había horneado y traído, Frances estaba trabajando en la habitación interior.

Como lo había estado haciendo durante medio día.

Corinna se había visto obligada a apresurarse, esa mañana, para enviar sus cuadros a la casa de Lady A., antes de venir aquí para estar con la tía Frances. Junto con el retrato, había elegido sus mejores paisajes y algunas de sus naturalezas muertas favoritas. Al menos esperar el nacimiento le impedía preocuparse de haber tomado las decisiones correctas.

Bueno, un poco, al menos.

Al escuchar más gemidos y murmullos a través de la puerta, hizo una mueca.

—¿Cuánto va a durar esto?

—No ha pasado tanto tiempo. —Alexandra le sonrió a su pequeño hijo—. Si hubieras asistido al nacimiento de Harry, lo sabrías.

Alexandra había dado a luz en invierno, en Hawkrigge House, en el campo. Dos semanas antes, una semana completa, antes de la llegada prevista de sus hermanas. Su acompañante también calculó mal y, en ese momento, Corinna se sentía agradecida por ello. La idea de Alexandra, gimiendo como la tía Frances, le podría provocar gemidos.

—¡Oh, maldita sea! —dijo Griffin de repente.

—¿Qué es? —preguntó Corinna. “¿Oyó algo a través de la puerta que no escuché? ¿Algo malo? ¿Algo grave?”

—No es nada —aclaró—. Simplemente olvidé algo.

Se levantó, acercándose a un pequeño escritorio, en un rincón de la habitación, donde empezó a abrir cajones.

—Necesito enviar un mensaje.

Juliana también se levantó y buscó papel y pluma para él.

—Parece que esto está tardando una eternidad —dijo, bastante pálida, mientras regresaba a su asiento—. James, tal vez deberías ayudar.

—No doy a luz a bebés —expresó su marido, médico, por quinta vez—. Pero, no hay necesidad de preocuparse. El doctor Holmes es el mejor.

—Podrías tomar algunas medidas —murmuró Griffin, mientras garabateaba.

—Por lo general, es mejor no intervenir, mientras el trabajo de parto avanza. ¿Qué te gustaría que hiciera?

—¿Derrame de sangre? Tal vez...

—James no cree en el sangrado —manifestó Juliana rápidamente. Ella odiaba ver la sangre—. Dice que le revuelve el estómago.

Griffin dobló su carta y comenzó a garabatear nuevamente, agregando la dirección en el exterior.

—Entonces, tal vez fórceps.

—El uso de fórceps —indicó James—. Puede provocar desgarres en la madre.

—No quiero escuchar eso —dijo Corinna. Ver sangre no la molestaba, pero de todos modos se le revolvía el estómago con toda aquella charla. No quería ver sangrar a tía Frances, y la idea de usar fórceps era igualmente perturbadora. Pero había que hacer algo, porque no creía que pudiera escuchar ni un momento más lo que venía detrás de la puerta cerrada.

—¿Estás bien? —le preguntó Juliana.

—Estoy bien. Simplemente no quiero dar a luz nunca.

Todos se rieron. Sin embargo, esto no era motivo de risa. Nunca iba a decirle a Sean que lo amaba, pero, ¿y si él quería casarse con ella? Y aunque Griffin probablemente no estaría de acuerdo, ¿y si lo estuviera? Ella misma podría terminar casada y en la cama, gimiendo y quejándose detrás de la puerta de una sala de partos.

Un grito particularmente penetrante vino de la habitación de más allá, y sintió que la sangre se le escapaba de la cara.

—Vale la pena —dijo Alexandra en voz baja, todavía sonriendo a su hijo.

—Creo que me limitaré a producir pinturas —murmuró Corinna.

—Es posible que tu marido no esté de acuerdo con eso —replicó Griffin, levantándose del escritorio. Caminó hacia la puerta de la habitación—. Regresaré enseguida. Necesito dársela a un lacayo para que lo entregue.

“Creo que todos los hombres son mentirosos”. Corinna recordó que Amanda lo dijo en *Los descendientes de la abadía*. Bueno, su hermano no era embustero. ¡Oh! Eso no era perfectamente sencillo. Estaba decidido a casarla y no había nada traicionero, en la forma en que lo estaba haciendo. Al contrario, lo anunciaba periódicamente al mundo.

“Es posible que tu marido no esté de acuerdo con eso”.

Corinna estaba gritando mentalmente, decidiendo qué palabras usar para dejarle claro, de una vez por todas, a su hermano, que ella no estaba buscando un esposo, en primer lugar, y que no aceptaría uno, que no apoyara su carrera artística, en cualquier caso. De repente los gemidos y gritos cesaron.

La respiración de Corinna también se detuvo.

—¿Crees que la tía Frances está...?

No se atrevía a pronunciar la palabra “muerta”. Y evidentemente, nadie más podría hacerlo, ya que un silencio tenso inundó la habitación.

Y entonces un débil grito llegó a través de la puerta cerrada.

—Por supuesto que no, gansa. —Juliana sonrió—. Ella ya tuvo a su bebé.

—¡Gracias al Cielo! —Corinna mordió un trozo del dulce de almendras. El calvario de su tía había terminado. Después de todo, el matrimonio y el parto no la habían matado—. ¿Cuándo podremos verlo?

—No por un tiempo —le dijo Alexandra—. El bebé está cubierto de moco y sangre, por lo que primero habrá que limpiarlo, y la tía Frances tendrá que dar a luz la placenta...

—¡Deténganse! —Griffin volvió a entrar, luciendo bastante verde—. No creo que Corinna necesite escuchar esto.

Corinna se rió suavemente. Ella ya se sentía mejor. Su estómago se agitó de emoción, mientras todos esperaban ser invitados a entrar. El bebé dejó de llorar y los murmullos que llegaban, a través de la puerta, sonaban más de satisfacción que de angustia. Escuchó la familiar risa suave de Frances y supo que todo había ido bien.

Por fin se abrió la puerta de comunicación. Desde la cama, Frances sonrió, cómodamente apoyada en las almohadas. Lord Malmsey, un hombre bajo con una entrada en el cabello, salió de la habitación con una amplia sonrisa y un bulto rosa acunado en sus brazos.

—Es una niña —lo dijo, sonando desconcertado.

Todos parecieron suspirar al unísono.

Lentamente, desenvolvió la manta, revelando una carita en forma de corazón, un mechón de cabello oscuro y liso, y unos ojos azules grandes y desenfocados.

Corinna se levantó y caminó hacia ella.

—¿Cómo la llamarás? —preguntó.

—Belinda —dijo, en voz baja.

—¡Oh! Cielos. —El nombre de la hermana de Frances. La madre de Corinna—. ¿Puedo abrazarla?

Griffin se rió.

—Pensé que no querías un bebé.

—Hay una gran diferencia entre tener uno y sostenerlo —replicó abriendo los brazos.

Lord Malmsey entregó su hija, a regañadientes. Belinda se sintió cálida y olía divina. Y abrazándola fuertemente, Corinna se enamoró por segunda vez en dos días.

Treinta y cuatro

Hannover Square, martes 13 de mayo.

Mi querida prima,

Lamento no poder acompañarte a Chelsea hoy, ya que mi tía Frances está dando a luz a un niño de manera muy inconveniente. Te llevaré mañana si te parece bien.

Afectuosamente,

Cainewood.

* * *

—**UNA HABILIDAD ÚTIL**, señorita. —Sean hizo una anotación en su cuaderno—. Quizás pueda encontrarle un puesto limpiando las oficinas principales de Delaney and Company.

—¿Oficinas? —chilló la fregona y se llevó las manos agrietadas y enrojecidas por el trabajo a las mejillas. Claramente, ella consideraba que la limpieza de oficinas era un gran paso adelante en el mundo—. ¿Un lugar de negocios? ¿No es una cocina?

—No puedo hacer ninguna promesa porque aún no se han tomado decisiones. Pero, no trabajarás en la cocina. —Un negocio en el que él no estaba involucrado era el servicio de alimentos. Él se puso de pie, cuando ella también se levantó y le tendió la mano—. Cualquiera que sea su trabajo final, debe esperar para comenzar el lunes siguiente a la pérdida de Lord Lincolnshire.

—¿Seguiré viviendo aquí?

—Me temo que no. —Sean estaba seguro que Hamilton nunca lo permitiría—. Pero, no tenga miedo, señorita. Le conseguiré alojamiento en una pensión hasta que usted mejore su propia situación.

Ella tomó su mano entre las suyas, con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Gracias milord. No se puede imaginar lo que...

—No soy un lord —interrumpió—. Simplemente, un señor.

—Pronto serás un lord...

—Y le agradezco su atención. Antes de regresar a la cocina, pídale al señor Higginbotham que venga.

Se sentó y tomó algunas notas más, mientras ella salía bailando de la habitación. Cuando entró el mayordomo de la casa, él se levantó nuevamente.

—Entonces, ¿ella es la última, señor Higginbotham?

Higginbotham, un hombre alto y delgado con una mirada que no se perdía nada, dirigía la casa de Lincolnshire como un reloj.

—Aparte de Eugene Scott, uno de los jardineros, sí. Le dejé el día libre para estar con su madre enferma.

—Un jardinero. —Sean asintió y tomó otra nota. Quizás se podría asignar al señor Scott a trabajar con los equipos que se encargan del paisajismo de los nuevos edificios, después de la construcción—. Por favor, siéntese, señor Higginbotham.

El mayordomo así lo hizo, alisándose las palmas de las manos sobre sus pantalones a rayas.

—Debo decirle, señor, que todos, desde el sótano de esta casa hasta los áticos, están extremadamente agradecidos porque usted se encarga que tengamos trabajo.

—No pienses en eso. Ustedes son trabajadores extraordinariamente leales y, como tales, demostrarán ser activos en sus puestos futuros.

Ahora que Sean los había entrevistado a todos, principalmente en horas de la tarde, durante más de una semana, evaluaría sus puntos fuertes relativos para poder distribuirlos adecuadamente entre las diversas empresas que poseía. Algunos estarían involucrados en la administración de propiedades, otros en la importación o la exportación, la fabricación, la construcción y muchos otros de sus negocios.

—Espero que todos estén satisfechos con sus asignaciones finales —dijo.

—Estoy seguro que estarán encantados de tener algún empleo. Aunque desean permanecer con Lord Lincolnshire hasta que él se haya ido, por supuesto.

—Por supuesto... No lo haría de otra manera.

Higginbotham vaciló.

—Si no le importa que se lo pregunte, señor Hamilton... —Se aclaró la garganta—. ¿Cómo es que usted conoce de suficientes puestos disponibles? Y cuenta con la autoridad para contratar...

—Conozco a mucha gente —interrumpió Sean con desdén.

—Supongo que, como artista conocido, has recibido encargos de los mejores...

—Algo como eso. —Golpeó el cuaderno con su pluma—. En cuanto a su futuro, señor Higginbotham...

El hombre se inclinó hacia delante con la aprensión cruzando su largo rostro.

—Supuse que me quedaría aquí. Si se me permite decirlo, señor Hamilton, necesitará al menos un mínimo de personal.

A Sean no se le ocurriría dejar a un hombre tan excelente a merced del marido de Deirdre.

—Tu eficiencia me ha impresionado. Conozco una fábrica en Surrey que necesita un capataz. Si estás dispuesto, me gustaría verte en esa posición.

Los ojos de Higginbotham se abrieron como platos.

—¿Una fábrica?

—Fabrican lámparas, las nuevas luces de gas. Como es una industria en crecimiento, es una fábrica muy grande, con más de trescientos trabajadores.

El mayordomo se enderezó.

—He manejado un personal considerable aquí.

—Más de cien, según mis cálculos. —Sean sintió como si hubiera entrevistado a mil personas—. Tendrás que mudarte fuera de Londres, por supuesto, pero la compensación incluirá la casa de un capataz y el personal para administrarla, lo que te dejará libre para concentrarte en las necesidades de la fábrica.

—¿Voy a tener a mis propios sirvientes?

—Los necesitarás... La fábrica es una gran responsabilidad.

Los ojos del hombre se llenaron de determinación, quizás atenuada por un toque de emoción. Ser mayordomo era un puesto respetable, aunque dirigir una fábrica era algo completamente distinto. En lugar de ser un sirviente glorificado, sería un hombre de industria, un hombre de negocios.

—Estoy a la altura, señor, se lo aseguro.

—No tengo ninguna duda. —Sean cerró el cuaderno de golpe—. Estamos de acuerdo, entonces, y aquí terminé. Hágaselo saber a Lord Lincolnshire, por favor. Me voy a... pintar.

* * *

Lincoln's Inn Fields, martes 13 de mayo.

Mi querido primo,

Hubiera sido mejor, si me hubieras avisado de tu retraso, antes de las cuatro horas, desde que te esperaba. Parece que has olvidado que Lady A. celebrará su recepción mañana, posiblemente el día más importante de la vida de tu hermana. Como tengo previsto asistir, será más agradable ir a Chelsea el jueves por la tarde.

Siempre tuya, sinceramente,

Rachael.

PD. Le deseo a Lady Malmsey lo mejor.

Treinta y cinco

TORTAS DE LAS GRANDES REUNIONES

Tomar la harina y mezclarla con la mantequilla, el azúcar y las grosellas limpias y secas. Hacer una pasta con huevos y agua de azahar, agua de rosas, vino dulce y brandy. Colocar en un plato de hojalata enharinado y hornear por muy poco tiempo.

Mi madre decía que estas tortas traen suerte y, de hecho, ¡se las di a mi marido el día que me propuso matrimonio! Sirve para garantizar el éxito de cualquier gran reunión o evento que te gustaría que saliera bien.

—Katherine, condesa de Greystone, 1765.

FINALMENTE, amaneció el día de la recepción. Corinna llegó a la casa de Lady Avonleigh, donde un anciano mayordomo la hizo entrar. Le temblaban las rodillas. Lady Balmforth, que compartía la casa con su hermana, se acercó a saludarla y llevarla al salón.

—Bienvenida querida. ¿Dónde está el señor Hamilton?

—Él... ¡ah! Él no pudo venir —lo dijo y era la verdad. El señor Hamilton no asistiría porque estaba en Gales, y Sean tampoco podría ocupar su lugar—. No lo he visto en los últimos días, Lady B., al parecer está muy ocupado.

Eso también era cierto. No había visto a Sean desde que terminó el retrato.

—Bueno. —La mujer mayor resopló, chupando sus ya delgadas mejillas. Lady B. era tan delgada como Lady A. era gordita—. Mi hermana no estará contenta con esto.

Algunas de las amigas de las damas ya estaban allí, exclamando ante los cuadros de Corinna. Lady A. y Lady B. habían quitado todos los demás cuadros de sus paredes pintadas de color melocotón y en su lugar habían colgado allí el arte de Corinna.

Todo en su casa parecía color melocotón. Desafortunadamente, el color chocaba con algunos de los trabajos de Corinna, pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Solo podía cruzar los dedos, esperando que los artistas apreciaran lo que vieran, cuando llegaran.

Alexandra apareció a continuación, con una bandeja en las manos.

—Tortas de grandes reuniones —explicó—. Se supone que deben garantizar el éxito de nuestra reunión.

—De hecho, no es una reunión en absoluto. Es una recepción.

—Es una reunión elegante y, como la casa de Lady A. no es demasiado grande, seguramente será un flechazo. En mi opinión, esta es una reunión. —Alexandra se inclinó para besar la mejilla de su hermana—. Te ves nerviosa.

Una respuesta sarcástica flotaba en la punta de la lengua de Corinna, pero se sentía demasiado agotada para hacer bromas.

—Lo estoy —admitió en su lugar. De pronto se dio cuenta que, aparte de las tortas, Alexandra no tenía... nada. Y había una ausencia notable de ruedas chirriantes—. Dejaste a Harry en casa.

—Los bebés no pertenecen a estas reuniones. —Alexandra colocó la bandeja sobre una mesa auxiliar de caoba con incrustaciones de madera de color melocotón más claro—. Muéstrame tu pintura más nueva.

Pero antes que Corinna pudiera hacerlo, entró Juliana. Luego Rachael, Claire y Elizabeth. Luego, más amigas de Lady A. y B., y su otra hermana, Lady Cavanaugh, y el primero de los artistas jueces.

De repente, eso sí fue una gran reunión.

Corinna apenas podía moverse entre toda la gente. Lady A. se abrió paso entre la multitud para darle un abrazo, envolviéndola en alcanfor y gardenias.

—¡Nuestro invitado de honor! ¿Dónde está el señor Hamilton, querida?

—No pudo venir.

—Bueno. Yo... Bueno... Yo nunca... —Estaban llegando más invitados, abarrotando el salón. Con las mejillas regordetas temblando de indignación, se volvió hacia el recién llegado más cercano—. ¿Se ha enterado, señor West, que el señor Hamilton no vendrá?

¡Benjamín West! ¡El presidente de la Real Academia! Corinna se quedó muda de terror, lo cual no era bueno, teniendo en cuenta que el hombre parecía muy confundido.

—Lamento oír eso, lady, pero no es una sorpresa, considerando que actualmente se encuentra en Gales.

—¿Cuándo se fue a Gales?

—El mes pasado, creo.

—¿El mes pasado? Yo creo que no. —Lady A. parecía aún más confundida que él—. ¡Lady Rachael!

La llamó, indicándole que se acercara.

—¿No vimos al señor Hamilton el sábado pasado en el baile de Billingsgate?

—¿Qué?

—No —interrumpió Corinna, lanzando a su prima una mirada lastimera y suplicante. Aunque Rachael no sabía la verdad, seguramente respondería a una súplica silenciosa tan obvia—. Ese era Sean Hamilton, ¿recuerdas? Sean, no John.

Antes que Rachael pudiera estar en desacuerdo o que Lady A. pudiera protestar más, Corinna agarró el brazo del señor West y comenzó a tirar de él hacia su cuadro de Lord Lincolnshire.

Aunque no era una violeta tímida, se sorprendió a sí misma con ese tipo de audacia. Sin embargo, no tenía muchas opciones. Tenía que sacar al señor West de allí, antes que, como diría la irreverente Rachael, se desatara el infierno.

—¿Podría echarle un vistazo a mi cuadro más nuevo, señor West? —preguntó, deteniéndose ante él—. Como estoy considerando enviarlo a la Exposición de Verano, seguramente agradecería su opinión.

Antes de comentar, él analizó la pintura por un buen rato. Mientras que Corinna lo examinó a él. Se estaba quedando calvo, lo que le quedaba de pelo era gris y en general parecía bastante adusto. Pero en realidad no era hostil, se dio cuenta con cierto alivio.

El señor West era famoso por sus pinturas de batallas recientes, que representaban a sus héroes, vistiendo trajes modernos, en lugar de atuendos tradicionales y clásicos. Como Corinna consideraba bastante tonto pintar a hombres contemporáneos, luciendo amplias túnicas romanas, aprobaba su arte de todo corazón, y esperaba que esa voluntad de tomar el camino menos transitado significara que tenía una mente más abierta que la mayoría.

—Es muy lindo, Lady... Corinna, ¿cierto? —dijo por fin con su cautivador acento americano—. Tus técnicas básicas demuestran excelentes habilidades. Pero, no estoy seguro que la forma de tu modelo parezca muy realista.

—¿Su forma?

—Su cuerpo, debajo de su ropa. Me temo que no es del todo natural.

Su corazón se volvió plomo en su pecho. Hizo lo mejor que pudo, considerando que la Academia negaba a las mujeres el acceso a lecciones de anatomía. Tal vez debería señalarle eso. Como presidente de la Academia, tal vez vería lo injusto que era eso, lo perjudicial que era para

las posibilidades de una dama, y decidiría cambiar las reglas de la Academia.

No, eso nunca sucedería. Y podría considerar que tal petición era de muy mala educación. Nunca sería elegida miembro de la Academia si su presidente pensara que ella era maleducada.

Por otra parte, tal vez él se equivocó. Quizás la forma de Lord Lincolnshire se veía perfectamente bien. West era conocido por pintar a todos sus sujetos con grandes ojos almendrados, por lo que posiblemente no era alguien para juzgar esta pintura. Aunque los clientes de sus retratos pensaban que esos ojos eran muy deslumbrantes (y sin duda se los encargaban por esa razón), y después de todo, eso no era exacto. Algunos de ellos tenían ojos entrecerrados y pequeños, o pequeños y redondos.

—Muchas gracias por su opinión —lo dijo con la mayor dulzura que pudo—. La aprecio y seguramente, la tomaré en consideración.

Reprimiendo un suspiro, regresó con Rachael, después que él se despidió.

—Bueno... eso no salió bien.

Las hermanas de Rachael la acompañaban.

—¿Quién es él? —preguntó Claire.

—Benjamín West, el presidente de la Real Academia. Dijo que el cuerpo de Lord Lincolnshire no parece natural debajo de su ropa.

Elizabeth miró hacia la pintura y se encogió de hombros.

—Luce bien para mí. De hecho, es bastante impresionante.

—Dijo que mis técnicas demuestran excelentes habilidades. Y tal vez se equivoque con respecto a lo otro, pero, eso realmente no importa, ¿cierto? De cualquier modo, no votará por mi cuadro, a menos que lo cambie.

—La suya es solo una opinión. —Rachael le tocó el brazo—. Hay otros miembros del comité, ¿no? ¿Cuántos en total?

—Nueve. El presidente más ocho académicos electos.

—Así que tienes ocho hombres más sobre los que influir. Siete, si cuentas al señor Hamilton como de tu lado. Y deberías estar considerando que te has hecho amiga de él.

—No estoy segura que “amiga” sea una descripción precisa de nuestra relación. —Pero aunque Rachael no sabía la verdad, en cierto sentido tenía razón. El verdadero señor Hamilton debería estar del lado de Corinna, considerando lo duro que había estado trabajando para mantener feliz a su tío. Y creía que cada obra debería valerse por sí misma y no ser juzgada por el género de su creador—. Sin embargo... creo que probablemente votará por mí.

—Así que ya has equilibrado la opinión negativa del señor West con una positiva. —Rachael sonrió, pero luego sus cejas se juntaron en un ceño fruncido—. ¿Por qué afirmó que no vio al señor Hamilton en el baile de Billingsgate el sábado? ¿Qué es eso de Sean Hamilton y no John? He oído que lo llamas Sean... Lord Lincolnshire también lo llama así, pero, después de todo es solo un apodo.

—El señor West cree que el señor Hamilton está en Gales por alguna razón. No quería discutir con el presidente de la Real Academia. Mejor aceptar lo que dijo... estaba pensando.

Rachael intercambió miradas de perplejidad con sus hermanas.

—No sé nada de eso.

Corinna se encogió de hombros, esperaba que fuera casualmente, y luego sonrió a Lady A., que se acercaba, seguida de otro hombre.

—No puedo entender por qué todos piensan que el señor Hamilton está en Gales —murmuró sombríamente la mujer mayor. Y luego, añadió con más gracia, cuando se acercó—,

señor Mulready, me encantaría que conocieras a Lady Corinna Chase... Lady Corinna, este es William Mulready.

El señor Mulready lucía mucho más joven que el señor West, probablemente no era una década mayor que la propia Corinna.

—Un placer conocerla, querida —lo dijo con un acento que le recordó a Sean.

Ese pensamiento la hizo sonreír.

—¡Oh, señor Mulready, su pintura en la Exposición de Verano del año pasado fue mi favorita! Absolutamente...

Ella no lo estaba inventando. El entusiasmo en su voz era genuino. Y a juzgar por la expresión del hombre, le gustó bastante escucharlo.

—¿Cuál, querida? —preguntó.

A los académicos se les permitía exhibir seis pinturas, a cada uno, obras que se colgaban sin cuestionamientos y no eran juzgadas por el comité.

—*La pelea interrumpida*. Adoro a los maestros holandeses del siglo diecisiete y me acordé de su trabajo. Una versión actualizada, por así decirlo.

—Yo también admiro a los maestros holandeses —lo dijo, sonando como si también la admirara a ella por admirarlos—. Su trabajo inspiró *La pelea interrumpida*.

Alentada por lo mucho mejor que iba esto que su última conversación, Corinna comenzó a acercarse, poco a poco, al señor Mulready hacia su cuadro de Lord Lincolnshire.

—También admiro mucho los paisajes de su esposa, señor Mulready.

—Elizabeth hace un trabajo encantador.

—Ya que te casaste con una artista, ¿puedo asumir que no nos desapruebas?

Él se rió, aparentemente disfrutando de la atrevida pregunta.

—Una suposición válida. He echado un vistazo a tus cuadros, querida. Tus propios paisajes son bastante notables.

¡Oh! Esto iba sorprendentemente mejor.

—Aquí está mi último retrato. ¿Qué opina usted?

—Lord Lincolnshire, ¿no es así? —Ladeando la cabeza, examinó la pintura—. Creo, Lady Corinna, que realmente has capturado la esencia del hombre.

Corinna no pudo evitar sonreír. No se le ocurría un cumplido más maravilloso que escuchar que había capturado la esencia. Eso era exactamente lo que intentó lograr, no solo con este retrato sino con todas sus pinturas.

Y el marcador era ahora de dos a uno. Mulready y Hamilton de su lado, y solo Benjamín West del otro. Claramente, sus posibilidades eran buenas.

Amaba a William Mulready.

Hasta que escuchó las siguientes palabras de su boca.

—Pero, parece un poquito... rígido.

—¿Rígido?

—Sí, rígido. Tuve el placer de conocer a Lord Lincolnshire, todo un coleccionista de arte, ¿no? Me pareció una persona relajada. Creo que hay algo en el cuerpo de este tipo debajo de su ropa que parece rígido... —Sonriendo, le dio una palmada en el hombro—. No te preocupes, Lady Corinna. Tus paisajes son brillantes. Estoy seguro que el comité estará más que encantado de elegir uno de ellos.

Ella no quería que eligieran un paisaje. Ya no estaba segura de querer enviar ninguno. Tendría que arreglar el retrato de Lord Lincolnshire.

—¿Cómo te está yendo? —Alexandra vino y también preguntó cuándo se había

marchado el señor Mulready.

—Le gustan mis paisajes.

—Bueno, eso es bueno, ¿no?

—No está tan impresionado con mi retrato. Piensa que Lord Lincolnshire parece poco natural debajo de su ropa. Y Benjamín West dijo lo mismo.

—¡Oh! Creo que necesitas una torta de la reunión.

Alexandra cogió una de la bandeja y se la entregó. Corinna la mordió malhumorada, pensando que le vendría bien la suerte.

No importaba que ella no creyera en semejantes tonterías.

—¿Cuántas obras competirán? —preguntó Alexandra.

—Había casi mil en la Exposición del Verano pasado.

—Bueno, entonces, creo que tus posibilidades serán buenas.

—Pero, se presentaron más de ocho mil. Y hay ochenta académicos que pueden exponer seis obras cada uno, lo que nos deja solo quinientos veinte para el resto de nosotros.

—Solo quinientos veinte —indicó Juliana, riéndose, mientras las acompañaba—. Creo que habrá lugar para uno de las tuyas, en todo eso. Y no puedo creer que hayas hecho ese cálculo tan rápido.

Juliana nunca había sido muy rápida con los números, pero eso no venía al caso.

—He hecho ese cálculo cientos de veces —admitió Corinna—. Por lo menos.

—¿Cómo se eligen las obras? —preguntó Juliana.

Corinna estaba a punto de confesar su ignorancia cuando un hombre se acercó y le hizo una pequeña reverencia.

—Me encantaría explicárselo a ustedes, buenas damas. —Aunque no era tan guapo como Sean, él también tenía un acento melodioso similar. Corinna no tenía idea que tantos académicos fueran irlandeses—. Martin Archer Shee, a su servicio.

Martin Archer Shee había estudiado con el fallecido gran artista, Sir Joshua Reynolds. Corinna estaba asombrada que un hombre así se molestara en presentarse y se tomara el tiempo para explicar un procedimiento misterioso.

—Soy Corinna Chase y me encantaría saberlo todo.

—Es un gran placer conocerla, Lady Corinna. El proceso es simple, aunque un poquito tedioso. Las obras pasan ante el comité por una cadena de manipuladores de arte humanos. La primera ronda reduce la masa de presentaciones a unas dos mil, y la siguiente ronda es mucho más rigurosa. Desde los primeros días de la Academia, se han utilizado dos varitas de metal para estampar etiquetas adheridas a cada pintura. Una varita está coronada por una letra D, la otra por una X más siniestra. Una pintura que recibe el voto de tres o más académicos recibe una D de “Dudosa” y pasa a la siguiente ronda de selección. Se eliminan las obras que obtengan la X. Las rondas se repiten hasta que los cuadros que quedan se reducen a un número razonable. Se sirve té de carne para mantener el ánimo de los académicos durante la terrible experiencia. —Sus ojos brillaron—. Lo cual, en realidad, no es gran cosa. Montar la exposición es una tarea mucho más ardua.

—Eso lleva días —dijo Corinna a sus hermanas—. Más que una semana.

—Con mucha política involucrada sobre qué pintura va y a dónde. Todo se hace bajo un velo de secreto para proteger al comité de la ejecución de ser ahorcados por nosotros mismos.

El señor Shee sonrió ante su propia broma. “Es una sonrisa bastante atractiva”, pensó Corinna.

—Gracias, muy amable por la explicación.

—Estoy muy impresionado por su trabajo, Lady Corinna. Tus texturas son bastante admirables. Te deseo mucha suerte en el proceso de selección —indicó antes de despedirse.

Corinna volteó hacia sus hermanas.

—A él le gusta mi trabajo. —Respiró. Tal vez sus posibilidades no eran tan terribles, después de todo—. A Martin Archer Shee le gusta mi trabajo. Y estudió nada menos que con Reynolds.

—¡Ah! Pero, yo escribí *La vida de Reynolds* —dijo otro hombre, con evidente rivalidad en su tono.

Dio un paso al frente para ocupar el lugar de Shee. Aunque nunca lo había visto antes en su vida, Corinna supo de inmediato quién era.

—James Northcote, es un honor conocerte. Leí tu libro hace cuatro años, cuando apareció por primera vez, y encontré que tus recuerdos de tu antiguo maestro son bastante esclarecedores.

—Era un hombre esclarecedor —confirmó Northcote—. Y uno que discierne. Le habría impresionado, como a mí, tu retrato de Lord Lincolnshire. El traje del hombre parece terciopelo auténtico, su encaje verdaderamente está hecho a mano y los árboles del fondo lucen mojados y relucientes. Un esfuerzo admirable, Lady Corinna. No perfecto, por supuesto. La anatomía subyacente parece un poco defectuosa y...

—Me alegra mucho que lo pienses bien —lo interrumpió Corinna, antes de verse obligada a escuchar esa queja nuevamente—. Me doy cuenta de que no es habitual que una mujer pinte retratos.

—La mitad de las cosas que la gente no logra es por miedo a intentarlo —le dijo solemnemente—. Has tenido un comienzo excelente. Le deseo lo mejor para continuar con su carrera, pintando retratos.

—Creo que tienes una buena oportunidad —dijo Juliana, mientras él se alejaba—. Parecía muy impresionado con tu realismo.

Corinna sonrió ante el uso que hacía su hermana de uno de los términos más nuevos del arte. Sin embargo, suspiró.

—No creía que la anatomía subyacente pareciera muy real.

—Dijo que has tenido un comienzo excelente.

—¡Exactamente! Uno no envía un cuadro que parezca un comienzo, ¿cierto? Claramente, estaba insinuando que necesito más práctica.

Contó mentalmente sus votos. En contra: Benjamín West y James Northcote. A favor: John Hamilton y Martin Archer Shee. Y William Mulready votaría por un paisaje pero no por un retrato.

Sin embargo, ella quería enviar un retrato.

Bueno, tal vez el señor Mulready o el señor Northcote votarían por su retrato, si lo arreglara. Y había otros cuatro miembros del comité. Con Mulready o Northcote de su lado, solo necesitaba dos de ellos para decidir la votación.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Lady A., uniéndose a su pequeño círculo.

—Están bien —dijo Corinna—. El señor West se mostró tibio, pero el señor Shee dijo que estaba impresionado por mi trabajo, al igual que James Northcote.

No mencionó que el señor Northcote también había dicho que necesitaba mejorar en la representación de la anatomía.

—Sin duda, el señor Hamilton votará por usted, aunque todavía estoy molesta con él por no asistir. Podría haber influido positivamente en los demás. ¿Qué dijo William Mulready, querida?

—Le encantan mis paisajes, pero, no le entusiasma tanto el retrato.

—Bueno, eso no significa nada, ¿cierto? Mi hija pintaba paisajes maravillosos. Deberías estar feliz de incluir un paisaje en la Exposición de Verano.

Corinna no estaba segura que eso la hiciera muy feliz, pero no lo dijo. No quería parecer ingrata. Estaba agradecida a Lady A. por darle la oportunidad de conocer a todos los miembros del comité, incluso si las cosas no estaban funcionando de la mejor manera.

Además, las cosas tampoco parecían ser tan espantosas. Solo necesitaba dos artistas más que amaran su trabajo y tenía cuatro oportunidades más para encontrarlos.

—Hablé con William Beechey —añadió Lady A.—. Lamento decirte, querida, que no parece que él apruebe que las mujeres pinten retratos.

Corinna no podía decir que estuviera sorprendida. Estaba decepcionada, pero no sorprendida. Beechey, que era retratista, había pintado a la familia real y a casi todas las personas más famosas y elegantes. Había realizado un flujo constante de retratos muy sobrios. Obviamente se tomaba la vida en serio y no querría competencia de nadie, y mucho menos de artistas femeninas.

—Bueno, entonces, no necesito conocerlo. Todavía hay tres miembros del comité con los que tengo que hablar.

Lady Balmforth se abrió paso hacia ellas.

—Hablé con William Owen —informó—. Es el retratista principal del príncipe regente.

—¿Y? —preguntó su hermana.

Lady B. se limitó a negar con la cabeza. Tristemente.

Otro artista más para tachar la lista de Corinna. Ahora solo quedaban dos... y sentía como si en su estómago se acumularan piedras.

—¿Qué tal Henry Fuseli? —ella preguntó—. ¿O John James Chalon? ¿Alguna de ustedes ha hablado con alguno de ellos?

—Nuestra hermana tiene uno de los cuadros del señor Fuseli en su dormitorio —dijo Lady B.—. Preguntémosle, si quiere conocerte.

Lady A. asintió.

—Eso sería bueno. Iré por el señor Chalon.

Mientras Lady B. la llevaba a buscar a Lady C., Corinna se preguntó qué tipo de pintura tendría la mujer en su dormitorio. Que tuviera una era bastante intrigante. Fuseli pintaba escenas extrañas, a menudo sensuales de fantasías audazmente inventivas. Su pintura más aclamada, *La pesadilla*, era una imagen inolvidable de una mujer sumida en un sueño violentamente erótico.

Estaba un poco nerviosa por conocer al señor Fuseli. Él parecía atraído por lo sobrenatural y estaba obligado a tener opiniones firmes. Casi esperaba que a Lady Cavanaugh le fuera demasiado difícil encontrarlo.

Pero eso no sucedió, por supuesto. La casa simplemente no era lo suficientemente grande como para perderse en ella. Lady B. consiguió a su hermana muy fácilmente y Lady C. estuvo encantada de presentárselo.

El señor Fuseli tenía abundante cabello blanco y rizado, y un rostro que se parecía extrañamente al de un león. Ya había examinado las obras de arte de Corinna en las paredes.

—Tus cuadros están muy bien hechos —le dijo con voz atonadora—. Muy precisa, Lady Corinna.

—Gracias, señor Fuseli. Yo también admiro sus pinturas. Me inspira su inventiva. Tu trabajo me parece fascinante. Muy visionario.

—Creo que cierta exageración mejora una imagen.

“¿Eso fue una crítica?”

Él describió su trabajo como bien hecho y muy preciso. Ella siempre hizo lo mejor que pudo para retratar la verdad o, como había dicho William Mulready, para capturar la esencia.

“No hay nada exagerado en mis pinturas”.

—Nuestras ideas son fruto de nuestros sentidos —continuó.

“¿Qué se supone que significa eso?”

—Fue un placer hablar con usted, Lady Corinna —concluyó—. Le deseo lo mejor de la suerte.

“¿Eso fue todo? ¿Había terminado?” Ella no tenía la menor idea sobre qué él había estado hablando ni si le habían gustado sus pinturas.

Sus hermanas aparecieron como por arte de magia, o tal vez como si hubieran surgido de una de sus extrañas pinturas.

—¿Qué dijo él? —preguntó Juliana.

—No lo sé exactamente. No tenía mucho sentido. Pero me deseó lo mejor de la suerte.

—Pasa a otra columna a favor —dijo Juliana con firmeza, siendo del tipo que siempre mira el lado positivo.

Corinna deseaba estar la mitad de segura. Pero tal vez al señor Fuseli sí le gustaban sus pinturas. Y todavía estaba John James Chalon.

La multitud parecía estar disminuyendo. Al ver a Lady A., que parecía bastante nerviosa, Corinna se acercó para verla.

Sus hermanas la siguieron.

—¿Hablaste con el señor Chalon? ¿Dijo que estaba dispuesto a conocerme?

—No pude encontrarlo —replicó Lady A.—. Parece que se ha ido.

—¡Oh! ¡No! Se fue el último miembro del comité. —Era su última oportunidad para convencerse que todavía podría competir—. Ahora no sabré si le gustó mi retrato.

—Está bien, querida. —La dulce dama sonrió—. A todos les encantaron tus paisajes. Todo salió genial, ¿no crees?

Corinna asintió. Fue todo lo que pudo hacer. Sus únicas otras opciones eran gritar o llorar.

—Cómete otra torta de las grandes reuniones —dijo Alexandra.

Treinta y seis

La salud del conde empeoraba rápidamente.

Lord Lincolnshire no había salido de su habitación en dos días... dos días durante los cuales quería que su sobrino estuviera cerca. Atrapado en la casa durante horas y horas, Sean estaba al límite de su cordura. Tenía tantas cosas que necesitaba realizar y otras que no estaba haciendo.

Y extrañaba a Corinna.

Durante una semana entera, ella estuvo largos días pintando en el salón. Ella había estado allí desde la mañana hasta la noche. Aunque él no se encontraba allí durante esas horas, le gustaba ver su retrato todas las noches y comprobar su progreso. Le gustaba pensar que si quería verla, sabía exactamente dónde encontrarla.

Ella había sido una constante. Un consuelo. Una tentación.

Pero desde que terminó el retrato, había pasado todo el tiempo con su tía o con Lady Avonleigh. Ahora que él estaba aquí, ella se había ido. No sabía cuándo volvería a verla y la casa se sentía vacía.

Temiendo que la situación se prolongara, Sean le había pedido a Higginbotham, ayer, que trajera sus materiales de arte del estudio de Piccadilly Street. Pensando que era lo que Hamilton haría, instaló todo en el salón, montando cuadros de Hamilton en todas las paredes. Luego llamó a su secretario, el señor Sykes.

Sykes había trabajado para Sean durante casi ocho años. Era un hombre bajo, moreno, con gafas redondas de oro, una mente rápida y precisa, y un conocimiento enciclopédico de las muchas y variadas empresas de Sean. Durante las horas que durmió el conde, que, afortunadamente, fueron muchas, los dos trabajaron tranquilamente a puerta cerrada en el salón. Al personal le habían dicho que Sykes era el asistente de Sean, que estaba allí para mezclar pintura para él y todo lo demás. En realidad, estaban asignando puestos para todos los sirvientes de Lincolnshire.

Sean agradeció que esto pudiera hacerse. Había comenzado a notificar a cada miembro del personal sus decisiones finales. Si no fuera por la tristeza, ante la inminente desaparición de Lincolnshire, sospechaba que algunos de ellos podrían estar cantando, mientras trabajaban. Obviamente estaban esperando lo que les otorgarían. Y en general, ellos se encontraban muy aliviados.

Pero Sean no lo estaba.

Por deferencia a los deseos de Lincolnshire, estaba descuidando sus propios intereses. Desafiando los planes de Hamilton, lo habían presentado como ese hombre, en público. Y aparte de los últimos días, y a pesar de saber qué era lo mejor, besaba a Corinna con demasiada frecuencia y se encariñaba mucho más con ella de lo que era prudente.

Nada estaba funcionando como se suponía. Y últimamente se preguntaba si tal vez podría quedarse con ella. ¡Casarse con Corinna! Seguía pensando en cómo. Según las conversaciones que le contaron, su hermano lo consideraba un buen hombre y él le daba demasiada importancia a eso.

Sin embargo, esto tenía que parar.

Cuando ella apareció inesperadamente el jueves por la mañana, él estaba muy feliz de verla.

—¿Cómo está él? —preguntó en voz baja, asomando la cabeza en la habitación del conde.

—Igual... —Sean le indicó con un gesto que se sentara a su lado, junto a la enorme cama, donde el conde dormía erguido, con la espalda apoyada en una docena de almohadas—. Duerme tan cómodamente como espero, como podemos esperar.

Esta parecía ser la única forma en que el hombre podía dormir y respirar, en esos días.

—Te ves molesto.

—No es agradable —dijo encogiéndose de hombros—. Pero, esto no puede durar mucho más.

Él la miró más de cerca y notó su mandíbula tensa y un cierto desenfreno en sus ojos. O tal vez, era pánico.

—Tú también pareces molesta.

Se sentó en la silla y suspiró.

—La recepción de Lady Avonleigh no fue tan buena.

—¿Qué sucedió?

—Ella seguía preguntando por qué no estabas allí —expresó, manteniendo la voz baja—. O más bien, por qué el señor Hamilton no estaba allí.

Corinna hizo una mueca y lanzó una mirada cautelosa a Lincolnshire, aparentemente preocupada que él pudiera haber escuchado.

—Lo siento.

—Él está dormido. Aunque debemos tener cuidado.

Ella asintió.

—Los miembros del comité estaban desconcertados, creen que el señor Hamilton está en Gales. Lady A., sus hermanas, mis primas y otras personas seguían diciendo que lo habían visto en varios eventos sociales, y los artistas confirmaron que eso era imposible... —Apretó las manos en su regazo—. ¡Esto fue un desastre! Sean.

—Lamento mucho eso. —No es que hubiera algo que él pudiera haber hecho—. ¿Qué tal el resto? ¿A los miembros del comité les gustó tu nueva pintura?

Ella suspiró de nuevo.

—En su mayoría, no parecen cautivados con mi retrato de Lord Lincolnshire.

—¿Por qué no? —Él estaba indignado. Estos artistas eran obviamente idiotas. Idiotas temperamentales, todos y cada uno, con la excepción de Corinna, por supuesto—. ¡Es genial!

—No lo es. —Cuando él podría haber protestado más, ella aflojó los puños y puso una mano sobre su brazo—. Les gustó bastante la expresión de Lord Lincolnshire. William Mulready dijo que capturé la esencia del hombre.

Un atisbo de sonrisa transformó su rostro. Obviamente le había gustado escuchar eso.

—Y admiraron las texturas en general. Indicaron que su traje parecía terciopelo real, y su encaje verdaderamente hecho a mano... los árboles mojados y relucientes.

—¿Pero...? —Todo eso sonaba grandioso. Lo que significaba que tenía que haber un inconveniente.

—Pero, ellos afirmaron que la forma de Lord Lincolnshire no parece real debajo de su ropa. ¡Que se ve rígido y es antinatural!

—¿Eso dijeron ellos? —Sean no había pensado en tal cosa. No sabía fijarse en algo así. Quedó impresionado con la forma en que ella representó el rostro de Lincolnshire y, sí, su ropa y el fondo. Incluso, siendo daltónico, podía verlo bien. Pero no le había prestado atención al cuerpo del hombre.

“Bueno, otro hombre no se fijaría en eso, ¿cierto? A menos que fuera un artista”.

Herido por ella, él intentó señalar lo positivo.

—No suena tan mal. Dijeron muchas cosas buenas.

—A uno de ellos, realmente, le encantó mi trabajo...

—¿A uno?

—Si a uno. O mejor dicho, solo uno no tenía reservas al respecto. Martin Archer Shee, ese fue.

—¿Qué tal el resto?

—A Benjamín West le gustó mi técnica básica, pero no tenía nada bueno que decir. William Mulready y James Northcote creen que pinto paisajes excelentes, pero no estaban tan entusiasmados con mi retrato.

Él no conocía ninguno de esos nombres, pero este no era el momento de decírselo.

—¿Son cuatro de cuántos?

—Ocho, sin contar al señor Hamilton. Dos son inútiles. William Owen y William Beechey. Simplemente no aprueban que las mujeres pinten retratos. No tengo idea de lo que pensaron los dos últimos. Los comentarios de Henry Fuseli me parecieron completamente indescifrables y John James Chalon se fue antes que pudiera escuchar su opinión.

—Entonces, ambos podrían aprobarlo.

—Podrían... Pero, puede que no sea así... O tal vez, como a algunos otros, les gustan mis paisajes, pero no mi retrato.

—Entonces, puedes enviar los paisajes, ¿no? ¿O los paisajes junto con tu retrato? ¿Cuántas pinturas puedes entregar?

—Tres. Los no académicos pueden presentar tres...

Ella se detuvo con otro suspiro.

Parecía torturada, lo que hizo que su corazón pareciera apretarse en su pecho. Él quería estrecharla entre sus brazos, sin embargo, no podía hacerlo en el dormitorio de Lincolnshire. Apretó los puños para evitar alcanzarla.

—¿Qué pasa, *cuisle mo chroí*?

Por un momento, ella pareció perpleja en lugar de angustiada.

—¿*Cooshla-macree*? ¿Qué significa eso?

—Nada —dijo rápidamente—. Simplemente, se me escapó. El lenguaje de mi infancia... a veces simplemente se me escapa de la lengua.

Él no debió llamarlo así. No era un desliz de lengua ni nada más.

La mirada torturada volvió a aparecer en los ojos de ella.

—¿Qué pasa? —él repitió, esta vez sin el gaélico—. ¿Qué te preocupa tanto?

—No sé cómo explicarlo —ella dijo lentamente, con la mirada centrada en el dosel sobre la cama del conde—. Yo tampoco lo entiendo del todo. A medida que avanzaba la recepción, se hizo cada vez más evidente que uno de mis paisajes seguramente sería aceptado. ¿Cuál ha sido mi objetivo todos estos años? ¿No? Sin embargo, parecía que cuanto más decían que les gustaban mis paisajes, yo quería más presentar un retrato. ¡Solo un retrato!

Ella bajó la mirada y finalmente lo miró a los ojos.

—Quiero ser conocida como retratista, Sean. Creo que voy a intentar arreglar el retrato de Lord Lincolnshire.

—¿Puedes hacer eso?

—Eso espero. ¡Creo que sí! Tengo cuatro días antes de la fecha límite de presentación. Lo pinté en escena, en una semana, así que debería poder arreglarlo en menos tiempo.

—Eso suena esperanzador. —Tenía sentido. Pero ella todavía no parecía muy segura de sí misma—. Bueno, entonces, ¿hay otro problema?

—Lo hay. —Las dos pequeñas palabras sonaron muy abatidas—. Incluso si lo arreglara, dos de los miembros del comité se negarán a votar a favor solo porque soy mujer. Y tampoco puedo contar con los otros seis miembros. Si está mejor, si está sensacional, me imagino que algunos de ellos podrían aceptarlo. Pero, es posible que otros no. Cuento con que el señor Hamilton sea el voto decisivo, pero, eso solo funcionará si otros tres, además del señor Shee, también votan por mí. Entonces, me preguntaba...

—¿Qué te preguntabas?

—Cuando Hamilton llegue aquí, antes de la votación, ¿crees que podrías pedirle que hable con el comité? —susurró apresuradamente—. No quiero que seleccionen mi pintura, si no merece el honor, pero, si pudiera pedirles que la reconsideren seriamente, a pesar que la han visto antes... para darle a la versión revisada una apariencia justa, aunque no la hayan visto antes.... Pero, aún no me he hecho un nombre. ¿Tú esperas que él esté dispuesto a hablar con ellos, como un favor? Después de todo, tú y yo le hemos hecho un gran favor al apaciguar a su tío.

Sean no podía creer que ella hubiera dicho eso en el dormitorio del conde ni siquiera en un susurro. Lanzó una mirada nerviosa hacia Lord Lincolnshire, aunque el hombre roncaba pacíficamente. O al menos tan pacíficamente como podría hacerlo un moribundo.

Su secreto todavía estaba a salvo.

Sin embargo, ese conocimiento no le permitió estar tranquilo.

No estaba del todo seguro que Hamilton votaría por el retrato de Corinna, y mucho menos que animaría a otros a hacerlo.

“Dudo seriamente que vote por el cuadro de esa mujer”, recordó lo que le dijo Hamilton. *“Estoy seguro que sus cuadros no servirán de nada, porque nunca ha estudiado anatomía. Dibujar estatuas no la ayudará a aprender nada”.*

—No estoy seguro —lo dijo disculpándose—. Hamilton no es conocido por ser cooperativo.

—Pero, salvamos su herencia.

Lanzando otra mirada hacia Lord Lincolnshire, él se levantó.

—Tengamos nuestra charla en otro lugar, ¿de acuerdo?

—No podemos dejarlo solo.

—Le dije a la señora Skeffington que descansara un rato, pero estoy seguro que no le importará volver.

De hecho, la señora Skeffington venía por el pasillo cuando Sean se asomó. Agradeció a su buena estrella que no hubiera regresado un minuto antes y hubiera escuchado a Corinna. Después de ver a la enfermera sentada al lado de Lincolnshire, guió a Corinna escaleras abajo y al salón.

Cerró la puerta detrás de ambos. Se sentó en un sofá azul y dorado, pasándose las palmas por los muslos.

Se aclaró la garganta.

Corinna se sentó a su lado, más cerca de lo que le hubiera gustado. Bueno, eso realmente le gustó, pero necesitaba mantener la cabeza despejada para esta conversación.

—Lamento haber dicho eso en voz alta —ella se disculpó—. No estaba pensando.

—Ningún daño fue hecho. —Él se inspiró y soltó un suspiro—. Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Ayudarte a arreglar el retrato de Lincolnshire.

—¿Ayudarme? ¿Cómo puedes ayudarme con eso? Solo quiero que tú hables con el señor Hamilton.

—Necesitas aprender anatomía, ¿no? ¿Quieres que luzca más natural?

Ella parecía perpleja.

—Por eso, dibujé todos esos Mármoles de Elgin.

—Pero, eso no fue suficiente, ¿cierto?

Él no podía creer lo que estaba a punto de decir. Había pasado los últimos dos días, pensando en que se estaban acercando demasiado y que esto haría aún más difícil mantener cualquier tipo de distancia. Pero no vio otra manera de asegurarse que Hamilton admirara su retrato. No había otra forma de pagarle a ella por toda la ayuda que tan generosamente le había brindado.

No había nada que hacer. Respiró hondo una vez más y dio el paso.

—Estoy pensando que puedo posar para ti.

—¿Qué?

—Puedo posar para ti. Si practicas pintándome, eso podría ayudarte a arreglar el retrato a tiempo.

Treinta y siete

“¡SANTA ANA!” Corinna tuvo que cerrar la boca a la fuerza.

—¿Quieres posar para mí? —preguntó, cuando más o menos se recuperó—. ¿Para que yo pueda aprender anatomía?

Su mirada captó la de ella y la sostuvo, luciendo bastante aprensivo.

—Lo dije, sí.

“¿Y si Sean nunca quiso decir que sí?”

—Te das cuenta... que...

Aunque no parecía menos cauteloso, una comisura de su boca se alzó en una media sonrisa.

—¿Tendré que quitarme la ropa?

Corinna desvió la mirada, escandalizada. Sin embargo, ella reconocía una buena oportunidad cuando se la ofrecían. Necesitaba arreglar el retrato de Lord Lincolnshire y hacer que su cuerpo pareciera más realista, mientras que dibujar dioses de mármol, claramente la había dejado desprevenida para esta tarea.

Nunca le habría pedido a Sean que posara para ella. ¡Jamás! La idea no se le habría ocurrido ni siquiera después de cien besos más.

Pero ahora que él lo había mencionado... bueno, ¿cómo podría negarse?

Eso era escandaloso, sin embargo, podría ser su única oportunidad de analizar verdaderamente la anatomía masculina. Y ciertamente era la única, antes de la Exposición de Verano de este año. Si bien, no había tiempo para más de una sesión o dos, tal vez un modelo en vivo marcaría la diferencia. Quizás pudiera dominar el dibujo de figuras de una vez por todas.

Aunque miraba a través de los grandes ventanales que daban al jardín, no veía árboles, flores ni cielo azul. En lugar de eso, se imaginaba el sofá donde Lincolnshire se había sentado para ella... con Sean en su lugar.

Desnudo como el día en que nació.

Ella tragó con fuerza. Su corazón latía de manera desigual. El calor inundó sus mejillas.

Mordiéndose el labio, volvió a mirarlo a los ojos.

—No tendrás que quitarte toda la ropa.

—¿No lo haré? —Él arqueó una ceja—. El retrato de Lord Lincolnshire no es solo la cabeza y los hombros, según recuerdo. Su cuerpo no se vería “rígido y antinatural”, si lo hubiera mostrado, ¿cierto?

—Pero, no es necesario dibujar todo a la vez. Puedo hacerlo por partes.

—¿Partes? —Las comisuras de sus ojos se arrugaron de diversión.

—Una parte a la vez. Puedes desvestirte un poquito.

—Si tú lo dices. —No parecía convencido. Pero también parecía aliviado—. ¿Dónde lo haremos?

—Aquí no. Y tampoco en el salón de mi hermano.

—¿En la plaza, entonces? ¿Dónde está ambientado el cuadro? —En reacción a su sorpresa, él soltó una risa temblorosa—. Estaba bromeando, *mo chroí*. Podemos usar el estudio de Hamilton.

“*Macree* otra vez... ¿qué significa eso?”

—Eso suena bien. ¿Cuándo nos veremos?

—El tiempo es esencial, ¿no es así?

—Tengo cuatro días para arreglar el cuadro. Será mejor que no dibuje más de dos.

—Entonces no nos demoraremos. Te veré allí en una hora.

—¿Tan pronto? —El tiempo podría ser esencial, pero no estaba del todo segura de estar preparada para esto—. ¿Puedes dejar a Lord Lincolnshire? Pensé que él quiere que te quedes aquí.

—¡Que los santos nos protejan! Lincolnshire me quiere aquí. Pero, no podemos esperar a que muera el pobre.

¡Oh! Eso fue tan irreverente.

Y muy cierto.

—Sean...

—Entonces hagámoslo por la noche. Lincolnshire se ha estado quedando dormido temprano estos días y, si no lo hace, se me ocurrirá alguna excusa.

—¿Qué excusa puedo darle a Griffin para que salga sola de casa por la noche? —Prefería, por supuesto, ser honesta con su hermano, pero difícilmente podía decirle que iba a dibujar a un hombre desnudo.

Sus mejillas ardieron, ante ese mero pensamiento.

—Dile que Lincolnshire te ha invitado a cenar. Iré por ti y caminaremos juntos hasta el estudio. —Sean la agarró por los hombros y le dio un beso en los labios. Rápido y caliente.

Sus sentidos estaban dando vueltas cuando él se apartó.

—Todo estará bien, Corinna. No te preocupes. Este plan va a funcionar.

Treinta y ocho

SU ABUELO estaba aquí, en alguna parte.

Alisando nerviosamente el vestido lavanda que había elegido usar, después de probar y rechazar otros seis, Rachael miró a lo largo del gran salón del Hospital Real. El suelo de mármol blanco y negro parecía extenderse eternamente.

—¿Quién es el coronel Thomas Grimbald? —le preguntó al guardia de la puerta.

Era tarde, la hora de cenar, para ser precisos. Cubiertas con un mantel blanco impecable, dieciséis mesas largas llenaban el salón, cada una con capacidad para veintiséis pensionados. Todos los hombres vestían el mismo atuendo: un abrigo escarlata y un sombrero tricornio basado en el uniforme de servicio de la época del duque de Marlborough. Todos tenían sesenta y cinco años o más y, a los ojos de Rachael, todos se parecían.

Quizás ninguno de ellos fuera su abuelo. Quizás Griffin se había equivocado.

—Le mostraré a Grimbald, milady —dijo el guardia.

Griffin le ofreció el brazo y ella lo apretó con fuerza, mientras lo seguían. Los cubiertos tintinearón y el salón resonó con las voces profundas de tantos hombres. Los candelabros del techo parecían muy pocos para iluminar la imponente cámara, pero los últimos rayos del sol del día entraban, a través de sus numerosas ventanas altas y arqueadas.

El guardia se detuvo en un extremo de una mesa.

—¿Coronel Grimbald?

Un hombre de cabello gris levantó la vista, uno que parecía inquietantemente familiar.

Griffin no se había equivocado.

—Esta excelente dama y este caballero están aquí para verlo —le dijo el guardia y se alejó.

El hombre parpadeó y se levantó, permaneciendo firme, con su estrecho pecho hinchado por el elegante abrigo rojo. Era de mediana estatura, con una nariz larga y un rostro alargado y agradable. Tenía la barbilla abollada de Rachael y, debajo del tricornio negro, reflejaba los ojos de color azul cielo de Rachael.

Pero los mismos estaban en blanco.

—¿Quién eres? —preguntó, no con rudeza, pero tampoco en un tono acogedor.

Griffin tomó la mano de Rachael.

—Soy el marqués de Cainewood y esta es mi prima, Lady Rachael Chase. La hija de tu hijo.

—Mmm. —Reclamó su asiento y cogió su tenedor, despidiéndolos en silencio—. Mi hijo no tiene hija.

“¿Me despedirá sin siquiera escucharme?” Rachael miró a Griffin y luego al hombre. A su abuelo.

—Señor. —Ella tragó con fuerza—. Sé que esto debe ser un shock, ya que tu hijo, mi padre, está muerto, pero...

—Thomas no está muerto. —Levantó una jarra y tomó un trago de cerveza.

—Señor. —Rachael sintió que las lágrimas le picaban en los ojos y se maldijo a sí misma. Habría sido agradable que la recibieran con los brazos abiertos, pero si no fuera así, al menos quería algunas respuestas—. Sé que su hijo hizo algo vergonzoso, pero solo quiero preguntarle...

—Mi hijo no ha hecho nada malo. —Las palabras no fueron dichas con enojo sino con total naturalidad y su mirada azul desenfocada en su cena—. Thomas algún día será un hombre importante. Solo espera y lo verás. Se casará con la hija de John Cartwright, eso es lo que hará. Con la hija de Lord John Cartwright. Por supuesto, el gel aún no ha nacido, así que no puedo decirte su nombre.

Él volvió a mirar hacia arriba, ladeando la cabeza en aparente confusión.

—¿Quién eres?

Nerviosa, Rachael liberó su mano de la de Griffin para poder cavar en el bolso que hacía juego con su vestido lavanda.

—Soy tu nieta. —Sacó la placa de su padre y se la tendió al hombre—. Mira, esta es la placa de tu hijo.

—Mi hijo no tiene placa —dijo rotundamente—. ¿De dónde sacó usted tal cosa? El niño no tiene ni un año.

El hombre frente a él, un tipo anciano con orejas grandes y nariz aguileña, alargó la mano para tomar la placa y la examinó con un silbido bajo.

—Décimo Húsares. Al hijo del viejo Grimbald le debe haber ido bien. —Se lo devolvió.

—No pretendo ser descortés, señora —dijo con simpatía—. El coronel Grimbald no está del todo aquí, si entiende lo que quiero decirle... Cree que estamos en mil setecientos sesenta. Si te quedas el tiempo suficiente, empezará a parlotear sobre cómo acaba de salvar la vida de un tipo, y ese hombre le prometió su hija primogénita a su hijo pequeño.

—John Cartwright —confirmó Grimbald asintiendo—. Un maldito aris-to-cra-ta.

Dibujó la última palabra en cuatro sílabas distintas y la terminó con una carcajada.

—Mi nombre estará relacionado con la nobleza.

Rachael volvió a guardar la placa en su bolso.

—Queridos Cielos. —Miró por el pasillo hacia un viejo y descolorido mural del rey Carlos Segundo, a caballo, con el Hospital Real al fondo. De repente recordó que él había mandado a construir estos edificios, un pensamiento inconexo que surgió de la nada, pero nunca vivió para verlos terminados.

Era como si su padre no hubiera vivido para verla.

La decepción era un dolor físico, un nudo en el estómago. Ella miró a su abuelo y volvió a intentarlo.

—Señor.

—¿Sí? —Él miró hacia arriba, pareciendo sorprendido al encontrarla allí, parpadeando hacia ella con ojos, como los suyos—. ¿Quién eres?

—Le agradecemos su tiempo, señor. —Griffin le pasó un brazo por los hombros.

—Vámonos —murmuró en voz baja—. Quedarnos aquí no logrará nada.

Ella asintió y le permitió llevarla de regreso a la puerta. En un instante, la enorme habitación se sintió cerrada y sofocante, lo que le hizo agradecer poder salir al aire fresco de la tarde. En el centro del patio desierto, una gran estatua de bronce del rey Carlos se alzaba hacia el cielo, y ella se sentó sobre su base de mármol, alisándose el vestido sobre las rodillas y abrazándolas.

—Se ha ido —dijo—. Él está allí, pero, ¡se ha ido!

—Lo lamento. —Griffin se quedó mirándola, luciendo tan sólido como el viejo edificio de ladrillo detrás de él—. Debería haber venido a verlo yo mismo, antes de traerte.

—No. De todos modos, hubiera querido verlo. Solo para convencerme que era mi abuelo.

—Él tiene tus ojos.

—Y mi barbilla. Estamos relacionados. No tengo ninguna duda de eso. —Ella abrazó sus rodillas con más fuerza—. Pero, nunca podrá decirme qué le pasó a mi padre.

—No, no lo hará. —Griffin bajó su delgada figura para sentarse a su lado—. Él cree que tu padre todavía es un niño.

Un halcón solitario volaba en círculos sobre ellos, y parecía tan solitario como se sentía Rachael.

—Nunca sabré realmente quién soy.

—¡Ah! Rachael. —Él se acercó y la rodeó con un brazo para atraerla hacia él—. Lo que hizo tu padre, por atroz que sea, no tiene nada que ver con quién eres.

Ella dejó caer la cabeza sobre ese hombro, reconfortándose con su cercanía, respirando su cálido aroma masculino.

—Lo sé. Solo quería saberlo. Te aseguro que no me habría desmoronado, si hubiera sabido la verdad.

—Nunca pensé que lo harías. Eres fuerte, Rachael.

—¿Eso crees?

—Lo sé.

Había convicción en su voz, admiración y algo más que ella no pudo identificar, y eso ayudó a que el nudo en su cintura se aflojara un poco. Ayudó tener a Griffin aquí. Ella siempre lo había considerado un bribón poco confiable, pero él había estado a su lado durante todo esto. Lo que pareció darle la fuerza que le faltaba. Aquella que él creía que ella tenía.

Fue sorprendente la diferencia que hizo que por fin alguien creyera en ella.

Treinta y nueve

—¿**CÓMO DEBEMOS** trabajar esto? —Sean dejó su gran maletín lleno de materiales de arte sobre la mesa y echó un vistazo al estudio en la buhardilla, escasamente amueblado—. ¿Quieres sentarte en el sofá?

—Lord Lincolnshire se sentó en un sofá para el retrato —indicó Corinna—. Así que creo que deberías posar allí... ¿Se quedó dormido?

—No lo hizo. Creo que podría estar mejorando. —Sean no estaba seguro si eso lo hacía feliz o no. Por mucho que le agradara el hombre, esto no podría continuar para siempre, ¿cierto?

—Entonces, ¿cómo lograste dejarlo? ¿Qué excusa le diste?

—Le dije que no estaba pintando bien en Lincolnshire House, así que necesitaba trabajar aquí. Por eso, traje estos suministros. De lo contrario, habría parecido un mentiroso.

También había traído velas, sabiendo que oscurecería, a medida que avanzaba la noche. Las sacó del estuche, los colocó alrededor de la habitación y comenzó a iluminarla.

—Entonces, ¿a Lord Lincolnshire no le importó?

—Envié a buscar a Deirdre para que le hiciera compañía.

Aunque nominalmente su hermana vivía en Lincolnshire House, pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia en el lugar de trabajo de Daniel Raleigh, o en su casa, donde planeaba vivir con o sin divorcio. Sean no estaba muy emocionado con eso, pero no quería pelear con su hermana. Le había dicho al conde que a su esposa le gustaba mucho ir de compras.

“Otra mentira más”, pensó con un suspiro.

—Ella no estaba feliz, pero sí estuvo de acuerdo.

—Ella debería... Te estás esforzando por asegurar su futuro.

Si tan solo Deirdre lo viera de esa manera.

—A Lincolnshire le gusta ella —dijo secamente—. Cree que elegí una buena esposa.

—Eso es bueno —ella habló distraídamente—. Me gusta pintar de pie, pero normalmente me siento cuando hago los bocetos.

Ella movió su maletín al suelo y se sentó en la mesa pequeña.

—Esto debería funcionar bien.

Él encendió la última vela.

—Te conseguiré una silla.

—¿De dónde?

—De uno de mis inquilinos. —Ante su mirada en blanco, él sonrió—. Soy dueño de este edificio, Corinna. Y la mitad de los demás en esta calle.

—¡Oh! —Ahora, ella parecía atónita—. Pensé que habías dicho que el estudio era del señor Hamilton. Supongo que no quisiste decirlo literalmente.

—Hamilton dijo que planea alquilarlo cuando regrese. Tengo la intención de cobrarle una pequeña fortuna. Ya vuelvo.

Apenas le llevó unos minutos bajar corriendo por las escaleras y pedir prestada una silla, a uno de los comerciantes de la planta baja. Al regresar encontró a Corinna con su cuaderno de bocetos abierto y mordiendo el labio inferior. Tenía los dientes rosados y regordetes.

Al menos, supuso que era un color rosado. Definitivamente, parecía más oscura de lo habitual. Y muy tentadora. Quería borrar esas marcas con un beso, lo deseaba tanto que ya podía saborearla. Pero sabía que si la besaba ahora, esta sesión se le iría de las manos.

—Siéntate —le dijo en cambio—. Mientras me desvisto.

Dejó la silla de manera que quedara frente al sofá.

—Solo un poquito —ella le recordó, mientras se agachaba.

Él se sentó frente a ella, quitándose los zapatos y las medias.

—¿Con esto bastará?

Ella se quedó mirando sus pies descalzos, pareciendo bastante fascinada por ellos, y considerándolos como una diversión.

—Los pies de Lord Lincolnshire no están en el retrato —dijo finalmente—. Solo un poco más.

Se levantó, quitándose el frac.

—¿Esto servirá, entonces?

Ella esbozó una sonrisa.

—Un poco más.

Se desabrochó y quitó el chaleco.

—Más.

Se desató la corbata, deshaciéndose de la misma.

—Un poco más.

La vio tragar saliva, mientras se quitaba los tirantes. Se desabrochó el botón superior de la camisa.

—¡Espera!

—¿Espero? —Sus dedos se detuvieron en el segundo botón y arqueó una ceja—. ¿Vas a sacar este pedacito de mi garganta?

A ella se le escapó una risa nerviosa.

—Tus manos. Las manos de Lord Lincolnshire están en la imagen. He decidido empezar con tus manos.

—Creo que ya has dibujado manos antes. ¿Quizás las de tus hermanas?

—Sí, claro. Pero, necesito las manos de un hombre.

—Creo que Lincolnshire tenía dos. Estaba bastante desnudo cuando se sentó para ti.

—Manos viejas... Las pinté más jóvenes.

—Las manos de tu hermano, entonces. Seguramente, se ha sentado para ti.

—No sin quejarse. Y nunca se ha quedado suficiente tiempo.

—No recuerdo que hayas mencionado que alguno de los artistas criticara las manos de Lincolnshire. Estoy pensando que probablemente tú dominas la pintura de manos.

—Es muy difícil pintar las manos —dijo en tono cortante—. ¿Podrías sentarte y mostrarme tus manos?

Evidentemente, ella estaba ansiosa, lo cual no era de extrañar. Esto también fue bastante desconcertante para él.

—Está bien —dijo, sentándose y colocando las manos sobre las rodillas abiertas—. ¿Con esto bastará?

—Eso estará bien. —Ella dejó escapar un suspiro—. ¡Relájate!

—Podría sugerirte que hagas lo mismo.

—Sí. Por supuesto. Bueno... —Acercó su silla y puso el lápiz sobre el papel—. ¿Cómo llegaste a ser dueño de la mitad de este vecindario?

Sean no solía hablar con la gente sobre sus propiedades, sus negocios y su empresa. A lo largo de los años había aprendido que esto hacía que los demás sintieran envidia. No podían entender cómo un hombre soltero podía tener tanto, y ciertamente no creían que hubiera

trabajado duro y se lo hubiera ganado honestamente. La gente pensaba que lo había conseguido por suerte, fraude o engaños, o por las tres cosas.

Él había crecido diezmando, y en la actualidad donaba bastante dinero a organizaciones benéficas, cada año, más dinero del que la mayoría de las personas jamás había visto en toda su vida. Sin embargo, a la gente no parecía importarle eso. Querían lo que él tenía para ellos y les molestaba que él lo tuviera, cuando ellos no lo tenían. Pensaban que simplemente debería aceptar darles una parte. O tramaban formas de robar o destruir una parte de su fortuna.

“¡Madre María!” Nunca había podido decidir qué era peor.

Por supuesto, muchas personas sabían que él era rico. Aquellas en los altos círculos con las que trataba a menudo. Otras que a esas personas les habían contado. Era inevitable, supuso, y lo aceptó, aunque a veces le hacía la vida difícil. Aunque operaba según el principio general que sería mejor mantener a cualquiera que no lo supiera (y no tuviera motivos para saberlo) en la ignorancia.

Pero, Corinna...

¿Cómo podría justificar mantener a Corinna en la ignorancia por más tiempo? Él la había estado besando. Ella le agitaba la sangre y él se sintió igualmente atraído por su intelecto. Él la admiraba. Ella parecía llenar un vacío en su vida, que él no sabía que existía, y había estado pensando en casarse con ella.

Aunque estaba lejos de estar convencido que realmente pudiera hacerlo, seguramente, la idea se le había pasado por la cabeza. Y ella llevaba bastante tiempo pidiendo detalles. No con fuerza sino con dulzura. Dadas las circunstancias, no le parecía correcto seguir eludiendo sus preguntas.

—Tengo una habilidad especial —dijo finalmente.

Su mirada permaneció fija en su boceto, pero una leve sonrisa curvó sus labios.

—Deirdre expresó que lo dirías.

—¿Cuándo fue eso?

—En el baile de Billingsgate. —Centrándose en su mano izquierda, trazó algunas líneas —. Me dijo que te fuiste de Irlanda sin nada y que la siguiente vez que te vio, eras dueño de varias propiedades.

—No comencé con nada —corrigió—. Mi tío me dejó una herencia.

—¿Cuánto fue?

—Diez mil libras.

Ella asintió, claramente poco impresionada. Sean no esperaba nada diferente. Diez mil podrían ser una fortuna para el hijo de un vicario en Irlanda, pero, ¿para la hija de un marqués en Mayfair?

Eso era una miseria.

Eran personas tan diferentes y de orígenes tan distintos. Ahora, él tenía dinero y se vestía como un caballero, pero si no fuera por Hamilton, nunca la habría conocido, nunca habría hablado con ella, y nunca habría bailado con ella ni compartido un helado, en Berkeley Square.

Y ciertamente, nunca se habrían besado.

Se movió inquieto, pensando que no debería estar haciendo esto. Era demasiado tentador para ambos, y no sabía cómo iba a quitarse más ropa sin que ella lo atacara y él lo permitiera. O, más probablemente, propiciándolo.

Hasta el momento, ella solo estaba dibujando sus manos. Todavía no había necesidad de entrar en pánico.

—¿Qué pasó después que recibiste la herencia? —ella preguntó.

—Dejé a mi familia, vine a Londres y compré un edificio pequeño y en ruinas. Lo arreglé, yo solo, y luego lo vendí para obtener ganancias. Fue entonces cuando descubrí que tengo una habilidad especial.

—¿Para comprar y vender propiedades?

—Para ganar dinero —lo destacó con una sonrisa.

No podía evitarlo. Rara vez hablaba de esto con alguien, y, después de todo, estaba bastante orgulloso de sí mismo. Era el séptimo pecado capital, le habría recordado su padre, si hubiera estado vivo para ver hasta dónde había llegado su hijo. Pero Sean se habría reído, porque creía que un hombre tenía derecho a encontrar satisfacción en un trabajo bien hecho.

Como era una dama, él pensaba, mientras observaba su dibujo.

—Compré un edificio más grande y lo hice de nuevo —explicó—. Y otra vez. Con el tiempo, tuve fondos suficientes para contratar a otras personas para arreglar los edificios... de modo que pude concentrarme en encontrarlos y comprarlos más rápido, y después de eso, me di cuenta que podría ser más rentable conservar algunos de los edificios, algunos seleccionados, según ciertos criterios... y ganar dinero arrendándolos.

—Deirdre dijo que eres dueño de algo más que edificios. Empresas. Manufacturas. Y también barcos, eso me dijo.

Su hermana tenía una boca grande. No era de extrañar que Corinna hubiera sentido tanta curiosidad.

—Bueno, uno de los inquilinos tenía un negocio que estaba a punto de quebrar y me di cuenta que yo también podía arreglar eso. Entonces, lo compré y lo hice rentable. Y luego, compré otros negocios. Y empecé con algunos nuevos. Algunas de las empresas requieren suministros que provienen de fuera del país, y me di cuenta que podía obtener más ganancias, importando esos suministros, yo mismo... También al importar suministros para otras personas. Y exportar algunas de las cosas que yo fabricaba, y otras cosas que otras personas fabricaban... —se interrumpió, encogiéndose de hombros—. Parece que tengo una habilidad especial para ganar dinero de muchas maneras.

Ella se quedó paralizada a mitad del boceto, atónita. Y admirándolo. Todos los hombres que conocía eran ricos, por supuesto, pero su riqueza provenía de la posesión de tierras. Principalmente por poseer tierras durante generaciones: la misma tierra, durante cientos de años. Ninguno de ellos había empezado con nada, ni siquiera con diez mil libras, y había creado su riqueza por sí solo.

Ningún otro hombre que ella conocía tenía habilidad para ganar dinero. O una habilidad especial para cualquier otra cosa, ahora que lo pensaba. Excepto tal vez montar a caballo o atar una corbata perfecta.

—¿Cómo te va? —él preguntó.

—¿Le ruego me disculpe?

—Las manos.

—¡Oh! Están... están bien.

—Necesitas ver más que manos, Corinna, si vas a arreglar el retrato de Lincolnshire.

Ella asintió, sabiendo que él tenía razón.

Aparentemente, tomando eso como un acuerdo, se levantó y terminó de desabrocharse la camisa. En un único y fluido movimiento, se la quitó por encima de la cabeza. Después, la colocó sobre el brazo del sofá y... simplemente se quedó allí.

Él era magnífico.

Tenía mejor aspecto que los dioses de Elgin. Era humano, no de mármol, y lucía muy,

muy masculino. Su pecho estaba lleno de músculos y crestas, y parecía cálido, suave y totalmente atractivo. Admirarlo fue todo lo que pudo hacer para evitar estirar la mano para tocarlo.

Nunca había visto a otro hombre sin camisa. ¿Todos se veían así? De alguna manera, ella pensó que no. Todos los caballeros que conocía llevaban una vida de ocio. Parecía que arreglar edificios había tonificado el cuerpo de Sean de una manera que lo hacía diferente.

Y mucho, mucho mejor.

Sus manos se dirigieron a los botones de sus pantalones.

—¡No! —Ella tragó con fuerza—. Es suficiente por ahora. No sería capaz de concentrarme, si presentas algo más allá de ese espléndido torso. ¡Necesitas un libro!

—¿Un libro?

—En la pintura, Lord Lincolnshire sostiene un libro.

Él cogió uno de los cuadernos de bocetos que el señor Hamilton había dejado. Ese fue otro movimiento fluido que a ella le dio un vuelco en el estómago.

—¿Con esto bastará?

—¿Qué? ¡Oh! Sí. Toma asiento. Como hizo Lord Lincolnshire, si recuerdas.

Se sentó y sostuvo el libro, sin parecerse en nada a Lord Lincolnshire, aunque la pose era similar. Ella esbozó algunas líneas. Eran temblorosas, ya que parecía que no podía quitarle los ojos de encima.

—Me temo que en realidad no te pareces a Lord Lincolnshire.

—Bastante cerca, me imagino. Lo estás pintando más joven, ¿no?

—Pensé que el retrato sería más convincente de esa manera. Y también para complacer más a Lord Lincolnshire. Pero, dudo seriamente que te parezcas a él. Te ves tan...

Ella quería decir: “Duro y caliente. Fuerte y abrumador”. Sin embargo, solo mirar a Sean le quitó las palabras. Aunque estaba cada vez más segura. Sus dedos volaron por la página, capturando cada detalle, mientras tenía la oportunidad.

Ella siempre recordaría esta noche.

—¿Así, tan...? —él preguntó.

—¿Mmm?

Él sonrió y se recostó.

—¿Cuántas sesiones crees que necesitarás?

“Mil. ¡Quizás más!” Ella lo pensó.

—Solo tengo tiempo para dos —dijo con pesar—. Después de eso, realmente necesitaré pintar. Espero que el señor Hamilton no regrese y pueda utilizar este estudio, antes de esa fecha.

—¡No te preocupes por eso! —El disgusto llenó su voz.

—Recibí otra carta suya ayer. Se quedará más tiempo. Dice que está viendo hadas en las cataratas o algo así —añadió con un bufido—, por supuesto, realmente, se está demorando por su amante.

“¿Su amante?” Corinna sintió que se le calentaba la piel con solo escuchar esas dos palabras. Sus ojos recorrieron la forma de Sean, su lápiz trazó las líneas en el papel y se lo imaginó, besándola.

Sus labios hormiguearon.

Ella dejó escapar un suspiro tenso.

—¿Hay algo mal? —preguntó.

—Solo me estoy concentrando.

Sean se movió, reclinándose un poco hacia un lado, levantando un brazo para colocarlo a

lo largo del borde trasero del sofá. Estaba más relajado y no se parecía en nada a la postura de Lord Lincolnshire. Ella consideró pedirle que retrocediera, pero no quería que lo hiciera.

A la luz parpadeante de las velas, él se veía absolutamente delicioso. Tan sabroso que ella quería un bocado. Era un pensamiento impactante, pero ella quería hacerlo. Quería hundir los dientes en toda esa piel suave y cálida...

¡Oh! Pero, eso nunca serviría.

Tenía que concentrarse en dibujarlo, no en morderlo ni en besarlo.

Dibujó un rato más en silencio pensativo.

—Sé que estás preocupada. —Ella escuchó compasión en su voz. Volvió a moverse y levantó un pie descalzo hacia la superficie del sofá. Apoyó la mano, en el cuaderno de bocetos, sobre su rodilla doblada—. Pero, Hamilton está consciente que no puedo pretender ser él en la Real Academia. Estará en casa a tiempo para votar en el comité de selección.

—Lo sé —ella dijo.

—¿Ocurre algo más, entonces, *a rún*?

¡Oh! Sí, algo andaba mal. Él seguía diciendo palabras que ella no entendía, por un lado. Unas que sonaban tan hermosas y melódicas, que la hacían derretirse por dentro, incluso sin saber lo que significaban. Y en la forma en que él la miraba y la manera en que ella lo observaba. Quería tocarlo, morderlo y besarlo, pero necesitaba dibujar.

Todo era simplemente insoportable.

Su cuaderno de bocetos y su lápiz se le cayeron de las manos.

—¡Oh! Sean, no creo que pueda seguir haciendo esto. ¡No esta noche!

Su pie se deslizó hasta el suelo. La mano que sostenía el libro cayó a su lado.

—¿Por qué no?

Ella no respondió. No creía que pudiera decírselo.

Luciendo preocupado, él sacó el brazo del borde del respaldo del sofá y se sentó más derecho, arruinando la deliciosa pose.

Aunque ella lo encontró agradable de todos modos.

—Porque no puedo concentrarme —dijo, sintiendo que se enojaba, aunque no podía entender por qué—. Todo lo que puedo pensar es en be... besarte.

—¡Oh! Bueno, entonces. Creo que podemos arreglar eso. —Ella pensó que él podría sonreír, pero no lo hizo. De hecho, parecía un poco aprensivo—. ¿Por qué no vienes aquí y me das un beso? ¡Sácalo de tu sistema!

Bueno, ella no iba a resistirse a esa invitación. Simplemente no podía. Casi salió volando de la silla y cayó en sus brazos, desplomándose sobre él en el sofá.

Su intención era que fuera un besito. Un beso que saliera de su sistema. Ella lo sabía. Lo notó por la forma en que parecía sorprendido y debido a la manera en que su boca se sentía un poco rígida, cuando ella plantó sus labios en los de él.

Pero eso no duró mucho, por supuesto. La mayoría de sus besos habían sido bastante salvajes, y este no fue la excepción. Un momento después, él le devolvió el beso, inclinando su boca sobre la de ella, deslizando su lengua hacia adentro para reclamarla.

Y... ¡Oh! Ella quería que la reclamaran. Recordó haber leído a *Ethelinde* el verano pasado y cómo Ethelinde había llorado: “*Soy tuya cada vez que vengas a reclamarme*”. Así era exactamente como ella se sentía.

Sin embargo, las novelas de Minerva Press no la habían preparado para todo lo demás que Sean le hacía sentir. Cuando él la besó, el mundo desapareció... ella solo conocía el excitante calor de su boca y su propia sangre corriendo por sus venas, los feroces latidos de su corazón y

esa maravillosa sensación de derretirse dentro de ella.

Él la deshizo.

Sintiéndose así ahora, lo tocó como había querido hacerlo. Ella pasó sus manos sobre su piel desnuda, y estaba caliente y sedosa, y eso le provocó un dolor en la parte baja del abdomen. Y ella quería más.

—Te quiero, Sean —murmuró.

Él dejó de besarla.

—¿Qué?

—Te deseo. —No se había dado cuenta de eso hasta que lo dijo, pero era verdad. Por eso su temperamento había estallado, ella no estaba obteniendo lo que quería—. Quiero todo de ti.

Él no fingió que no la entendía.

—Yo también te quiero —expresó con ironía, pero ella también escuchó frustración en su voz—. Esto es difícil, ¿no?

—No, ¡es maravilloso! Me siento maravillosa. —Ella pasó sus manos sobre él, nuevamente, sintiendo sus músculos saltar bajo su cálida piel, por debajo de sus dedos. Un suave gemido sonó en su garganta y cerró los ojos, haciendo que un pequeño estremecimiento la recorriera.

—Tócame, Sean. —Respiró—. Tócame así.

En cambio, él abrió los ojos, tomó sus manos y las quitó de su cuerpo.

—No puedo. —Se sentó, empujándola para que se sentara a su lado, moviéndose para poder mirarla a los ojos—. Ni ahora, ni antes... no estaría bien, Corinna. No puedo hacer esto.

Un mechón de su cabello se había soltado, probablemente cuando ella había saltado sobre él, y él se estiró para recogerlo suavemente hacia atrás.

—Lo que me estás ofreciendo no es mío para aceptarlo. Ahora no.

—Pero, quiero que lo aceptes. —Más de lo que había deseado cualquier cosa antes en su vida—. Eso hace que sea tuyo para tomarlo.

—No es así. —Él sacudió la cabeza—. Ni siquiera debería besarte, aunque lo disfruto. ¡Eres inocente! Una señorita aristocrática y protegida.

—Soy una artista —argumentó—. Los artistas son excéntricos, individualistas y libres de espíritu.

Tal vez ella no era exactamente todas esas cosas, pero siempre había querido serlo.

—No nos ajustamos a las reglas —Corinna reiteró.

—Bueno, pero, yo sí... Por favor, soy hijo de un vicario... ¡No ando arruinando mujeres! No te haré lo que ese bastardo de Hamilton le hizo a mi hermana. Me gusta pensar que soy mejor que eso.

Corinna se quedó en silencio, sorprendida. ¿Cómo podría discutir eso? ¿Cómo podía decirle que quería que él actuara como el hombre que más despreciaba en el mundo? Solo estaba siendo honorable. Y ella había sabido desde el principio que él era honorable, ¿no?

Él había demostrado su honor muchas veces y de varias maneras. La forma en que él había querido que ella supiera la verdad desde el principio, y la había mantenido hasta que ella le creyó. La manera en que todavía se sentía culpable por haber engañado a Lord Lincolnshire, aunque sabía que era lo mejor.

Y luego estaba el hecho que no quería que Deirdre viviera con el hombre que amaba, a menos que pudiera casarse con él. No debería sorprenderle que él se mantuviera bajo los mismos estándares. Sean era el hombre más honorable que conocía.

Esta era una de las muchas razones por las que ella lo amaba.

No era que él no la quisiera. Ella no era tan estúpida como para creer eso. Podía ver el deseo en su rostro, sentirlo en su beso, en la forma en que la tocaba. Él había dicho que no ahora, ¿no? Estaba planeando un futuro con ella. Él no se lo había dicho todavía, al igual que ella no le había dicho que lo amaba. Todo eso tenía que esperar hasta que su situación terminara. Hasta entonces tendría que contentarse con sus besos.

Él la deseaba. Él simplemente no la quería ahora. Y parecía tan angustiado, tan preocupado. La forma en que él la miraba le rompió el corazón.

—Eres mucho mejor que eso —ella dijo en voz baja—. Por eso te quiero tanto, pero lo entiendo.

Y luego, no pudo evitar decirle:

—Pero, desearía que me quisieras ahora.

—Por supuesto, ¡te quiero ahora! —estalló, sonando exasperado, como si no pudiera creer que tuviera que explicarlo—. Obviamente, no lo entiendes. Te quiero ahora, y hace un minuto, y dentro de un minuto. Lo único en lo que pienso es en desearte. Te quiero más de lo que quiero respirar, pero, quiero lo mejor para ti, incluso más que eso.

Y cuando esas palabras salieron de su boca, fue cuando Sean lo supo.

Él la amaba.

Sí, ella hizo cantar su sangre. Sí, ella se había metido bajo su piel. Sí, admiraba su empuje y ambición. Aunque era más que eso, mucho más... Cuando un hombre antepone los intereses de una mujer a los suyos propios, cuando niega lo que más quiere porque no sería lo mejor para ella... bueno, si esa no es la definición de amor, entonces, él no sabía cuál era.

Él la amaba. Iba a pedirle que se casara con él.

No ahora, no hasta que todo esto terminara. No hasta que hubiera terminado con todo, incluyendo que Lincolnshire descansara y arreglado las cosas entre Hamilton y Deirdre. No hasta que hubiera recuperado su vida y tuviera algo que ofrecerle a Corinna, además de subterfugios y mentiras. No hasta que pudiera acercarse a su hermano con la cabeza en alto.

Incluso entonces, era probable que el marqués lo rechazara. Sin embargo, él iba a preguntarle.

Y aunque era un hombre ocupado que rara vez se detenía a orar, en ese momento estaba rezando más intensamente que nunca para que la respuesta fuera sí.

La besó, porque ya lo había hecho y no había vuelta atrás. Fue un beso suave, lento y sincero, un beso que esperaba le dijera sin palabras lo que no estaba preparado para decir.

Luego, él se levantó y cogió su camisa.

—Creo que es una buena idea que nos detengamos ahora, como dijiste. Haremos esto de nuevo, mañana por la tarde.

Cuarenta

AL DÍA SIGUIENTE, Lincolnshire se despertó.

Cuando Lord Stafford hizo su habitual visita matutina, se alegró de ver a su paciente más cómodo.

—Está más despierto que en otros días —informó cuando salió del dormitorio del conde, después de su examen—. Y puede pronunciar frases enteras, párrafos enteros, sin pausas para respirar entre palabras.

Sean había sospechado que el hombre podría estar mejorando.

—¿Crees que todo el sueño lo ha revivido?

—Quizás, pero solo temporalmente —le recordó el médico con una suave advertencia—. Este tipo de enfermedad tiende a progresar y retroceder en oleadas desiguales, pero él no se está recuperando de ninguna manera.

Sus ojos marrones se encontraron con los de Sean, mostrando simpatía.

—Será mejor que disfrutes del estado de alerta de tu tío, mientras puedas.

Lincolnshire no era su tío, pero Sean asintió, le dio las gracias a Stafford y lo despidió. Solo para encontrar a otro hombre entrando.

Este hombre llevaba una maleta de cuero. Una de aspecto bastante oficial.

—Soy el señor Lawrence Lawless —dijo a modo de introducción—. El abogado de Lord Lincolnshire. Estoy aquí para reunirme con él, cuando lo solicite.

Lawless era un caballero alto y muy sobrio. No era un hombre al que Sean normalmente saludaría con una sonrisa. Pero no pudo reprimir una sonrisa al conocer a un jurista llamado Lawless. Se giró para ocultarla y permitió que Quincy escoltara al hombre escaleras arriba.

Fue la última vez que Sean sonrió ese día.

El abogado pasó una hora entera, encerrado en el dormitorio de Lincolnshire, y, apenas salió, el conde llamó a su sobrino. Deirdre salía para ir donde Raleigh, pero, tuvo que devolverse, dio media vuelta y subió las escaleras con Sean.

—Buenos días a usted, Lord Lincolnshire —ella dijo en voz baja, cuando entraron en su habitación.

—Buenos días a usted, mi querida —jadeó el conde. A Sean le hizo gracia oír que la frase irlandesa de Deirdre resonaba en lugar de los buenos días al estilo inglés. Y estaba muy feliz que, con o sin sibilancias, Lincolnshire hubiera recitado toda esa frase sin detenerse a respirar, no obstante, el conde añadió—, estoy poniendo mis asuntos en orden.

De esa manera, cualquier sonrisa que pudiera haber surgido en los labios de Sean murió, antes que pudiera aparecer.

Eso sonó tan terrible. Tan definitivo. A pesar de la advertencia del médico y de su necesidad de seguir con su propia vida, Sean debía haber albergado alguna pequeña esperanza que Lincolnshire pudiera recuperarse, después de todo, porque su corazón le oprimía dolorosamente el pecho.

—Lo siento —él murmuró.

—¿Por qué? —El hombre mayor tosió—. Siéntense... los dos.

Sean y su hermana intercambiaron una mirada. Fingiendo, o tal vez sintiendo la angustia de Sean, Deirdre tomó su mano, mientras bajaban lentamente al unísono.

El conde se pasó el dorso de una mano hinchada por la cara, limpiándose la boca de un

poco de espuma que había tosido. Cuando bajó la mano, sus labios se curvaron en una media sonrisa propia.

—Me alegra verlos a los dos tomados de la mano. No puedo imaginar por qué persisten los rumores de infidelidad, cuando he visto con mis propios ojos que tienen un matrimonio maravilloso. Devoto, cercano... comprensivo.

La culpa de Sean alcanzó niveles récord. Habría dejado caer la mano de Deirdre, como si fuera una brasa, pero ella lo sintió y la apretó con fuerza.

—Dale un beso —la persuadió Lincolnshire.

No había nada que hacer. Reprimiendo un suspiro, Sean se volvió hacia su hermana y le dio un pequeño beso en la mejilla.

Lincolnshire asintió, todavía sonriendo.

—Discreto en público, como siempre. Pero, apuesto a que a puerta cerrada...

—Tío —lo interrumpió Sean. No podía soportar escuchar más sobre su maravilloso matrimonio con Deirdre. No sin perder su desayuno—. ¿Hay algo más que quisieras decirme?

—En efecto. Quería que supieras que estoy contento, o debería decir muy contento, por el éxito que has tenido al encontrar nuevos puestos para todo mi personal.

—No fue nada —murmuró Sean.

—Lo fue todo. —Lincolnshire no estuvo de acuerdo—. Mi corazón canta al saber que todas mis posesiones irán a parar a un hombre tan digno. Mi sobrino... mi sangre.

Las lágrimas brotaron de los ojos del hombre mayor: no eran lágrimas de dolor sino lágrimas de arrepentimiento por la devoción descubierta demasiado tarde.

—Lamento mucho no haberte conocido antes de esto. Que tu reputación inmerecida y mis sentimientos no resueltos hacia mi hermano me impidieron buscarte antes...

—No hay nada que lamentar —interrumpió Sean, ya harto de este afecto, que le inducía tanta culpa—. Mi vida también se ha visto enriquecida por el tiempo que pasamos juntos. Pero, tu hermano... Esta es la primera vez que mencionas estos “sentimientos no resueltos” respecto a él.

Lincolnshire se encogió de hombros.

—Lo amaba, por supuesto. Era mi gemelo...

—¿Tu gemelo? —Esta fue la primera vez que Sean escuchó eso.

—Seguramente, ¿has notado que tu padre y yo nos vemos idénticos?

—No había... pensado en eso. —Ahora era él quien hacía una pausa entre palabras—. Mi, eh... padre... murió hace años. Nunca mencionó que eran gemelos. ¿Qué pasó entre ustedes? ¿Qué te hizo desterrar a tu hermano a las tierras salvajes de Irlanda?

—¿Desterrarlo? —Lincolnshire resopló—. Debería haber estado de rodillas, besándome los pies. ¡Salvé a ese bastardo malagradecido!

Ladeó la cabeza y midió a Sean durante un largo y silencioso momento.

—¿Nunca te contó lo que pasó?

—Nunca. —Y si Sean podía juzgar por la actitud de Hamilton, el hermano de Lincolnshire tampoco le había contado los hechos a su verdadero hijo—. ¿Qué pasó?

—¿De verdad no lo sabes?

Sean negó con la cabeza.

—Cuando éramos jóvenes —dijo Lincolnshire, acomodándose contra las almohadas—. Nuestro padre murió, dejándome el título de conde. Tu padre no estaba muy contento que yo heredara todo y él nada. De hecho, estaba furioso. Una diferencia de apenas cinco minutos en nuestros nacimientos me convirtió en el heredero, y a él en el segundo hijo.

—Es comprensible que se sienta así —dijo Deirdre, sin duda recordando la ira subyacente de su suegro.

—Estoy de acuerdo. Pero así es como funciona nuestro mundo. Le aseguré que cuidaría de él, lo apoyaría a él, a su nuevo hijo y a su joven esposa, una con la que se había visto obligado a casarse después de meterse en la familia, debo agregar.

—De tal padre, tal hijo —susurró Sean, en voz baja.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el conde, demostrando que su audición no se había visto afectada por la hidropesía—. El matrimonio de tu padre fue un matrimonio por amor. Nadie lo obligó a casarse con tu madre.

—No, por supuesto que no —le aseguró Sean, pensando en el pasado. El matrimonio de los padres de Hamilton no fue feliz. Siempre pensaba que era el resultado de su disgusto por estar atrapados en Irlanda, pero tal vez había sido más que eso—. Solo fue un desliz, una expresión común y corriente. Por favor, continúa...

—Bueno, prometer apoyar a mi hermano y a su familia no fue suficiente. Él quería algo más que una generosa asignación. Poco después de heredar, me fui a Irlanda, a Kilburton, para ver a mi mayordomo, conocer a mis aldeanos e inquilinos... Sin embargo, regresé, encontrando un escándalo de proporciones inimaginables.

—¿Qué? —Deirdre respiró.

—En mi ausencia, William había decidido tomar algo de lo que consideraba que le correspondía. Él se había hecho pasar por “yo”, y nos parecíamos tanto que la gente le había creído. Había vivido en esta casa, usado mi ropa, ido a mi club. Había asistido a cenas, partidas de naipes, desayunos, bailes y veladas. Incluso presentó mis respetos al rey Jorge, en la corte, y, mientras hizo todo esto, acumuló deudas, que ascendían a miles. La deuda de juego más grande de todo Londres, a mi nombre. Por supuesto, él no podía pagarla. Y las promesas de un hombre, una deuda de honor, se espera que se pague antes que cualquier otra.

—Debieron haber estado furiosos —manifestó Deirdre—. Todos esos hombres a quienes se les debía dinero.

—¡Oh! Estaban furiosos, de acuerdo. Todos los caballeros y las damas también. Pero, no por la deuda. Les pagué inmediatamente, después de mi regreso.

—¿Por qué entonces? —preguntó Sean—. ¿Por qué deberían permanecer furiosos después de haber recibido el pago?

—Porque él los había engañado —replicó el conde—. Los había dejado en ridículo, a todos y a cada uno de ellos. Les había hecho creer que él era “yo”, y por eso nunca lo perdonarían. La sociedad tiene una larga memoria y guardan rencor aún más tiempo.

El suspiro de Lincolnshire fue de dolor, pena y arrepentimiento más profundo.

—Solo las fechorías más graves justifican cortar totalmente esa relación, pero mi hermano había cruzado esa línea.

—Tuvo que irse —concluyó Deirdre—. Ya no podía vivir en Londres.

—De hecho, no pudo. Muchos querían que lo desterrara al campo, a vivir en la pobreza y el anonimato, o mejor aún, ellos hubieran preferido verlo enviado a los Estados Unidos. No tenía la opción de ingresar al clero, y no pude pagar para que ingresara en el ejército. La nobleza está demasiado bien conectada con ambos círculos para que él hubiera ocupado puestos en alguno de los dos. Entonces, hice lo que pude. Lo envié a Irlanda, donde nadie lo conocía. Donde podría levantar la cabeza y ser el señor de Kilburton, viviendo en el viejo castillo con corrientes de aire...

—Construyó una enorme casa señorial, nueva.

—Lo sé, querida. —Lincolnshire le sonrió con tristeza a Deirdre—. Él quería una casa nueva y elegante, y yo quería que fuera feliz. O al menos lo más feliz posible. Era mi hermano, ya ves, mi gemelo. Si nunca lo perdoné por completo, no fue por lo que hizo, sino porque como resultado lo perdí.

—Él tampoco te perdonó... nunca —confirmó Deirdre.

—Yo lo sé también. Pero, también sé que hice lo mejor que pude. —Miró a Sean, que no había dicho nada durante bastante tiempo—. Espero que no me culpes por la desgracia de tu padre. Bajo las circunstancias...

—No —dijo Sean en un tono muerto. Fue el único que pudo utilizar, porque se sentía destruido por dentro—. No te culpo.

—¿Entiendes, entonces? —lo presionó Lincolnshire.

Sean asintió. Él entendió perfectamente.

Él comprendió que los aristócratas no toleraran que se les engañe, que guardan rencor para siempre, que, al haberse hecho pasar por Hamilton, el sobrino y heredero de Lincolnshire, él mismo se había ganado ese desprecio, directamente de la sociedad.

Una vez que la gente de Mayfair supiera la verdad, ninguno de ellos volvería a hablar con él. Mirarían a través de él como si no estuviera allí. Y si se casaba con Corinna, ella y todos sus familiares serían rechazados, junto con él.

¿Cómo no se había dado cuenta de esto? ¿Cómo se había convencido que él, el hijo de un vicario irlandés, podría alguna vez soñar con casarse con la hija de un marqués inglés? Los dos habían estado condenados desde el principio. Si no por sus antecedentes, entonces por los juegos de Hamilton.

“¡Maldito podrido! ¡Maldito, vete al infierno y más allá!”

El hecho que Sean conoció a Corinna por Hamilton era totalmente intrascendente. Había sido feliz antes de conocerla, o al menos, vivía contento.

Ahora, él nunca volvería a ser feliz.

¿Y cómo le iba a explicar todo esto? Aunque nunca habían hablado de matrimonio, él no era un tonto. Sabía que ella estaba pensando en esa dirección. Por compasión, ella se había ofrecido a él. Y solo tenía tres días para arreglar el retrato de Lincolnshire, antes de tener que enviarlo.

Después que Sean posara para ella esta tarde, solo le quedarían dos días para pintar. La verdad la devastaría, rompería su concentración y destruiría cualquier posibilidad que tuviera de lograr el sueño de su vida. ¿Cómo podría decírselo ahora?

No podía.

No podía decírselo durante tres largos días, hasta que terminara la pintura. Tendría que mentir de nuevo por ella. ¡Odiaba mentir! Y mentirle a la mujer que amaba le parecía la peor mentira jamás vivida.

Se sentía como si un cuchillo le hubiera cortado el corazón y percibía las entrañas pesadas. Como si un yunque estuviera alojado en él.

—Sobrino... Sean. —El conde estaba cansado. Y claramente luchando por hacer las paces. Sus ojos estaban suplicantes—. Ojalá te hubiera... conocido todos estos años. Lo siento mucho...

—Por favor, tío. —Sean se ordenó a sí mismo que debía responder—. Todo es agua pasada, ¿no? Ahora nos conocemos, ¿no? Y nada me hace más feliz que ver lo satisfechos que estamos ambos con el resultado.

—¿Satisfecho? Estoy... eufórico. Viniste corriendo cuando te lo pedí... me has cuidado

como a un hijo. Has encontrado puestos... para mis sirvientes... has visto que todas mis preocupaciones... están aliviadas.

Lincolnshire resolló, luego tosió y se puso una mano en el pecho. Sus párpados se agitaron y después se cerraron lentamente. Antes de quedarse dormido, pronunció una última frase en un susurro entrecortado.

—Eres el mejor hombre... que he conocido.

Sin embargo, Sean se sentía como el peor hombre que jamás hubiera existido.

Cuarenta y uno

TORTAS HELADAS

Mezclar el azúcar con la mantequilla y el agua de rosas. Mezclar esto junto con seis huevos, dejando fuera dos claras y batir durante un cuarto de hora. Agregar la harina y mezclarlos bien. Ponerlos en moldes para empanadas en un horno tan caliente como para manchet o panes duros. Luego hacer el glaseado. Colocar en un mortero azúcar fina con agua de rosas y la clara de un huevo. Cuando las tortas estén frías, ponerlas en un molde, mojar una pluma en el glaseado y cubrirlas bien. Volver a colocar los pasteles en el horno para que se endurezcan.

Son dulces como un bebé recién nacido. Cómelos por la salud del bebé.

—Belinda, marquesa de Cainewood, 1799.

—**OH, TÍA** Frances, ella es hermosa. —Mientras sostenía a su propio hijo en equilibrio sobre su cadera, Alexandra se inclinó para pasar un dedo por la pequeña y suave mejilla de la hija de Frances—. ¿Ella es una buena bebé?

—Cuando ella no está llorando. —Frances abrazó a Belinda más cerca. Reclinada en una tumbona que habían trasladado a su salón, miró a todas las damas que la visitaban y sonrió con cansancio—. Lo cual parece ser la mayor parte del tiempo.

—Durante sus primeros tres meses, mi hija menor también lloró todo el tiempo —dijo Lady A.—. Ella casi me lleva al borde de la locura. Por suerte, pronto lo superó y se convirtió en una niña encantadora.

—Estoy segura que Belinda también lo superará —dijo Claire.

Elizabeth asintió.

—Y además, tienes a la enfermera mensual.

Rachael tomó un pastel helado del plato que le ofreció Juliana.

—¿Supongo que la enfermera se ocupará de las necesidades de la bebé?

—Es cierto —dijo Frances con ironía—. La enfermera mensual se ocupa de sus necesidades, y está instruyendo a la enfermera diurna permanente y a la nocturna. Lo único que me sorprende es que Theodore no haya contratado a una institutriz para que empiece a enseñarle a Belinda las letras y los números. Nada es demasiado para su hija.

—Como debería ser —expresó Lady A. con aprobación—. Con el mío pasó lo mismo.

—Pero, ¿tres enfermeras? ¿Cuándo preferiría cuidar yo mismo de Belinda?

—Alexandra siente lo mismo. —Juliana dejó la bandeja—. Yo también. ¿Puedo abrazarla?

—Por supuesto. —Frances le tendió a la bebé—. Apoya su cabeza.

—Lo sé —dijo Juliana, tomando a Belinda como una experta—. Lo aprendí con el pequeño Harry.

Al observar a su hermana, Alexandra sonrió y abrazó a su hijo.

—¿Ella te hace querer uno propio?

—Voy a tener uno propio —indicó Juliana en voz baja—. En el invierno.

Prevaleció el silencio en la habitación, mientras todas las damas absorbían esa información. Alguien soltó un grito de excitación. Entonces, pareció que todas estaban hablando a la vez, exclamando, felicitando, y saltando de sus asientos para correr y abrazar a Juliana.

Excepto Corinna, que parecía clavada en su lugar.

Si bien estaba feliz por su hermana, de repente deseaba tener un bebé más de lo que creía posible.

Independientemente de sus protestas el día que nació Belinda, no había considerado que nunca podría tener un hijo. Siempre había pensado que eventualmente se casaría, después de dejar su huella en el mundo del arte. Aunque tampoco había compartido la urgencia de su hermano, porque su pintura era lo primero, ahora pensaba que también podrían existir otras razones. Había sido difícil sentir urgencia cuando nunca había tenido una imagen mental del hombre que sería el padre de sus hijos.

Pero ahora lo hizo.

El hombre de la imagen mental tenía cabello oscuro e insondables ojos de un verde profundo. Manos cuadradas y masculinas. Un pecho firme y definido. Músculos ondulantes, una sonrisa encantadora y un tierno acento irlandés.

Y la cara de Sean Delaney.

Quería un bebé de Sean. Eso sería tan honorable. Él sería un padre maravilloso.

Por supuesto, primero tendría que casarse con él, pero ya había estado pensando en eso, ¿no? Y no podía imaginarse tener un hijo con otro. Nadie más la había hecho sentir como Sean, y estaba segura que nadie más lo haría.

Casarse con él sería increíblemente emocionante. Iba a posar para ella otra vez esa tarde, y ahora, mientras lo imaginaba desnudándose, un calor brillante pareció estremecerla...

—¿Estás bien? —preguntó Juliana, interrumpiendo su ensoñación. Se paró frente a Corinna, luciendo preocupada. En algún momento de toda la conmoción, debió haberle devuelto la bebé a Frances—. No pareces muy emocionada.

Esto era extraño, considerando que ciertamente se había sentido excitada, ante la idea de ver a Sean más tarde. Pero Corinna no estaba dispuesta a confesárselo a su hermana. Y en el fondo de su mente, se sentía perturbada de algún modo, como si algo malo pudiera pasar.

—Por supuesto que estoy emocionada. Y estoy emocionada por ti y por James, ¡oh! Por todas nosotras. —Corinna forzó una sonrisa y decidió que debía estar más preocupada de lo que pensaba por arreglar el retrato de Lord Lincolnshire. Se levantó, le dio a su hermana un abrazo sincero y luego volvió a sentarse—. Estoy siendo egoísta como siempre... Pensando en mis próximas presentaciones... Necesito llevar mis cuadros a Somerset House el lunes.

—¿Quién va contigo? —preguntó Lady A.

Corinna no había pensado tanto en el futuro, pero, por supuesto, no podía ir sola. No sería apropiado. Ser mujer resultaba a veces terriblemente inconveniente.

—Supongo que le preguntaré a Griffin.

—Sería un honor acompañarte, querida. —La sonrisa de Lady A. parecía melancólica—. Será un placer. Se supone que debo ayudar a mi sobrino en el Instituto hasta las cuatro del lunes, pero puedo decirle que tengo que salir al mediodía.

El Instituto New Hope era la instalación de James, donde proporcionaba vacunas contra la viruela a los pobres. Lady B. fue su asistente hoy. Ella y Lady A. se turnaban.

—¿Será eso lo suficientemente temprano?

—Eso estará bien. —Considerando todo lo que la mujer amablemente había hecho por ella, a Corinna no se le ocurriría negarle ese placer—. Iré a buscarte en el carruaje de mi hermano a la una. La fecha límite de presentación es hasta las cinco.

—¡Oh! Entonces las dos en punto sería mejor, si no te importa. De esa manera tendré tiempo para almorzar primero. Y no hay nada de qué preocuparse. —Lady A. se inclinó para darle una palmadita en la mano a Corinna y añadió con un suspiro—, los miembros del comité dijeron cosas maravillosas sobre tus pinturas. Mi hija habría estado encantada que hombres tan importantes le dieran tanto reconocimiento.

Corinna no sabía si el suspiro de Lady A. indicaba felicidad por sus perspectivas o tristeza debido al sueño fallido de su propia hija. Pero de todos modos, ella suspiró junto con ella.

—La mayoría dijo cosas bonitas, pero también dijeron que mi retrato no estaba del todo bien. Necesito arreglarlo antes del lunes.

—No vas a faltar al baile de Teddington mañana por la noche, ¿cierto? —preguntó Juliana—. ¿O el desayuno de Lady Hartley el domingo? Es el evento de la temporada.

—Probablemente, debería saltarme ambos. —Lo que significaba que su hermano estaría rondándola todo el fin de semana, acosándola para que saliera de casa y conociera más hombres—. Me gustaría poder encontrar un lugar tranquilo para pintar.

—Chelsea Physic Garden es muy tranquilo. —Juliana se frotó el vientre, aunque todavía estaba plano como un lienzo—. Por lo general, solo los médicos y boticarios pueden acceder, pero James podría conseguirte una entrada.

—Ayer estuve en Chelsea —comentó Rachael de forma bastante distraída—. En el Hospital Real.

Corinna todavía se sentía perturbada. Quizás sería mejor cambiar de tema.

—¿Por qué fue eso? —ella preguntó.

Cuando Rachael pareció nerviosa y vaciló, su hermana menor, Claire, respondió por ella.

—Fue una visita caritativa. Rachael llevó libros para los pensionados.

—Eso fue muy amable —dijo Lady C.

Entró un lacayo y dejó una bandeja con cosas para el té, en una mesa junto a la puerta.

—¿Alguien quiere té? —Como la tía Frances no estaba dispuesta a actuar como anfitriona, Lady A. se levantó y se dirigió hacia la tetera—. El suegro de mi hija menor es un pensionado en Chelsea. Pero hace años que no lo veo.

Mientras Lady A. estaba al otro lado de la habitación, Rachael le dio un codazo a Corinna.

—Lady A. parece aprovechar cualquier excusa para mencionar a su hija menor —susurró—. Creo que la pobre mujer realmente la extraña.

—Brillante observación —murmuró Corinna secamente.

—James me dijo que la hija menor de Lady A. se quitó la vida —dijo Juliana en voz baja—. Lady A. no tiene nietos. Su hija mayor se fugó en contra de los deseos de su padre y él la desterró de sus vidas. Su hijo mediano, un varón, bebió demasiado y accidentalmente se ahogó. Y su hija menor estaba en la familia cuando saltó del Puente de Londres, desaprovechando la última oportunidad de Lady A. de tener un nieto por ella.

—¡Ay, pobre, pobre mujer! —Rachael suspiró—. Me agrada mucho Lady A. Me recuerda a mi madre. Creo que es el aroma a gardenia que lleva. A mamá siempre le encantó el perfume de gardenia.

Aunque sonrió, su expresión parecía triste.

—Creo que iré a ayudarla a servir el té.

Cuando su prima se fue, Corinna le dio un codazo a Juliana.

—Creo que Lady A. huele tanto a alcanfor como a gardenias.

—Estoy de acuerdo. —Compartieron una sonrisa.

—Pero, como Rachael ha estado sufriendo de mal humor últimamente —añadió Juliana—, no creo que debamos decir nada que arruine su ilusión reconfortante.

Corinna deseó tener una ilusión reconfortante. Durante el resto de la visita y en todo el camino a casa, siguió sintiéndose perturbada. Mientras subía a su dormitorio para prepararse,

antes de encontrarse con Sean, se dijo que las cosas no estaban tan mal.

Sean estaba dispuesto a besarla. Todavía tenía tiempo de arreglar el retrato de Lord Lincolnshire. Y su vida ciertamente no era tan trágica como la de Lady A. Había perdido a sus padres y a un hermano, sí, pero solo a causa de una enfermedad, lo cual era triste, aunque no era completamente inesperado. No había perdido a nadie por beber ni por suicidio, ni porque se hubieran fugado sin permiso y hubieran sido desterrados de la familia.

Se dejó caer en la cama y de repente se dio cuenta por qué se sentía perturbada.

Ella esperaba que Griffin aceptara su matrimonio, pero, ¿y si no lo hacía? Sean no se parecía en nada a los hombres, a los cuales su hermano la empujaba, y no solo porque fuera irlandés. Ciertamente, él podría apoyarla. Después de lo que había aprendido ayer, sospechaba que Sean podría sostener a la mitad de Londres. Pero él no era aristocrático. El hecho que Griffin dijera que admiraba a Sean y quería su consejo no significaba que respaldaría su matrimonio.

Estaba dispuesta a desafiar los deseos de su hermano de casarse con Sean, si llegara el caso. Estaba dispuesta a huir a Gretna Green para casarse. Su familia no era del tipo que la desterraba. Y después de todo, ella era una artista, ¿no? Libre, pensadora, rebelde y poco convencional.

Pero nada de eso importaba... porque Sean era convencional.

No se fugaría con ella en contra de los deseos de su hermano. Estaba segura de eso. Era demasiado honorable.

Ahora que había descubierto por qué se sentía perturbada, su conmoción aumentó. Los pasteles helados que había comido parecían congelarse en su estómago. El té que había bebido amenazaba con volver a subir.

¿Cómo podría persuadir a Griffin para que les permitiera casarse, si él no lo aprobaba? Ella no lo sabía. Lo único que sabía era que, a menos que se le ocurriera un plan, su futuro con Sean era muy incierto. Y si Griffin descubriera que iba a reunirse con Sean, esta podría ser la última vez que estuvieran solos juntos.

Sería mejor que la aprovechara al máximo.

Trabajaría en un plan, decidió, mientras se levantaba para cambiarse y recoger sus cosas. Mientras tanto, quería más besos de Sean. Y esta vez no podía permitirle el lujo de ponerse nerviosa por dibujarlo. Si quería arreglar el retrato de Lord Lincolnshire, necesitaba examinar a Sean. Todo acerca de él.

Su estómago se revolvía con una mezcla de ansiedad y anticipación, y quién sabe qué más. Se sentía más perturbada que nunca. Pensando que necesitaba lo que a veces había oído llamar “coraje holandés”, al salir, cogió una botella de la primera cosecha de su hermano.

Cuarenta y dos

ESTA VEZ, ELLOS se reunieron por la tarde, así que Sean no se molestó en encender velas.

—Creo que no necesitamos toda esta luz —le dijo a Corinna—. Hamilton eligió este lugar por las ventanas que dan al norte.

—Podré verte bien sin velas —replicó en voz baja—. Todo lo de usted, eso espero.

“¡Maldita sea!” Él estaba en problemas.

¿Cómo diablos iba a quitarse toda la ropa sin que los dos terminaran enredados en el sofá? Ayer eso estuvo muy cerca. Nunca había estado tan dispuesto a ir en contra de todo lo que creía. Y la última vez solo se había quitado la camisa.

Ahora, ella quería verlo por completo.

—Pero, estoy pensando que no me verás... todo a la vez —dijo, notando que ella había traído dos copas y una botella de vino. Tendría que asegurarse de no beber mucho—. Recuerdo que dijiste que querías dibujar una parte de mí a la vez.

—Realmente, necesito verlo todo, si quiero arreglar el retrato de Lord Lincolnshire. — Corinna dio la vuelta y se puso a servir el vino—. Los artistas masculinos dibujan modelos en vivo, día tras día. Solo tengo estas dos sesiones para hacerlo bien.

Con una sonrisa de disculpa, volvió y le tendió un vaso lleno hasta el borde.

—Traje un poco del vino de mi hermano para ayudarnos a ambos a relajarnos.

Sean aceptó el vino de mala gana, diciéndose a sí mismo que necesitaba mantener la cabeza despejada. Tomó un pequeño sorbo, solo por cortesía.

Ella se bebió casi la mitad de su vaso grande.

—¿No te gusta el vino?

—Sí me gusta. Pero, no bebo mucho, así que nunca he desarrollado tolerancia.

—Ahora recuerdo que bebiste solo un poco esa noche que te convocaron a nuestra cena familiar. Apenas un par de sorbos.

—Vi a mi abuelo materno beber hasta la tumba. Un anuncio eficaz para la moderación.

Ella le tocó la mano, un breve contacto que lo dejó con ganas de más.

—Lo lamento.

Había sentido el calor de su piel y ahora olía su dulce fragancia floral y el ligero toque de pintura debajo. Llegó a amar ese toque de pintura porque era exclusivamente de Corinna y él la amaba. Para evitar alcanzarla, de repente se sentó y volvió a beber.

—Era un borracho feliz, pero, nunca logró nada por sí mismo.

—Has hecho mucho por ti mismo —dijo, moviéndose para sentarse frente a él. Después de vaciar el resto de su vaso y dejarlo en el suelo, tomó su cuaderno de bocetos—. Eres el mejor hombre que conozco.

Ella fue la segunda persona que le dijo eso, lo que sirvió para recordarle la primera y lo que había aprendido, antes que Lincolnshire expresara eso. El recordatorio lo hirió hasta la médula.

Él tomó un trago completo de vino.

Con sus ojos azules, muy azules, fijos en los de él, ella abrió el cuaderno de bocetos.

—Puedes desnudarte ahora. Estoy lista.

No estaba preparado (no creía que alguna vez lo estuviera), pero no había nada que hacer.

Se había ofrecido a posar para ella y quería que su pintura fuera un éxito. Tomó otro trago de vino y dejó la copa con cuidado, luego, se levantó, quitándose los zapatos, las medias, la corbata, el abrigo y el chaleco. Sintiendo su mirada sobre él, rápidamente se deshizo de los tirantes, después, se desabotonó la camisa, quitándosela por la cabeza.

Como anoche, sus manos se movieron hacia los botones de sus pantalones. Pero esta vez ella no lo detuvo.

En lugar de eso, él se detuvo.

Tomando una bocanada de aire, tomó su copa y tragó más vino.

—¿Sean? —ella susurró, luego se mordió el labio. Parecía tan tensa como él se sentía. Y también excitada. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos muy abiertos y anhelantes.

Esa vista lo devastó.

El cuaderno de bocetos yacía abierto sobre su regazo, ignorado. Él sintió que el sudor le cubría la frente y un brillo le resbalaba por el pecho desnudo. La mirada de ella estaba fija en la parte delantera de los pantalones, que él aún no había abierto, en el obvio bulto que se tensaba contra ellos. Sabía que era solo cuestión de tiempo, antes que ese cuaderno de bocetos estuviera en el suelo, y estuvieran uno en brazos de la otra. En un tiempo corto.

Tal vez debería simplemente contarle los hechos, decirle que no tenían futuro juntos, y cortar esto antes que se fuera de control.

No, no podía decírselo hasta que ella hubiera terminado el retrato. Ese conocimiento no solo impediría esto, más bien la devastaría. Él ya estaba devastado, así que sabía exactamente cómo se sentiría ella. Completamente y absolutamente devastada.

Y así ella no podría pintar.

Cuarenta y tres

CORINNA NO PODÍA dibujar. Ella solo podía mirarlo fijamente. Sintió que un calor comenzaba a acumularse en ella y no quería nada más que saltar a través del espacio entre ellos. Y Sean también la deseaba, ¿no? Más de lo que quería respirar, había dicho la noche anterior, ¿y no escuchar eso la había derretido hasta adquirir la consistencia de pintura fresca?

Justo como ahora se sentía derretida.

La gran copa de vino se le había subido a la cabeza y se lamió los labios, sintiéndose un poco mareada. El cuaderno de bocetos se deslizó hasta el suelo, mientras ella se inclinaba para quitarse las zapatillas.

—¿Qué estás haciendo? —Sean murmuró.

Ella no sabía muy bien lo que estaba haciendo, así que no respondió. En lugar de eso, buscó debajo de sus faldas y desató una liga y luego la otra, dejando caer las cintas adornadas con encaje sobre sus zapatos desechados.

Apenas podía creer que estuviera actuando de manera tan lasciva. Tenía que ser el coraje holandés, porque ella nunca había sido la hermana seductora. Ese era el papel de Juliana. Pero de repente recordó a Juliana demostrando algo que ella llamaba “mirada”, un coqueteo practicado de una forma tan artificial que Corinna nunca había sido capaz de imaginarse haciéndolo. Ahora miró hacia abajo y luego levantó la mirada, viendo a Sean de frente, mientras curvaba sus labios muy lentamente, en una sonrisa deliberadamente seductora.

Sus pupilas se dilataron y ella se percató que su respiración se aceleraba.

La seducción era mucho más fácil de lo que jamás había pensado.

Tal vez fuera el vino, pero pensó que también era Sean. Él mismo era tan seductor que cualquier mujer se sentiría seductora a su alrededor. Cada palabra que dijo con esa lírica voz irlandesa se filtró directamente en ella, disolviendo sus huesos. Ella ni siquiera lo había tocado todavía, ni él la había tocado a ella, pero su sangre ya la recorría a un ritmo seductor.

La suave luz de la tarde entraba sesgadamente por las ventanas orientadas al norte, iluminando su rostro esculpido, reflejando la ligera barba oscura, que había crecido desde que se había afeitado esa mañana. Los dedos de ella ansiaban acariciar esa aspereza, esa gloriosa masculinidad, justo cuando su cuerpo anhelaba presionarse contra él, y moldear sus curvas a su forma musculosa.

Se subió el dobladillo de su vestido para que descansara sobre sus rodillas y comenzó a bajarse una media, observando el rostro de Sean. Lo que vio allí hizo que el calor aumentara aún más. Él la observaba con la mirada más apasionada, como en *Los descendientes de la abadía*, una más embriagadora que cualquier vino. Se quitó la media del pie, la dejó caer al suelo y empezó con la otra.

Paralizado, Sean se quedó inmóvil, contemplando el montón de satén, encaje y seda, que se estaba acumulando. Sabía que debía detenerla, pero parecía que no podía moverse. Ella se quitó la segunda media del pie y dejó al descubierto los dedos. Eran pequeños, pálidos y de aspecto tierno. Al imaginarse chupándolos, pensó que podría morir. Miró sus pantorrillas desnudas y curvilíneas, y sintió que murió un poco más. Levantó la mirada hacia sus rodillas desnudas, vio el dobladillo de su vestido arrugado allí y se la imaginó, usando una camisa de gasa debajo. O una camisola, como la llaman los nobles. Una camisola vaporosa y tentadora.

Intentó tomar otro trago de vino, pero su copa estaba vacía.

¿Qué estaba haciendo? No podía decirle que no podía casarse con ella, así que tenía que mantenerse alerta. Tenía que luchar contra esto. No debería estar imaginando lo que había debajo de su vestido. No debería estar imaginando nada. Sintióse mareado, dejó con cuidado el vaso.

Él no le permitiría que ella lo volviera a llenar.

—¡Sean! —dijo en un tono tan ronco que lo dejó sin aliento. Ella se levantó y caminó cerca, tanto que él sintió el calor brillar entre ellos. Le llevó una mano a la mejilla y giró la cabeza para mirarla.

Una vez más, sus ojos azules lo devastaron.

—¿Estás bien, Sean?

No estaba bien, no. Estaba creciendo tanto que sentía dolor. Él se estaba muriendo.

—¡Sean! —Ella respiró, moviendo los dedos sobre su rostro con tanta suavidad que se preguntó si podía sentirlo. Pero lo sintió, con tanta fuerza que la sensación pareció impregnar su cuerpo. Ella se movió y se inclinó más cerca, arqueándose hacia él.

—¡Oh! Sean, quiero que me beses.

“¡Oh!” Pensó Sean. Podía ver debajo de su vestido.

Debajo había una camisola de gasa, tal como se lo había imaginado. Abajo de eso, sus pechos parecían altos, redondos y firmes, y quería tocarlos. “¡Diablos!” No solo deseaba tocarlos: quería arrancarle el vestido y apretar su boca sobre ellos. Ella se inclinó más cerca y él pudo ver sus puntas rosadas tensarse contra la camisola, como si él estuviera contra sus pantalones. Su olor lo inundó, y ella levantó la otra mano para acunar su rostro, y luego...

Él la beso. Fue un movimiento defensivo porque no podía mirar su vestido ni un momento más sin explotar. Pero se perdió en el momento en que sus labios tocaron los de ella.

Perdido en el beso, en ella y en su propio anhelo. Ella lo consumió.

Él estaba devastado.

De alguna manera, ellos llegaron al sofá. Ella lo empujó hacia atrás y gateó sobre él. Corinna estaba pasando sus manos sobre su pecho y alrededor de su espalda. Sus dedos dejaron fuego a su paso, un rastro caliente de ardiente dulzura que pareció devastarlo aún más.

—Tócame, Sean —murmuró—. Tócame, como si yo te estuviera tocando a ti.

Ella lo devastó. Iba a morirse si no la tocaba. Entonces, necesitaba ayuda. La tocó.

Sus manos fueron a todas partes, a donde no debían, a donde él quería. Debajo de su corpiño para provocar un pezón y acariciar un pecho cuando gemía. Ella pedía más. Él iba a morirse si no la probaba, así que su boca siguió. Le mordisqueó el cuello y los hombros. Le desabrochó el vestido por detrás, se lo bajó y la chupó, se dio un festín con ella.

Corinna quería más. Nunca había imaginado que podría sentirse así. Lo que había sentido la noche anterior, cuando pensó que lo deseaba, no era nada comparado con esto. Absolutamente nada. El pequeño dolor que había sentido entonces no era nada comparado con el que percibía ahora. La boca de Sean sobre su pecho se sentía caliente y le dolía en todas partes, pero especialmente entre las piernas, donde el dolor era exquisito, casi doloroso, simplemente insoportable. Sin embargo, ella quería más y más.

—¡Sean! —susurró—. Quiero que me hagas llegar.

—Quiero hacerte llegar —él repitió, en un tono tan irregular, que le desgarró el corazón—. Quiero todo de ti.

Él invirtió las posiciones y trepó por encima de ella. Deslizó una mano debajo de su falda y la movió por sus pantorrillas hasta sus muslos. Aún así, él succionó sus pechos, uno y luego el otro. Esa fue una sensación tan asombrosa que ella agradeció haber encontrado el coraje para actuar sin sentido. Sus dedos se sentían maravillosamente cálidos sobre sus piernas,

acariciándolas, inspirándola a ella a tocarlo más. Ella pasó las manos por su piel, sintiendo sus músculos debajo y los tendones nervudos, el cabello crujiente, donde lo tenía, y los lugares lisos y suaves, donde no lo tenía.

Su respiración se volvió tan agitada como la de ella, haciendo que su corazón latiera con fuerza solo de escucharla. Movi6 su mano m6s arriba, acariciando sus rizos, acun6ndola donde nadie la hab6a tocado antes. Le mordisque6 el cuello y tom6 su boca con la suya nuevamente, metiendo su lengua dentro, mientras sus dedos la separaban lentamente por debajo y comenzaban a acariciarla. 6l atrap6 su jadeo en su boca y continu6 moviendo su mano, lenta y pacientemente, acarici6ndola, mientras la excitaci6n crec6a hasta que ella no pudo quedarse quieta ni pudo detener un peque6o sonido de frustraci6n que sali6 de su garganta.

Y luego desliz6 un dedo dentro de ella.

—¡Oh, Sean! —Ella respir6—. ¡Oh, s6!

—Dulce, muy dulce —murmur6 en su boca. Enterr6 su rostro en su cuello, moviendo su dedo dentro y fuera de ella, y susurrando contra su piel—. Tan caliente, tan h6meda, tan apretada...

6l hizo algo con el pulgar, toc6 un punto tan sensible que sus caderas se sacudieron del sof6, y cuando 6l se qued6 all6, dando vueltas y vueltas, ella sinti6 que podr6a caerse de una cornisa.

Y luego lo hizo. Ella cay6 y cay6, una y otra vez, jadeando y gritando su nombre. La sensaci6n la sacudi6, recorri6 todos sus nervios y se extendi6 por todas partes.

—Dulce, muy dulce —6l se atragant6.

Ella se sinti6 mareada, let6rgica y agotada, pero quer6a m6s.

Corinna lo deseaba.

—Quiero m6s —susurr6—. Te deseo.

Entonces, 6l levant6 la cabeza, la bes6 y volvi6 a ascender la cabeza.

—Abre los ojos, Corinna.

Ella lo hizo y 6l encontr6 su mirada, la suya propia estaba borrosa por el deseo. La bes6, una y otra vez, con peque6os besos lentos y profundos.

—Esto est6 mal —6l susurr6—. Pero, se siente muy bien.

—Es correcto. ¡Oh, Sean! Todav6a te quiero.

Su mirada sostuvo la de ella durante tanto tiempo, con tanta firmeza, que ella sinti6 que podr6a perderse para siempre. Luego, 6l asinti6 y comenz6 a levantarle el vestido, recog6ndolo alrededor de su cintura.

Esto ser6a todo, ella pens6 as6. Finalmente, 6l unir6a su cuerpo al de ella y la har6a suya. Su coraz6n se dispar6 con raz6n, su pulso lat6a con fuerza y cada pulgada de ella se esforzaba por sentirlo. Ella se estir6 para ayudarlo a desabotonarle los pantalones, pero 6l se movi6 hacia abajo. Mordisque6 su mand6bula, baj6 por su garganta y pas6 por sus pechos, mordisqueando y lamiendo su abdomen y su vientre, y m6s abajo, besando sus muslos con peque6os besos plumosos que la incitaron a abrirlos, desnud6ndola a su mirada.

Y entonces, 6l estaba all6 entre sus piernas, su aliento ba66ndola, caliente y pesado. La bes6 all6 y luego la toc6 ligeramente con la lengua.

¿Qu6 estaba haciendo? Ella nunca hab6a imaginado tal cosa. Pero el placer era a6n m6s inimaginable. Hab6a pensado que estaba acabada, agotada por la sensaci6n. Ella solo quer6a sentirlo dentro de su cuerpo. Pero de repente, cada fibra de su ser volvi6 a cobrar vida, impuls6ndola una vez m6s, desplazando cada pensamiento l6cido de su cabeza. Ella no pod6a pensar, solo pod6a sentir: el incre6ble calor de su boca, su lengua lami6ndola, resbaladiza e

increíblemente excitante y el aumento de la tensión. Mientras que su cuerpo se esforzaba hacia un pico de pasión que podía destrozarla, tal como ella lo temía.

Y así fue. Ella se partió en un millón de fragmentos de sensación con olas corriendo, brillando y haciéndola volar.

Sean la sintió temblar y estremecerse, la escuchó jadear y gritar su nombre, y pensó que era el momento más dulce que jamás había conocido. Acercó su boca a la de ella, saboreando su sabor, uno meloso que nunca volvería a probar.

Él la amaba y quería darle esto. Sabía que solo podría existir esta vez y quería darle lo que pudiera, antes que fuera demasiado tarde.

Se arrastró por su cuerpo y apoyó la cabeza contra sus suaves pechos, escuchando su corazón latir como el suyo. Él la deseaba, más de lo que jamás había creído posible. Ella susurró:

—Hazme tuya, Sean, todavía te quiero... —En un tono tan desesperado, tan lleno de anhelo que a él le dio ganas de llorar de desesperación. ¡Oh! Cómo quería tomarla, enterrarse dentro de ella y quedarse allí para siempre.

Pero no podía.

En algún lugar de la locura, en medio de darle lo que podía, había descubierto que todavía tenía una pizca de claridad.

Era como el jirón más tenue o la niebla más ligera, pero eso era suficiente.

Él no iba a aceptarla. Ni para siempre, ni por un momento, ni para nada. No podía hacer eso, él no podía arruinarla. La lujuria y la bebida lo habían acercado a eso, tal como pretendía, tan cerca que una oleada de vergüenza y arrepentimiento lo abrumaron, pero no lo llevarían más lejos.

—Hazme tuya —susurró Corinna desesperadamente, presionándose contra él.

Se sentía divina, pero él no podía aceptarla ahora. Ni siquiera si hubiera querido. La vergüenza y el arrepentimiento le habían robado el deseo.

—Lo siento —murmuró—. *Cuisle mo chroí*, lo siento mucho.

—Siento que he estado esperando una eternidad.

—Lo lamento. —Ella iba a estar esperando por siempre. Él nunca la iba a hacerla suya. Él no iba a poder hacer eso nunca, porque ellos no tenían un futuro juntos.

Pero no podía decírselo, no ahora, no hasta que terminara el cuadro.

Más vergüenza y arrepentimiento lo abrumaron, apretándole la garganta, haciéndole difícil respirar, mientras observaba cómo sus ojos se aclaraban lentamente y ella recobraba el sentido.

—¡Oh! —susurró—. ¡Oh, Sean! No puedo creer lo que pasó. Fue más maravilloso de lo que puedo describir. No era exactamente lo que quería, pero fue el paraíso.

—Lo fue, sí —dijo, en serio. Había estado en un estado físico terrible, pero sentirla temblar en sus brazos había sido el momento más dulce que jamás había conocido. Nunca volvería a sentir tanta dulzura, pero sentirla aunque fuera una vez era un regalo sin medida.

—La próxima vez...

—¡Silencio! —la interrumpió y la besó. Fue un beso breve, porque tenía la garganta tan apretada que temía no poder respirar. No habría una próxima vez, pero no podía decírselo hasta que terminara el cuadro.

Temía no poder volver a respirar nunca más.

Y tenía que ayudarla a arreglar el retrato. Todavía ella no había dibujado y necesitaba dibujar. No podía casarse con ella, nunca la tendría, pero aún podía hacer lo que había venido a hacer. Dentro de tres días, cuando él le contara los hechos y ella quedara devastada, al menos

tendría su arte. Habría arreglado su cuadro y cuando lo aceptaran para la Exposición de Verano, todavía tendría sus sueños, que la ayudarían a consolarse.

Con ese pensamiento en mente, se paró del sofá y la levantó también. Haciendo caso omiso de su cara de sorpresa, le subió el corpiño. Afortunadamente, el resto de su vestido encajó por sí solo.

—Ve a sentarte en la silla, Corinna.

—¿Qué?

—Es hora de dibujar... ahora. —Comenzó a desabotonarse el lado izquierdo de la caída de sus pantalones.

—Tienes que estar bromeando. No podría sentarme y dibujar ahora.

—Vinimos aquí para que puedas dibujar —dijo, desabrochándose el lado derecho—. ¡Siéntate!

Ella lo hizo, mirándolo quitarse los pantalones. Sus ojos se abrieron como platos.

“Menos mal que perdí el deseo”, él pensó, tomando un cuaderno de bocetos usado de la mesa.

—El boceto, Corinna. —Se sentó, sosteniendo el texto como lo había hecho el conde en su pintura, colocándose en una pose similar—. ¡Quiero que dibujes!

Su mirada vagó sobre él. Dio vueltas por todas partes. Una suave suavidad apareció en sus ojos.

Ella lo había devastado a él.

Sin embargo, él ya no podía darse el lujo de sentirse devastado.

—Empieza a dibujar.

—No puedo concentrarme después de lo que acaba de pasar. Tendremos que hacer esto de nuevo mañana.

—No vamos a hacer esto otra vez, Corinna. No me iré de aquí hasta que hayas esbozado suficiente anatomía para arreglar el retrato de Lincolnshire. Y no te volveré a tocar, te lo prometo. No te besaré ni te tocaré... así que dibuja.

Cuarenta y cuatro

NUNCA CORINNA había pintado tan rápido en su vida.

Mientras pasaba el pincel por el lienzo, recordó todas las horas que había pasado dibujando esa noche. Horas intensas. Pensaba que no sería capaz de enfocarse, pero se encontró concentrándose, fascinada, simplemente hundiéndose en la experiencia. Después de dibujar, durante una hora completa, y darse cuenta que eso no era suficiente, envió una nota a casa con una excusa artificial. Sean encendió las velas y ella siguió dibujando.

Aún atrapada en las exuberantes consecuencias del acto sexual de Sean, ella lo había capturado, todo lo de él, de la cabeza a los pies desnudos. Captó su esencia, estaba segura de ello. Sus profesores de pintura habían hablado de esto, pero estudiar a un hombre real y vivo había marcado la diferencia. Finalmente, después de meses y años de intentarlo, todo encajó en su lugar. Había regresado a casa con página tras página de bocetos que la ayudarían a arreglar el cuerpo de Lincolnshire debajo de su ropa.

No volvería a ver a Sean hasta que terminara el retrato. Él había dejado eso claro, muy claro, y que esperaba que ella pasara todo el fin de semana pintando. Sabiendo que necesitaba ese tiempo, no había discutido. Por mucho que extrañaría verlo, solo le quedaban dos días para pintar.

Tres horas antes, en la oscuridad, Sean la acompañó hasta la puerta de su casa, la había honrado con un único beso desgarrador, enviándola adentro para arreglar el retrato. En cambio, sin pensarlo conscientemente, había agarrado un lienzo en blanco. En la casa tranquila, mientras Griffin y su personal dormían arriba, ella estaba rodeada de lámparas.

Y comenzó otro retrato, más vívido que cualquiera que jamás hubiera imaginado.

Ahora, en medio de la noche, la imagen simplemente brotaba de ella. El cepillo era una extensión de su cuerpo y sus movimientos no parecían dirigidos. Hora tras hora, trazo a trazo, el retrato iba tomando forma, cobrando vida.

A diferencia de la gran mayoría de los retratos que había visto en su vida, este hombre no estaba posando, tampoco era artificial y no estaba destinado a transmitir la importancia de su tema. La ropa del caballero no fue elegida cuidadosamente para indicar su nivel de estatus o riqueza. No estaba meticulosamente arreglado ni sostenía objetos imbuidos de significado. Su mirada no planteaba ningún desafío. No decía: “Mírame. Soy superior y distinguido”.

Más bien, el hombre estaba reclinado a medio vestir, tumbado con casual abandono, en un sofá tapizado con tela suntuosa. No sostenía nada. Poseía un fuerte brazo relajado, a lo largo del borde trasero del mueble, y el otro sobre una rodilla doblada. Le había quitado la camisa, dejándola descuidadamente sobre el sofá, mostrando al descubierto un pecho espléndido y tonificado, que brillaba a la luz de las velas. Estaba descalzo y la parte inferior de su cuerpo estaba oculta únicamente por unos pantalones ajustados como un abrazo. Su mirada estaba enfocada fuera del lienzo, perdida en la contemplación. No decía nada directo, lo que permitía al espectador sacar sus propias conclusiones.

Era Sean, por supuesto. Una mejor versión de Sean en el estudio de la buhardilla. Era Sean en la mente de Corinna. Piel cálida y dorada con músculos firmes y ondulantes. Pelo de cuervo rizado en el cuello. Ojos de un profundo color esmeralda, que se acerca al negro, un toque sombreado de barba afeitada en las mejillas y la barbilla. Era todo lo que había tocado y experimentado de él, junto con sus emociones y lo que todavía anhelaba fervientemente...

Y expuesto para que todos lo vean.

Mientras creaba, por su mente pasaban fragmentos de líneas de novelas.

*“Una pasión que la virtud no puede sancionar ni la razón justificar...
la reconfortante certeza de ser amado por él...
la vida, sin él, perdería mucho más de la mitad de sus encantos...”*

Pintaba sin pensar, solo sintiendo. Tonos carne, luz de velas y sombras, lino blanco impecable, telas aterciopeladas. El sofá, rojo rubí y decadente. Al fondo, paredes ricamente revestidas y una alfombra exótica bajo los pies.

Su pincel siguió la cresta de un muslo fibroso, la pendiente de un hombro musculoso. El ángulo de la mandíbula, la curva de la mejilla, la línea de la rodilla flexionada y doblada. Ella se estaba derritiendo por dentro. Se sentía caliente, derretida y deliciosamente lánguida, fundiéndose directamente sobre el lienzo.

Ella lo deseaba y lo deseaba, una y otra vez. Quería más de él la próxima vez. Él le había mostrado el cielo dos veces (ella no podía creer las cosas que había hecho), pero quería mucho más.

Ella lo quería todo.

El deseo era una bola de calor que se acumulaba en su cintura, un dolor dulce y anhelante que crecía más abajo. Él iba a ser suyo. Las palabras quedaron tácitas entre ellos, pero ella se iba a casar con él. Ahora tenía un plan, una solución, algo que garantizara la cooperación de Griffin.

Y era con esta pintura.

Hacía una hora, cuando ya estaba pintándolo, de repente se dio cuenta que una prueba que Sean había posado, desnudo para ella, era todo lo que necesitaba para asegurarse que Griffin les permitiera casarse. De hecho, si Griffin viera este retrato, solicitaría que Sean y ella se casaran.

Había insistido en que Tristan se casara con Alexandra, después que los pillaron juntos en una cama, a pesar que ambos habían jurado que no había pasado nada esa noche. La mera visión de este retrato haría sospechar a Griffin que Sean y ella también habían compartido la cama.

Deseó que hubieran compartido la cama. Quería a Sean, y recordar cómo se había sentido casi tenerlo y cómo él la había hecho sentir con sus manos, su boca y su lengua, provocó que una emoción asombrosa la recorriera.

Con las rodillas amenazando con doblarse, dio un paso atrás y examinó su trabajo.

Era maravilloso. El retrato parecía impresionante a la luz de la lámpara. Aunque todavía estaba sin terminar, no tenía dudas que esta sería su pintura más inspirada. Sensual, escandalosa y absolutamente brillante.

Y de repente lo supo: quería presentarlo para la Exposición de Verano.

¡No!

Parpadeando, dio otro paso atrás.

Ella no podía.

Si el retrato fuera seleccionado, lo colgarían para que todos lo vieran. Sean se sentiría mortificado cuando la gente lo viera semidesnudo. Y su corazón también quedaría al descubierto en el lienzo: cualquiera que mirara la pintura podría sentir, inequívocamente, que la artista estaba enamorada de su modelo. Sería como anunciar al mundo que Sean y ella eran amantes.

Pero, ¡espera!

Tal vez, ella podría cambiar el color del pelo de Sean y el de sus ojos. Entonces, nadie lo reconocería. Podrían susurrar especulaciones sobre el amante de la artista, y ella se reiría de las

mismas, porque nadie encontraría un hombre que se pareciera a él, en ninguna parte.

Ese era un plan.

Y ella era una rebelde, ¿no?

Iba a olvidarse del retrato de Lincolnshire, sus paisajes y naturalezas muertas. Este sería el cuadro que presentaría para la Exposición de Verano.

El que ella quería que fuera conocido, aquel que definitivamente impulsaría su carrera artística.

Cuarenta y cinco

SEAN ESTABA de un humor bestial cuando se reunió con Deirdre para desayunar a la mañana siguiente. Una taza de café estaba esperando en la mesa, fuerte y negro, como a él le gustaba, y ella se la empujó, después que él se estrellara contra su silla.

—Pareces enfadado. —Ella lo observó, sorbiendo su propio té.

El malestar no alcanzaba a describir la profundidad de su odio hacia sí mismo. Ni siquiera arañó la superficie. Al permitir que la bebida y la lujuria lo vencieran la noche anterior, casi había arruinado a la mujer que amaba. Y ocultarle la verdad a Corinna lo estaba desgarrando por dentro, como grava gruesa, dando vueltas en sus entrañas.

Se había estado engañando a sí mismo todo el tiempo. Nunca había existido la posibilidad que terminara con Corinna. Y Deirdre tampoco iba a conseguir el divorcio. Hamilton iba a ponerse furioso, cuando supiera que Sean había aparecido en público, haciéndose pasar por el heredero del conde, y en el momento en que Sean aceptó eso, selló el destino de su hermana. Lo único que quedaba era ver Lincolnshire durante sus últimos días, nada más iba a funcionar.

Sin embargo, no iba a decirle nada de eso a Deirdre.

—Lincolnshire está cayendo cuesta abajo —dijo, tomando un sorbo de la bebida caliente y tonificante—. Está demasiado débil para bajar y estar con nosotros.

—Alguien desea verlo, señor Hamilton. —Un lacayo apareció en la puerta—. Su asistente, el señor Sykes.

—¿El señor Sykes? Envíalo adentro. De inmediato. Por favor —añadió como una ocurrencia tardía.

—Por supuesto —replicó y se fue.

—Justo lo que necesito —murmuró Sean.

Deirdre frunció el ceño.

—¿Qué podría querer él?

—No tengo ni idea. Pero, hoy es sábado. Sykes no trabaja los sábados. Lo que significa que sea lo que sea no puede ser bueno.

—No puedes saber eso. Puede que no sea malo.

—Tal vez no lo sea.

Y posiblemente, el sol no saldría mañana. Quizás no llovería durante todo el verano. Tal vez los pobres de Londres dejarían de ahogar sus penas en ginebra.

—Cierra la puerta —le ordenó, cuando Sykes entró, luego esperó hasta que el hombre lo hiciera—. No recuerdo haberte convocado hoy para que hicieras de mi asistente artístico.

—Pido disculpas por la interrupción.

—Estoy seguro que tienes una buena razón. ¡Siéntate!

Después de sacar una silla, Sykes no perdió el tiempo y fue al grano.

—Todo lo que usted ha establecido está siendo investigado. Se están haciendo averiguaciones. —Se puso las gafas redondas—. No solo en sus oficinas principales sino también en sus fábricas, sus astilleros, sus...

—Ya me estoy haciendo una idea —interrumpió Sean.

Fue un momento horrendo, pero no lo sorprendió del todo.

Eran esas personas las que lo sabían, probablemente alguien con quien había tratado. Quizás alguien cuyo esfuerzo fallido había adquirido por unos peniques por cada libra, y lo había

convertido en una empresa de gran producción. O alguien cuya propiedad había comprado, mejorado y hecho rentable. O alguien cuyos empleados había contratado y pagado mejor, o...

Las posibilidades eran infinitas.

Le gustaba pensar que era un tipo agradable, aunque quizá un poco impulsivo. Nunca había obligado a nadie a hacer nada. Creía que todo hombre tenía derecho a su propia propiedad y a tomar sus propias decisiones al respecto, siempre y cuando respetara los derechos de los demás en el proceso.

Todos sus tratos comerciales fueron honestos y directos, dentro de la ley y, lo más importante, dentro de su propio código moral. Asumió la responsabilidad de sí mismo, no se sentía con derechos, no pidió nada a nadie. Todo lo que quería era la oportunidad de perseguir sus objetivos y la posibilidad de realizar su potencial. Había pocos lemas que él juraba, y todos reflejaban un tema similar: consentimiento mutuo, vivir y dejar vivir, o la regla de oro.

Pero esta no era la primera vez que alguien intentaba arruinarlo y sabía que no sería la última.

—Lo miraré. —Terminando el resto de su café, se apartó de la mesa.

—Si Lincolnshire me necesita —le dijo a Deirdre—. Manda a buscarme. Sabes dónde estaré.

Ya había salido por la puerta, de camino a las oficinas principales de Delaney & Company, cuando la taza dejó de tintinear en su platillo.

Cuarenta y seis

Berkeley Square, sábado 17 de mayo.

Mi querida prima,

Tengo una idea que deseo discutir contigo. Como esta noche llevaré a Corinna al baile de Teddington, espero que tú también asistas.

Afectuosamente,

Cainewood.

* * *

AL LLEGAR al baile de Teddington, el sábado por la noche, Rachael saludó a Lady A. y miró a su alrededor para localizar a Griffin. Lo encontró en el comedor, hablando con Juliana.

O mejor dicho, quejándose con Juliana.

—No puedo creer que ella se haya negado a venir esta noche. ¿Cómo diablos se supone que voy a encontrarle un marido?

—Las presentaciones de Corinna vencen el lunes, Griffin. Esto es importante para ella.

—Bueno, ella dijo que tampoco quiere ir al desayuno de Lady Hartley, mañana, pero no quiero ni oír hablar de eso. Es el evento de la temporada y ya he reunido a tres hombres para que ella los conozca.

Parecía que Juliana iba a discutir eso, pero luego notó a Rachael parada allí.

—Buenas noches, Rachael.

Griffin volteó y miró a Rachael también. O más bien, la pasó rozando desde los dedos de los pies hacia arriba. Su mirada se detuvo en su corpiño de seda azul cielo, antes de llegar a su rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me enviaste una nota —dijo, confundida—. Me pediste que viniera.

“¿Qué clase de tonto me pediría que viniera y luego me preguntaría por qué estoy aquí?”

—Bueno, no te pedí que usaras un vestido así.

—Es un vestido de fiesta. Esto es un baile. —“¿Qué más se suponía que debía usar?” Ella pensó—. Tu nota parecía importante.

Rachael miró a su alrededor y vio demasiada gente.

—¿Es algo de lo que deberíamos hablar en privado?

—Vayamos a la biblioteca de Lord Teddington.

—Está bien. —También habían ido a la biblioteca durante el baile de los Teddington el año pasado, de hecho, y fue allí donde le pidió por primera vez a Griffin si podía ayudarla a encontrar a su padre, así que sabía exactamente hacia dónde dirigirse: por un largo pasillo, pasando varias otras puertas. Entró, se acercó a un sofá de cuero y se sentó, irritada por haber respondido a su nota—. ¿Qué quieres discutir conmigo?

Dejando la puerta abierta, Griffin se reunió con ella en el sofá y se sentó de lado para mirarla.

—Pensé en algo —dijo en voz baja—. Tal vez tu abuelo no es la última oportunidad para saber qué fue de tu padre. Si podemos encontrar a la familia de tu madre, tal vez sepan la verdad.

La irritación se disipó rápidamente y se convirtió en incredulidad. Ella lo miró fijamente.

—No podemos encontrar a su familia.

—Ya tenemos un nombre... John Cartwright... Si podemos creer las divagaciones del anciano, él salvó la vida de John Cartwright, y Cartwright le prometió a su hija a cambio. Sé que tu madre se hacía llamar Georgiana Woodby, pero debía ser Georgiana Cartwright.

Habiendo visto a su abuelo, Rachael ya no podía dudar que el razonamiento de Griffin tenía sentido.

—Pero, incluso si fuera Georgiana Cartwright, no le quedaba familia. No hay familia que encontrar.

—Quizás ese no sea el caso. Si hubiera dado un nombre falso, podría haber dicho otras falsedades. Después de todo, podría haber tenido familia viva.

—Tal vez. —Aunque las implicaciones la hicieron tambalearse, ella estaba dispuesta a admitir la posibilidad—. ¿Pero cómo encontrarlos con solo un nombre y, además, tan común?

El hombre que la había criado también se llamaba John, al igual que muchos otros hombres que conocía. John Hamilton, por ejemplo.

—Debe haber cien John Cartwright. Quizás más.

—Pero, ¿cuántos de ellos tienen título? En el momento de su matrimonio, tu madre era Lady Georgiana, lo que significa que su padre era al menos un conde. Podemos buscarlo en *Debrett's Peerage*. Incluso si murió joven, la sucesión figurará en el pedigrí. Si tienes parientes vivos, puedo encontrarlos...

Por supuesto, él podría hacerlo.

—Soy una maldita idiota. —Rara vez se consideraba una tonta, pero esto era muy sencillo—. ¿Por qué no pensé en eso?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que tu mente estaba en otras cosas. Tu vida ha sido bastante traumática últimamente. Además —añadió con naturalidad—, estoy aquí para pensar por ti.

Prefería pensar por sí misma, pero tenía que admitir (aunque solo fuera para sí misma) que era reconfortante contar con el apoyo de Griffin. Y también era sorprendente. Nunca en un millón de años había pensado que se apoyaría en Griffin.

Un hombre lo suficientemente tonto como para invitarla a un baile y luego preguntarle por qué había venido con un vestido de gala.

—Voy a ir a casa ahora mismo y consultar *Debrett* —dijo—. ¿Quieres venir conmigo?

—No hay necesidad de ir a ningún lado —expresó, levantándose del sofá—. ¿Por qué crees que sugerí que discutiéramos esto en la biblioteca de Lord Teddington?

Ella era una maldita idiota. Todos tenían una copia del libro *Debrett*. Griffin no tardó mucho en encontrarlo en la casa de los Teddington. Lo sacó de un estante y regresó con el mismo en las manos. Era un volumen pequeño, pero muy grueso, encuadernado en cuero de color verde oscuro.

—Aquí —dijo, entregándoselo, mientras recuperaba su asiento a su lado—. Búscalo.

Con dedos temblorosos, ella abrió la tapa y miró el índice. Todo lo que tenían que seguir era un apellido.

—Ahí está —señaló Griffin—. “*Apellidos y títulos superiores de los pares del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda*”. Esa es la sección que deseamos.

—Lo sé —dijo secamente—. He mirado en *Debrett* antes.

Pasó a esa sección y pasó a la segunda página, donde estaban enumeradas las “C”. “*Cartwright... Avonleigh*”.

Había una pequeña “e”, junto a la lista, lo que indicaba que Cartwright era un conde inglés (earl).

—El padre de tu madre era el conde de Avonleigh —dijo Griffin.

—Tal vez. —No lo creería hasta que viera el nombre de su madre en el pedigrí del conde de Avonleigh. Simplemente, él no podía obligarla a creerlo.

Aunque todos los condes estaban enumerados en una sección, no estaban en ningún orden particular que ella hubiera podido discernir, por lo que volvió al frente, donde estaban indexados todos los títulos.

—Avonleigh —expresó Griffin—. Ahí está. Página dos, treinta y tres.

—Puedo leer, Griffin. —Él había hecho toda la investigación hasta ahora, pero ella podría hacer esto. Pasó a la página 233—. “*Robert Cartwright, conde de Avonleigh...*”

Pasó la mirada por las fechas de nacimiento y matrimonio del conde actual.

—“... sucedió a su tío, John, el difunto conde, nacido en 1739, casado en 1765 con Aurelia Egerton, hija de William, conde de Wilton, de quien tiene descendencia Alice, nacida en 1767, casada en 1785 con George Egerton, el hijo menor de John, conde de Wilton, fallecido en 1799; Harold, nacido en 1770, muerto en 1791; Georgiana...”

Ella se rompió por dentro.

—Ahí está —indicó Griffin en voz baja.

—Sí. —Allí estaba, en blanco y negro, el nombre de su madre.

—¿Qué dice sobre ella? —insistió.

Tragó saliva y volvió a concentrarse en la letra pequeña.

—“*Georgiana, nacida en 1774, casada en 1792 con Thomas Grimbald, fallecido en 1793*”.

—El año en que naciste —dijo.

—Sí. ¡Ella no murió! Se casó con mi padre, Lord Greystone, y me tuvo a mí. —Algo parecía estar tirando de su mente. Era algo significativo. Confundida de nuevo, miró a Griffin.

Su mirada verde estaba desenfocada, como si estuviera sumida en sus pensamientos.

—Todo el mundo creía que ella había muerto, obviamente. Estaba oficialmente muerta. Luego se casó con Greystone y se escondió en el campo... Ella fingió que tenía asma y no podía ir a Londres porque el aire aquí era malo para ella. A ella nunca le gustó socializar.

—¿Estás segura? —preguntó Griffin—. Creo que nunca vino a Londres porque alguien aquí podría haberla reconocido. Alguien aquí se habría dado cuenta que en realidad no estaba muerta.

—Tal vez —dijo—. Eso tiene sentido. Quizás su familia estaba aquí en Londres. John Cartwright, el conde de Avonleigh, mi abuelo. Y su esposa...

Volvió a mirar el pedigrí para encontrar el nombre.

—“*Aurelia...*”

Cuando se calló, Griffin le puso una mano suave en el brazo.

—¿Qué?

—Aurelia, Lady Avonleigh... ¡No lo creo!

Esto era lo que había estado dando vueltas en su mente.

—¡La conocemos, Griffin! Es la tía política de Juliana, una de las hermanas ABC. Fue anfitriona de la recepción de arte de Corinna. Huele a gardenias, como mi madre. ¡Lady Avonleigh es mi abuela!

Cuarenta y siete

A LAS DIEZ EN PUNTO, Sean regresó a Lincolnshire House, exhausto. Deirdre lo recibió en la puerta y lo llevó rápidamente a lo que él consideraba el salón de Hamilton.

—¿Qué descubriste? —preguntó, cerrando la puerta.

Cerró los ojos porque no quería ver todas las malditas pinturas de Hamilton.

—Nada.

—¿Nada?

—Hablé con docenas de personas en Londres y no descubrí nada concreto —lo dijo, abriendo los ojos—. Quienes hacen consultas lo hacen con mucha discreción. Preguntan quién es el dueño de cada lugar y qué clase de hombre soy, pero nada más. Nada que me ayude a descubrir qué están buscando realmente. O eso me dijo mi gente.

—No tienen ninguna razón para mentirte, ¿cierto?

—No lo creo, pero incluso la gente buena consigue justificar todo tipo de fechorías. —Esa era otra lección que había aprendido a lo largo de los años—. Podrían haber sido sobornados, o... ¡Oh! No lo sé. Ya nada me sorprende.

Se acercó a un sillón y se dejó caer en el mismo.

—¿Qué sucede ahora?

—He solicitado información de los problemas, hasta más allá de la ciudad, pero no recibiré nada hasta mañana, como muy pronto. Lo más probable es que sea el lunes y más adelante en la semana. Iría a entrevistarlos yo mismo, pero no puedo salir de Lincolnshire.

—No puedes, no. —Ella se puso detrás de él y le frotó los hombros—. Lo siento, Sean.

El masaje no ayudó, pero no quería decírselo. Era una noche fría y alguien había encendido la chimenea. Él se quedó mirando las llamas danzantes durante un rato, preguntándose cómo le iba a Corinna con el cuadro. Deseando poder estar con ella, sabiendo que tenía que explicarle su imposible situación.

Deseando no tener que explicar nada, que no hubiera situaciones imposibles de explicar.

—No mandaste a llamarme —dijo finalmente—. ¿Cómo está Lincolnshire? Supongo que debería subir y hablar con él.

—Está con el señor Lawless. Su abogado.

—¿De nuevo? ¿Tan tarde en la noche?

—El hombre ha estado aquí durante horas. No puedo imaginar qué están haciendo los dos allí.

—Poner en orden los asuntos de Lincolnshire. Deseando poder poner sus asuntos en orden... —Sean suspiró y se levantó—. Gracias. Eso se sintió bien.

Dio la vuelta y le dio un beso en la frente a su hermana.

—Estaré pendiente después de irme a la cama.

—Buenas noches, Sean. Espero que mañana sea un día mejor.

—Yo también lo espero —dijo.

Pero él sabía que la esperanza nunca lograba nada. Más bien, él era un “hacedor”, no un “esperanzador” ... Sin embargo, parecía que no podía hacer nada en estos días para arreglar las cosas.

Cuarenta y ocho

—**LA VI** aquí antes —confirmó Rachael, deambulando por el salón de baile de Teddington por segunda vez.

Griffin caminó con ella, manteniendo los ojos apartados de su maldito vestido ceñido. O al menos lo intentaba.

—Creo que también la vi aquí. —Él no estaba exactamente seguro qué mujer era la condesa viuda de Avonleigh. Se dio cuenta de que ella era una de las hermanas ABC, pero Lady C., la suegra de Juliana, era la única de ellas que conocía bien. Siempre había pensado que Lady A. y Lady B. estaban juntas. Uno era regordeta y la otra flaca, pero no estaba seguro de cuál era cuál.

—¿Tiene algo de carne en los huesos o es un palo?

—De verdad, Griffin. Es una mujer perfectamente encantadora, amable y de aspecto saludable.

Entonces era la gorda. La otra parecía no haber comido en una semana, lo cual no podía ser saludable.

—Revisemos la sala de refrigerios, nuevamente. Y luego podrás volver a comprobar el lavabo de señoras.

—Y también deberíamos revisar el jardín, nuevamente. —Rachael volteó hacia la sala de refrigerios y luego dio media vuelta—. Ahí está Lady C., apuesto a que sabrá a dónde fue su hermana... ¡Lady Cavanaugh!

Ella la saludó con la mano y Lady C. comenzó a caminar hacia ellos.

La encontraron a mitad de camino.

—Estás preciosa esta noche, querida —enfaticó Lady C.—. Es un vestido de gala impresionante y combina con tus ojos, que brillan como diamantes.

—Gracias —dijo Rachael, con los ojos resplandeciendo aún más—. Estoy buscando a tu hermana, Lady Avonleigh. ¿Sabes a dónde podría haberse ido?

—Me temo que se fue a casa, querida.

—¡Oh, no! ¿Se siente mal?

—No, no es nada. Pero, mis hermanas son mayores y ya no se quedan fuera tan tarde, como antes, especialmente desde que comenzaron a ayudar a mi hijo a administrar el Instituto New Hope. Supongo que ya estará profundamente dormida. —Lady C. puso una mano en el brazo de Rachael—. ¿Qué querías con ella? ¿Es algo en lo que puedo ayudarte?

—No. Yo... bien, solo necesito hablar con ella. ¿Crees que le importaría que la visite mañana?

—Estoy segura que a ella no le importaría en absoluto —respondió Lady C., pareciendo curiosa, pero obviamente demasiado educada para presionarla. Soltó el bolso de su muñeca, lo abrió y sacó un trozo de papel y un lápiz—. Vive justo al lado de Oxford Street. Te escribiré su dirección.

—Sé dónde vive. Estuve en su casa para la recepción de arte de mi prima Corinna.

—¿Cómo pude haberlo olvidado? —Con una risa encantadora, Lady C. volvió a guardar los artículos en su pequeño y elegante bolso—. Estoy segura que estará feliz de verte de nuevo.

—Muchas gracias —dijo Rachael, y esperó pacientemente, mientras Lady C. se marchaba. O al menos parecía que era paciente.

Tan pronto como la mujer mayor estuvo fuera del alcance del oído, volteó hacia Griffin.

—Lady Cavanaugh es mi tía, ¿puedes creerlo? Ella es una dama tan agradable. La espera me va a matar. ¿Podemos visitar a Lady Avonleigh, mañana a primera hora? Vendrás conmigo, ¿no?

—Necesito llevar a Corinna al desayuno de Lady Hartley.

—Eso no empieza hasta la una y media. Los mejores no llegarán hasta las tres. No está de moda llegar a tiempo a las fiestas.

Él nunca entendería por qué una fiesta en el jardín que empezaba después de la una se llamaba desayuno. Desayunaba todas las mañanas a las ocho. “¿Y por qué diablos está de moda llegar tarde?” Pero tal vez Corinna cooperaría más, si él le permitiera pintar hasta las tres.

—Muy bien entonces. Iremos a ver a Lady Avonleigh justo después de ir a la iglesia.

—¿Qué tal antes de la iglesia?

—No puedes despertar a una anciana para darle esta noticia, Rachael. O interrumpir su baño. Y entonces, sin duda, estará en la iglesia y querrá almorzar. —Después de todo, a Lady A. era a quien le gustaba comer, y Lady Hartley no serviría el “desayuno” hasta que llegara la gente elegante—. Te recogeré a la una.

—Entonces, no llegaremos a casa de Lady A. hasta la una y media. ¿Y si yo voy a la casa de Lady Hartley?

—Me acabas de decir que la gente no llegará hasta las tres. Entonces, las doce y media. Eso debería ser seguro.

—No puedo esperar tanto.

—Ya has esperado veinticuatro años, ¿recuerdas? Espero que sobrevivas.

—Está bien —murmuró Rachael, sonando más que descontenta. Pero sus ojos todavía brillaban. Tenía mejor aspecto que en meses, como si estuviera floreciendo y se hubiera quitado un peso de encima. No es que se hubiera visto mal antes...

Ella se lamió los labios.

¡Cielos! Realmente, ahora él podría estar en problemas.

Cuarenta y nueve

—¿**CÓMO TE** está yendo? —preguntó Griffin.

Sorprendida, Corinna saltó y rápidamente salió de detrás de su caballete, luchando por salir de la niebla en la que había trabajado todo el día.

—Está bien —dijo, aunque la pintura estaba quedando sensacionalmente.

A pesar que el cuadro se encontraba a espaldas de él, ella levantó su paleta como un escudo. No podía arriesgarse a que Griffin lo viera, antes de cambiar el cabello y los ojos de Sean. No quería que él supiera que Sean era su modelo, a menos que tuviera que saberlo. O si ella decidía que no tenía más remedio que decírselo. Con un poco de suerte, Griffin decidiría que ella podría casarse con Sean sin siquiera enterarse que él había posado desnudo.

—No quiero que lo veas hasta que esté terminado.

En cualquier caso, él solo se encogió de hombros. A él nunca le había importado demasiado su arte.

—Me alegra saber que todo va bien. Quiero que mañana asistas al desayuno de Lady Hartley.

—No voy a ir, Griffin. Ya te dije eso. ¿Cómo estuvo el baile de Teddington?

—Salió bien. Conseguí a cuatro hombres allí para que los conozcas mañana. Deberías irte a la cama ahora, así estarás fresca.

Miró hacia el reloj que había sobre la repisa del salón.

—Es solo la una de la madrugada y ya sabes, rara vez dejo de pintar antes de las tres. Y no necesito estar fresca mañana porque no voy a desayunar.

—¿Qué tal si nos comprometemos y pintas hasta las tres de la tarde mañana? Eso suena justo, ¿no? Es el evento de la temporada.

—La Exposición de Verano es el evento de mi vida. —Como era todo un hermano, ella decidió cambiar de tema—. ¿Ya le has pedido consejo al señor Delaney con respecto a la administración de propiedades?

—He estado demasiado ocupado. ¿Y por qué te importa eso? —Sus ojos se entrecerraron especulativamente—. Juliana también me preguntó sobre eso. No estás interesada en el señor Delaney, ¿cierto?

Se preguntó si él consideraría eso algo bueno o malo.

—¿Interesada de qué manera?

—Como pretendiente. Un marido potencial.

Ella todavía no podía decir lo que estaba pensando.

“Es mejor que esté segura”, decidió, “él debe conocer mejor a Sean, antes de admitir algo”.

—Por supuesto que no... Acabo de recordar que habías dicho que querías hablar con él y me preguntaba si ya lo habías hecho, ¡eso es todo! —Esperaba que cuando él hablara con Sean, quedara impresionado, lo que le evitaría tener que decirle quién había posado para su retrato—. Ahora déjame en paz, Griffin. ¡Necesito pintar! Y no iré al desayuno de Lady Hartley.

—Enviaré nuestras disculpas —dijo con voz áspera, y luego, mientras se alejaba, Corinna lo escuchó murmurar—. ¿Por qué las mujeres siempre parecen sacar lo mejor de mí?

Sin niebla por primera vez en todo el día, volvió a su caballete para evaluar su cuadro. Realmente, estaba quedando de una manera espectacular, lo pensó así, sonriendo. Simplemente,

era sensacional.

Pero, ¡cielos!

Esta era una pintura extremadamente sensual.

Tal vez nadie aparte del comité debería verla, antes que fuera colgada en la Exposición de Verano. Era el mejor trabajo de su carrera, no obstante, alguien podría expresar su sorpresa y disuadirla de no enviarlo. Especialmente Griffin, aunque no podría decir que era Sean, era posible que él no estuviera del todo emocionado que su hermana hubiera pintado semejante retrato. Sin embargo, después de todo lo dicho y hecho, luego que ella se hubiera sentido honrada por su selección, sería una historia diferente. Seguramente, entonces, él estaría orgulloso de la pintura. Pero, antes de eso...

¡Gracias al Cielo! Lady A. se había ofrecido a acompañarla para entregarlo. Tendría que taparlo para que esa querida mujer no pudiera examinarlo en el carruaje. Luego, de alguna manera, superaría el proceso de envío sin que ella lo viera.

No podía imaginar cómo lo lograría, pero ya se preocuparía por eso más tarde, después de terminar el cuadro, cambiando el cabello y los ojos de Sean.

Hasta entonces, ella lo quería tal como lucía ahora, pensó, levantando el pincel hacia el lienzo y dejando que la niebla volviera a caer.

Cincuenta

—¿**NO** dormiste bien? —preguntó Deirdre solícitamente, cuando Sean volvió a entrar en la sala del desayuno, el domingo por la mañana.

—No dormí nada.

Había pasado toda la noche, alternando entre preocuparse por su empresa y discutir consigo mismo sobre si devastar a Corinna ahora, o permitirle pintar en paz.

No había nada que pudiera hacer con respecto a lo primero que no estuviera haciendo ya. Él lo sabía. En cuanto a lo último, también sabía qué era lo mejor para Corinna. Pero no le pareció lo mejor.

La grava le había destrozado las entrañas.

Todavía deliberando e ignorando a Deirdre, bebió un trago de café y un poco más, luego, subió las escaleras, pisando fuerte para seguir con su rol de sobrino de Lincolnshire.

Se detuvo en la puerta del conde y escuchó los ronquidos entrecortados del hombre, durante un largo minuto, calmándose un poco.

—¿Cómo está? —le preguntó finalmente en voz baja a la señora Skeffington.

Con tristeza grabada en su rostro amable y sencillo, la enfermera negó con la cabeza.

Los ronquidos entrecortados cesaron, haciéndolos girar a ambos.

—¿Cainewood? —Lincolnshire gruñó.

—Estoy aquí, tío. —Sean se acercó y tocó la mano del hombre, haciendo una mueca, cuando sus dedos dejaron hendiduras en la carne hinchada—. Soy Sean.

Lincolnshire entrecerró los ojos, pero solo por un momento.

—¿Cainewood?

—Él no está aquí, tío. Pero, yo soy.

—Despiértame... cuando... Cainewood... llegue —jadeó de nuevo y se quedó dormido.

Sean miró a la señora Skeffington.

—Pensó que yo era Cainewood. ¿Está delirando entonces?

—No delira, pero, sí está muy cansado. Anoche estuvo despierto hasta bastante tarde, encerrado con su abogado. Y me temo... —suspiró y volvió a negar con la cabeza—. No puedo decirlo...

Sean también temía que el fin del conde estuviera cerca.

—Yo tampoco puedo decirlo —murmuró, preguntándose por qué eso debería ser tan deprimente. La vida sería mucho más fácil cuando esto terminara. Quizás no más feliz, pero sí más fácil—. ¿Por qué querría ver a Cainewood?

Ella se encogió de hombros.

—Lord Lincolnshire preguntó por el marqués anoche. Le ordenó al señor Lawless que lo llamara a primera hora de la mañana. Supongo que quiere decirle “adiós”. Al fin y al cabo, son vecinos desde hace treinta años, desde que nació el marqués. —Forzó una sonrisa y acarició la mano de Sean con la suya, propia y fuerte.

—Cuidaré a su tío, señor Hamilton. Vaya a pintar. No hay nada que usted pueda hacer por él, ahora.

—No puedo... bueno, tal vez lo haga. —El conde no parecía quererlo ni necesitarlo en ese momento. No pintaría, por supuesto, pero tal vez se fuera por un tiempo, iría a hablar con Corinna o regresaría a sus oficinas. Podría ver si ya había llegado alguna noticia desde fuera de

Londres—. Por favor, pídale a mi esposa que envíe a buscarme, si mi tío me necesita. Ella sabrá dónde encontrarme.

Bajó las escaleras y pidió a un lacayo que se encargara de traer su carruaje. Mientras se dirigía hacia la puerta, sonó la aldaba y Quincy la abrió para anunciar al hermano de Corinna.

Cainewood estaba rígido, con los brazos cruzados detrás de él. Parecía impaciente, o tal vez furioso. Sean no lo conocía lo suficiente como para estar seguro de eso, pero estaba agotado y sabía que se había tomado demasiadas libertades con la hermana de ese hombre.

Por un momento delirante, imaginó que Cainewood escondía una pistola detrás de su espalda.

—No volverá a suceder —prometió rápidamente y estúpidamente.

Una vez había sido más que suficiente.

Cainewood frunció el ceño y levantó ambas manos. Estaban vacías.

—¿Le ruego me disculpe?

Sean dejó escapar un suspiro, al recordar a Lincolnshire.

—El conde ha estado preguntando por ti.

—Sí, su abogado me citó. ¡No sé por qué! Pero, tengo otra cita esta mañana, así que espero que no tarde mucho.

—Creo que solo quiere decir adiós —le aseguró Sean, pasando a su lado.

En la calle, mientras esperaba su carruaje, su mirada se desvió hacia la casa con la puerta azul, en el lado oeste de la plaza. Como arrastrado por cuerdas invisibles, caminó hacia allí y se detuvo en la acera, frente al gran ventanal que daba al salón.

Corinna no estaba en el salón, por supuesto. No eran ni las diez y ella dormía hasta el mediodía, a menos que alguien le ofreciera un beso por madrugar. Sin embargo, su caballete era visible, así que se acercó para ver cómo iba el retrato de Lincolnshire. Pero estaba de lado y la pintura se encontraba cubierta por una sábana blanca y nítida.

Y no estaba terminada. Él lo sabía. Ella usaría cada minuto que le quedaba, antes de lo previsto. No estaría terminada, antes de mañana, lo que significaba que no podría devastarla hasta entonces. No podía despertarla. Eso no sería justo.

Necesitaba ver esto de la manera correcta, se sermonó a sí mismo, regresando a donde lo esperaba su carruaje. Lo supo desde el principio. No había servido de nada perder el sueño por una decisión tan obvia.

* * *

La casa de Lady Avonleigh estaba cerca de todas las tiendas de Oxford Street. Mientras Griffin golpeaba la aldaba, Rachael no pudo evitar esperar que Lady A. la invitara a visitarla con frecuencia. Podrían ir de compras y conocerse. Sería muy divertido. Nunca había tenido abuelos vivos con quienes pasar tiempo, al menos ninguno que ella supiera.

El mayordomo, que abrió la puerta, parecía tan mayor como Lady A. y Lady B. juntas.

—¿Sí? —él graznó.

—He venido a visitar a Lady Avonleigh —dijo Rachael.

Él se aclaró la garganta.

—Ella no está aquí. Se ha ido a desayunar con Lady Hartley.

—Pero ni siquiera es la una.

Él se encogió de hombros.

—A ella no le gusta llegar tarde a nada, milady.

Con el corazón a punto de hundirse, giró hacia Griffin.

—Te dije que deberíamos haber venido a primera hora de la mañana.

Cuando él también se encogió de hombros, ella no pudo evitar notar que sus hombros eran mucho más anchos que los del mayordomo.

—No me importa esperar —dijo.

—¡El desayuno de Lady Hartley probablemente durará hasta medianoche! Es el evento de la temporada.

—Entonces nos cambiaremos de ropa e iremos a desayunar.

—Ya envié mis disculpas... Si ella está en un jardín, debajo de una tienda de campaña, no habrá lugar para hablar en privado.

—Podríamos caminar con Lady Avonleigh por el jardín.

—Cualquier cantidad de personas podrían estar caminando también y escucharnos.

—Entonces, podríamos llevarla a la casa de Lady Hartley.

—No puedes entrar a la casa de alguien durante una fiesta en el jardín, No es de buena educación ir a donde no estás invitada.

—Juliana entró en la casa de Lady Hartley durante el desayuno del año pasado —ella indicó.

—¡Y mira lo que pasó! ¡Fue el escándalo de la temporada! —Cuando se trataba de sutilezas sociales, los hombres no sabían nada.

—Volveremos mañana. Por la mañana —ella suspiró.

Cincuenta y uno

CUANDO EL RELOJ sobre la repisa de la chimenea dio las diez de la noche del domingo, Corinna mojó su pincel más pequeño en pintura color café y cubrió cuidadosamente los iris de color verde de su lienzo. Durante el siguiente cuarto de hora, añadió pupilas negras, curvatura, profundidad y reflejos, además de destellos donde se reflejaba la llama de una vela.

Exhalando un suspiro, dio un paso atrás.

Los ojos de Sean ahora eran marrones y el retrato ya estaba listo.

Ella ya había cambiado su cabello oscuro por uno rubio con mechas, lo había alisado y colocado un poco más largo, haciéndolo brillar positivamente a la luz de las velas. El resto de la imagen permaneció igual: la pose sorprendentemente sensual, el rostro esculpido ligeramente sin afeitar, y el torso tonificado y con crestas, junto con la mirada contemplativa y desgarradora. Aunque estaba segura que ahora nadie reconocería a Sean.

El cuadro iba a causar sensación.

Rubio o de pelo negro, de ojos marrones o verdes, su imagen parecía convincente. Era cautivador, fascinante y seductor. Como el mismo hombre.

Nunca antes había terminado un cuadro tan grande en solo dos días y apenas podía creer que lo había finalizado. Las horas habían transcurrido con gran frenesí desde el viernes por la noche. Aunque ya estaba hecho, ¡hecho! Y no tenía sentido seguir jugueteando con ello. Sería tan probable que lo arruinara como que lo mejorara.

Sin embargo, no podía mostrárselo a Sean (aún no estaba lista para que nadie, incluido él, supiera que él era la inspiración para su retrato), por supuesto, no podía esperar para decirle que estaba completo. Le sorprendería mucho saber que ella había terminado medio día antes. Llena de felicidad, emoción y energía, levantó el lienzo de su caballete y subió las escaleras, sosteniéndolo con el brazo extendido, desde donde podía sonreír, mientras caminaba.

Estaba arrastrándolo por el pasillo hacia su dormitorio, cuando se abrió la puerta del estudio de Griffin. Volteó para mirarlo y lo vio levantar las manos para agarrarse a la jamba, a ambos lados de la cabeza. Era una pose tan casual, mientras que ella sentía que el corazón le latía con fuerza en la garganta.

—¿Qué estás haciendo, Corinna?

—Llevando esto a mi habitación. ¡Terminé!

—¿Lo hiciste? —Parecía complacido. Probablemente porque ahora podría volver a empujarla con los hombres—. ¡Veámoslo!

Avanzó hacia el pasillo.

—¡No! —Al reaccionar, ella acercó el lienzo a su cuerpo, casi manchando su delantal con pintura. Ella lo habría matado, si eso hubiera sucedido, simplemente lo habría matado—. Aún no... Aún no está barnizado.

Los artistas rara vez barnizaban sus cuadros, antes de presentarlos a la Exposición de Verano. Existía una tradición llamada el día del barnizado, después de colgar los cuadros seleccionados, pero antes de la inauguración de la Exposición, cuando todos los artistas venían a hacer cambios de última hora y barnizar sus obras.

—No quiero que nadie lo vea hasta que esté barnizado —añadió—, si es aceptado, podrás verlo en la Exposición.

—¿Bueno? ¡Eso es una tontería!

Ella se encogió de hombros.

—Soy una artista, temperamental y todo eso... —Ella comenzó a retroceder por el pasillo—. Voy a poner esto en mi habitación ahora y será mejor que no vayas a mirarlo.

Fue el turno de él para encogerse de hombros, como si no pudiera molestarse en caminar tan lejos para mirar un estúpido cuadro. Él entró en su estudio, ella entró en su habitación y cerró la puerta detrás de ella. Después de apoyar el cuadro contra una pared con la cara hacia adentro, lo cubrió con una sábana. Luego, colocó precariamente una horquilla en el borde superior, la cual podría caerse si alguien la tocaba.

“Ahí está”, pensó con una sonrisa.

Impaciente por ver a Sean, ella se quitó el delantal, alisándose el vestido. Salió de su habitación y asomó la cabeza en el estudio de Griffin.

—Voy a decirle a Lord Lincolnshire que su retrato está terminado —dijo, aunque, por supuesto, esto no era así.

Mientras garabateaba unos papeles, Griffin no levantó la vista.

—Lincolnshire estará durmiendo ahora, Corinna.

—Tal vez, pero, tal vez no... No lo despertaré... Si está durmiendo, volveré por la mañana.

—Llévate un lacayo contigo. No permitiré que camines sola por Berkeley Square, a mitad de la noche.

¿Realmente pensó que ella caminaría sola por Londres de noche? No era tan rebelde. Una dama podría ser violada o algo peor, incluso en Mayfair.

—No soy la tonta que parece pensar que soy —le informó—. ¡No tardaré!

Luego, casi corrió escaleras abajo, deteniéndose el tiempo suficiente para pedir un lacayo, antes de correr hasta Lincolnshire House. Dejando al sirviente, jadeando en la puerta de Lincolnshire, se levantó la falda, subió corriendo los escalones del pórtico y golpeó la aldaba.

Quincy respondió.

—Buenas noches.

—Deseo hablar con el señor Hamilton.

—Lo siento, pero, él no está en casa, señora.

—¿No lo está? ¡Oh! —La decepción fue un dolor repentino en su estómago. “¿Cuántas horas tendrán que transcurrir, antes que pueda estrecharlo contra mi corazón palpitante, como el dulce compañero de mis días futuros?” Recordó haber leído eso en *Los descendientes de la abadía*—. Entonces volveré mañana, supongo.

Acababa de empezar a dar la vuelta, cuando Deirdre llegó a la puerta.

—¿Lady Corinna?

Al terminar de girar, esbozó una sonrisa.

—Esperaba ver a su... su esposo, señora Hamilton. Tengo algo emocionante que decirle.

—Él ha estado afuera todo el día. Un pequeño problema con su, ¡ah! ... su último cuadro. —Deirdre miró de reojo a Quincy—. ¿Te importaría entrar?

—¿Está despierto Lord Lincolnshire?

—No, temo que no —la hermana de Sean suspiró—. Pasó la mañana, encerrado con su abogado, una vez más. Luego se quejó de algo de dolor, afirmó que el regente estaba sentado otra vez sobre su pecho o algo así. Se desmayó por un momento, despertó y se quedó dormido. Ha estado durmiendo desde entonces.

—Eso no suena bien —destacó Corinna, mientras el dolor de la decepción se hacía más agudo—. Regresaré mañana, cuando espero que esté mejor.

Deirdre asintió y dio un paso atrás para permitir que Quincy cerrara la puerta.

—Espera —expresó Corinna, recordando algo—. Tengo una pregunta, si no te importa. Sobre una palabra o frase que creo que podría ser irlandesa.

—¿Es sobre eso? —Deirdre volvió a acercarse y pareció curiosa—. ¿Entonces qué es?

—*Cooshla-macree*. ¿Eso significa algo? ¿O son solo unas pocas sílabas de tonterías?

La hermana de Sean frunció el ceño por un momento, antes que su expresión se aclarara.

—*Cuisle mo chroí* —repitió. Las palabras sonaron un poco diferentes cuando salieron de su lengua—. Significa “pulso de mi corazón” o “cariño”, supongo que se puede decir así.

—Cariño. —Corinna respiró—. ¿Qué tal *creena*?

—*Críona*, mi corazón.

—¿*Ahroon*?

—*A rún* es mi amor. —La hermana de Sean ladeó su bonita cabeza rubia—. Me pregunto dónde escuchaste estas palabras, ¿lo confías?

—Espero que tú lo sepas. —Llena de felicidad, una vez más, Corinna le dio a la sorprendida Deirdre un abrazo impulsivo, antes de correr de regreso a casa.

Cincuenta y dos

SEAN NO entró de golpe en la sala de desayunos, el lunes por la mañana. Estaba demasiado agotado y desanimado por tantas emociones. A las siete y media, simplemente ingresó y se sentó lentamente, sintiéndose frágil, como si sus huesos fueran a romperse en el proceso.

Deirdre deslizó su taza de café hacia él con la misma lentitud.

—¿No hay buenas noticias?

—No hay ninguna noticia. —Cogió la taza, pero no bebió de ella, solo acunó su calor entre las palmas—. En cualquier caso, no hay noticias útiles. Quizás, por hoy.

Ella tomó un sorbo de té, mirándolo.

—Lady Corinna vino a verte anoche, antes que regresaras. Tarde, pero todavía no me había acostado. Parecía bastante... emocionada. Sin aliento. Estoy pensando que debe haber corrido hasta aquí desde su casa... Dijo que tenía algo que decirte.

—Su pintura debe estar terminada —lo dijo con tristeza. Seguramente, la había completado medio día antes, lo que significaba que debía haberle ido bien. Pero esto también implicaba que era hora de explicar los hechos.

—No pareces feliz por ella. Acaso, ¿no es algo bueno?

—Claro... es excelente. —Ahora podría devastar al amor de su vida.

Ambos miraron cuando se abrió la puerta.

—¿El señor Hamilton?

Entró una doncella. La que le había acompañado a Sean arriba el primer día que llegó, ese pajarito o mujer de mediana edad que le había informado que Lincolnshire era el hombre más maravilloso de toda Inglaterra.

Hoy parecía una anciana, con el rostro dibujado en líneas apretadas.

—La enfermera Skeffington me pidió que fuera a buscarlo —manifestó—. ¡Tu tío se está muriendo!

* * *

EN LA CASA DE SU FAMILIA, en Lincoln's Inn Fields, Rachael estaba bajando a desayunar cuando su hermano la abordó.

—¡Oh! Ahí estás —dijo—. Vine a buscarte.

—Te levantas temprano. —Al detenerse en los escalones, observó que llevaba zapatos en lugar de botas, y un frac cruzado en lugar de una chaqueta de montar.

—¿Y no es lunes por la mañana, Noah?

—Por supuesto que lo es, sí.

—Pensé que todos ustedes, jóvenes locos por los caballos, se reunían en Tattersall's los lunes para ajustar cuentas. ¿O el lunes es un día de subasta? De cualquier manera, parece que siempre te diriges a Tattersall's todos los lunes, pero no estás vestido para eso.

—Tal vez, ya no estoy loco por los caballos —sugirió, con un desafío en sus ojos azules.

Al escuchar también un reto en su voz, se preguntó si podría hablar en serio.

—Entonces, ¿te irás a tu club, supongo?

—No, no voy. —Noah levantó su barbilla cuadrada—. Esperaba que vinieras conmigo a

Oxford Street. A Robert Gillow and Company, para ser más precisos, para elegir un escritorio nuevo.

—¿Dijiste un escritorio? —Ella debía haberlo escuchado mal—. ¿Qué clase de escritorio?

—Uno de roble, estoy pensando. Algo robusto, en cualquier caso, con muchos cajones. El del estudio parece estar cada vez más desvencijado.

—Me imagino que tiene cien años, como mínimo. Pero, ¿cómo te diste cuenta que está desvencijado?

Él levantó la frente llena de cicatrices.

—Lo usé, Rachael. ¿Es una sorpresa tan grande?

—Francamente, sí. —“Sorpresa” parecía una palabra demasiado suave, realmente estaba conmovida. Primero, él pidió un inventario en Greystone y ahora esto. ¿Podría ser que su hermano menor estuviera creciendo? A los veintidós años parecía un hombre, sin embargo, realmente, ¿se estaba convirtiendo en uno?

—¿Bueno? —preguntó, todavía pareciendo un hombre, aunque bastante molesto—. ¿Vendrás conmigo o no?

—¡Oh! Ojalá pudiera. —Ver a Noah inspeccionando escritorios en lugar de carne de caballo seguramente sería un espectáculo. Pero esperaba que Griffin llegara en media hora—. Me temo que tengo otros planes para hoy, ¡ay! Déjame hablar con Claire y Elizabeth para que te acompañen a Gillow.

Cincuenta y tres

—¡**LORD LINCOLNSHIRE!** —Corinna gritó emocionada—. ¡Señor y señora Hamilton!

Se apresuró hacia el dormitorio de Lord Lincolnshire, ya que en la puerta principal le habían dicho que Sean y Deirdre estaban con él. Se había levantado al amanecer, esta mañana, y había venido incluso antes de desayunar, porque no podía esperar ni un momento más para compartir sus noticias.

—¡Terminé mi retrato! —anunció, deteniéndose en la puerta—. Voy a enviarlo esta...

La frase se detuvo cuando vio a su cuñado James junto a la cama, inclinado sobre el conde con su estetoscopio. Toda su emoción se disipó junto con las palabras.

—... tarde —terminó en voz baja—. ¿Cómo está él?

Sean se levantó de donde estaba sentado junto a Deirdre.

—Creo que Lord Stafford casi ha terminado y está listo para decírnoslo.

—Lo estoy, sí.

James cubrió con las mantas hasta la barbilla del conde y se enderezó, luciendo sombrío.

—Me temo que el fin es inminente. Puede que dure toda la noche, pero no más. Tampoco creo que despierte. Probablemente, continuará así hasta que su respiración y su corazón simplemente se detengan. Lo siento —concluyó con un suspiro—. Todos lo extrañaremos.

Corinna volvió a mirar la enorme cama cubierta con cortinas carmesí, donde dormía Lord Lincolnshire, apoyado en una docena de almohadas. Cuando bajaron las mantas, notó que su vientre parecía hinchado, junto con el resto de él. Su piel parecía hinchada y húmeda, como si estuviera supurando un líquido. De su garganta salían gorgoteos.

Su corazón se hundió aún más.

—Eso suena terrible. Debe estar sufriendo mucho.

—Suena así porque sus pulmones se están llenando —explicó James suavemente—. Pero, él está durmiendo. No creo que esté sufriendo realmente en el sentido que imaginas.

Dejó caer el estetoscopio en su bolso de cuero y lo cerró, mirando a Sean.

—Puedo quedarme, si lo deseas, pero no hay nada que pueda hacer. Ahora es solo cuestión de tiempo.

—Entiendo —dijo Sean—. No necesitaremos que te quedes, aunque agradezco la oferta. Estaré con él.

—Yo también me quedaré con él —agregó Deirdre en voz baja—, la enfermera Skeffington volverá dentro de una hora.

—De acuerdo, entonces. —James se acercó a Corinna y la besó ligeramente en la mejilla, dijo de nuevo—. Lo siento...

Y se fue.

Por un momento, Corinna se limitó a mirar a Lord Lincolnshire. Lágrimas calientes le picaron los ojos. Deirdre se levantó y le puso una mano en el hombro.

—Estoy segura que sabe que terminaste su retrato.

La culpa la inundó. Ella no lo había finalizado. Sin embargo, lo haría. Ella había prometido pintar su retrato final y cumpliría. Solo tenía que arreglar la anatomía subyacente, y ahora sabía cómo hacerlo. Su retrato no se exhibiría en la Real Academia, pero estaría colgado aquí, en Lincolnshire House.

“¡Que lamentable será la casa de John Hamilton!” Ante ese pensamiento, una oleada de ira atenuó su culpa. Aunque también sería la casa de Deirdre, al menos hasta que ella se divorciara, y ese pensamiento fue un poco apaciguador.

Levantó una mano para tocar la de Deirdre en su hombro.

—Gracias por decir eso.

—¿Qué otras pinturas enviarás hoy junto con el retrato? —preguntó Sean.

—No voy a enviar ninguna otra —le dijo, volteando hacia él—. He decidido enviar solo el retrato.

Ella se olvidó de mencionarle que no era la pintura que él esperaba.

—Es mi mejor obra, el retrato que deseo exponer como mi debut. Si no resulta elegido, lo intentaré de nuevo el año que viene.

—Me alegra saber que estás tan contenta con el resultado —él dijo.

Sin embargo, él no parecía feliz ni complacido.

En absoluto.

—Lamento que estés perdiendo a Lord Lincolnshire —ella manifestó, con el corazón destrozado por él—. Sé que te has vuelto cercano a él.

Sean asintió.

—Necesito hablar contigo sobre algo. Algo importante. Pero aquí no —dijo, mirando de soslayo a su hermana—. Más tarde.

—Sácala de la habitación —ordenó Deirdre—. Me quedaré con Lord Lincolnshire.

Cuando él dudó, ella añadió:

—¡Ve! —Agitó una mano—. Lord Stafford dijo que podría durar toda la noche. En unos minutos no pasará nada.

Después de dudar un momento más, Sean tomó a Corinna del brazo y la sacó por el pasillo. Pero cuando volteaba hacia ella, no le decía nada. Él simplemente la miraba con el corazón en sus profundos ojos verdes.

—¿Qué es? —ella preguntó. Recordando que él la había llamado “cariño”, “mi corazón” y “mi amor”, levantó una mano hacia su mejilla—. Te ves tan triste.

—¡Estoy triste! —Volviendo el rostro, levantó su propia mano para llevar la de ella a su boca y le dio un cálido beso en la palma antes de soltarla—. Estoy muy triste, Corinna. No puedo hacer esto parado afuera del dormitorio de Lincolnshire. ¿Nos reuniremos en el estudio de Hamilton por última vez?

—Por supuesto. —Entonces, ella calmaría su tristeza y le mostraría cuánto lo amaba. Ella lo besaría y más... Él tenía razón, nada de eso podría pasar aquí. Pero, a pesar de lo triste que estaba por perder a Lord Lincolnshire, su corazón comenzó a galopar ante la idea de reunirse con Sean—. ¿A qué hora?

—En una hora —dijo, y luego—. No... Necesito quedarme en Lincolnshire ahora mismo. Nunca me perdonaría si él...

—Entiendo. —Él parecía torturado—. James dijo que Lord Lincolnshire no duraría toda la noche y que debes estar con él hasta entonces. Y necesito enviar mi retrato esta tarde. ¿Qué tal mañana?

—Eso es demasiado largo... pero, está bien.

—Yo tampoco quiero esperar tanto. —Parecía mucho tiempo desde la última vez que habían estado juntos. Apenas transcurrieron dos días y medio, desde la última vez que la había tenido en sus brazos, pero eso parecía una eternidad.

—¿Digamos las diez en punto? —él preguntó.

—Todas las damas visitarán a la tía Frances mañana a las once, pero, yo puedo...
—Entonces, por la tarde. —Él cerró los ojos brevemente y luego los abrió con un suspiro—. Probablemente, esto sea lo mejor.
Lo dijo como si intentara convencerse a sí mismo.
—Pasaré la mañana haciendo los preparativos para el funeral de Lincolnshire.
—Pero no necesitarás interpretar a su sobrino una vez que se haya ido —ella dijo y luego se tapó la boca con una mano.
Él miró rápidamente a su alrededor. Afortunadamente, ningún sirviente la había oído. Pareciendo aliviado, pasó sus manos lentamente por sus brazos, luego juntó sus dedos con los de ella, entrelazándolos.
—Se lo debo, Corinna —dijo en voz baja—. ¿Y quién más va a hacerlo?
Él era un buen hombre. Y parecía aún más torturado. La oleada de felicidad que ella había sentido, ante la idea de pasar tiempo con él, pareció de repente eclipsada por su angustia.
No podía besarlo aquí, afuera del dormitorio de Lincolnshire, pero lo rodeó con sus brazos, abrazándolo con fuerza.
—Todo esto terminará pronto —murmuró contra su pecho, pensando que tiempos mucho mejores se avecinaban.
—Sí —él dijo en un tono plano—. Esto terminará...

Cincuenta y cuatro

Media hora más tarde, Griffin se encontró de nuevo, ante la puerta de Lady Avonleigh. Todavía era la mañana.

El anciano mayordomo abrió la puerta.

—¿Sí? —él graznó.

—He venido a visitar a Lady Avonleigh —expresó Rachael.

El mayordomo se aclaró la garganta.

—Ella se fue de la casa, milady.

—¡No creo esto! —Volteó hacia Griffin—. Deberíamos haber venido antes.

Él la había recogido a las nueve y ahora eran las nueve y media.

—¿Cuánto antes podríamos haber llegado? —Estaba seguro que sacarían a rastras a la pobre Lady A. de su cama. Según su experiencia, las mujeres dormían al menos hasta las diez. Excepto Corinna, que dormía hasta el mediodía.

—¿A qué hora se levanta Lady Avonleigh? —le preguntó al viejo en la puerta.

—Las seis en punto —expresó Lady Balmforth, aparentemente los había escuchado, y vino a ver qué pasaba. Parecía curiosa—. Cuando llegues a cierta edad, querida, tampoco dormirás hasta tarde en la mañana.

—Buenos días, Lady Balmforth —dijo Rachael, antes de volver a girarse hacia Griffin—. Te dije que debimos haber venido antes.

—Vendremos más temprano mañana. —Con un poco de suerte, no recibiría otra citación sorpresa de Lincolnshire.

—No voy a esperar hasta mañana. Esperaremos aquí hoy.

Ayer él había estado dispuesto a esperar y ella no había querido. Hoy había asumido que ella quería irse, pero quería esperar. Nunca entendería a las mujeres.

—Bueno —él dijo—. Esperaremos.

—¿Bueno? Tal vez no deberíamos esperar. —Ella volteó hacia Lady B.—. ¿Cuándo regresará Lady Avonleigh?

—Hoy fue el turno de Aurelia de ayudar a nuestro James en su Instituto —replicó Lady B.—. Entonces, acompañará a Lady Corinna a la Real Academia esta tarde.

¡Oh, maldita sea! —expresó Rachael, en voz baja, haciendo que los ojos de la mujer mayor se abrieran ante su lenguaje—. Me había olvidado de eso. Las dos también planearon eso delante de mí, cuando visitábamos a Lady Malmsey y a la nueva bebé.

Lady B. tocó brevemente la mano de Rachael.

—Mi hermana estará en casa un rato, mientras tanto. Le dijo a nuestro sobrino que tenía que irse antes del almuerzo. —La dama flaca se acercó—. A Aurelia nunca le gusta perderse su almuerzo.

Griffin lo había adivinado.

—¿De qué querías hablar con mi hermana? —preguntó Lady B, luciendo muy curiosa—. ¿Es importante?

Rachael asintió.

—Muy.... Pero, yo... bien... puedes escucharme, pero prefiero esperar hasta que Lady Avonleigh esté aquí para hablar de ello.

Lady Balmforth lucía aún más curiosa.

—Si es tan importante, tal vez deberías enviarle una nota a Lady Corinna, diciéndole que debería buscar a alguien más que la acompañe a Somerset House.

—Es una idea excelente —dijo Rachael—. Pero, creo que necesitas escribir la nota. De esa forma, Corinna no sospechará lo que estoy haciendo con Lady Avonleigh.

—Ella no va a sospechar —destacó Griffin.

—Sí, ella lo hará. Tus hermanas no son estúpidas, Griffin.

—¿Por qué no dices la verdad?

—Todavía no estoy lista —confirmó Rachael.

Lady Balmforth estaba muy, pero muy curiosa.

—Creo que será mejor que también llamemos a Cornelia —dijo.

* * *

A la una en punto, Corinna bajó las escaleras con un lacayo, llevando su cuadro, que ella había enmarcado (tomando prestado uno de un retrato familiar) y envuelto en papel de estraza.

—Necesito un coche de alquiler —le dijo a Adamson, su mayordomo—. Mi hermano tomó el carruaje y yo debo recoger a Lady Avonleigh.

Aunque Adamson era un hombre muy bajo, se enorgullecía de ser bastante digno y correcto.

—No sé si eso es prudente, Lady Corinna.

—Es necesario. Por favor, llama a un coche de alquiler.

—Lord Cainewood se ha ido desde la mañana. Es probable que vuelva pronto a casa.

Llegó temprano, cierto. No tardaría una hora en llegar a la casa de Lady A., y la mujer había dicho que eran las dos. Pero, ella estaba demasiado ansiosa para esperar.

—Busque un coche de alquiler —repitió, e hizo una pausa antes de agregar—, ¡ahora!

Él vaciló varias veces, farfulló y chasqueó la lengua, claramente reacio a poner a la hermana de Lord Cainewood en un coche de alquiler. Corinna se cruzó de brazos, sabiendo que él acabaría accediendo. Antes que eso sucediera, sonó la aldaba y Adamson abrió la puerta para anunciar a un mensajero con una carta.

—¡Ah! —dijo el mayordomo, sin parecer en absoluto disgustado por tener una excusa para posponer el vehículo de la calle—. Está dirigida a usted, Lady Corinna.

Ella la agarró y rompió el sello, visualizando rápidamente la misiva.

Mi querida Lady Corinna,

Lamento informarte que las circunstancias impiden que mi hermana, Lady Avonleigh, te acompañe a la Real Academia esta tarde. Lamentablemente, no puedo hacerlo en su lugar. Por favor, acepta mis más sinceras disculpas.

Tuya sinceramente,

Lady Balmforth.

—¿Circunstancias? ¿Qué se supone que significa eso? —Corinna suspiró—. Parece que necesito papel en lugar de un coche de alquiler. Debo enviarle una nota a Alexandra.

Cincuenta y cinco

—**NO SÉ** por dónde empezar, Lady Avonleigh.

Rachael no esperaba ponerse nerviosa. Pero ahora que Lady A. finalmente estaba en casa y todos estaban sentados en su salón color melocotón, no sabía qué decir.

Sentada frente a ella en un sillón color melocotón, Lady A. le dedicó una sonrisa amable.

—A lo largo de los años he aprendido lo que es importante. Mis dos hermanas están aquí y acabo de venir de ver a James, lo que significa que todas las personas que más amo están sanas. No puedo imaginar nada que puedas decirme que pueda ser tan terriblemente malo.

—¡Oh! No está mal. —Rachael apretó las manos sobre su regazo—. Al menos, espero que no pienses que es malo. Espero que pienses...

—Dilo ya —intervino Griffin, sentándose en el sofá junto a ella. Parecía un poco molesto por haber tenido que esperar tanto, pero eso fue culpa suya, si hubieran llegado temprano, como ella quería, no habrían tenido que esperar en absoluto—. ¡Cielos! Nunca te había visto tan nerviosa. Siempre eres tan sensata y serena.

¿Era eso lo que él pensaba? Ella nunca se había sentido así por dentro. Aunque le gustaba que él tuviera esa opinión sobre ella. Y tenía razón: simplemente, necesitaba decirlo.

—Eres mi abuela —le dijo apresuradamente a Lady Avonleigh—. Soy la hija de Georgiana.

La señora A. la miró. Su rostro se puso bastante pálido y desde el otro lado de la habitación se limitó a mirar a Rachael, haciéndola sentir muy incómoda. Ciertamente, esto fue bastante desagradable. Se había imaginado a Lady Avonleigh, dándole la bienvenida con los brazos abiertos. También visualizó a ambas comprando, juntas.

Griffin se acercó.

—Tal vez esté un poco enojada porque aún no ha almorzado —susurró.

“¡Qué comentario tan estúpido!” Rachael estaba a punto de darle un codazo, cuando Lady Balmforth finalmente rompió el silencio.

—No puedes ser la hija de Georgiana —lo dijo, no sin crueldad—. Nuestra Georgiana saltó del Puente de Londres.

—Debió haber fingido saltar del Puente de Londres... Luego, huyó se casó con mi padre. Quiero decir... no mi verdadero padre, sino el hombre que me crió.

Se reanudó el incómodo silencio. Rachael volvió a mirar a Lady A., pero su abuela todavía la observaba. Por mucho que quisiera que la recibieran con los brazos abiertos, estaba claro que eso no iba a suceder. Griffin envolvió uno de sus brazos alrededor de sus hombros y ella se inclinó hacia él, tomando el consuelo que le ofrecía, perdonándolo por estar molesto y decir las cosas estúpidas que los hombres suele expresar.

—¿Quién es ese, querida? —preguntó Lady Cavanaugh—. ¿Quién fue el padre que te crió?

—John Chase —respondió Rachael—. El conde de Greystone.

Y de repente, Lady Avonleigh cobró vida.

—¿Qué dijiste?

—John Chase, el conde...

—¡Oh, cielos! —chilló, y luego se levantó de su silla, corrió hacia el sofá y recibió a Rachael con los brazos abiertos. Probablemente, esos fueron los brazos más acogedores que

Rachael había sentido jamás. Se abrazaron y Rachael inhaló el perfume de gardenia de su abuela, recordando que su madre olía igual.

Griffin se trasladó a la silla de Lady A. para que ella pudiera compartir el sofá con su nieta. Las lágrimas corrieron por sus rostros y se abrazaron durante un buen rato. Hasta que Lady B. se inclinó y le dio una palmada en el hombro a su hermana mayor.

—¿Qué te convenció? —ella exigió una respuesta.

—Mi hija estaba enamorada de John Chase —aclaró Lady A., entre lágrimas. Finalmente, soltó a Rachael y en su lugar le tomó la mano con fuerza—. Mi marido y yo no dejamos que ella se casara con él.

—¡Así es! —exclamó Lady C.—. Lo había olvidado.

Toda la historia salió a la luz.

John Cartwright había sido el segundo hijo. Cuando era joven en el ejército, antes de casarse, un soldado llamado Thomas Grimbald le había salvado la vida en un campo de batalla en Alemania durante la Guerra de los Siete Años. Cartwright le había concedido una bendición al hombre y Grimbald quería que su hijo recién nacido se casara con la hija primogénita del aristócrata. Después de la muerte del hermano mayor de Cartwright, abandonó el ejército y se convirtió en el conde de Avonleigh y se casó con Aurelia. Tuvieron una hija, Alice, que fue prometida al hijo de Grimbald. Y un hijo, que lamentablemente se ahogó a los veintiún años, y otra hija, Georgiana.

—¿Cómo terminó Georgiana casada con Grimbald, si Alice le fue prometida a él? —preguntó Griffin.

—Alice se enamoró de su primo —explicó Lady A. —. Su padre le prohibió casarse con él, pero se fugaron a Gretna Green. Entonces, mi marido la sacó de nuestras vidas. He oído que finalmente murió, pero nunca supe realmente qué le pasó...

—¡Lo sé! —dijo Rachael—. Conocía a la tía Alice. La veíamos todo el tiempo. Sé lo que le pasó a ella. Tuvo un hijo antes de morir, un niño llamado Edmund.

Ella no le diría a Lady A. que el niño había quedado lisiado y no podía hablar. Al menos, no por ahora.

—Después de eso, mamá crió a Edmund, pero él también murió unos años después.

Los ojos de su abuela se llenaron de lágrimas.

—¿Era feliz en su matrimonio, mi Alice?

—Creo que sí. Yo era joven cuando ella falleció, pero, ella nunca me pareció que fuera infeliz. —Aunque cuidar a Edmund debió haber sido desgarrador—. Ella y mamá se visitaban con frecuencia. Se amaban mucho. Yo también amaba a la tía Alice.

Apretó la mano de su abuela.

—Continúa por favor.

Pero parecía que Lady A. no podía.

—Estoy tan feliz de saber que Alice y Georgiana estaban juntas —susurró y agitó su mano libre hacia sus hermanas.

Con una sonrisa llorosa, Lady C. se hizo cargo de la historia.

—Después que Alice no cumplió con su compromiso, Georgiana fue la siguiente en la fila. Cuando cumplió dieciocho años, pidió una temporada en Londres, antes de casarse con Grimbald...

—Nunca pude negarle nada —interrumpió Lady A.—. Georgiana era la niña más dulce.

Estoy segura que lo era —dijo Rachael. Tal vez Georgiana le había mentado (una mentira por omisión), pero amaba muchísimo a Rachael y a sus hermanos. Georgiana había sido una

madre maravillosa. En los últimos meses, parecía que lo había olvidado—. Ella también te amaba, Lady Avon...

—Abuela. Por favor, llámame abuela.

El corazón de Rachael se hinchó.

—Ella también te amaba, abuela. Ella siempre usaba perfume de gardenia. Creo que debe haber sido porque te extrañó. ¿Conoció a mi padre esa temporada?

Su abuela volvió a agitar la mano, invadida por la emoción.

—Fue entonces cuando conoció a John Chase, sí —dijo Lady B.—. Ella le rogó que se casara con él, pero el marido de mi hermana no quiso ni oír hablar de ello. Había hecho una promesa y no le quedaban otras hijas para satisfacer su deuda con el hombre que le salvó la vida. Georgiana no había visto a su hermana en siete años y no quería desobedecer a sus padres y terminar distanciada como Alice. Así que aceptó a regañadientes seguir adelante con la ceremonia.

—Eso suena propio de mamá —dijo Rachael—. ¿Qué pasó después?

Su abuela estaba lo suficientemente recuperada como para continuar.

—Al igual que su padre, Grimbald era un militar. Tomó una licencia para casarse con Georgiana y la dejó embarazada de inmediato. Luego, él regresó a su regimiento y ella regresó a Londres para vivir con nosotros. —Su voz bajó—. Ella no lo amaba, así que en realidad no le importaba, y estaba deseando tener a su bebé.

—Yo —susurró Rachael.

—Sí. Y luego recibió una carta, la cual reveló que su marido había sido ejecutado por traición. Sin detalles... Me temo que estaba furiosa con nosotros por hacerla abandonar su amor y casarse con un traidor. Escribió una nota de suicidio y saltó del Puente de Londres, llevándose consigo a su bebé por nacer. Su cuerpo nunca fue encontrado.

—Porque ella no saltó del Puente de Londres —replicó Griffin—. Sin importar que la nota decía que lo haría. Se fue al campo y se casó con John Chase.

Solo podían adivinar lo que pasó después de eso. No quería que su hijo creciera como hijo o hija de un traidor. Ella afirmó ser Georgiana Woodby, una plebeya, y se mantuvo lejos de Londres para evitar ver a sus padres. Alejada de cualquier situación social para evitar toparse con alguien que pudiera conocer su vida anterior.

—¿Tenía asma? —preguntó Rachael.

—En absoluto —dijo Lady Avonleigh—. Ella era la más sana de todos mis hijos.

—Eso pensé —confirmó Rachael con un suspiro—. Así que nadie supo nunca qué había sido de mi verdadero padre. ¿Cómo llegó a ser tildado de traidor?

Ella suspiró de nuevo, pero supuso que no era tan importante. Había estado dándole demasiada importancia a todo el asunto. Su madre solo había querido protegerla de ser contaminada por la vergüenza de su padre, y ahora tenía una nueva familia y...

—¡Oh! Sé lo que pasó —dijo su abuela—. Después de la muerte de mi hija menor, visité al padre de Grimbald.

—¿Mi abuelo? Lo conocí en el Hospital Real. Pero...

—Ha perdido la cabeza, pobrecito, sí. Pero, hablé con él mucho antes de eso. —Lady Avonleigh, la abuela, se movió en el sofá para mirar a Rachael y le tomó la otra mano—. No fue tan malo, querida. Si Georgiana lo hubiera sabido, tal vez lo habría perdonado. Aunque sospecho que ella nunca lo habría amado. Estaba enamorada del conde de Greystone.

Los padres de Rachael (los dos con los que ella había crecido) estaban muy enamorados. Por muy enojada que hubiera estado con su madre, nunca lo había olvidado.

—¿Qué hizo Grimbald? —ella preguntó—. ¿Qué hizo que no fuera tan malo?

—Fue durante la guerra contra las colonias en América del Norte, apenas seis años después del nacimiento de Georgiana. Verás... él era mucho mayor que ella, probablemente, otra razón por la que prefería al conde. En cualquier caso, él y un compañero soldado, un tal William Smith, mataron a un oficial británico para evitar que asesinara a varios civiles estadounidenses. Lograron convencer a las autoridades que el hombre fue baleado por un revolucionario. Y todo estuvo bien durante doce años, hasta que Smith enfermó en mil setecientos noventa y dos, y reveló en una confesión, en su lecho de muerte, que los dos habían matado al oficial.

—Pero, lo mataron para salvar a gente inocente —dijo Rachael, mirando a Griffin—. El oficial fue un hombre malo. A lo mejor, hicieron algo bueno.

—Ese oficial probablemente era un hombre malo —insistió Griffin con simpatía—. Pero, eso no importaría. Si Grimbald hubiera matado a un superior, lo habrían arrestado, sometido a un consejo de guerra y condenado, independientemente de lo malo que hubiera sido el hombre.

—No significa nada —dijo Lady A.—. Ahora no. En lugar de lamentarnos por todo lo que pasó, alegrémonos de habernos encontrado.

Apretó las manos de Rachael y su sonrisa le recordó a su madre.

—Tengo una nieta.

—Tienes tres nietas —le recordó Rachael—. No te olvides de Claire y Elizabeth. También son hijas de Georgiana.

Al ver los suaves ojos azules de su abuela abrirse de par en par, añadió:

—Y tú también tienes un nieto. Nuestro hermano Noah.

Lady A. sostenía las manos de Rachael con tanta fuerza que las suyas empezaban a dolerle. Pero a ella no le importaba. Su madre solo había querido protegerla, y lo más probable es que su padre no hubiera hecho nada malo, y finalmente, la abuela la había recibido con los brazos abiertos.

—No puedo esperar a volver a ver a tus hermanas y a tu hermano. —La sonrisa de Lady B. también se parecía a la de Georgiana. Rachael se preguntó cómo nunca se habían dado cuenta.

—Soy su tía, ¿sabes? —agregó Lady B.—. Y Cornelia también.

Lady C., siendo la más joven, parecía la más cercana a su madre de todas.

—Nunca tuve una hija —expresó—. Estoy tan feliz que ahora volveré a tener sobrinas. Y un sobrino también. ¡Oh!

—Mis hermanas están actualmente con Noah —le dijo Rachael a su nueva familia—. Lo están ayudando a elegir un nuevo escritorio. Pero deberían estar en casa más tarde para que podamos ir a contarles nuestras buenas noticias.

Hubo numerosos murmullos de acuerdo con ese plan.

—Quizás vayamos todos de compras —sugirió la abuela—. Quiero malcriar a mis nietos. Pero, primero, almorcemos.

Cincuenta y seis

CORINNA PASEABA por el vestíbulo, observando cómo el reloj avanzaba hacia la hora en que sería demasiado tarde para entregar su cuadro. Dos horas antes, el mensajero que había enviado a casa de Alexandra había regresado con la noticia que su hermana mayor no estaba en casa. Luego, Corinna envió una nota desesperada a Juliana y otra a Rachael, Claire y Elizabeth.

Desde entonces no había vuelto a saber nada. Nada... Nada en absoluto.

—¿Por qué tardan tanto?

—¿Perdón, milady?

—Nada, Adamson. —Hizo una pausa a mitad de camino—. No, nada...

Revisó, mirando una vez más el reloj de caja alta. Eran las cuatro y tenía que llegar a Somerset House, antes de las cinco, o tendría que esperar un año entero para tener otra oportunidad de presentarse a la Exposición de Verano.

—Llama a un coche de alquiler, ahora, por favor. Tendré que contratar a un conductor. No puedo esperar más.

Adamson abrió la boca para protestar, pero la aldaba volvió a sonar. Abrió la puerta para anunciar a otro mensajero con una nota y a Juliana en la calle, recién bajando del carruaje Stafford.

—Gracias al Cielo. —Corinna respiró. “Después de todo, no necesitaré un coche de alquiler”—. Adamson, por favor, haz que mi pintura sea colocada en el vehículo Stafford de inmediato. Y con cuidado. No se debe permitir que el papel toque la pintura porque aún no está seca.

El mayordomo le entregó la nota.

—Es para usted, Lady Corinna. Seguramente, ¿usted quiere leerla?

—¡Oh, muy bien! —Rompió el sello y lo vislumbró, mientras Juliana se le acercaba en el umbral—. Ninguno de las primas tampoco está en casa.

—¿Ninguna? —repitió Juliana.

—Alexandra no estaba en casa, y Griffin tampoco. Y Lady A. y Lady B. están ocupadas esta tarde. Y aparentemente Rachael, Claire y Elizabeth también están ocupadas. Agradezco que puedas acompañarme. ¡Vamos!

—¿Todas las demás estaban ocupadas? ¿Todas? ¡Querido Cielo! ¿Cuáles son las probabilidades que se produzca tal coincidencia?

—No lo sé, pero no puedo pensar en eso ahora. Descubriremos qué estaban haciendo todas, mañana, cuando visitemos a la tía Frances y a la bebé. —Acompañó a su hermana hacia el carruaje, donde el cuadro ya estaba escondido en el interior—. Debo llegar a la Real Academia, antes de las cinco en punto.

Se acomodaron en los cojines, una al lado de la otra, mirando hacia adelante, con el cuadro apoyado contra el otro asiento. Mientras el carruaje se incorporaba al tráfico, Juliana le dio unas palmaditas en la rodilla a su hermana.

—No estás nerviosa, ¿cierto?

—No —mintió Corinna—. Simplemente, me apresuré. Temía que nadie llegaría a tiempo para acompañarme. No ibas a llegar y los primos viven en Lincoln's Inn...

—El señor Delaney está cerca, junto con su hermana. ¿Pensaste en preguntarles?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Lord Lincolnshire se está muriendo y tienen que quedarse con él. Y además no podía dejarles ver el cuadro.

—¿Por qué?

“¡Santa Ana!” Corinna pensó, ¿por qué le había dicho eso? Evidentemente, una tarde tan frustrante le había robado su capacidad de pensar con claridad.

—¿Por qué? —exigió Juliana nuevamente—. Estás ocultando algo, Corinna. Puedo decirlo...

No había nada que hacer. Su hermana nunca dejaría de acosarla y, si aceptaban su pintura, todos la verían en la Exposición de Verano de todos modos.

Corinna inspiró y contuvo el aliento.

—Echa un vistazo —dijo finalmente, extendiendo la mano para arrancar el papel marrón. O mejor dicho, arrancar una esquina. Parecía tener problemas para hacer más de eso—. No está barnizada.

Juliana se encogió de hombros.

—Está bien.

—Si lo aceptan, si lo cuelgan, tendré la oportunidad de hacer cambios de última hora y luego barnizarlo allí mismo, en la pared.

—Está bien —repitió Juliana, y luego, cuando Corinna no respondió, añadió—, ¿y?

—Muy bien —contestó Corinna, y arrancó el resto del papel.

Los ojos de Juliana se abrieron como platos.

—¡Oh, cielos!

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Es... bueno, es diferente. —Ella se quedó mirando la pintura—. Los desnudos de mujeres son bastante comunes, por supuesto, pero no de hombres.

—No está desnudo —aclaró Corinna, sintiéndose un poco mareada—. Lleva pantalones.

—Muy apretados —coincidió su hermana—. Él es absolutamente...

Corinna parpadeó.

—¡Oh! ¿No quieres simplemente darle un mordisco?

—Bueno, sí, de hecho... —Pero Corinna no estaba segura que le gustara que su hermana hablara de morder al hombre que amaba.

Y Juliana seguía mirando.

—Es convincente —murmuró Juliana—. Parece que no puedo quitarle los ojos de encima.

Pero finalmente lo hizo y se dirigió a su hermana:

—Es magnífico, Corinna. Siempre has hecho un buen trabajo... ¡este es espectacular!

—¿De verdad piensas eso? —A Corinna se le cortó el aliento.

—Lo sé. ¡Es innovador! —Volvió su mirada a la pintura—. ¿Por qué no querías que el señor Delaney lo viera?

—¿Quizás... te recuerda a alguien que conoces?

Juliana ladeó la cabeza.

—Pelo rubio y ojos marrones. Esa es una combinación inusual, ¿no? No me parece.

Corinna había contado con que nadie miraría más allá del color, pero no estaba completamente segura, aunque ahora el alivio corría por sus venas.

—Temía que al señor Delaney le resultara chocante, ¡eso es todo! Su padre era vicario,

¿lo sabías?

—¿En realidad? Sé muy poco sobre él.

—Yo tampoco sé mucho sobre él —ratificó Corinna, desviando la mirada.

Cincuenta y siete

A las primeras horas de la mañana, el conde murió.

Se fue pacíficamente, dejando al mundo, mientras dormía, como Lord Stafford había dicho que haría. Por un instante su respiración se hizo ruidosa. Al siguiente se quedó inquietantemente silencioso.

Sean y Deirdre contuvieron la respiración durante un momento tenso, luego se miraron, abrazándose y abrazándose con fuerza. Las lágrimas de Deirdre mojaron la pechera de la camisa de su hermano, pero eran lágrimas silenciosas. Lágrimas nacidas del dolor mezcladas con alivio.

Sean sintió exactamente lo mismo.

Se sentó al lado del conde, el resto de la noche, porque parecía lo correcto. Y debido a que no estaba listo para comenzar lo que tenía que hacer a continuación. Porque eventualmente terminaría con esto.

Y después...

El amanecer era un débil resplandor, a través de la ventana del dormitorio, cuando la casa cobró vida. La señora Skeffington apareció en el umbral con un aguamanil en la mano.

—¿Él...?

—Se ha ido —replicó Sean en voz baja—. Con los ángeles.

Un sonido de tristeza escapó de su garganta, dio la vuelta y huyó, regresando unos minutos más tarde con Higginbotham.

—Milord —dijo el mayordomo—. ¿Qué haremos?

Por un momento, Sean quedó desconcertado. Él no era un lord y tampoco pertenecía aquí. Pero Higginbotham no lo sabía, por supuesto, y nadie más en Lincolnshire House lo sabía. Todos deambulaban sin rumbo, pasando por la habitación del conde, como si ellos fueran fantasmas.

Cuando Sean no respondió, Higginbotham soltó un suspiro estremecido.

—Debe haber arreglos funerarios, y...

—Yo me ocuparé de todo —le aseguró Sean.

Sería una mañana ocupada.

Y luego...

—Gracias, milord conde. —Higginbotham forzó una pálida media sonrisa de gratitud—. Me temo que estoy... entumecido.

Sean deseaba poder decir lo mismo. No estaba entumecido. El dolor invadió cada fibra de su ser. Tuvo que obligarse a moverse, a hacer lo que había que hacer.

Y después...

Entonces, su vida vacía se prolongaría.

Aparentemente para siempre.

Cincuenta y ocho

NATILLAS DE NARANJA

Hervir un litro de nata en un saquito. Cuando esté frío, lleva a tu paladar cuatro yemas, dos claras de huevo, un poco de zumo de naranja, concha de naranja y azúcar. Mezclarlos bien y hornéallos en tazas. Antes de servir, poner la tazas en hielo.

Esta natilla tiene un sabor delicioso y también trae amor. Mis hermanas y yo hicimos esto cuando buscábamos el amor y todas lo encontramos.

—Ana, marquesa de Cainewood, 1772.

LA EMOCIÓN todavía hervía a fuego lento dentro de Corinna, el martes, cuando llegó a visitar a Frances y a la nueva bebé. Su sumisión había sido incluso mejor de lo que esperaba. Aunque casi esperaba que le preguntaran qué la hacía pensar que ella, Corinna Chase, era digna de presentarse a la Exposición de Verano, nada de eso había ocurrido. Nadie había mirado de reojo. No solo su pintura había sido aceptada para su consideración, sino que Henry Fuseli, que había tomado posesión de ella, había exclamado en voz alta por su brillantez.

Supuso que no debería sorprenderle que un hombre que pintaba cuadros extraños y eróticos aprobara un retrato como el de ella.

No estaba segura si Lord Lincolnshire había muerto todavía o no, pero sabía que probablemente sí, y eso era lo único que empañaba su felicidad. Y tenía muchas ganas que llegara esa tarde, cuando se encontraría con Sean en el estudio de Hamilton.

Cuando entró en el salón de la tía Frances, las ladies, A., B., y C., eran las únicas que estaban allí y charlaban con entusiasmo. Corinna se preguntó qué podría haber pasado para que parlotearan así, pero cuando ella apareció en la puerta, todas guardaron silencio. Vio a las tres intercambiar miradas significativas, antes que Lady Avonleigh la mirara a los ojos.

—¡Oh, mi querida! —ella gritó—. Lamento mucho no haber podido acompañarte ayer a Somerset House. ¿Conseguiste entregar tu obra de arte?

—Sí, lo hice —le aseguró Corinna. Estaba a punto de explicar con entusiasmo lo que había sucedido, cuando la tía Frances bajó lentamente las escaleras, sostenida por su doncella y un lacayo, seguida por una enfermera con la bebé. Le tomó bastante tiempo acomodarse en su chaise longue con Belinda en sus brazos. Luego, llegó Alexandra con su bebé y Juliana apareció con una canasta enorme y plana, llena de tazas de natillas de naranja, que, según ella, ayudarían a Corinna a encontrar el amor con “determinada persona”.

—Lo que completará la vida de mi hermana —añadió con una sonrisa, entregándole la cesta a una criada para que bajara las tazas a la cocina del sótano y las pusiera en hielo—. Porque su nuevo retrato, que he tenido el placer de ver, va a ser la sensación de la Exposición de Verano.

—No puedo esperar a verlo —declaró Lady A., lo que puso a Corinna un poco nerviosa. Se sintió agradecida cuando la conversación giró hacia la primera sonrisa de Belinda (que, según Alexandra, solo podía deberse a una indigestión) y luego al creciente vientre de Juliana. No es que el vientre de Juliana sobresaliera todavía, pero seguía frotándolo como si pudiera sentir al bebé dentro, lo que hizo que Corinna añorara una vez más tener un bebé propio.

Se preguntó cuánto tiempo pasaría, antes que Griffin hablara con Sean, y ella pudiera abordar el tema de su matrimonio. Su estómago dio un vuelco por ese pensamiento, con emoción y un toque de nervios.

Pronto llegó Rachael con sus hermanas, las tres charlaban con entusiasmo, mientras

atravesaban el vestíbulo. Corinna se preguntó qué podría haber pasado para que parlotearan así, pero en la puerta del salón, todas guardaron silencio. Vio a las tres intercambiar miradas significativas, antes que Lady A. mostrara miradas reveladoras con sus hermanas...

E incluso distraída por todos sus pensamientos excitados y nerviosos, Corinna no pudo evitar pensar que algo misterioso debía estar sucediendo, ante su nariz.

—Buenas tardes —dijo Rachael, rompiendo el silencio.

—Buenas tardes —respondió Corinna—. Observó a Claire y Elizabeth dirigirse a dos sillas y sentarse, cloqueando a la nueva bebé. Y luego miró a Rachael elegir un asiento en el sofá, junto a Lady Avonleigh.

Rachael no le prestó atención a la nueva bebé. En lugar de eso, se acercó a Lady A. y aspiró el aroma de la amable dama. Cerró los ojos momentáneamente y una leve sonrisa curvó sus labios, mientras exhalaba un suspiro de satisfacción, aunque esa extraña mezcla de alcanfor y gardenias no era agradable.

Y entonces sucedió algo que fue aún más extraño: Lady A. sonrió con una leve sonrisa y suspiró de satisfacción. Y luego se acercó tanto a la prima de Corinna que las dos quedaron casi aplastadas.

Lady C. sacó un pañuelo y se secó los ojos y la nariz.

—¡Oh, querida! Parece que estoy empezando a resfriarme.

—Yo también —dijo Lady B., aunque se veía perfectamente bien. De hecho, ella y Lady C. estaban sonriendo. Y también Claire y Elizabeth. Y no eran sonrisas débiles. Eran sonrisas de una milla de ancho.

—¿A alguien le apetece unas natillas de naranja? —preguntó Juliana, levantándose de su asiento—. Corinna, ¿podrías venir conmigo a la cocina a buscarlas? ¿Claire y Elizabeth? No puedo cargar diez tazas, yo sola... James dijo que no debería esforzarme demasiado en mi delicada condición.

Sin duda, Juliana podía llevar las diez tazas en la misma cesta en la que las había traído, pensó Corinna, y no parecía haberse esforzado demasiado al hacerlo antes. Pero ella se levantó y siguió a su hermana de todos modos.

Con una decidida falta de consideración por su delicada condición, Juliana apresuró a Corinna y a sus primas a salir del salón y atravesar el vestíbulo. A mitad de las escaleras que conducían al sótano, volteó hacia ellas.

—¿Qué diablos está pasando aquí? ¿Qué diablos me estoy perdiendo? Algo ha sucedido entre Rachael y Lady Avonleigh. Algo significativo. Puedo decirlo.

“Una mujer ciega y sorda podría saberlo”, pensó Corinna.

Elizabeth tosió un poco y resopló.

—Lady A. es la abuela de Rachael.

—¿Qué? —Juliana y Corinna estallaron juntas.

Claire le dio un codazo a su hermana en las costillas y suspiró.

—Rachael es la nieta de Lady Avonleigh. Y también somos sus nietas. Parece que nuestra madre era la hija menor de Lady A., la que saltó del Puente de Londres. Solo que ella no lo hizo, en realidad no. Se casó con nuestro padre y se mudó a Greystone. Y nunca regresó a Londres porque temía que alguien la reconociera, y su familia supiera que estaba viva.

Esto era lo que había sucedido para que los dos grupos de hermanas balbucearan así, se dio cuenta Corinna. Y no era de extrañar: que las seis estuvieran relacionadas fue una coincidencia absolutamente asombrosa. Aún más sorprendente era el hecho que todas estuvieran demasiado ocupadas para acompañarla a Somerset House al mismo tiempo.

—Por eso todas estaban ocupadas ayer. —Juliana estaba maravillada—. Ustedes dos, Rachael y las ladies A., B. y C., estaban todas juntas, descubriendo todo esto.

—Brillante deducción —murmuró Corinna sarcásticamente, antes de dirigirse hacia sus primas—. Entonces, su madre no tenía asma.

—No, ella no la tenía. Eso fue solo una excusa. —Claire sacó un pañuelo de su manga y se sonó la nariz, porque estaba abrumada por la emoción, no porque estuviera sollozando—. Por favor, no le digas a Rachael que ya lo sabes. ¡Estaría mortificada!

—¿Por qué? —preguntó Corinna—. Nada de esto es culpa suya. ¿Piensa tan mal de nosotras que cree que el engaño de tía Georgiana cambiaría nuestros sentimientos hacia ella?

—Me temo que no está pensando en absoluto en este momento. —Claire se cruzó de brazos sobre su corpiño de amatista y dirigió una mirada familiar a su hermana—. Lo mismo para ti, Elizabeth, ¡otra vez!

Elizabeth también sollozó.

—Lo lamento.

—Prometemos no decírselo a nadie. —Corinna volteó hacia Juliana—. ¿No es así?

Juliana extendió la mano para tocar los brazos de sus primas y tranquilizarlas.

—Amamos a Rachael y estamos encantadas que haya encontrado más familia a quien amar. ¿Y te das cuenta que mi marido James es su primo hermano? ¿Qué tan asombroso es eso?

Juliana parecía sincera, pero Corinna no pudo evitar notar que en realidad no había prometido no contarle. Sospechaba que su hermana tenía los dedos cruzados mentalmente. Había algo en su tono, tal vez un escalofrío de alegría, que hizo que Corinna estuviera segura que ya estaba planeando su próximo movimiento.

Después de todo, Juliana era una entrometida nata y sin duda pensó que esta noticia era sensacional para todos los involucrados. Para sus primos, por supuesto, y también para Lady A., que había echado mucho de menos a su hija menor y ahora por fin tenía nietos. Pero sobre todo para Griffin y Rachael, porque la nueva felicidad de Rachael acercó mucho más a Juliana a su objetivo de verlos a los dos juntos como pareja.

Corinna no tenía ninguna duda que Juliana lograría ese objetivo, porque su hermana no solo era una entrometida nata, sino que también era irritantemente buena, y cualquiera con dos ojos en la cabeza podía ver que Rachael y Griffin estaban juntos. Al igual que ella, Corinna pertenecía a Sean.

Sean, por supuesto, era “esa persona determinada” porque Juliana creía que ellos también debían estar juntos. Había hecho natillas de naranja para darles amor. Independientemente del hecho que sería ineficaz, eso era una intromisión, y Corinna estaba segura que Juliana tenía muchas más intromisiones planeadas.

Pero por primera vez en su vida, se encontró esperando que la intromisión de Juliana funcionara.

Juliana se mantenía increíblemente engreída, por supuesto, pero eso le ahorraría a Corinna tener que revelar que Sean había posado para ella. Por lo tanto, valdría totalmente la pena soportar un montón de engreimiento.

Cincuenta y nueve

El funeral de un conde tenía poco parecido con las sencillas ceremonias realizadas por un vicario rural, como el padre de Sean. Lord Lincolnshire iba a ser enterrado en la Abadía de Westminster, el viernes, y Sean también había organizado una recepción en Lincolnshire House para después.

Poner todo en su lugar tomó la mayor parte del día, y ya era tarde cuando subió las escaleras hacia el estudio en la buhardilla, con la esperanza que Corinna no estuviera esperándolo ya. Una pequeña parte de él no podía esperar a verla, pero la mayor parte temía su llegada. Necesitaba unos minutos para prepararse, y estar listo para lo que iba a venir.

Aunque no tenía por qué hacer esto, él lo sabía. Había otras salidas más fáciles. Pronto se revelaría la verdad, ya que Hamilton debía estar en la ciudad para las votaciones en la Academia, y tampoco perdería el tiempo en reclamar su nuevo título. Una vez que eso sucediera, la sociedad le dejaría claro a Corinna que Sean era inaceptable. O podría permitir que su hermano le explicara los hechos. Pero él no era un hombre que esperaba que otros hicieran el trabajo sucio. Todavía tomaba un martillo, si veía la necesidad en un sitio de construcción, y tampoco dejaría esta tarea a otros.

Y tenía que despedirse. Necesitaba decirle a Corinna cuánto deseaba que las cosas fueran diferentes. Había traído algo para que ella lo recordara, y lo haría primero, mientras ella todavía tuviera la mente lo suficientemente lúcida como para ser capaz de entender lo que significaba. Quería un último beso y deseaba, por última vez, escuchar su dulce voz femenina.

Al llegar, a lo alto de la escalera, abrió la puerta de la buhardilla y en su lugar escuchó una áspera voz masculina.

—¡Vete!

—¿Le ruego me disculpe? —Pensando por un momento que debía haber entrado en el edificio equivocado, Sean dio un paso atrás. Luego parpadeó cuando el hombre se volvió hacia él, pincel en mano—. ¿Hamilton? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Trabajando.... Tenía pensado alquilar este espacio, si lo recuerdas, así que lo considero mío. —Señaló un gran lienzo sobre el caballete, donde ya estaban tomando forma los elementos esenciales de una escena—. Las cataratas con la Señora de la Cascada visible en el imponente chorro... Inspirado, ¿no? ¿Qué opinas?

Sean cerró la puerta detrás de él.

—Creo que debiste regresar hace semanas.

Hamilton simplemente se encogió de hombros.

—Llegué hoy temprano, a tiempo para votar sobre las presentaciones para la Exposición de Verano. —Volvió a su lienzo y comenzó a agregar niebla, que se elevaba al pie de las cataratas—. Te dije que lo haría.

—También me dijiste que tu tío moriría en unos días.

—¿No fue así?

—No... hasta esta mañana.

Como era de esperar, Hamilton no mostró ninguna emoción, ante la noticia del fallecimiento de su tío. Pero no mantendría la calma por mucho tiempo, no una vez que escuchó lo que había sucedido desde que abandonó la ciudad.

Hacía tiempo que Sean se había resignado al hecho que todo esto fue en vano. Sin

embargo, lo que más lamentaba Sean, no era no haber estado al tanto de la llegada de Hamilton, más bien era no haber hablado con el hombre, antes de la selección para la Exposición de Verano. No se había dado cuenta que la misma tendría lugar el día después de la fecha límite para presentar las presentaciones.

—¿Votaste por el cuadro de Lady Corinna Chase? —preguntó con un suspiro.

—¿Quién diablos es Corinna Chase?

—La mujer que conocimos en el Museo Británico. La que dijo que quería pintar retratos.

—No la recuerdo. Y no tengo la menor idea. Como siempre, voté por mis favoritos sin mirar el nombre de ningún artista. —Añadió más niebla—. Todo el procedimiento resultó muy tedioso. No menos de catorce rondas, antes que se decidiera la selección final, y todo el tiempo lo único que quería era trabajar en esta pintura.

—Era un retrato de Lincolnshire. Sentado en un banco de Berkeley Square, sosteniendo un libro...

—No recuerdo nada parecido. En cualquier caso, no habría reconocido al viejo bastardo. No lo he visto desde que era un bebé...

—Por favor, era el gemelo idéntico de tu padre. Y ella lo pintó luciendo más joven, probablemente, muy parecido a como recuerdas a tu propio padre.

—No vi ningún retrato de mi padre, Delaney. Y en general voté por muy pocos retratos, ya sabes, prefiero los paisajes. —Habiendo terminado de agregar la niebla, pintó hábilmente un poco de agua rociando hacia arriba.

—Sin embargo, mi lienzo favorito —reflexionó contemplativamente—. Resultó ser un retrato. No estoy seguro si llegó al montaje final, puede que no, porque era muy inusual. Un estudio sensual de un hombre de cabello dorado, escandalosamente desnudo y bañado por la luz de las velas. Henry Fuseli también quedó bastante cautivado.

Ciertamente, ese no era el de Corinna. Lo que significaba que Sean había terminado con esta discusión.

—Nada salió como dijiste, Hamilton. Nada salió según lo planeado.

El hombre ladeó la cabeza y luego añadió una pizca de blanco a una mancha marrón en su paleta.

—¿Qué pudo haber salido tan mal? —preguntó, mezclando los colores ociosamente.

—Todo —dijo Sean en tono entrecortado—. Para empezar, todo Londres cree que soy tú.

—¿Qué? —Logró captar su atención finalmente y Hamilton giró para mirarlo—. ¿Cómo diablos pasó eso?

—Lincolnshire me pidió que lo llevara a un baile y me prometió mantener mi identidad en secreto. Mi identidad, como tú lo entiendes. Una vez allí, sin embargo...

Fueron necesarios unos buenos cinco minutos para explicarlo todo. En esos cinco minutos, durante los cuales Hamilton dejó su paleta, se dejó caer pesadamente en el sofá raído, y finalmente e inevitablemente, explotó.

—¡Maldito hijo de perra! ¡Te ordené mantener feliz al anciano y mantenerte completamente alejado de la sociedad! Dado que no cumpliste tu parte del trato, que me condenen si no cumplo la mía. ¡Deirdre nunca verá su divorcio! Dará a luz al próximo conde de Lincolnshire, aunque sea lo último que haga... y, con un poco de suerte, ¡morirá al dar a luz! Y así será.

Sean no esperaba menos. Tampoco se sorprendió cuando Hamilton salió del estudio.

Resignado, se quitó el abrigo y la corbata, desabrochándose el botón superior de la camisa. Finalmente, se sentó lentamente en el sofá para esperar a Corinna.

Sesenta

—**CORINNA** —dijo Sean, cuando entró.

Era Corinna. Nadie más. Él se levantó del destartelado sofá y caminó hacia ella, quien pudo ver la tristeza grabada en su rostro y el cansancio en sus ojos. Él mismo parecía maltrecho, sin abrigo, con la camisa negligentemente desabrochada y el pelo despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él mismo, una y otra vez.

—Lord Lincolnshire se ha ido, ¿no? —dijo en voz baja, pero en realidad, eso no era una pregunta—. ¿Te quedaste despierto toda la noche con él antes que falleciera?

La respuesta de Sean fue física, no verbal. Él se acercó y la tomó en sus brazos. Permanecieron así durante mucho tiempo, con los ojos de Corinna cerrados y la oreja pegada a su pecho, donde su corazón latía constantemente, a través de la fina tela de su camisa.

—No sé qué pasó con tu cuadro —dijo finalmente con un tono de voz sombrío.

—¿Algo pasó? —preguntó ella, confundida.

Ella sintió más que verlo negar con la cabeza.

—Hamilton regresó y votó, antes que yo pudiera conversar con él, por lo que tampoco habló con ninguno de los otros miembros del comité sobre usted. Y dijo que votó principalmente por los paisajes.

Ella abrió los ojos y su mirada se posó en un gran lienzo apoyado en el caballete. Era la escena de una cascada. Una prueba del regreso de Hamilton. Aunque estaba inacabada, la pintura era impresionante... pero el egoísmo de su creador la hacía fea para ella.

Y no le importaba cómo hubiera resultado la votación, no por ahora. Tal vez mañana le importaría, pero ahora todo lo que importaba estaba aquí, en sus brazos. El hombre que amaba estaba sufriendo.

—No es importante, Sean. Pase lo que pase, será así.... —ella suspiró y se alejó—. Se acabó. Sé que estás triste porque Lord Lincolnshire se ha ido, y yo también. Pero, ahora puedes recuperar tu vida y eso es bueno, ¿no? La tristeza pasará y podrás volver a lo que hay que hacer y...

No se atrevía a decir que ahora podrían tomar medidas para estar juntos. Aunque ella estaba segura que él la deseaba, todavía no le había pedido que se casara con él.

—Corinna. *Críona*. Necesito hablar contigo. Pero, primero quiero darte algo —expresó, metiendo la mano en un bolsillo. Sacó una fina cadena de eslabones con un colgante adjunto, pero ella no tuvo la oportunidad de observar cómo se veía, antes que él tomara su mano y le pusiera el collar en la palma, cruzando sus dedos alrededor de este—. Es solo plata. Mi familia nunca pudo permitirse el lujo de comprar nada hecho de oro. Ahora tengo dinero para comprarte algo más adecuado a la posición de tu familia: oro y diamantes, rubíes o perlas... pero, quería que tuvieras esto.

Él todavía sostenía su mano con ambas manos apretadas alrededor de ella. Sus manos se sentían cálidas y lo que fuera que había dentro de su puño se sentía duro pero delicado.

—¿Esto pertenece a tu familia?

—Durante cien años o más. —Sus palabras líricas llegaron más lentas de lo habitual y su voz era un poco áspera, cuyo sonido hizo que su corazón se acelerara—. Era de mi madre y de mi abuela, antes que ella, y así desde hace generaciones.

—¡Oh! Entonces debería ser de Deirdre ahora, ¿no?

—Quiero que lo tengas —repitió, soltándola—. Échale un vistazo, Corinna.

Lentamente, ella abrió la mano y sacó el collar, levantándolo por la cadena para que el colgante quedara en la parte inferior. Vio un símbolo, eran dos manos sosteniendo un corazón de piedra, rematado por una corona tachonada de algunas gemas diminutas.

—No son diamantes —él le dijo—. Solo marcasita. No puedo decirte de qué está hecho el corazón porque no lo sé.

—Es verde —ella dijo con una suave sonrisa—. Como tus ojos.

—¿Lo es? Nunca lo supe. Pero, te puedo asegurar que no es una esmeralda.

—No, no lo es, porque es opaco. Y de todos modos no me importa de qué esté hecho. Es hermoso. Y es tuyo. —Cualquier cosa que Sean le hubiera regalado habría sido hermosa para ella, por supuesto, aunque realmente, esto era algo muy bonito—. ¿Tiene algún significado especial? ¿Más allá del hecho que se ha transmitido de generación en generación?

—Así es, sí. Se llama Claddagh. Las manos significan amistad, la corona... lealtad y el corazón... amor. Es todo lo que siento por ti, *a rún*, todo lo que hay en mi propio corazón.

A rún significa “mi amor”, ella lo recordaba, y él también había dicho “amor” en el idioma de ella.

—¡Oh! Sean. Es perfecto. —Las lágrimas brotaron de sus ojos—. Mucho mejor que los diamantes o el oro.

Él la amaba. Ella lo había pensado desde hacía algún tiempo, pero escuchar las palabras lo hizo más real.

—Yo también te amo. Te amo tanto que siento que voy a estallar, como si no pudiera contenerlo todo dentro de mí. ¿Me pondrías esto?

Ella dio la vuelta y él le colocó la cadena alrededor del cuello y sus cálidos dedos rozaron su nuca. Cuando ella se giró, él acunó su rostro entre sus manos y bajó los labios para encontrar los de ella. Fue un beso largo pero suave, sincero y profundo, el beso más tierno que ella jamás había recibido, y no presionó para que fuera algo más, porque sabía que él estaba sufriendo.

Cuando él retrocedió, sus ojos ardieron con tanta intensidad que ella contuvo el aliento en una reacción.

—Necesitamos hablar ahora —él dijo—. Sentémonos.

—Está bien. —De repente, sintiéndose aprensiva, caminó unos pocos pies hasta el sofá y se sentó. Él se dejó caer a su lado, inclinándose para poder verla—. ¿Qué es?

Él le tomó ambas manos.

—Corinna. *Críona*. —Su voz se quebró al oír la palabra irlandesa y ella lo vio tragar saliva—. Lincolnshire me contó una historia el viernes pasado. Parece que fue hace tanto tiempo, ¿no?

Ella asintió. Su corazón latía con amor o temor, o tal vez una mezcla de ambos. Hoy era solo martes, pero la noche del viernes, la noche que ella había pasado en sus brazos, parecía hace mucho tiempo.

—Era una historia sobre su hermano gemelo, el padre de Hamilton, y por qué lo envió a Irlanda —comenzó.

Y entonces todo se derramó.

Ella escuchó en silencio, asimilando todo, hasta que él terminó. Al final, sus manos apretaron las de Corinna con tanta fuerza, que a ella le dolieron sus propias manos.

—Corinna. ¡Eso me pasará ahora! Habiendo personificado a Hamilton, no hay ninguna posibilidad que alguna vez sea aceptado en la sociedad.

—¡Oh, cielos! —Ella sabía que él tenía razón. La alta sociedad no vería con buenos ojos

a un hombre que hubiera engañado a Lord Lincolnshire—. ¿Por qué no pensé en eso?

—Yo tampoco pensé en eso. Siempre supe que, al perpetrar este engaño, Hamilton estaba arriesgando su reputación como artista. Incluso le advertí de eso y temí que, si sucedía, tomaría represalias negándose a liberar a Deirdre. Pero nunca consideré cómo me afectaría personalmente. Quizás porque no pensé que importaría. Al no ser parte de la sociedad, no me importaba lo que pensarán de mí... no hasta que me enamoré de ti.

—¡Oh! Sean. —Ella saltó la pequeña distancia entre ellos, envolviendo sus brazos alrededor de él, hundiendo su nariz en la curva de su cuello, donde podía inhalar su cálido aroma masculino.

—Yo también te amo —le dijo de nuevo con las palabras amortiguadas contra su piel—. Estaba esperando para decírtelo. Todo fue tan complicado. Pero ahora se acabó y lo solucionaremos. Será difícil, pero...

—Corinna. No lo entiendes. —Le desató los brazos y la apartó, lo suficientemente lejos como para mirarla a los ojos y capturarlos con su convincente mirada esmeralda—. No puedo casarme contigo. No hay nada que desee más en el mundo, pero es imposible.

—No... ¡Esto no puede ser! Esto no fue tu culpa. ¡Ni siquiera quisiste hacerlo! Lo hiciste por tu hermana y por Lincolnshire... lo hiciste a él feliz. No deberías sufrir, no deberíamos sufrir porque hiciste lo correcto.

—No digo que haya hecho algo incorrecto. Hice lo único que pude. Pero, nadie prometió jamás que la vida sería justa. La gente de su círculo social no va a tolerar que le mienta a un hombre tan respetado ni jamás me perdonarán por haberlos engañado.

—¡No me importa! No necesito a la gente de mi círculo social. ¡Te amo! Quiero estar contigo. Si no te perdonan, si nos hacen la vida aquí demasiado incómoda, nos iremos a Irlanda...

—Tu arte sería rechazado sin importar dónde lo hicieras. Nunca serías admitida en la Real Academia.

—Compartir mi vida contigo es más importante que la Real Academia. A mí tampoco me importa eso.

—¡Me importa! —Él la acercó de nuevo y capturó su mirada una vez más—. Y si te casas conmigo, Corinna, tú y yo no somos los únicos que quedaríamos excluidos de la sociedad. Tu familia también sería condenada al ostracismo.

Un agujero se abrió en su interior, robándole el aliento.

Alexandra y Juliana, Griffin y Rachael, Frances y los primos... si se quedara con Sean y asumiera las consecuencias, ellos también serían rechazados por toda la sociedad.

Ella no podía hacerles eso.

Estaba dispuesta a renunciar a sus sueños personales, a cambio de Sean, a condenarse a una vida separada de todo lo que había conocido. Eso sería artístico... salvaje, apasionado y romántico. Sin embargo, no podía llevarse a su familia con ella.

Sería más egoísta que Hamilton, si hiciera eso.

Su corazón se partió y pudo ver en los ojos de Sean que él sentía lo mismo. Su abrumadora tristeza, su asombroso cansancio, su apariencia maltratada... entendiendo todo eso ahora, sintiéndolo ella misma, se movió hacia sus brazos.

Se abrazaron, lo hicieron durante mucho, mucho tiempo, envueltos en un capullo de angustia, mientras los sollozos atormentaban su cuerpo y la desesperación reclamaba su alma.

Y luego, cuando Corinna había llorado hasta secarse y no quedaba nada dentro de ella, excepto un vasto y doloroso vacío, él la acompañó a su casa en silencio.

Sesenta y uno

A medida que la tarde del viernes se convertía en noche, Corinna estaba sola en el salón amarillo de Lincolnshire House, luciendo un vestido negro que combinaba con su estado de ánimo.

Voces emocionadas llegaban desde el abarrotado salón, donde se estaba celebrando una recepción tras el entierro de Lord Lincolnshire. Más murmullos llegaron desde el vestíbulo de entrada, donde la multitud se desparramó. Las damas rara vez asistían a los funerales, por lo que Sean había organizado la recepción para que las mujeres del círculo social del conde tuvieran la oportunidad de presentar sus respetos.

Apostaría a que él no había previsto tal enamoramiento. Él no era parte de eso, por supuesto, y a ella le habían dicho que él tampoco había asistido a la ceremonia. La recepción debería haber sido una reunión educada, con los invitados de voz suave y sobrios en lugar de emocionados. Pero las lenguas se habían estado moviendo desde esa mañana, cuando John Hamilton se presentó en la Abadía de Westminster y anunció que él era el próximo conde de Lincolnshire.

Como era mujer, Corinna no había estado presente para ver eso, pero había oído todo sobre ello. Los hombres que asistieron al funeral quedaron asombrados, por no decir menos. El nuevo Lord Lincolnshire les había informado que el nombre de su impostor era Sean Delaney, y la reputación de Sean había quedado destrozada, incluso antes que comenzara la recepción.

Tal como él había predicho, pensó ahora con un suspiro apesadumbrado.

Durante los últimos dos días, líneas de las novelas de Minerva Press habían pasado por su cabeza de manera molesta e incesante. Pamela, pensando que: *“la vida no es vida sin la de su amado”*. Ethelinde, decidiendo que: *“la esperanza parecía estar excluida de su corazón”*. Y en *Los descendientes de la abadía*, Amanda había llorado, *“ya que la mano del destino está en contra de la unión, y ¡debían separarse para no encontrarse más nunca!”*

Pero aunque sabía que Sean tenía razón y que no había manera que ellos pudieran estar juntos, una pequeña parte de ella debía haber albergado esperanzas, porque de alguna manera había logrado pasar esos dos días sin desmoronarse por completo.

Se sumergió en su arte, encerrándose en su habitación y arreglando el retrato de Lord Lincolnshire. Eso le había impedido pensar demasiado y enfrentarse a su hermano o a cualquier otra persona. El cuadro estaba terminado y ella lo había traído esta mañana, mientras Griffin estaba en el funeral.

El mayordomo de la casa de Lord Lincolnshire, el señor Higginbotham, elogió mucho el retrato y prometió encontrar un lugar donde colgarlo de inmediato. Sin darse cuenta, en ese momento, de los problemas que se estaban gestando en la Abadía de Westminster, también elogió al “señor Hamilton”, diciéndole que cada miembro del personal había recibido cartas esa mañana con detalles de sus nuevas asignaciones, que comenzarían el lunes.

Después de que ella se fue, el señor Higginbotham colgó el retrato en el salón amarillo, en la pared detrás del sillón, donde Lord Lincolnshire estaba sentado cuando Corinna se ofreció a pintarlo por primera vez. Lo miró ahora, pensando que parecía el lugar adecuado para ello. Por encima de esa silla, casi parecía como si el querido conde todavía estuviera sentado allí.

El retrato estaba montado junto a un Rembrandt, y debería haber sido emocionante ver uno de sus propios cuadros junto al de un reconocido maestro. Sin embargo, ella no tenía la

capacidad de sentirse emocionada cuando todo lo demás había salido tan mal.

Incluso el señor Higginbotham ahora estaba escandalizado. Unos minutos antes, cuando ella le preguntó dónde encontrar el cuadro, él estaba farfullando de indignación. A partir de ese día, Sean sería rechazado por la sociedad, y eso significaba que nunca podría volver a verlo sin arruinar a su familia. Eso parecía lo único que importaba. Aún no sabía si su retrato había sido aceptado para la Exposición de Verano, pero eso ya no le importaba.

—¿Corinna?

Al escuchar pasos detrás de ella, dio la vuelta y vio a Griffin entrar en la habitación, sosteniendo un vaso de licor del color del pigmento siena crudo.

—¿Qué estás haciendo aquí sola? —Se detuvo frente a ella y su mirada se desvió hacia la pintura sobre su cabeza—. ¿No es ese el retrato que hiciste de Lord Lincolnshire?

Cuando ella no respondió, él volvió a mirarla.

—Pensé que lo habías enviado para la Exposición de Verano.

—Obviamente no lo hice. Envié algo más.

—¿En serio? —Mientras bebía, parecía curioso—. ¿Qué?

“*Una imagen del hombre que amo, aquel que he perdido*”. Ese pensamiento le provocó una oleada de dolor. Como no podía decirle a su hermano que amaba a Sean, arremetió contra él.

—¿Por qué debería importarte lo que envié? ¡Lo único que te preocupa es casarme!

—Eso no es cierto, Corinna. Lo único que me preocupa es tu felicidad. ¡Quiero verte feliz!

Él parecía herido y eso la hizo sentir aún más lastimada.

—¡Bueno! Tienes una forma extraña de demostrarlo —gritó, con lágrimas inundando sus ojos.

Ella no podía soportar esto más. Nada de eso.

Pasó junto a él y salió corriendo de la habitación hacia el vestíbulo de entrada. La gran zona con columnas estaba repleta de gente vestida de negro, quienes chismorreaban y bebían el contenido del bar de licores de Lord Lincolnshire, mientras vilipendiaban al hombre que ella amaba.

Sus rostros se volvieron borrosos, cuando ella se dirigía hacia la puerta principal, con su hermano pisándole los talones.

Sesenta y dos

—¡**GRIFFIN!** —**RACHAEL** dijo, mientras le acercaba un vaso—. ¿A dónde vas?

—¡Voy por mi hermana! —Habiendo pasado ya por Rachael, se abrió paso entre la masa de invitados—. Voy a casa...

Rachael lo vio seguir a Corinna corriendo y luego se quedó allí un momento, sintiéndose un poco aturdida. Se llevó el vaso a los labios y tomó un sorbo, esperando que lo que había en él fuera reconfortante.

Brandy. El mismo le quemó un camino hasta la garganta y sintió calor en el estómago.

Ella tomó otro sorbo.

Juliana se acercó.

—¿A dónde se fue Griffin?

—Fue tras Corinna. Creo que estaba preocupado por su bienestar. Parece más responsable de lo que recuerdo.

Su prima sonrió.

—Parece que te gusta mucho más que antes.

Rachael se encogió de hombros, casualmente, esperaba eso.

—Supongo que ha cambiado con los años.

—Sí, lo ha hecho. Ahora sería un marido excelente, ¿no lo crees?

—Para otra persona —aclaró Rachael con cautela.

—Para ti... Creo que ustedes dos se llevarían maravillosamente bien, los dos juntos.

—Él es mi primo. ¡Sabes que no me casaré con un primo!

—Rachael...

Juliana desvió la mirada, recorriendo el abarrotado vestíbulo de entrada. Su marido estaba hablando con Alexandra y Tristan, y las hermanas de Rachael y Noah estaban en el salón. Aparentemente satisfecha que nadie importante estuviera mirando, tomó a Rachael del brazo y la llevó a la habitación que Griffin y Corinna habían abandonado.

—Conozco tu secreto —lo dijo en voz baja.

Sintiéndose sorprendida, Rachael luchó por parecer normal, mientras bebía más brandy.

—¿Qué secreto?

—Sé que John Chase no era tu padre —dijo Juliana suavemente—. Y sé que eres la nieta de Lady A.

Aunque Rachael se relajó un poco, y esto no era solo por el brandy. Aparentemente, su prima no sabía que su verdadero padre había cometido traición, o seguramente, también lo habría mencionado, porque si había algo que le encantaba a Juliana era un secreto jugoso como ese.

Y supuso que no era tan terrible que la gente supiera el resto. Después de todo, su madre estaba casada cuando ella fue concebida. No era que Georgiana hubiera estado embarazada de una hija bastarda, al casarse con el conde de Greystone. Y aunque era una decepción que ella no era hija de sangre de John Chase, ser nieta de Lady A. era una alegría.

Aún así, todo permanecía en secreto.

—¿Quién te lo dijo? —ella preguntó.

—No significa nada. Fue un accidente. No fue intencional, y la persona de la que me enteré no te deseó ningún daño. Pero, Rachael, yo... bien, me doy cuenta que quieres que esto se mantenga en secreto, pero pensé que sería mejor revelarte que lo sé, porque hay algo que

aparentemente no sabes. O aún no te has dado cuenta.

Juliana hizo una pausa para lograr su efecto, o tal vez para darle a Rachael un momento para asimilar lo que ya había dicho.

Lo que dijo a continuación parecía algo confuso.

—No eres prima de Griffin.

Rachael no había pensado mucho en eso, pero era verdad, por supuesto.

—Sé que no estamos relacionados con sangre, ya que en realidad no soy una Chase, pero...

—Pero, ¿qué?

—Él todavía es familia. Griffin es Griffin. Mi primo. Crecimos juntos.

—¿Por qué debería importarte eso? No hay riesgo que ustedes dos conciban un hijo, dañado como tu primo Edmund, y ese era el problema, ¿no? No tendrías que preocuparte por tener un hijo así con Griffin.

Ella tampoco había pensado nunca en eso. Dos años atrás, cuando Griffin regresó a casa por primera vez de la caballería, se quedó atónita por lo mucho que había cambiado. Era guapo como el pecado personificado, recordó haberlo pensado así. El joven imprudente y desgarrado, que ella recordaba, se había vuelto alto, moreno y musculoso, y la repentina fuerza de atracción que había sentido la había sacudido. Pero se había dicho a sí misma que él era su primo, sin saber nada diferente, en ese momento, y en aquel entonces, eso era todo.

Sin embargo, ahora, eso no lo era todo, ¿cierto?

—¡Oh, maldita sea! —dijo finalmente en voz baja—. He sido una maldita idiota.

—Todos lo somos a veces. —Juliana la tranquilizó.

No obstante, Rachael no estaba escuchando. Le había arrojado el vaso a Juliana, y sus faldas negras crujieron, mientras salía corriendo de la habitación.

Sesenta y tres

—¿**NO PUEDO** simplemente estar triste por la pérdida de Lord Lincolnshire?

—No es para estar tan triste. Has estado escondida en esta habitación desde el martes. —Griffin miró a su hermana acostada en su cama de espaldas a él. Tenía las rodillas pegadas al pecho. No podía ver su rostro, pero no le pareció triste.

Peor aún, ella estaba devastada.

—También extrañaré al viejo —añadió—, pero tiene que ser más que eso.

Ella lanzó un suspiro tan patético que le rompió el corazón.

—Está bien, es más que eso —admitió con lágrimas en la voz—. El comité de la Exposición de Verano juzgó el martes y mi pintura no fue aceptada.

—¿Has recibido una carta informándolo?

—No. Aún no. La exposición no abrirá hasta el primer lunes de junio, y hasta que el comité de colgado haya terminado de colocar todas las selecciones en las paredes, algunas piezas pueden estar en duda. Así que no esperaré una carta todavía.

—Entonces... son buenas noticias —le dijo, tratando de animarla—. La aceptación debe ser al menos una posibilidad. Seguramente, ya habrían enviado una carta, si la respuesta fuera un no rotundo.

—No lo sabes. Y he oído que el señor Hamilton, quiero decir, Lord Lincolnshire —pronunció esto con gran disgusto—. No votó por ningún retrato.

—No es el único hombre en el comité.

—No, hay otros ocho, dos de los cuales aborrecen a las pintoras. A otros tres no les gustó mi retrato de Lord Lincolnshire y dos más no me dieron ninguna opinión.

—Así que lo intentarás de nuevo el año que viene. —Griffin se sentó en el borde de la cama y le frotó la espalda—. Tal vez deberías firmar el nombre de un hombre la próxima vez.

Ella dio la vuelta y la mirada que le lanzó lo convenció que había sido un mal momento para decir un chiste.

—Lo siento —murmuró rápidamente.

Ahora que él podía verlo, ese rostro surcado de lágrimas lo hacía sentir como un completo fracaso como hermano. Él sabía que su arte era importante para ella, pero, sinceramente, no sabía que significaba tanto como para que un revés temporal la aplastara tanto. No podía recordar que ella hubiera estado tan angustiada antes, ni siquiera las dos veces que él había tomado permisos breves para volver a casa cuando sus padres habían muerto.

—Sé que esto es importante para ti —dijo con cuidado—. Y lamento si sientes que he descartado tu arte, mientras intentaba encontrarte un marido. Esa no era mi intención. Solo he estado un poco... concentrado. Apparentemente demasiado concentrado. Prometo no hacer eso de ahora en adelante, ¿de acuerdo? No te presionaré con pretendientes. Cuando veas a un hombre que te interese, házmelo saber y...

—Déjame en paz, Griffin —gruñó.

—Pero...

—Ahora.

—Muy bien. —Se levantó y retrocedió, con las manos en alto a la defensiva—. Lo siento, Corinna, de verdad que lo siento. Pero desearía que me creyeras cuando digo que quiero verte feliz.

Girando para alejarse de él nuevamente, dijo:

—Lo sé —con una vocecita pálida.

Él supuso que era lo mejor que podía esperar por ahora.

“Hice todo lo que pude”, reflexionó, mientras salía, cerrando suavemente la puerta entre ellos. “Lástima que eso no fue lo suficientemente bueno”. Volvió hacia la puerta, golpeándose la frente contra la madera pulida y presionándola con fuerza.

Nunca entendería a las mujeres ni descubriría qué las motivaba. Tampoco sería capaz de descifrar sus estados de ánimo. Se sentía mal por haber tomado a la ligera el arte de Corinna y le prestaría más atención en el futuro. Haría un mayor esfuerzo para demostrarle que se preocupa por ella y ayudarla a avanzar en su carrera, si pudiera encontrar una manera de hacerlo. Pero también estaba seguro que encontrarle un marido, alguien a quien amar, mejoraría su carácter.

O al menos, haría que otra persona se encargara de solucionar esto.

Volvió a golpear la cabeza contra la madera.

—Griffin. —Escuchó de cerca—. ¿Estás bien?

Era una voz baja y sensual que le resultaba demasiado familiar.

Se enderezó y giró para ver a su dueña, encontrándola parada allí con un vestido negro que debería haberla hecho lucir monótona, o menos atractiva de lo habitual. Pero no fue así. Tenía un escote amplio que dejaba al descubierto gran parte de sus hombros y crujía cuando ella se acercaba, y el corpiño abrazaba sus seductoras curvas. Llevaba el pelo recogido formalmente para la recepción en Lincolnshire House, dejando solo unos cuantos mechones castaños sueltos, que caían en suaves ondas alrededor de su rostro.

Tragó saliva y dio un paso atrás, incómodo, chocando contra la puerta de Corinna.

—¿Puedo tener una palabra con usted? —Rachael miró alrededor del pasillo—. ¿En privado?

Él asintió brevemente y abrió el camino hacia su estudio, consciente en todo momento del olor de su llegada, siguiéndolo detrás de él. ¿Esta tortura nunca terminaría? Había encontrado a su abuela, ¿no? Había rastreado sus misteriosos orígenes y descubierto quién había sido de su padre. ¿Qué más quería ella de él? ¿Por qué no estaba con Lady Avonleigh en Lincolnshire House, junto con su nueva y feliz familia?

Después de acompañarla al estudio, cerró la puerta y se dirigió hacia ella.

—¿Qué quieres, Rachael?

Ella parpadeó, sin duda desconcertada por su involuntaria dureza. Pero recuperó la compostura rápidamente. Y cuando ella le respondió, fue en un tono que hizo que una bola de calor le golpeará en el estómago y se extendiera hacia abajo.

—Quiero que me beses.

Con el pulso acelerado, él dudó... hasta que ella se lamió los labios.

* * *

—¿CORINNA?

Sonó un golpe en la puerta cerrada.

—¿Estás bien? —la llamó Juliana.

Corinna podría haber ignorado a cualquier otra persona, pero no había forma de disuadir a Juliana.

—Viviré —murmuró, dándose la vuelta y apoyándose para sentarse en el borde de la cama. Al darse cuenta que estaba agarrando el collar de *Claddagh*, lo metió debajo de la almohada y, con el dorso de la mano, se secó las últimas lágrimas de la cara—. ¡Entra!

Juliana lo hizo, sosteniendo un trozo de papel grueso de color crema con un gran sello rojo roto.

—Ha llegado una carta para ti.

Justo lo que necesitaba ahora, la noticia de su rechazo. Bueno, al menos se acabaría el suspenso.

—¿De la Real Academia?

—Del ex abogado de Lord Lincolnshire. Dirigida a “*El marqués de Cainewood*”. Y luego en el interior dice: “*Milord marqués y Lady Corinna Chase*”.

—¿Qué quiere el abogado? —No era que a Corinna realmente le importara.

—Se te solicita que asistas la lectura del testamento del difunto conde en las oficinas del señor Lawless en Queen Street, el lunes al mediodía.

Corinna se encogió de hombros.

—Lord Lincolnshire probablemente nos dejó una baratija. Uno de sus cuatrocientos jarrones Ming o algo así. ¿Fue por ser amable con él durante sus últimos días?

—No creo que te dejaría a ti y a Griffin un solo jarrón. Dos, tal vez. —Juliana sonrió, en un esfuerzo transparente por levantar el ánimo de Corinna—. Estoy famélica. La recepción en Lincolnshire House está terminando, así que caminé hasta aquí para pedirle al personal que sirviera una cena familiar, antes que el resto de nosotros nos vayamos a casa. ¿Quieres bajar y acompañarnos? ¿Y dónde está Griffin?

—¿Cómo debería saberlo? —Corinna hizo una pausa—. ¿Y cómo llegaste a leer una carta dirigida a Griffin, si no lo has visto?

—Bueno, obviamente —dijo Juliana alegremente—. La abrí.

Sesenta y cuatro

GRIFFIN HABÍA besado a Rachael en su estudio. La había besado en ese lugar. La había besado, mientras la recostaba sobre un largo sofá de cuero, y ahora, unos buenos treinta minutos después, estaba medio tumbado encima de ella, todavía besándola.

La habían besado antes, pero no había nadie que besara como Griffin. Él ponía todo su corazón y alma en un beso. Cuando Griffin la estaba besando, ella estaba completamente convencida que su mente no estaba en nada más que en eso. Sobre nada más que ella. Lo que hacía difícil pensar en otra cosa que no fuera él.

De hecho, esto hacía que fuera difícil pensar en absoluto.

Sus besos pasaron de dulces a cálidos y ardientes, y viceversa. De suaves a profundos, y de apresurados a pausados y frenéticos. Los sentidos de ella estaban dando vueltas y su boca parecía llena del sabor de él: hombre caliente y brandy. Su sangre también parecía llena de él, corriendo por sus venas y marcando un ritmo seductor en sus oídos.

Cuando él finalmente se alejó, luchó por incorporarse sobre sus codos y la miró, todavía le resultaba difícil pensar. Sus ojos eran muy intensos, su sonrisa aturdida un poco torcida, luciendo deliciosa. Colocando una mano detrás de su cuello, acercó su boca a la de ella y la besó de nuevo.

Mucho tiempo después, él se alejó, una vez más, y su cabeza finalmente se aclaró.

Un poco.

—No eres mi prima —murmuró.

—Lo sé.

—Eso significa que podemos casarnos.

Él estaba fuera de ella como un tiro.

—¡Oh, no!

—¿Oh, no? —Obligándose a sentarse, decidió que probablemente se había sorprendido tanto a sí misma como él, al decir eso. Pero, era la verdad.

Quería casarse con Griffin.

Ella lo amaba.

No estaba segura de cuándo se enamoró porque nunca antes se lo había admitido a sí misma. No había podido hacerlo, ya que no superaba el hecho de pensar en él como en un primo. Pero sabía que podía apoyarse en Griffin y depender de él. Más aún, él siempre estaría ahí para ella. Él se lo había demostrado, ¿no? ¿Y no era esta la cualidad más importante para un marido?

Y no le dolió que fuera tan guapo que la dejara sin aliento. Tan alto y delgado, tan viril y masculino, tan bien formado. Sus ojos eran de un color verde hoja tan puro y su mandíbula era tan fuerte y cuadrada, mostrando esa sonrisa ligeramente torcida que era tan atractiva.

—¡Oh, sí! —ella dijo—. Quiero casarme contigo.

—No quieres casarte conmigo —respondió rotundamente, con una pizca de pánico en esos ojos verdes—. Crees que soy un libertino irresponsable.

—Ya no. —O no exactamente. Sí, decía estupideces y, a veces, también hacía estupideces. Tenía sus defectos. ¿Pero qué hombre no era así? Al menos, conocía los defectos de Griffin, sabía en qué se estaba metiendo con él.

Y nunca había sentido esa poderosa fuerza de atracción con ningún hombre excepto con Griffin.

Ella lo amaba tal como era: con sus defectos y todo lo demás.

—Quiero casarme contigo. —Sin embargo, él no estuvo de acuerdo—. Y en serio... ¿cómo puedes rechazarme? Llevas media hora besándome.

Él se puso de pie y apartó la mirada de ella.

—Fueron solo besos, Rachael. Y tú me invitaste. No se puede esperar que un hombre rechace una oferta como esa.

Él no la había besado solo porque ella lo había invitado. Ella podría ser una maldita idiota por no darse cuenta que no había ninguna razón por la que no pudiera casarse con él, pero no era tan inteligente como para no saber cuándo un hombre la deseaba.

Griffin la había estado deseando durante al menos dos años. Un hombre no miraba a una mujer como la miraba ni la besaba como acababa de hacerlo, a menos que la deseara. Y él también la amaba. Ella estaba segura de eso. Bastaba con mirar todos los problemas que se había tomado para encontrar a su familia. Un hombre no se tomaba tantas molestias por una mujer a la que no amaba.

No podía permitir que él se saliera con la suya, diciendo que el tiempo que acababan de pasar en brazos del otro habían sido solo besos.

—¿Me estás diciendo que todos esos besos no significaron nada?

Él volvió a mirarla.

—¡Eso es lo que acabo de decir! ¿no?

¡Oh! Eso había sido demasiado fácil. Ella había hecho la pregunta equivocada.

—¿No los disfrutaste, entonces? ¿Nada de eso?

Él no tenía una respuesta para eso, lo cual no la sorprendió. Estaría mintiendo, si afirmara que no se había divertido.

—Dime, Griffin —dijo arrastrando las palabras, bastante divertida por su creciente malestar—. ¿Aprobarías que un hombre besara a Corinna durante media hora, si no tuviera intención de casarse con ella?

Por supuesto, tampoco podía decir eso sin mentir. Hay que reconocer que no lo hizo.

—No, no lo aprobaría. Pero, ella es mi hermana.

—Bueno, creo que merezco el mismo respeto que tu hermana. —Levantándose del sofá, cogió su bolso—. Así que, a menos que cambies de opinión y declares tus intenciones, confío en que no volverás a besarme nunca más.

Sus labios todavía se sentían tiernos por los besos de esta noche y quería más. Aunque a ella no le preocupaba no conseguirlos. Otro de los defectos de Griffin era resistirse al cambio, pero eventualmente se recuperaría.

Ella pensó que él la estaría besando dentro de una semana.

Él saltó para evitarla, mientras ella se dirigía hacia la puerta. Al llegar, puso la mano en el pomo y miró por encima del hombro.

—¿Asistirás mañana por la noche al baile de Lady Hammersmithe?

—Estoy planeando llevar a Corinna.

Deliberadamente, ella se lamió los labios, esperando una reacción y ocultando una sonrisa. Vio esa señal en sus ojos.

—Entonces te veré allí. —Prácticamente ronroneó, mientras abría la puerta y salía.

Sesenta y cinco

LA ATMÓSFERA en Hampstead era muy espesa, ese viernes por la noche. Tan densa que parecía que él hacía un esfuerzo para respirar. Simplemente, aspirar y sacar aire de sus pulmones parecía consumir todo lo que Sean tenía.

Sentado frente a Deirdre en su comedor, empujó su plato sobre la mesa de caoba.

—No tengo hambre. No he comido en tres días y no tengo hambre.

Su hermana sabía lo que él había perdido. Cuando él le preguntó dónde podía encontrar el collar de *Claddagh*, ella no le había solicitado explicaciones.

—Lo siento por ti, Sean —dijo en voz baja, con los ojos llenos de simpatía.

Pero no quería ser agradable, anhelaba que el calendario retrocediera hasta abril, antes de recibir esa maldita carta de Hamilton. Desviando la mirada, se quedó mirando una pared azul.

—No soy yo quien tiene que volver con un marido al que desprecio.

—Al menos el hombre que amo no está completamente prohibido para mí, como lo está Corinna para ti. Le daré a John un hijo y luego me mudaré con Daniel.

Escéptico, él volvió a mirarla.

—¿Dejarías a tu hijo?

Su barbilla en alto le resultaba muy familiar.

—En lugar de quedarme con John, sí.

—Si tú lo dices —murmuró. Pero él sabía que ella no lo haría. Una vez que tuviera un hijo o una hija, cambiaría de opinión. Hamilton desterraría a Deirdre y a sus descendientes al campo, y ella viviría allí, aburrida, por el resto de su vida.

E incluso si encontrara la voluntad de dejar a su hijo, ¿esperaría Daniel Raleigh uno o dos años, después que ella tuviera un hijo con Hamilton?

Él también lo dudaba.

—Dos cartas, señor. —Entró un lacayo y se las tendió—. Una para usted y otra para la dama.

Con su gran sello rojo, la carta para Sean parecía importante. Cuando el sirviente se fue, rompió la cera y desdobló el papel.

—¿De quién es eso? —preguntó Deirdre.

—Un abogado en Queen Street, Cheapside. Un tal señor Peregrine Peabody. Quiere reunirse conmigo el lunes al mediodía.

—¿Referente a qué?

—Él no lo dice. —Fuera lo que fuese, no podía ser bueno—. Supongo que finalmente sabré quién ha estado husmeando en mis negocios, y qué ha logrado inventar para arruinarme o llevarme a prisión. Y expondré lo que hará falta para demostrar que está equivocado.

Miró el papel doblado que sostenía Deirdre y reconoció que el garabato del exterior era el mismo que el de la maldita carta que había recibido en abril.

—¿Qué quiere tu marido ahora? Su tío no está en la tumba ni medio día. ¿Ese canalla ya te está llamando a tu cama?

Ella rompió el sello y examinó la misiva.

—No es eso.... No... Aún no. Dice que debo asistir a la lectura del testamento del difunto Lord Lincolnshire, el lunes. Enviará un carruaje a buscarme a las once.

—¿Dónde se lleva a cabo la lectura?

—John no lo dice... Solo que el carruaje llegará por la mañana. —Ella levantó la vista del periódico, luciendo nerviosa—. ¿Recuerdas ese baile al que nos llevó Lord Lincolnshire? ¿Qué pasa si alguien que estuvo allí me reconoce como la mujer presentada como tu esposa?

Sean extendió la mano para poner su mano sobre la de ella, en la mesa.

—No espero que los invitados de los Billingsgate estén en la lectura, Deirdre. Probablemente, serán solo tú, Hamilton y ese abogado llamado Lawless.

—No estoy segura que ese abogado alguna vez me haya visto bien. Nunca nos presentaron formalmente.

—Entonces, no tienes nada de qué preocuparte. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Aunque Lawless recuerde haberte visto en Lincolnshire House, eres la esposa de Hamilton. Sobrina de Lincolnshire por matrimonio. No es increíble que estuvieras en el lecho de muerte de ese hombre.

—Así es. —La vio relajarse un poco—. Sin embargo, desearía que pudieras venir conmigo.

—Yo también desearía poder hacerlo —dijo secamente—. Tampoco me presentaron formalmente, pero no tengo dudas que Lawless me vio. Y si no me recuerda, estoy seguro de que Hamilton estará feliz de recordárselo. Y en cualquier caso, no puedo ir contigo porque estaré ocupado el lunes, a esa hora.

Sintiéndose aún más incapaz de respirar que antes, exhaló un suspiro. El ambiente parecía volverse aún más espeso.

—Por la forma en que ha ido mi suerte últimamente —dijo entre dientes—. Probablemente, estaré ocupado... siendo arrestado.

* * *

CUANDO RACHAEL y sus hermanos regresaron a casa, después de la recepción en Lincolnshire House, su mayordomo le entregó un papel doblado a su hermano.

—Una carta, milord.

Con su gran sello rojo, la misma parecía importante.

—¿Qué dice? —Rachael preguntó, mientras el mayordomo cerraba la puerta.

Noah se detuvo en el vestíbulo y se llevó la carta a la frente.

—Mmm. Estoy teniendo una visión. Creo que dice...

—Noah. —Ella lo golpeó con su bolso, sintiéndose mareada. Estaba enamorada y se iba a casar. Griffin iba a estar besándola dentro de una semana. Quizás mañana por la noche—. Ábrela, tonto.

—Si insistes. —Rompió el sello y leyó la página—. Es de un abogado de Cheapside, el señor Lawrence Lawless. Quiere que nosotros asistamos a la lectura del testamento de Lord Lincolnshire, el lunes al mediodía.

—¿Nosotros? —Elizabeth se quitó la pelliza—. ¿Qué quieres decir con nosotros?

—Todos nosotros. —Noah se encogió de hombros y miró hacia arriba—. Está dirigido a nosotros, los cuatro.

Sesenta y seis

—**LLEGAS TARDE** —dijo Juliana cuando Griffin ingresó al baile de Lady Hammersmithe, el sábado por la noche.

—Elegantemente tarde —corrigió, viendo a Rachael hablando con sus hermanas. Llevaba otro vestido ceñido, uno azul zafiro con un escote ancho y bajo, y mangas diminutas, que dejaban sus hombros y la mayor parte de sus brazos desnudos.

—¿Dónde está Corinna?

—Todavía estamos de capa caída. —Volvió a mirar a Juliana—. Puedes culparla por ponerme a la moda. Ella se negó a salir de casa.

—Sin embargo, viniste de todos modos —dijo, pareciendo especulativa—. ¿Por qué es eso?

No estaba dispuesto a decirle que había venido a ver a Rachael. Juliana se entrometería lo suficiente, como para que él la alentara.

—¿No se me permite socializar sin una agenda? —Como ella parecía aún más especulativa, cambió de tema—. ¿Espero que los rumores de esta noche sigan girando en torno a las revelaciones de ayer?

—¿Señor Delaney, quieres decir? En realidad no. La charla de esta noche trata sobre cómo todos han sido invitados a la lectura del testamento de Lord Lincolnshire, el lunes.

—¿Todos?

—Cuando James y yo llegamos a casa anoche, había una carta esperando. Alexandra y Tristan también recibieron una. Como todos los demás hogares de Mayfair, si uno puede creer lo que dicen.

—No había oído hablar de tal cosa.

—La lectura va a ser impactante. —Juliana parecía encantada ante la perspectiva—. Lord Lincolnshire no puede haberle dejado una herencia a todos, así que me pregunto cuál podría ser el motivo.

—Lo sabrás muy pronto. —Miró hacia Rachael, solo para descubrir que ya no estaba—. ¿Has visto a Noah o a alguna de sus hermanas?

—La última vez que me di cuenta fue que Rachael estaba hablando con Claire y Elizabeth. —Ella miró a su alrededor—. ¡Oh! Rachael está bailando ahora... Noah simplemente entró en la sala de refrigerios.

Esa mirada especulativa apareció de nuevo en sus ojos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me preguntaba si ellos también recibieron una carta —dijo casualmente—. Iré a preguntarle a Noah.

Dejando a Juliana, él caminó hacia la sala de refrigerios y luego pasó de largo. Y giró hacia el otro lado del salón de baile, donde ella no podía verlo. No podría importarle menos si sus primos habían recibido una carta. Pero, Rachael estaba bailando...

Bueno, ese era otro asunto completamente diferente.

Se movió inquieto, observando cómo el arrastrado con el que Rachael bailaba la acercaba más, mirándolo pasar una mano lentamente por la parte posterior de su ceñido vestido. Cuando la música terminó y ella hizo una reverencia al arrastrado, Griffin se movió rápidamente para bloquearle el paso fuera de la pista de baile.

—¿Qué estás haciendo, Rachael?

—¿Qué quieres decir con qué estoy haciendo?

—¿Por qué estás bailando?

—Estoy en un baile, si no lo has notado. ¿Qué más debería hacer sino bailar?

—No te recuerdo bailando, en un baile en las últimas dos temporadas, excepto conmigo. Me dijiste que no te gustaba que los hombres te manosearan.

—Bueno, en ese momento, pensé que no. —Mirándolo, ella se lamió los labios—. Pero, cierta experiencia anoche me hizo cambiar de opinión.

—No te toqué anoche —protestó, luchando contra el impulso de tocarla ahora. Él también había querido manosearla la noche anterior, pero, entonces también logró controlarse. Ella era Rachael, por el amor a la bondad. La conocía desde que estaba en la cuna. Ella solo le había pedido que la besara y él no se habría atrevido a hacer nada más.

—Tal vez quería que me manosearas —sugirió—. Se me pasó por la cabeza que podría haber sido divertido.

Apretando la mandíbula, miró hacia otro lado. “¡Maldita sea!” Ella lo acusó de faltarle el respeto y lo único que hizo fue besarla durante media hora, después que ella se lo pidió. Ahora no se le permitía besarla de nuevo, a menos que se lo propusiera primero, pero, “¿está bien si otro hombre la manosea?”

A lo lejos, Juliana llamó su atención. De pie entre un grupo de parlanchines, miró entre Rachael y él, moviendo una ceja especulativa.

—¡En lugar de bailar! —gritó—. ¿Por qué no chismorreas como cualquier otra mujer?

Rachael siguió su mirada.

—No soy Juliana, si no te has dado cuenta.

Ahora lo percibía. Nunca había sentido la tentación de meter la lengua en la boca de su hermana.

—Prefiero bailar a chismorrear —le informó Rachael con picardía—. Especialmente ahora, que estoy buscando marido.

—¿Estás haciendo qué?

—Me escuchas. Como no quieres casarte conmigo, he decidido buscar a alguien que esté dispuesto a convertirme en su esposa. —Los labios que había besado la noche anterior se curvaron en una sonrisa de satisfacción—. Deja de quedarte boquiabierto, Griffin. Te ves mejor con la boca cerrada. Ya no me importa cómo luces...

Ella terminó de hablar y se fue.

Tres minutos más tarde, Griffin seguía allí, y Rachael bailaba con otro hombre. Otro arrastrado. Este parecía estar susurrándole secretos al oído.

Diez minutos más tarde, otro arrastrado la tenía demasiado cerca.

Y diez minutos después, otro arrastrado la hacía reír. ¿Griffin la había hecho reír alguna vez? ¿Con él, es decir, no para él?

Esto se le quedó clavado en la molleja, al verla en brazos de otros hombres. Cuando ella salió de la pista de baile, él la apartó nuevamente.

—¿Por qué de repente quieres casarte?

—Tengo veinticuatro años, Griffin, y desperdicié dos temporadas persiguiendo a mi padre. Estaré en el armario, si no me caso pronto. ¡Eso es lo que decidí!

—No decides simplemente buscar a un marido, Rachael.

—Extraña declaración, viniendo de ti. ¿No es eso lo que has decidido por Corinna?

—He cambiado de opinión. Estoy pensando que sería mejor esperar hasta que se

enamore. Te sugiero que hagas lo mismo, tú misma.

—Me he enamorado —le informó, antes de darse la vuelta con un movimiento de faldas ceñidas y alejarse—. Pero, como tardó veinticuatro años en suceder, no creo que pueda darme el lujo de esperar a que suceda en otro momento. Tienes la boca abierta de nuevo.

Un minuto después, estaba bailando, una vez más.

La boca de Griffin permaneció abierta durante bastante tiempo.

¿Ella lo amaba? Apenas salió de sus labios una palabra que no lo menospreciara. Y si ella lo amaba, ¿por qué diablos estaba bailando con otro arrastrado más? ¿Uno que tuvo el descaro de poner una mano en su delicioso trasero, nada menos? Solo por una fracción de segundo, pero Griffin lo había visto. ¡Quería estrangular a ese hombre!

Juliana pasó tranquilamente.

—Cierra la boca, Griffin —dijo al pasar, con la voz llena de especulaciones. Ella dio la vuelta para caminar hacia atrás y una sonrisa engreída surgió, mientras lo examinaba—. Pareces celoso.

Lo dijo antes de voltear y alejarse.

Ahora, él quería estrangularla.

¿Estaba celoso? ¿Podría él corresponderle el amor a Rachael? Había pensado que lo que sentía por ella era solo lujuria, pero la mera lujuria no debería incitar a los celos. Después de todo, era bastante fácil encontrar a alguien que satisficiera la lujuria. Las mujeres tendían a abalanzarse sobre él.

Y si así era como se sentían los celos, a él no le importaba en lo más mínimo la emoción.

Para cuando Rachael hizo una reverencia al libertino que había tocado su delicioso trasero, Griffin estaba de pie junto a ella.

—Debes haberme entendido mal ayer, Rachael.

Ella se dirigió hacia él.

—¿Cómo es eso?

—No es que no quiera casarme contigo. Simplemente, no quiero casarme contigo, ahora. No estoy listo para tomar una esposa. Por el momento, tengo muchas otras responsabilidades. Estoy bastante preocupado por Corinna. Antes de siquiera pensar en sentar cabeza, necesito concentrarme en casarla... con un hombre al que ella ame.

—Te diré en qué debes concentrarte, Griffin, y eso es crecer. Tienes treinta años. Noah está creciendo y solo tiene veintidós años. Si espero hasta que estés listo, estaré esperando para siempre.

—No estoy pidiendo una eternidad, Rachael. Solo hasta que Corinna se case.

—Corinna no se casará al menos hasta dentro de un año. Ya ha pasado más de la mitad de la temporada y ella aún no ha mostrado interés en ningún hombre. De hecho, tu hermana parece bastante casada con su carrera artística, lo que significa que tal vez nunca se case. ¿Has considerado eso?

Él no lo había hecho, y la idea le infundió terror en el corazón.

Y Rachael no había terminado.

—Si acepto esperar hasta que ella se case, podría terminar siendo una anciana arrugada, y tú seguirás pidiendo tiempo—. Ella sacudió su hermosa cabeza—. Gracias por la oferta, pero no.

—Pero, ¡te amo!

Ella no podía creer que esas palabras hubieran salido de su boca. Sin embargo, después tampoco pudo creer su propia respuesta.

—Lo sé, Griffin. Pero, ¡quiero hijos! Voy a encontrar a alguien que esté dispuesto a

casarse conmigo, mientras todavía pueda concebir. —Ella se puso de puntillas y lo besó en la mejilla—. Te veré en la oficina del abogado de Lincolnshire, el lunes.

Sesenta y siete

CUANDO SEAN llegó a Queen Street, el lunes al mediodía, encontró la calle congestionada por el tráfico y los peatones. Como nunca había visto una vía tan concurrida en Cheapside, se consideró afortunado de encontrar un lugar donde dejar su carruaje, en una caballeriza, a solo dos calles de distancia.

Al regresar, ensayó mentalmente lo que podría decir en la reunión. Al pie de los tres escalones que conducían a la oficina del abogado, se detuvo para revisar la placa colocada junto a la puerta del edificio, para asegurarse que estaba en el lugar correcto.

88 Queen Street
Peabody & Lawless
Licenciados en leyes

Como el señor Peregrine Peabody era el abogado con el que debía reunirse, asintió para sí y se puso en marcha.

Luego, se detuvo de nuevo, ignorando a un flujo constante de personas que subían las escaleras a su lado.

“¿Peabody y Lawless? ¿El abogado de Lincolnshire?”

Su primer pensamiento fue escabullirse. Una citación emitida por el abogado de Lincolnshire era potencialmente mucho peor que ser citado para discutir negocios supuestamente nefastos. Después de todo, sabía que todos sus negocios estaban en alza. No importaba quién lo acusaba y por qué, debería poder establecer su inocencia, incluso si hacerlo pudiera resultar un gran trabajo. Cuando le dijo a Deirdre que hoy podría estar ocupado, siendo arrestado, no lo había dicho en serio.

Pero, ¿había sido un verdadero delito hacerse pasar por Lincolnshire? ¿Había sido citado aquí para ser arrestado?

—¡Sean! —Al subir las escaleras, Deirdre pareció asombrada al verlo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ojalá lo supiera. —Hizo un gesto hacia la placa—. Estas también son las oficinas de Peregrine Peabody.

Otra mujer que subía las escaleras lo miró dos veces y luego se dirigió a él.

—Señor Delaney, ¿no es así? Tienes bastante descaro al aparecer aquí. ¡Mmm! —añadió, empujando la puerta, sin duda para difundir la noticia que él había llegado.

No había nada que hacer. No tenía maneras de escabullirse.

—¡Vamos! —murmuró, tomando el brazo de Deirdre y armándose de valor para enfrentar el fuego.

Sin embargo, en lugar de eso se encontró, cara a cara, con Corinna.

Sesenta y ocho

AL PRINCIPIO, Corinna pensó que Sean era producto de su imaginación. Se suponía que ella no volvería a verlo nunca más, y él especialmente no pertenecía aquí. Pero entonces sus miradas se encontraron, sosteniéndose mutuamente, lo cual la convenció que él era real, y algo inquietante la estremeció.

Era una mezcla de amor, angustia y arrepentimiento.

Verlo la hizo feliz, triste, emocionada y aprensiva, todo en un solo instante. Su mano subió para tocar el collar que él le había regalado, pero no estaba allí, por supuesto. Solo podía usarlo en su habitación por la noche, donde nadie lo vería ni haría preguntas.

Ella se dirigió hacia él.

—Tienes que entrar ahora, Corinna —Griffin apareció, sin darle otra opción, mientras la tomaba del brazo y comenzaba a guiarla por el abarrotado pasillo—. El señor. Lawless está a punto de comenzar y te han ordenado que te sientes al frente.

Ella miró hacia atrás, pero Sean ya estaba perdido entre la multitud. Solo podía esperar que él la estuviera siguiendo.

Cuando Griffin le dijo que todos sus conocidos habían sido invitados a asistir a la lectura, ella pensó que había estado exagerando. No tenía idea de cuántas personas aparecerían. Abarrotaron el gran salón, donde se iba a realizar la lectura, y se extendieron por el pasillo, llenando el edificio hasta la puerta principal. Con todos los cuerpos en el camino, Griffin y ella apenas lograron entrar en el salón.

El señor Lawless era un hombre muy alto y de aspecto muy serio. Sobre un mar de cabezas parlanchinas, Corinna podía verlo desde donde estaba atrapada en la parte de atrás.

—Damas y caballeros —los llamó—. ¡Les pido atención! ¿Podrían las siguientes personas pasar a la primera fila? John Hamilton, el noveno conde de Lincolnshire. Su esposa, Deirdre, la novena condesa de Lincolnshire. Lady Corinna Chase. Y el señor Sean Delaney.

La multitud de repente se separó como el Mar Rojo, dejando pasar a Corinna. Griffin la siguió y se paró en el extremo izquierdo de la primera fila, contra la pared. Corinna notó que el resto de su familia ya esperaba allí. Cuatro sillas en el frente estaban vacías excepto por pequeños carteles colocados sobre ellas que decían “RESERVADO”. Corinna se dejó caer agradecida, en una de estas, y, un momento después, el nuevo Lord Lincolnshire se sentó en la silla de su izquierda y Sean ocupó el asiento de su derecha.

Deirdre se sentó junto a Sean en vez de estar al lado de su marido.

—¿Por qué te convocaron aquí? —Corinna le susurró a Sean.

Él parecía pálido.

—Ojalá lo supiera. Supuse que...

—Damas y caballeros —interrumpió el abogado—. Aunque el octavo Lord Lincolnshire solicitó su presencia, me siento obligado a informarles desde el principio que no todos recibirán parte de la herencia. Por desgracia, si bien era conocido por su generosidad, la generosidad de Lord Lincolnshire no llegó tan lejos.

Hizo una pausa, mientras una risita divertida recorría la habitación.

—Más bien, Lord Lincolnshire les pidió que estén aquí para que sean testigos de sus últimos deseos.

Ahora, en cambio, un murmullo especulativo circuló por la habitación. El señor Lawless

esperó a que eso se calmara, antes de continuar.

—Empecemos. —Se hizo un silencio de suspenso cuando levantó un gran documento y empezó a leerlo—. *“Yo, Samuel Hamilton, octavo conde de Lincolnshire, estando en mi sano juicio y fallando físicamente, declaro que esta es mi última voluntad y testamento. Revoco todos los testamentos y codicilos anteriores. Deseo agradecer a todos los que se han reunido para dar testimonio de mis deseos. He dado instrucciones al señor Lawrence Lawless para que no programe la lectura de este testamento hasta que mi sobrino, John Hamilton, haya llegado a Londres y se haya presentado como mi heredero, lo que espero que resulte ser más temprano que tarde. Supongo que ese acontecimiento sin duda escandaloso ya ha tenido lugar”*.

Susurros de sorpresa zumbaron por la habitación, acompañados de algunas risitas más. Corinna y Sean intercambiaron miradas cautelosas.

—*“Me imagino que fue una sorpresa que un impostor se hiciera pasar por mi sobrino. Ciertamente, eso fue una sorpresa para mí. Lo que puede resultar una sorpresa mayor es que también descubrí que mi verdadero sobrino, John Hamilton, era el responsable del engaño. Exigió que otro hombre se hiciera pasar por él, y se aseguró que dicho hombre lo hiciera mediante chantaje”*.

Jadeos llenaron la habitación y John Hamilton saltó de su asiento.

—¡Me opongo a esa calumnia!

Griffin dio un paso adelante.

—Esto no es un juicio. Usted no tiene derecho a objetar nada. —Empujó al hombre hacia abajo—. ¡Quédate Lincolnshire!

Él dio la orden como si el nuevo Lord Lincolnshire fuera un perro que se porta mal.

Lo cual era así, en cierto modo.

El señor Lawless se aclaró la garganta y continuó:

—*“No hace falta decir que me decepcionó saber que mi sobrino es tan inmoral como la reputación que le precede. Para él le deseo toda la censura que se merece. Por el contrario, deseo que todos sepan que su impostor, a quien ahora identifico como el señor Sean Delaney, resultó ser uno de los mejores hombres que he tenido el privilegio de conocer. Me trató mejor que a un tío, de hecho, mejor que a un padre, y si me concedieran un deseo imposible, sería haber tenido un hombre así para que fuera mi hijo”*.

El corazón de Corinna había tartamudeado, cuando se leyó el nombre de Sean, y ahora estaba acelerado. Un silencio expectante llenó la habitación, mientras el señor Lawless bajaba el documento y miraba a su alrededor, como si se asegurara que todos habían escuchado sus palabras. Él asintió lentamente, antes de levantar el testamento, una vez más.

—*“Y por eso, mis queridos amigos, los he convocado a este evento para rogarles que traten al señor Delaney como creo que merece ser tratado. En lugar de perseguir a ese hombre, les ruego que lo acepten en nuestro círculo. Les recordaré que todos ustedes han afirmado en numerosas ocasiones que harían cualquier cosa por mí, y esta es mi petición más ferviente”*.

El abogado volvió a levantar la vista, esta vez mirando directamente a Corinna y Sean.

—*“Además...”*

Ante la importante pausa, todos se enderezaron.

—*“Además, aunque no pondré ninguna condición en este testamento que estipule el asunto, ya que creo que es mejor dejar tales decisiones en manos de aquellos cuyos corazones están involucrados, deseo transmitir públicamente mis esperanzas que el señor Delaney proponga matrimonio a Lady Corinna Chase”*.

Si antes Corinna pensaba que los jadeos de todos eran fuertes, los que emitían ahora

sonaban nada menos que un rugido. Y los gritos ahogados más fuertes de todos provinieron de su familia. Al encontrarse primero con los ojos de Griffin y luego con los de sus hermanas, tomó la mano de Sean.

—“Y ahora, en cuanto a la repartición de la herencia...”

Corinna apenas escuchó lo que vino después, y no se concentró en la parte del principio. Se sintió débil. La sangre le tronó en los oídos. La mano de Sean se sentía cálida en la de ella, y cuando la apretó y él le devolvió el apretón, temió que su corazón pudiera estallar.

Ella miró hacia su familia. La boca de Griffin estaba abierta por la sorpresa, Alexandra asintió con aprobación y la sonrisa de Juliana era de una satisfacción increíble.

Esto último, al menos, no fue una sorpresa.

Y la lectura aún no había terminado.

—“...solo mi título según lo exige la ley y la pequeña cantidad de propiedad vinculada que lo acompaña”. —Estaba leyendo el señor Lawless. Dado el resoplido indignado, a la izquierda de Corinna, ella supuso que ese era el castigo para el nuevo Lord Lincolnshire—. “El resto de mi fortuna se mantendrá en fideicomiso y los ingresos se destinarán a obras de caridad. Nombro al señor Sean Delaney administrador para supervisar todas las inversiones y su distribución, porque sé que es un hombre que no necesita los ingresos, un hombre con una excelente cabeza para los negocios y, lo más importante, un hombre eminentemente justo que toma decisiones por las razones correctas”.

El abogado hizo una pausa para lograr el efecto que deseaba.

—“A menos que...”

Las faldas crujieron y los zapatos se arrastraron. Todos se movieron al borde de sus asientos.

—“A menos que” —repitió y siguió leyendo—, “mi sobrino errante, John Hamilton, le conceda el divorcio a Deirdre Hamilton, en cuyo caso recibirá la mitad de los ingresos del fideicomiso a perpetuidad”.

John Hamilton salió de la habitación, mientras Deirdre se desplomaba por un desmayo.

Sesenta y nueve

AÚN SOSTENIENDO la mano de Corinna, Sean caminó con ella y Deirdre hacia el señor Lawless, que estaba de pie junto a la puerta, donde había estado ocupado haciendo salir a todos. Aunque el pequeño grupo de Sean fue el último en abandonar el salón, se podía escuchar una charla emocionada desde el pasillo. Sin duda, se hablaría de la lectura del testamento de Lord Lincolnshire durante semanas.

—Estableceré el fideicomiso en los próximos días —dijo el abogado—. Tendré que reunirme con usted para repasar los detalles. ¿Digamos el próximo lunes, a la misma hora?

Sean asintió.

—Acordado. Pero, tengo una pregunta que me gustaría que me respondieran hoy.

—Tengo muchas preguntas —dijo Corinna.

—Creo que tu hermano puede responder a la mayoría de ellas —le dijo Sean, y miró a Lawless—. ¿Por qué la carta que recibí solicitando mi presencia aquí vino de su socio y no de usted mismo?

—Esas fueron las instrucciones de Lord Lincolnshire. No quería mi nombre en la carta. Pensó que tal vez no aparecieras por temor a que te arrestaran.

—Lincolnshire era un hombre inteligente —expresó Sean, ya que el arresto era exactamente lo que temía si viera el nombre de Lawless—. ¡Mis agradecimientos!

Extendió la mano libremente y el abogado la estrechó con firmeza.

—Regresaré dentro de una semana, a partir de hoy.

Cuando Sean, Corinna y Deirdre salieron al pasillo, la charla cesó. Aparentemente, con la intención de entrometerse, la mayoría de la gente los siguió afuera, donde la familia de Corinna esperaba apiñada en la acera.

Sean intentó soltar la mano de Corinna, mientras se acercaban, pero ella la apretó con más fuerza. Lady Stafford, la hermana mediana de Corinna, le dio un codazo a su hermano, cuando notó que los dos se acercaban.

Cainewood volteó.

—¡Ah! Ahí estás, Corinna. Debido al ambiente que hay aquí en Queen Street. —Agitó una mano, señalando a todos los entrometidos—. Hemos decidido discutir estos acontecimientos en casa.

Miró a Sean.

—Si pudiera seguirnos allí, le agradecería su participación en la discusión.

—Voy a casa con Sean —anunció Corinna.

—¿Sean? ¿Desde cuándo llamas a ese hombre Sean? —Al mirar sus manos entrelazadas, los ojos de su hermano se abrieron como platos—. No es correcto que viajes sola con un hombre soltero.

—Sean tiene un carruaje abierto, así que puedo asegurarte que no sucederá nada inapropiado.

Se oyeron risitas a su alrededor. Este tipo de intercambio era exactamente lo que a los entrometidos les encantaba escuchar. La mandíbula de Cainewood parecía estar apretada. Sospechando que esto no auguraba nada bueno para la aprobación de su traje por parte del hombre, Sean miró a Corinna.

—Necesito llevarme a Deirdre conmigo, *a rún* —le dijo en tono de disculpa—. El

carruaje solo tiene capacidad para dos.

—Tu hermana puede viajar con mi esposo y conmigo —intervino Lady Stafford al mismo tiempo que Cainewood dijo—. ¿Cómo acabas de llamar a mi hermana?

Deirdre sonrió.

—*A rún* significa “mi amor”. —Ella no pareció notar la reacción de Cainewood cuando volteó hacia su hermana mediana—. Y me encantaría viajar con usted, Lady Stafford. Gracias por la oferta.

—Creo que deberías llamarme Juliana —le dijo Lady Stafford—. Tengo la sensación que pronto estaremos relacionadas.

El zumbido alrededor de su pequeño grupo se estaba volviendo ensordecedor. Las siguientes palabras de Cainewood surgieron entre sus dientes.

—Creo...

—¡Oh! Déjalos viajar juntos, Griffin —interrumpió la hermana mayor de Corinna, mientras llevaba un cochecito de niño chirriante de un lado a otro—. ¡Cielos! ¿Qué crees que podría pasar en un carruaje abierto? ... Ahí está mi carruaje...

Un vehículo de gran tamaño se detuvo en medio del tráfico.

—Vamos todos —dijo, empujando el cochecito hacia allí.

Su esposo la siguió. Lady Stafford tomó a su marido del brazo y sonrió a Deirdre.

—Nuestro carruaje está por aquí, Lady Lincolnshire.

—Llámame Deirdre —ella destacó—. No seré Lady Lincolnshire por mucho tiempo.

Mientras los tres se alejaban, una encantadora joven se acercó y se paró frente al furioso hermano de Corinna.

—Parece que tu hermana se casará mucho antes de lo que esperabas, ¿eh? —ella casi ronroneó.

—¡Cielos! —dijo Cainewood, y también se alejó.

Con una sonrisa de alegría en su rostro, la mujer se unió a otros tres adultos jóvenes, que parecían ser sus hermanas y su hermano.

—Quiero que me dejen en la casa de Griffin —dijo, mientras todos se marchaban.

Dejaron a Sean y Corinna solos.

Bueno, excepto por las docenas de entrometidos.

—¿Quién es ella? —preguntó Sean.

—Mi prima Rachael. Creo que Juliana está a punto de volverse aún más engreída. ¿Dónde está tu carruaje?

—En una caballeriza a unas dos calles de aquí. —Todavía sosteniendo su mano, la atrajo en la dirección correcta. La multitud se abrió para dejarles pasar, pero Sean sintió al menos cien ojos en su espalda.

—¿Estoy soñando? —preguntó Corinna, aparentemente ajena a todas las miradas curiosas—. Hace apenas una hora todo estaba perdido. Ahora, de repente, tu reputación se restablece... no, más que eso, ¡es dorada! Y podemos...

Su voz se apagó, como si tuviera miedo de decir lo que vendría después.

—¿Casarnos? —Sean respondió.

—En realidad, nunca me lo preguntaste. —Doblaron una esquina y ella se arrojó en sus brazos—. ¡Oh, Sean, nunca había sido tan feliz!

Él la abrazó con fuerza y se arriesgó a darle un breve beso, ya que habían escapado a las miradas indiscretas. Sabía mejor que el pecado prohibido y se sentía divina presionada contra él. Pero todavía no se atrevía a compartir su felicidad.

—No contemos nuestros pollos antes que nazcan —aconsejó, recordando la mandíbula apretada de Cainewood—. A pesar del respaldo de Lincolnshire, es posible que tu hermano no lo apruebe.

—¡Oh! No te preocupes por Griffin —ella dijo alegremente, poniéndose de puntillas para otro beso rápido. Él la complació, por supuesto—. Tengo un plan para persuadirlo.

—¿Qué quieres decir?

—No importa... —Con un rebote en su paso, se giró y reanudó la marcha—. Todos vamos a vivir felices para siempre, como en las novelas de Minerva Press.

—No todos nosotros —enfaticó—. Hamilton no.

—Nadie comprará sus cuadros ahora, ¿cierto? Necesitará la mitad de los ingresos del fideicomiso de su tío.

—Esa estipulación es muy inteligente. —Entraron en las caballerizas, donde esperaba su carruaje—. Lincolnshire sabía que eso le permitiría liberar a Deirdre.

—Se veía tan feliz, Sean.

—Créeme, lo está. —Sacó una moneda de su bolsillo y se la entregó a un mozo de cuadra, mientras otro ayudaba a Corinna a subir. Sean caminó hacia el lado del conductor y se subió a su lado.

—Y me alivia saber que ella no vivirá en pecado —añadió, mientras levantaba las riendas—. O al menos, no por mucho tiempo.

Mientras los caballos salían de las caballerizas, Corinna se acurrucó contra él.

—¿Qué quieres decir?

—Deirdre no esperará a que se produzca el divorcio para mudarse donde Raleigh —dijo con un suspiro, girando hacia la calle—. Eso llevará mucho tiempo y ella no tendrá paciencia. Mi hermana es impulsiva, por no mencionar un poquito salvaje.

—Supongo que ese salvajismo viene de familia —dijo Corinna, sonriéndole—. ¡Su hermano posó desnudo para una artista!

Setenta

POCO TIEMPO después, Griffin se encontró sentado en un sofá de su salón, rodeado de miembros de su familia y un par de casi extraños con acento irlandés. Y todos y cada uno de ellos, excepto el bebé, querían algo.

Sus dos cuñados querían volver a casa. Él lo entendía. Si no estuviera ya en casa, también querría volver a su casa, ahora.

Alexandra quería saber cómo había llegado Lincolnshire a enterarse de todo lo que su testamento había revelado. No podía culparla por eso, ya que él mismo estaría clamando por esa información, si aún no la tuviera.

Juliana quería que Corinna se casara con Delaney. Corinna quería casarse con Delaney. La hermana de Delaney quería que Delaney se casara con Corinna. Y Delaney quería casarse con Corinna.

Estas cuatro personas fueron responsables de la mitad de las nuevas grietas en sus dientes.

Y luego estaba Rachael, sentada a su lado en el sofá, envolviéndolo en su aroma seductor. Ella quería casarse con él.

Lo que la hacía responsable del resto de las grietas.

Los inicios de un dolor de cabeza latían en sus sienes. Alexandra no estaba sentada. Sosteniendo al pequeño Harry, lo hacía rebotar sin cesar de una manera bastante frenética y rítmica. Si bien funcionó para evitar que el bebé llorara, el dolor de cabeza de Griffin aumentaba con solo mirarla.

—¿Cómo diablos supo esto Lord Lincolnshire? —preguntó por tercera vez.

Primero, él decidió darle la respuesta que ella quería.

Pero antes que pudiera aflojar la mandíbula para hacerlo, Delaney respondió:

—Creo que Lincolnshire obtuvo los datos de tu hermano —dijo—. Apenas dos días antes de morir.

Sentado en un sofá al otro lado del salón, con Corinna a su lado (justo a su lado), él miró a Griffin, en busca de confirmación.

—Esa mañana que te llamó... no fue para despedirse, ¿cierto?

—No, no lo fue —expresó Griffin—. Quería información. ¿Supongo que te pidió que buscaras empleo en el futuro para todo su personal?

—Me pidió que siguiera empleándolos a todos en Lincolnshire House, lo cual sabía que Hamilton no haría. Así que me ofrecí a buscarles otros trabajos.

—Bueno... hiciste un trabajo demasiado bueno, levantando sus sospechas. Posteriormente, él solicitó que el señor Lawless contratara a alguien para investigar las diversas ocupaciones en las que eventualmente trabajarían sus sirvientes, asegurarse que todas existieran y que su gente fuera bien tratada. En el proceso, Lawless descubrió que todos los establecimientos eran propiedad de un solo hombre, un tal señor Sean Delaney. —Griffin hizo una pausa, sintiéndose bastante asombrado, a pesar de sus sospechas que este hombre había besado a su hermana—. Eres dueño de muchas propiedades, Delaney.

—Entre muchas otras cosas. No debes preocuparte que a tu hermana le falte algo.

Griffin resopló.

—Supongo que la mantendrás vestida, en caso que acepte que la tengas. —Cuando

Corinna abrió la boca para protestar, él siguió adelante—, a partir de ahí, Lawless hizo más averiguaciones y descubrió que usted se hacía pasar por Hamilton y, además, que Hamilton era su cuñado. Sintiendo que eras un buen hombre...

Esto último lo pronunció con más que un poco de ironía.

—Lincolnshire me llamó para preguntarme si sabía por qué podrías haber hecho tal cosa.

—¿Y confirmaste sus sospechas? —preguntó Corinna.

—Estuvo lo suficientemente cerca como para confirmarlas por sí mismo. Le dije que Delaney aceptó el engaño por el bien de su hermana y juré que Hamilton se merecía su reputación poco estelar. Lincolnshire parecía especialmente indignado porque su sobrino le había negado a la señora Hamilton el divorcio que ella quería. —Miró a la hermana de Delaney—. Él estaba bastante cautivado contigo, si no lo sabías.

—Yo también lo amaba —susurró con lágrimas en los ojos.

—Consideraba a tu hermano un santo y te comparaba a ti con los ángeles. Él te quería feliz. Y me pidió que no revelara lo que sabía. Quería arreglar todo a su manera. Supongo que esa misma tarde se reescribió su testamento.

—¿No pensaste que hubiéramos querido saberlo? —Corinna preguntó bastante indignada—. Me sentí devastada y Sean pensó que lo estaban preparando para hacerlo caer...

—Acepté guardar el secreto de Lincolnshire para hacer feliz al anciano. La razón exacta por la que ustedes guardaron secretos, si recuerdas. Seguí adelante después de su muerte porque me gusta pensar que soy un hombre de palabra. Sentí que Lincolnshire merecía resolver el asunto, como él deseaba. Y además...—La fulminó con la mirada—. No tenía conocimiento que ustedes dos estuvieran relacionados, así que no tenía motivos para preocuparme por tu felicidad, en caso de que Delaney quedara desacreditado. Tú negaste cualquier interés en él... me dijiste que tú estabas triste por la pérdida de Lord Lincolnshire y porque no es probable que tu pintura sea aceptada en la Exposición de Verano.

Esa diatriba dejó a su hermana menor sin palabras, un estado poco común en Corinna. Griffin encontró cierta satisfacción en eso.

Por supuesto, él le permitiría casarse con Delaney. Estaba pensando que una boda a finales de verano en el castillo de Cainewood, después que terminara la temporada, sería perfecta. Si bien deseaba conocer mejor a Delaney, le gustaba lo que había aprendido del hombre hasta el momento. Lincolnshire lo había considerado digno y Griffin confiaba en el juicio del conde. Lo más importante era que Corinna estaba enamorada y Griffin quería verla feliz.

Sin embargo, él estaba harto y cansado de ser manipulado por todas las personas que amaba.

Antes de conceder su permiso, estaba planeando hacer que todos los demás se retorcieran para variar un poco. Y planeaba disfrutarlo.

—¿No te gusta Sean? —le preguntó finalmente Corinna.

—Me gustaría tener su habilidad para invertir —dijo Griffin secamente, dejándolo así por ahora. Volteó para mirar al hombre en cuestión—. Dada la actitud de Lincolnshire, sospeché que no planeaba hacerte pagar por tu engaño. Pero no sentí ninguna responsabilidad en ninguno de los dos casos... En lo que a mí concernía, tú habías cavado tu propia tumba...

Lentamente, Delaney asintió.

—Y ahora supongo que tendré que acostarme en la misma.

—No, no es así —discrepó Corinna acaloradamente—. Griffin nos permitirá casarnos. ¡Tengo un secreto que lo asegurará!

—¿Otro secreto? —De repente, a Griffin esto ya no le resultaba tan agradable. Su dolor

de cabeza estaba empeorando—. ¿Qué clase de secreto?

—Tal vez la besó durante media hora —sugirió Rachael dulcemente.

A Griffin se le partió otro diente.

—Abre los ojos, Griffin —intervino Juliana—. Un ciego podría ver que pertenecen, el uno para la otra.

—Veo que parecen estar como “pegados” —dijo sombríamente.

Delaney inmediatamente puso espacio entre él y Corinna. Inmediatamente, ella se deslizó hacia él. Griffin encontró eso un poco divertido, lo que funcionó para calmarlo un poco.

La bonita hermana rubia de Delaney se aclaró la garganta.

—Lord Cainewood, usted admiraba a Lord Lincolnshire, ¿no? Estoy pensando que deberías confiar en su juicio con respecto a mi hermano.

—Creo que esto no es de tu incumbencia —expresó, pensando que ella era la única con un argumento inteligente.

Como era de esperar, Juliana no estaba dispuesta a darse por vencida.

—¿Qué piensas, James?

Su marido la miró, como si de sus orejas acabaran de brotar flores.

—Creo que me mantendré al margen de esto.

—¿Alexandra, Tristan?

Ambos negaron con la cabeza, Alexandra lo hizo, mientras seguía haciendo rebotar al bebé maniáticamente.

Cruzándose de brazos, Juliana miró a Griffin.

—Hay que dejar que se casen.

—No tengo que hacer nada.

—Pueden fugarse a Gretna Green —manifestó con algo más que un poco de suficiencia.

—No haré eso —intervino Delaney rápidamente—. No iré a espaldas de tu hermano.

—Sabía que dirías eso —dijo Corinna—. Por eso estoy preparada para usar el secreto.

Griffin volteó hacia ella.

—¿Qué secreto?

—Tal vez la besó durante más de media hora —sugirió Rachael.

Lo que hizo que Griffin se preguntara si tal vez las cosas habían ido más allá de los besos.

—¿Te manoseó, Corinna?

Ella parecía confundida.

—¿Qué?

A él se le ocurrió una idea terrible.

—No estás con las normas de la familia, ¿cierto?

—¡No, no rompo las normas de la familia! Él no hizo nada que pudiera interponerse contra el camino familiar. Sean es demasiado honorable para siquiera considerar tal cosa. ¡Es hijo de un vicario! Por si no lo sabías.

Griffin no lo sabía y se alegró bastante de oírlo.

—Entonces, ¿cuál es el secreto? ¿Qué hizo él?

Ella vaciló y su mirada recorrió la habitación. Parecía estar conteniendo la respiración. A su lado, Delaney parecía desear que el suelo se abriera y se lo tragara. Alexandra dejó de rebotar al bebé, quien empezó a llorar.

Griffin vio cómo Corinna dejaba escapar el aliento, la vio inhalar otro (un solo suspiro, estremecido y entrecortado) y luego abrió la boca.

—¿Sabes qué? No quiero oírlo. —De repente, él decidió no hacerlo. Estaba absolutamente seguro que era algo que lo enfurecería, algo que lo haría exigir que Delaney se casara con su hermana de inmediato.

De hecho, iba a hacer precisamente eso, por si acaso...

Lo haría por una boda de finales de verano en Cainewood.

—Ustedes dos se casarán mañana.

Corinna finalmente se separó del lado de Delaney y se apresuró a abrazar a Griffin.

—¡Oh! Gracias, gracias, gracias por no hacerme usar mi secreto. ¡No te arrepentirás!

—Ya lo siento —murmuró—. Es un milagro que me queden dientes en la boca.

—No pueden casarse mañana —dijo Juliana con un aire de suficiencia—. Necesitarán una licencia especial. Ella necesitará un vestido.

—Tiene docenas de vestidos. Lo sé porque pagué por todos ellos. —Griffin se separó de su hermana y la alejó—. Muy bien, entonces tienes hasta el viernes para sacarte la licencia y escoger un vestido. Ni un día después. Y tú y el hijo del vicario no estarán solos hasta entonces.

El bebé seguía llorando, un ruido lo suficientemente fuerte como para hacer crujir sus doloridos dientes. Además, él tenía un terrible dolor de cabeza.

—Váyanse todos, por favor. Excepto Corinna. Ahora.

La mayor parte de la familia se fue arrastrando los pies. Afortunadamente, los llantos del bebé se desvanecieron con ellos y, cuando salieron de la casa, el ruido cesó por completo.

—Voy a acompañar a Sean y Deirdre hasta la puerta —dijo Corinna en voz baja—. No me estoy yendo.

Los tres entraron al vestíbulo.

Rachael se había quedado quieta, naturalmente. Ahora se acercó, envolviendo a Griffin en su maldito aroma, el cual venía nuevamente. En contra de su mejor juicio, volteó para mirarla.

—He reconsiderado tu oferta —lo dijo con su voz baja y sensual.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, temiendo saber a qué se refería.

—Dije que no esperaría hasta que tu hermana se casara. Pero como puedo esperar hasta el viernes sin convertirme en una anciana arrugada, cambié de opinión.

Ella se acercó, tan cerca que su boca era un susurro de la de él.

Y ella se lamió los labios.

—¿Quieres besarme, Griffin?

Le dolía la cabeza. Se sintió abatido. Y estaba siendo manipulado otra vez. “¡Maldita sea!”

No obstante, él tenía muchas ganas de besarla.

Amaba a Rachael. Era tan abierta y refrescante, tan competente y sensata. Habiendo dirigido una propiedad durante varios años, sería una excelente compañera. No quería perderla a manos de un libertino con el descaro de tocar su delicioso trasero.

El próximo hombre en tocar su delicioso trasero sería él.

Su dulce aliento lo invadió, atormentándolo, haciendo que él mismo se quedara sin aliento. Su boca estaba tan cerca que ya podía saborearla. Luchando por el control, su corazón latía al doble de velocidad y se inclinó. Ella lo encontró a mitad de camino y le mordió el labio inferior, y él tiró de ella hacia sí, sintiendo que su control desaparecía, aplastando su boca contra la de ella.

Un grito espeluznante llegó desde el vestíbulo.

Con el corazón latiéndole al triple, él se puso de pie de un salto y salió corriendo para ver quién estaba siendo asesinado.

¡Nadie estaba muerto! Pero era difícil estar agradecido por eso cuando vio la forma en que Corinna rodeaba a Delaney. Ningún hombre debería ver jamás a su hermana en un abrazo así. Estaba literalmente colgando del hombre, con los brazos alrededor de su cuello y las piernas prácticamente alrededor de su cintura.

Estaba sollozando y agarraba una carta arrugada. La hermana de Delaney se la arrebató de la mano, llevándosela a Griffin.

Somerset House, lunes 26 de mayo.

Lady Corinna Chase:

El comité de la Exposición de Verano de la Real Academia se complace en informarle que su pintura ha sido aceptada para nuestra Exposición de 1817. Tenga en cuenta que el día del barnizado tendrá lugar el viernes 30 de mayo como preparación para la inauguración de la exposición el lunes 2 de junio.

Felicitaciones,

*Benjamín West
Presidente.*

—No puedo creerlo —dijo Corinna entre sollozos.

—No me sorprende en absoluto —indicó Griffin.

Menos mal que ella se bajó de Delaney, secándose las lágrimas de la cara.

—¿No lo estás?

—Tienes mucho talento, Corinna. —Él estaba muy contento por ella—. Dado que el día del barnizado es el viernes, trasladaremos la boda al sábado.

—Y que sea una boda doble —añadió una voz sensual detrás de él.

Setenta y uno

LA GRAN SALA, que albergaba la Exposición de Verano, se había construido en lo más alto de Somerset House para poder iluminarla mediante claraboyas. Se accedía a ella por una amplia escalera de caracol, que parecía interminable. A Corinna le temblaron las rodillas, mientras subía el viernes por la tarde, agarrando su caja de pinturas, como si fuera un salvavidas.

—¿Te estás cansando? —preguntó Sean, tomándola del brazo para estabilizarla.

—Un poco —dijo.

Se alegró que Griffin hubiera cedido, permitiendo que Sean la acompañara. Pero desafortunadamente, lo había hecho solo después de obtener una promesa solemne del “hijo del vicario” que la llevaría aquí y de regreso, y ella sabía que Sean era tan honorable que cumpliría esa promesa.

Lo que significaba que este sería otro día sin besos.

A ella le pareció que los cuatro días transcurridos, desde que Griffin aceptó que se casaran, eran los cuatro más largos de su vida. Se habían obtenido dos licencias especiales, el ministro había hecho la reservación y no había sucedido mucho más. La doble boda de mañana iba a ser una celebración muy tranquila, incluso más pequeña que la de Lady Cavanaugh. Además de los dos novios, solo asistirían la familia de Corinna y Deirdre, los hermanos de Rachael y las hermanas A., B. y C. La tía Frances no podía venir porque todavía estaba confinada, ya que las nuevas madres se quedaban en casa durante el primer mes.

La boda se celebraría por la tarde en el salón de la casa de Berkeley Square, luego, cenarían un poco y todos se irían a casa.

Juliana estaba muy decepcionada. Ella hubiera querido que se armara más escándalo por todo. Pero a Corinna no le importaba la boda, como tampoco le importaba no tener un vestido nuevo que ponerse para la misma. La boda era solo algo que había que pasar.

Aunque era la noche de bodas, sin embargo...

—Estoy un poco cansada y un poco nerviosa —lo reconoció, todavía subiendo.

—¿Por nuestra noche de bodas?

—No. —La idea de eso fue simplemente emocionante—. ¿Qué pasa si mi cuadro está colgado muy alto? ¿O cerca del suelo?

—¿Por qué debería importar dónde se cuelgue? Es un honor simplemente estar en la Exposición, ¿no?

—La habitación está diseñada con una línea que la rodea, una tira de moldura montada a ocho pies del suelo. Los cuadros colocados con los bordes inferiores de sus marcos a lo largo de la línea se consideran los mejores. Es un honor adicional que esté colgado no alto ni bajo, sino justo en el medio. ¡Tengo miedo de mirar!

—Bueno, no veo cómo no mirar vaya a cambiar nada. Pero, si quieres lo busco y te aviso.

—No puedes. —En el rellano, se detuvo ante la puerta abierta del Gran Salón para recuperar el aliento—. No reconocerás mi pintura.

Esta era otra cosa que la ponía nerviosa.

—No es el retrato de Lord Lincolnshire.

—¿Qué? ¿No lo es? —Parecía totalmente desconcertado—. Bueno, ¿qué es entonces?

—Mi secreto —dijo y entró, corriendo hacia el centro del salón.

El día del barnizado parecía un caos. Había artistas por todas partes, en sillas, escaleras y

de rodillas, bloqueando la visión de Corinna de todos los cuadros en las paredes altas. Colgaban de marco a marco, encajados como piezas de un rompecabezas desde el suelo hasta el techo. Dio vueltas en círculos, buscando frenéticamente el suyo.

—¡Que los santos nos protejan! —estalló Sean.

—¿Dónde? ¿Dónde está?

La tomó por los hombros y la hizo girar.

—¡Allá! Y es todo un secreto...

Ella lo miró fijamente, sin aliento, y no porque hubiera subido cien escaleras.

—¡Les gustó!

—No lo hubieran aceptado si no les hubiera gustado, *Críona*.

—Está en el juego... En el lugar de honor... ¡Les gustó mucho!

—A Hamilton le encantó —dijo secamente—. Me describió con precisión su presentación favorita. Un estudio sensual de un hombre de cabello dorado, escandalosamente desnudo y bañado por la luz de las velas... No ni tenía idea que yo era el hombre escandalosamente desnudo.

—Y él tampoco, un hombre que te conoce desde la infancia. Nadie te reconocerá, Sean. —Apartando la mirada de la pintura, volteó hacia él—. Cambié tu color.

—Pero Deirdre querrá venir a verlo, y tu hermano...

—No le conté a Griffin mi secreto —le recordó, agradeciendo al Cielo que eso no había sido necesario—. No se les ocurrirá que podrías ser tú... ¿No estás enojado conmigo? ¿Cierto? Nadie aquí te reconoce tampoco. Y no es porque no hayan notado la pintura.

De hecho, varios artistas, que no estaban involucrados en su propio trabajo, se pararon frente al retrato, discutiendo sobre el mismo, una visión que hizo que su corazón cantara.

—¿Por qué no me dijiste que a Hamilton le gustó tanto?

—Cuando lo describió, estaba seguro que no era el tuyo. No le vi ningún sentido, cuando mencionó que amaba el trabajo de otra persona.

Él sacudió la cabeza con aparente incredulidad, pero ella agradeció que no pareciera molesto. Su mano subió para tocar su collar. Ella tuvo mucha suerte de haber encontrado un hombre tan tolerante.

—¿Entonces vas a barnizarlo ahora? —preguntó.

—En un minuto. —Primero quería dejar que todo se asimilara por un tiempo. Se pasó la caja de pinturas a la otra mano y miró a su alrededor.

—Sean —susurró, emocionada—. Es J. M. W. Turner. Allí, con chistera y frac. He oído que siempre se viste así.

—Su pintura no parece terminada.

El artista había colgado un lienzo prácticamente monocromático.

—Eres daltónico. ¿Cómo puedes saberlo?

—Es un paisaje y el cielo ni siquiera es azul. ¿Cómo diablos fue aceptado?

—A los académicos se les permite colgar seis cuadros, cada uno, sin pasar por el proceso de selección —explicó Corinna en voz baja—. Y el día del barnizado no es solo para barnizar, también sirve para arreglar pequeñas cosas. Turner es bastante famoso por este truco. Mientras que sus compañeros artistas...

—Como tú... —Sean la interrumpió.

—¡Oh, cielos! Lo soy, ¿no? —Sintió que su corazón podría estallar—. Mientras el resto de nosotros luchamos por corregir algún pequeño error, él prácticamente pinta un cuadro completo.

—¿Demostrando así su virtuosismo técnico?

—Y asombrando a todos los demás en el proceso. —Observó cómo la pintura aburrida cobraba vida, mientras Turner la transformaba rápidamente con un glorioso cromo, un brillante bermellón y un costoso azul ultramarino. Estaba tan cerca de su lienzo que parecía pintar con los ojos y la nariz, además de usar las manos.

—Es legendario —ella susurró—. Lo llaman el pintor de la luz. Expuso aquí por primera vez a la edad de quince años.

—¿Mientras tú tienes veintidós años?

—Supongo que debería sentirme afortunada que estés dispuesto a casarte con una bruja tan vieja.

—Será mejor que nos casemos rápido, *a rún*, antes que te hagas mayor.

—¿Mañana es lo suficientemente pronto?

—Dentro de una hora no sería suficiente.

Ella se rió, un sonido alegre que calentó el corazón de Sean.

—No sé cómo lo hace Turner. Se sabe que ha producido doscientas cincuenta pinturas en un solo año. A mí me lleva al menos dos semanas completar un cuadro.

—Este no. —Sean señaló su imagen en la pared.

—Ese simplemente salió de mí —ella admitió—. Supongo que lo barnizaré ahora.

Parecía nerviosa, mientras caminaba hacia allí con la caja de pintura en la mano. Sean la siguió, moviendo un taburete para que ella pudiera alcanzarlo.

—¿Este es tuyo? —preguntó alguien, mientras ella subía, provocando una andanada de comentarios.

—¡Ella es desconocida!

—¿Una mujer pintó eso?

—¡Un genio!

—¡Creo que esto es vergonzoso! —Un hombre descontento no estuvo de acuerdo.

A pesar de todo esto y sus nervios, Corinna mantuvo la cabeza en alto. Ella se abrió camino en el mundo, tal como lo hizo Sean. Por eso, él la amaba.

Bueno, eso y porque ella le hacía subir la sangre con apenas una mirada.

Solo un día más hasta que la hiciera suya para siempre. Retrocediendo, él sonrió, mientras ella mojaba su pincel en barniz y comenzaba a pasarlo por su pecho desnudo.

Setenta y dos

—**BIEN** —dijo **GRIFFIN**—. Eso es todo.

Estando en el nivel superior de la casa de Berkeley Square, él cerró la puerta del dormitorio principal y apoyó las manos en la misma.

—Corinna está de camino a Hampstead, a una casa que nunca he visto.

—La verás pronto —dijo Rachael por detrás. Él sabía que ella se estaba quitando los zapatos.

Escuchó el suave sonido del colchón, mientras ella se sentaba en la cama al otro lado de la habitación, y se la imaginó bajándose las medias. Para torturarse un poco, permaneció de espaldas, el sonido del silbido de la seda hacía que su cuerpo se agitara y su sangre se calentara.

—Y estoy segura que es una buena casa —continuó ella, con su voz sensual deslizándose dentro de él—, Deirdre me dijo que es enorme, está ubicada en acres de jardines y bosques, y fue construida por Robert Adams. Dijo que su hermano tiene más dinero que una olla de oro al final de un arco iris.

—Ese hombre podía comerse una olla de oro en el desayuno y no darse cuenta que le falta. Lo juro, Rachael, no sabía que era posible que un hombre tuviera tanto. ¡Esto me aturde la mente! Pero, no importa. Ahora tiene a Corinna y eso es todo lo que cuenta. Corinna lo quiere y yo la quiero feliz.

—Hiciste lo correcto, Griffin... Ella lo ama y él la ama... Y yo te amo.

—Yo también te amo. —Él se enderezó y volteó, deleitándose sus ojos con ella, quien se levantó y dio unos pasos hacia él, Estaba descalza y hermosa. Saltando sobre un pie y luego sobre el otro. Él se quitó los zapatos y las medias, luego se deshizo del frac y el chaleco, dejándolo todo tirado en el suelo, mientras se acercaba a ella.

No podía creer que se hubiera casado con Rachael. No podía creer nada de lo que había sucedido esta semana, debido a todos los increíbles acontecimientos que lo habían llevado a casar a su hermana con un hombre que apenas conocía, y también a casarse él mismo.

Y no podía creer que todavía no hubiera tocado a su esposa.

Ella era hermosa, adentro y afuera, la cosa más hermosa en su vida. Y todo lo que él había hecho alguna vez era besarla. Durante apenas media hora. A pesar de todas sus fanfarronadas acerca que los hombres debían mantener las manos alejadas de sus hermanas, nunca se había imaginado casarse con una mujer, a la que apenas había besado, y nunca había tocado realmente.

—Estás usando el vestido de novia de tu madre —dijo, caminando hacia ella, recordando que Rachael lo sacó del pesado baúl de roble, y cómo a él le había parecido hermoso y con encaje. Le quedaba perfecto, tal como él sabía que le quedaría. Rachael era toda esbelta y de elegantes curvas, y al verla en su dormitorio, con el vestido blanco, le hizo doler la garganta. Le picaban las palmas.

No podía creer que ella fuera suya y todavía no la había tocado.

—Te ves preciosa —le dijo, acercándose.

—Te ves mejor. —Él estaba de pie frente a ella ahora, tan cerca que solo estaban a un suspiro de distancia—. ¡Ahora sí soy una Chase!

Su olor a vino lo abrumaba, dejándolo mareado.

—¿Es por eso que querías casarte conmigo? ¿Para que puedas volver a considerarte una

Chase?

—No, ¡eso es solo una ventaja! Quería casarme contigo porque te amo. Quiero tener hijos contigo.

Escuchar eso aumentó su lujuria, le aceleró el pulso uno o dos o tres grados. Tenía muchas ganas de tener hijos con ella.

Y él todavía no la había tocado.

Ella levantó el rostro y sus ojos cerúleos se clavaron en los de él. Su aliento lo invadió entre sus labios entreabiertos. Lenta, muy lentamente, los lamió.

—¿Quieres besarme, Griffin?

—Sí —dijo.

Pero primero quería poner sus manos en su delicioso trasero.

Él hizo eso y luego usó sus manos para tirar de ella contra él, y después de eso, una fiebre se apoderó de él, furiosa en su sangre. Ahora que la había tocado, tenía que tocarla por todas partes. Sus manos rozaron sus caderas, sus costados, sus pechos y la estaba besando en su boca y mordisqueándola, reclamándola con labios, dientes y lengua. Estaba desesperado por ella. Al parecer, siempre había estado ansioso por ella, pero ahora ella era suya y la iba a tener toda.

De alguna manera, llegaron a la cama y rodaron juntos. El vestido de novia se cayó y Rachael estaba arrancando la ropa de Griffin, desesperada por poner sus manos sobre su carne desnuda. Ella había pensado que tenía el control de esta relación, pero algo se había desatado en el hombre que amaba, liberando también un desenfreno en ella, quien no se estaba entregando a él, no exactamente. Quizás se estaban entregando el uno a la otra. Esto no significaba nada y a ella no le importaba.

Ella pasó sus manos por todo su cuerpo, sintiendo sus músculos saltar bajo sus dedos. Luego usó sus labios y su lengua, saboreando su piel y su sabor, que era cálido y masculino con un toque de sal. Mientras tanto, él arrastró su propia boca por cada pulgada de ella, por su cuello y sus hombros, sus pechos y su vientre, tomando lo que ella estaba ansiosa por darle.

Rachael siempre había estado destinada a estar con él. Al darse cuenta de eso, ahora, ella se maldijo por todo el tiempo perdido, todos los meses que había pasado reprimiendo sus sentimientos, pensando en él, como en un primo o un hermano y concentrándose en cosas que realmente no importaban. Por muy feliz que estuviera de haber descubierto una nueva familia, la persona más importante para ella había estado a su lado, todo ese tiempo, y estaba increíblemente agradecida de haber visto la verdad, antes que fuera demasiado tarde.

Él estaba suspendido sobre ella ahora, su intensa mirada verde ardía en la de ella. Lo que vio allí hizo que se le encogiera el corazón. Pasión y deseo, sí, pero también devoción y comprensión. Y era un amor abundante y hermoso.

—Esto podría dolerte —susurró.

—No me importa —dijo, y no lo dijo. Ella quería unirse a él, pertenecerle y quería que él le perteneciera a ella—. ¡Al diablo con el dolor!

Ella envolvió sus piernas, alrededor de sus delgadas y desnudas caderas, acercándose más, sintiendo una increíble urgencia, cuando él estaba listo para entrar en ella. Lentamente, él bajó la cabeza y, cuando la besó, ella saboreó su futuro. Uno lleno de posibilidades, días maravillosos, y noches infinitas y felices.

Ella se sentía gloriosa y él percibía calor en sus manos y cuerpo. Su boca se sentía febril y envió una fiebre equivalente, a través de ella. Su mundo se redujo a uno de placer y toma y daca, y cuando él finalmente llegó a su destino, ella lo abrazó fuerte y supo que nunca lo dejaría ir.

Setenta y tres

Aunque la casa de SEAN estaba a solo unos minutos a pie de Hampstead Heath y High Street, Corinna se sorprendió cuando el carruaje arrancó por el largo y serpenteante camino. La propiedad parecía estar en un mundo diferente. El entorno era idílico, reflejando un paisaje pintoresco y pastoral. Mientras se acercaban a la villa clásica, el sol se ponía en el horizonte y sus últimos rayos brillaban en muchas ventanas arqueadas resplandecientes del edificio de color blanco crema.

—¡Oh! —Ella respiró—. ¡Es hermoso!

—Me alegro que te agrade, *a rún*.

El melódico tono irlandés de Sean la atravesó y sus venas vibraron con anticipación. Ella se acurrucó contra él con un suspiro de felicidad.

—Casi estamos allí. Podrás tocarme.

Su brazo se apretó alrededor de sus hombros.

—Te estoy tocando ahora —indicó.

—No donde quiero.

—Mi sencilla Corinna. —Su risa baja resonó en la noche, mientras deslizaba su mano por su brazo, deteniéndose en su codo—. ¿Aquí? ¿Es aquí donde quieres que te toque?

—No del todo. —Respiró con un suspiro de frustración.

Se deslizó hasta su mano y frotó la yema del pulgar en su sensible palma.

—¿Aquí entonces?

—Sean...

Sus dedos rozaron su costado y bajaron por su cadera hasta la parte exterior de su pierna. El calor líquido se acumuló en su cintura.

—¿Estoy cerca?

—¡Oh! Sí —ella dijo.

Él se movió para descansar su mano sobre el muslo de ella.

—Te estás acercando —susurró. Esa palma se sintió cálida a través de su fino vestido, y ante la sensación de provocación su estómago dio un vuelco—. Siento que he estado esperando una eternidad.

Su mano se fue a las riendas, mientras detenía el carruaje.

—Bueno... vas a estar esperando mucho más, *Críona*.

—¿Qué? —Ella lo vio saltar ágilmente y acercarse a su lado.

—Quiero que esta noche sea perfecta —dijo, extendiendo la mano hacia ella—. No te tocaré en ningún lugar más íntimo durante bastante tiempo.

Sonaba como una promesa o una amenaza, pero tenía que estar engañándola. Sabiendo que él la deseaba tanto como ella lo deseaba a él, se rió, cuando él la tomó en sus brazos en lugar de ponerla de pie.

—Bájame.

—¡Oh, no! —dijo, caminando hacia la casa—. Dicen que el novio debe llevar a la novia, a través del umbral, para protegerla de los espíritus malignos.

Ella se maravilló que él la cargara con tanta facilidad. Era tan fuerte, masculino y musculoso. Sintiendo el calor que irradiaba su cuerpo, le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Crees en los espíritus malignos, Sean?

—Creo que son una buena excusa para cargarte. —Le dio un cálido beso en la boca, cuando la puerta se abrió, revelando a un corpulento sirviente de cabello gris.

—Buenas noches, Simpson —dijo Sean, entrando—. Esta es la nueva señora, Lady Corinna Delaney.

Simpson mantuvo una cara admirablemente seria, mientras cerraba la puerta.

—Bienvenida, milady.

—Estoy encantado de conocerlo. —Corinna miró alrededor del vestíbulo de entrada, una habitación cuadrada con suelo de madera pulida y paredes de color azul pálido adornadas en blanco—. Bájame, Sean.

Él no lo hizo.

—Si el dormitorio está listo, Simpson, te agradeceré que desaparezcas y te ocupes que todos los demás también lo hagan. —Mientras el hombre caminaba en una dirección, él llevó a Corinna a otra—. Mañana conocerás al resto del personal, *mo chroí*.

Ella se preguntó qué quería decir con que el dormitorio estuviera listo.

—Ya estamos adentro, así que puedes bajarme.

—Yo creo que no. —Abrazándola fuertemente, la llevó a través de un comedor con paredes azules y una lámpara de araña de cristal—. Estoy descubriendo que me gusta cargarte.

La verdad es que a ella le gustaba que la cargaran. Nadie la había cargado desde que era niña, y el puro romance de aquello le daba vueltas la cabeza. Hizo que su corazón cantara. Hizo que la sangre bombeara por sus venas a una velocidad alarmante.

Sean la llevó a través de un salón alfombrado de azul y con sofás azules.

—No quiero una gira —dijo sin aliento—. Solo llévame a tu habitación.

—Nuestro dormitorio —corrigió en un tono profundo y significativo. La llevó más allá de una biblioteca con columnas blancas y lujosas sillas de terciopelo azul ultramar, y luego a un pequeño vestíbulo azul cobalto—. Hay otra ala y dos niveles más que podrás ver mañana.

—¿Supongo que todas esas habitaciones también son azules?

—Excepto la de Deirdre. No sé de qué color es. Tal vez, tú me lo puedes decir.

—Esta noche no —dijo, agradecida que la hermana se hubiera ido a la casa de Daniel Raleigh.

—No tengo cuadros —se disculpó, mientras subía una gran escalera con un corredor azul—. Puedes comprar los cuadros que quieras y colgarlos donde quieras.

Ella giró la cara hacia su cuello, inhalando su aroma limpio y jabonoso.

—No me importan las pinturas, Sean.

—Y no todo tiene que seguir siendo azul. Puede volver a pintar las habitaciones del color que desees. Puedes volver a tapizar los muebles o comprarlos nuevos.

—No me importa de qué color sean las habitaciones. —Ella se estaba derritiendo. Su calor pareció penetrar su piel, haciéndola licuarse en sus brazos—. Lo único que me importa eres tú.

Finalmente, llegaron al dormitorio principal.

Ubicada frente a un enorme tapiz en tonos azules, la cama estaba cubierta con una lujosa colcha de color azul zafiro y con almohadas de un azul más claro. Caminó hacia allí y la recostó sobre la misma con tanta suavidad y reverencia, que todos los huesos de su cuerpo parecieron disolverse.

Cuando él dio un paso atrás, ella se quedó sin aliento. Era tan masculino, fuerte, tonificado y oscuramente guapo. Parecía mejor que un dios griego, pero aún mejor que eso, era el mejor hombre que había conocido.

Y ella vio lo que él había querido decir con que estaba listo. Las velas parpadeaban por todas partes: en el alféizar de la ventana, a lo largo de la repisa de mármol, encima de cada mueble, bañando la habitación en sombras y luces danzantes. Decenas de ellas. Debió haberlas preparado, antes de partir para casarse con ella. Debió haber ordenado a un sirviente que las encendieran cuando llegaran. Como un héroe de Minerva Press, pensó, mientras su corazón daba un lento vuelco en su pecho.

—¡Oh! Sean. —Ella respiró—. Es un país de las maravillas.

—Toda novia debería tener un país de las maravillas, *mo chroí*.

Sean pensó que ella misma era una maravilla, una visión con un sencillo vestido blanco y esos brillantes ojos azules nublados por el deseo. Su collar plateado brillaba contra su piel, y se encontró asombrado por la cruda posesividad que ella sentía al verlo. No podía creer que todo hubiera salido bien para poder tenerla. Esto parecía un milagro y mucho más de lo que merecía.

Él planeaba ir despacio y saborear cada momento. Antes de tocarla donde ella quería, tenía la intención de dejarlos a ambos completamente sin sentido.

Quería que esta noche fuera perfecta.

Le quitó los zapatos, le desató las ligas, le bajó las medias, que eran sensuales prendas de seda. Lentamente, mientras ella lo observaba, se quitó la ropa. Lentamente, se agachó para encontrarse con ella. Lentamente, acunó su rostro entre sus manos. Lentamente la besó. Esto solo fue una muestra, un lento roce de bocas, antes que el mismo se hiciera más profundo y se volviera largo, lento y lánguido.

“*Lentamente, lentamente*”, se recordó, maniobrando con las manos para desabotonarle el vestido. Lentamente se lo quitó del hombro. Lentamente la saboreó allí, acarició su cálida piel, y aspiró su fragancia, embriagadora y abrumadora.

Tenía tanta necesidad de ella, un hambre terrible que le hacía difícil mantenerse amable. A través de su vestido sintió cada curva tentadora. La sintió acelerarse, temblando e inundando sus sentidos. Nunca superaría el asombro que un hombre sencillo como él hubiera sido dotado de tal perfección.

“*No te tocaré en ningún lugar más íntimo durante bastante tiempo*”, él había dicho, y el marido de Corinna era un hombre de palabra. En su búsqueda por hacer que esta noche fuera perfecta, pasó mucho, mucho tiempo, antes de que él la tocara donde ella quería.

Al parecer, él simplemente la besó durante una eternidad. Besó su boca, sus mejillas y su barbilla, bajando hasta su garganta. Su absoluta falta de urgencia resultó paralizante. Sintiéndose soñadora, sintiendo su lento paso rociarla, inclinó la cabeza hacia atrás en señal de rendición y le permitió llevarla a donde él quisiera.

Fue una dulce tortura, un dulce tormento. Él le quitó el vestido y jugueteó con su camisola, haciéndola girar, moviéndola hacia atrás, mientras un calor abrasador seguía sus dedos. Le quitó la camisola y exploró su piel desnuda, sus manos, su boca y su lengua, yendo a todas partes, menos a donde ella más los deseaba.

Cada lugar donde él la tocaba, ella sentía un brillo, y una franja de sensación que reclamaba su cuerpo y robaba su mente. Cariños murmurados salieron de su lengua, mientras sus manos iban entre sus muslos, acariciando y acariciando todas partes, menos donde ella quería.

La luz de las velas bailaba, mientras el placer aumentaba, volviéndose insoportable e increíble. Temblando de necesidad, ella se agachó para darle lo mismo. Al acariciarlo suavemente, sintió el acero enfundado en seda, conociendo su longitud y su anchura e imaginándolo dentro de ella. Un rayo de emoción la recorrió y sus manos se volvieron más audaces.

“Más despacio”, Sean se dio la orden, mentalmente, mientras ella lo distraía, amenazando con hacer añicos su resolución. Queriendo que esta noche fuera perfecta, él luchó por concentrarse, trató de retroceder, presionando su boca contra la deliciosa curva donde su cuello se encontraba con su hombro, en un esfuerzo por encontrar la calma. Pero la creciente necesidad se salió de su control. Siempre había sido así entre ellos, y sabía que siempre sería así, y pensó que tal vez debería estar agradecido por eso... y luego dejó de pensar en absoluto.

El mundo se desvaneció, dejando nada más que sensaciones y la pasión que ardía entre ellos era poderosa, feroz y violenta.

Y él la tocó como ella quería.

Un deslizamiento de dedos, una caricia resbaladiza y ella se arqueó impotente contra él.

—¿Aquí? —él susurró—. ¿O aquí?

—¡Oh, ahí! —gritó, cuando él encontró un punto tan exquisito que un destello de calor la atravesó.

—Ahora, Sean. —Ella respiró, arqueándose de nuevo—. ¡Tómame ahora!

Corinna brillaba, palpitaba y él se movía sobre ella, empujando su entrada. Envolviendo sus piernas alrededor de él, instintivamente, contuvo el aliento, mientras él se deslizaba dentro de ella. Un pequeño estallido de dolor desapareció tan rápido como había llegado, dejándola asombrada ante la maravilla de estar llena y poseída, y de ser completamente una con el hombre que amaba.

Él era suyo y ella era suya, y nunca nada había estado tan bien.

Y entonces, él se movió dentro de ella, y nunca nada había sido tan sublime.

Ella levantó las caderas, esforzándose por estar más cerca de él, y juntos buscaron un ritmo. Juntos se perdieron, juntos encontraron el olvido y juntos remontaron el vuelo. Captaron gritos de placer en la boca del otro y, bañados por la luz de las velas, permanecieron encerrados, juntos, mientras el mundo volvía a su lugar.

Y esto fue perfecto.

Notas de la autora

* * *

ESTIMADO LECTOR(A)

Durante la Regencia, una artista como Corinna podría haber logrado que aceptaran su retrato para la Exposición de Verano, pero es una triste realidad que probablemente nunca habría sido elegida miembro de la Real Academia de Artes. En 1768, los miembros fundadores incluían a dos mujeres, Angélica Kauffmann y Mary Moser. Sin embargo, las mujeres no fueron admitidas en las escuelas de la Real Academia hasta 1861, y la siguiente académica, Laura Knight, no fue elegida hasta 1936.

Aunque consideramos que el arte de la época de Corinna es clásico, el mismo era el arte contemporáneo de su época, y la Exposición de Verano de la Real Academia es la exposición de arte contemporáneo más grande del mundo. Celebrada cada año desde 1769, la exposición siempre ha presentado una amplia gama de obras nuevas de artistas vivos, consagrados y desconocidos. La entrada costaba un chelín en el siglo XIX y la exposición ha sido extraordinariamente popular desde aquel entonces. La asistencia aumentó de 60.000 en 1780 a 390.000 en 1879.

Los miembros del comité de selección de la Exposición de Verano que asistieron a la recepción de Lady A. eran los miembros reales del comité en 1817, con la excepción de Thomas Phillips. Lo eliminé para dejar espacio al ficticio John Hamilton. Pido disculpas al señor Phillips, pero tuve que elegir a alguien, y él era el hombre con menos información biográfica a la que se puede recurrir.

Se ha dicho que la novela moderna nació en 1740, cuando Samuel Richardson escribió *Pamela o la virtud recompensada*. Esta fue una historia de sexualidad frustrada que desató una controversia y generó sed de más de lo mismo. Como resultado, la lectura de ficción gótica y romántica se convirtió en una moda que duró décadas. O tal vez todavía sea una locura... como lector(a) de novelas románticas, ¿qué opinas?

Aproximadamente en 1790, un inglés llamado William Lane vio una oportunidad y fundó Minerva Press. Durante varios años, Minerva Press imprimió más de la mitad de los libros populares y, según se informa, Lane hizo una fortuna. Según el poeta Samuel Rogers, a menudo se veía a Lane deambulando por Londres en un espléndido carruaje, atendido por lacayos con escarapelas y bastones con empuñaduras de oro. Todas las líneas de los libros que Corinna recuerda en *El arte de la seducción* son citas reales (traducidas) de novelas de Minerva Press, que ella pudo haber comprado en 1817.

La mayoría de las casas de mis libros están inspiradas en lugares reales. Modelé Lincolnshire House a partir de Devonshire House, que fue diseñada por William Kent y sirvió como residencia londinense de los duques de Devonshire durante casi doscientos años. Como quería que Lord Lincolnshire viviera en Berkeley Square, le di la vuelta a esta casa. En realidad, el frente de la misma era Piccadilly Street, y sus jardines traseros daban a la plaza. Devonshire House ya no existe, pero antes que fuera demolida, en la década de 1920, muchos de los muebles interiores se trasladaron a Chatsworth, la residencia del duque en el campo. Todavía se pueden ver algunos de ellos allí.

La casa de Sean se inspiró en Kenwood House, Hampstead. Situada en un paisaje idílico junto a Hampstead Heath, la casa fue construida originalmente en el siglo XVII y luego ampliada por el arquitecto Robert Adam entre 1764 y 1779. Aunque Sean no tenía ningún cuadro, la verdadera casa es una galería. Edward Cecil Guinness, magnate cervecero y primer conde de Iveagh, compró Kenwood House en 1925 y, cuando murió en 1927, legó la propiedad y parte de su colección de arte a Gran Bretaña. La casa está abierta todos los días, durante todo el año y, si la visitas, verás pinturas importantes de muchos grandes artistas, incluyendo a: Rembrandt, Vermeer, Constable, Turner, Reynolds y Gainsborough. Me gusta imaginar que, con la enorme fortuna de Sean a su disposición, ¡Corinna podría haber reunido semejante colección!

La casa adosada de los Chase en 44 Berkeley Square ha sido descrita como “la mejor casa adosada de Londres”. Fue diseñada en 1742 por William Kent para Lady Isabella Finch. Desafortunadamente, la misma no se puede visitar, porque el edificio actualmente se utiliza como club privado, pero al ir a Berkeley Square, se puede ver desde afuera, buscando la puerta azul.

Stafford House, la casa de Juliana en St. James's Place, está basada en Spencer House, uno de los grandes hitos arquitectónicos de Londres. Construida en el siglo XVIII por John, primer conde Spencer (antepasado de Diana, la princesa de Gales), la misma fue inmediatamente reconocida como un edificio de gran importancia. Si alguna vez te encuentras en Londres, te recomiendo que la visites. Spencer House está abierta al público todos los domingos, excepto durante enero y agosto.

Noah es el conde de Greystone, y en este libro, Rachael y Griffin visitan la sede de su familia, el castillo de Greystone, en el campo. ¿Recuerdas a Noah diciendo: “*noté el viejo retrato del primer conde sobre la chimenea*”? El primer conde fue Colin Chase. Él y su novia Amethyst (comúnmente llamada Amy) tienen su propio romance en el primer libro de mi serie de la familia Chase.

De hecho, todos los Chase de esa serie (toda la familia de Griffin y todos sus primos, excepto Rachael) descienden de la generación de la familia Chase, cuyas historias se cuentan en mi serie de nueve libros de la familia Chase. Griffin heredó su apariencia de Jason, quien protagoniza el segundo libro de la serie, y Juliana se parece a Caithren, el amor de Jason. Claire tiene los ojos color amatista de Amy y su talento para hacer joyas.

Cuando Rachael abre la caja de joyas que heredó de sus padres, Griffin y ella ven las joyas que Amy hizo, así como aquellas que la propia Amy heredó, hechas por su padre, su abuelo y más antepasados. Si bien la casa de Griffin es nueva (¡para su época!), la casa de Lincoln's Inn Fields, donde Rachael y su familia viven, es lo suficientemente antigua como para que todos los antepasados de Chase vivieran en ella también. Si lees la serie de la familia Chase, encontrarás muchos otros datos divertidos que unen estas dos series y las generaciones.

¡Espero que hayas disfrutado de *El arte de la seducción*! Conocerás a más miembros de la familia Chase en el primer libro de la serie de la familia Chase.

Siempre de ustedes,

Lauren Royal.

Agradecimientos

* * *

GRACIAS DE TODO CORAZÓN...

A Deborah Alexander, MD, por ayudarme a elegir una enfermedad adecuada para Lord Lincolnshire y dedicar tanto tiempo precioso a describir todos los detalles pertinentes. (Para cualquiera que no lo sepa, la hidropesía actualmente se llama edema y en el caso de Lord Lincolnshire fue causada por insuficiencia cardíaca).

A Andrew Potter, asistente de investigación de la Biblioteca de la Real Academia, por la lista de académicos del comité de selección de 1817 y la información histórica sobre el proceso de selección.

A Devon Royal (la mejor hija del mundo), por leer un montón de novelas antiguas de Minerva Press y prepararme las citas.

A todos los primos honorarios de los Chase, en mi grupo de lectores de la familia Chase, por su entusiasta apoyo.

Y, una vez más, a mis lectores, porque hago esto por ustedes.

¡Gracias a todos!

Acerca de Lauren Royal

LAUREN ROYAL es una de las autoras de novelas románticas históricas y humorísticas más vendidas en el *New York Times* y *USA Today*. Sus novelas “verdaderamente encantadoras” han ganado muchos premios, y han estado en las listas de las diez mejores novelas románticas del año de *Booklist*, obteniendo elogios de críticos como *Publishers Weekly*, quienes la llaman “un talento impresionante”.

Todos los libros de Lauren son historias completas e independientes y, sin embargo, también están conectadas, porque todos presentan a su amada familia Chase, “escandalosamente divertida, leal, compasiva y poco convencional”.

Lauren escribe romances históricos apasionantes por su cuenta y romances históricos, precisos y tiernos, con su hija, Devon Royal. Vive en el sur de California con su familia, un gato que cambia de pelo, constantemente, y una estupenda colección de medias extravagantes. Cuando no está ocupada escribiendo, le gusta cantar (fuera de tono) con Hamilton, bailar (mal) y mirar HGTV (perdiendo el tiempo).